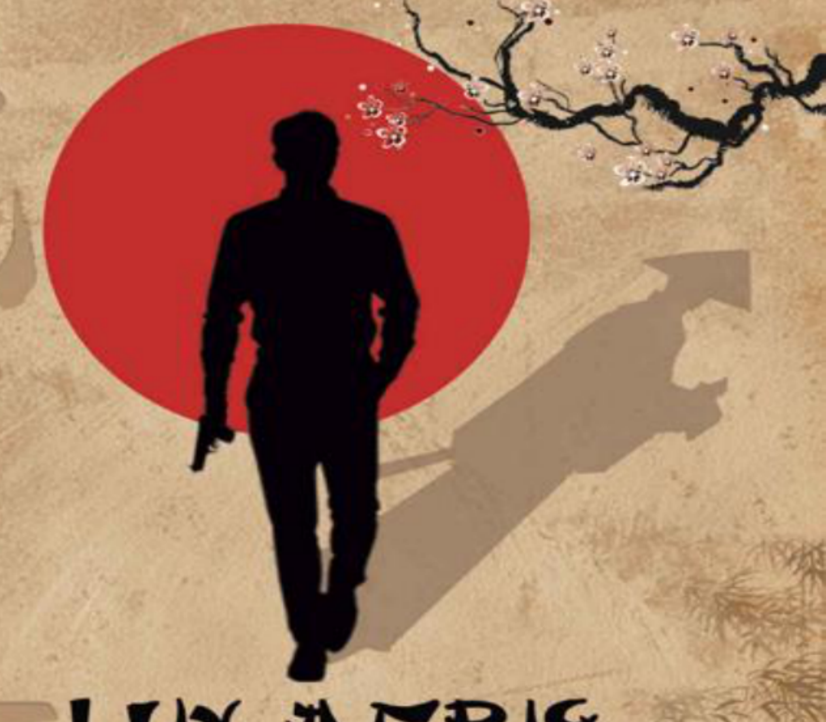


El dilema del guerrero



LUX AERIS



BUSHIDO

El dilema del guerrero

LUX AERIS



© Lux Aeris
Título del libro: Bushido
Diseño portada: Lux Aeris
Fotos de portada e interior: Pexels, Freepik. Pixabay.
Corrección: Correcciones Nox
Licencia: Todos los derechos reservados

Primera edición: Julio 2023

Registrado en SafeCREATIVE
ISBN: 9798850092658

Sígueme en las redes:
Luz FS
@luxaeris
lux.aeriss@gmail.com

ADVERTENCIA: Este libro contiene situaciones y lenguaje explicito dirigido al público adulto y podrían ser consideras ofensivas para algunos lectores. Asegúrate de que no sea accesible para menores de edad. La autora se ha tomado algunas licencias históricas ya que no se trata de una novela de este género.



Para Rafa, porque me ha demostrado que es un samurái

ÍNDICE

CAPÍTULO 1. Trío
CAPÍTULO 2. Todo sale mal
CAPÍTULO 3. No me retes
CAPÍTULO 4. Primer día
CAPÍTULO 5. Plan reestructurado
CAPÍTULO 6. Conflictos
CAPÍTULO 7. Todo sale a la perfección
CAPÍTULO 8. Encuentro en el club
CAPÍTULO 9. No es que no le guste el sexo
CAPÍTULO 10. Asalto en el parque
CAPÍTULO 11. Urgencia
CAPÍTULO 12. Amanece
CAPÍTULO 13. Algo con lo que no contaba
CAPÍTULO 14. Invitado ¿inesperado?
CAPÍTULO 15. Ojo por ojo
CAPÍTULO 16. Visita al hospital
CAPÍTULO 17. Las Tríadas
CAPÍTULO 18. Se complica
CAPÍTULO 19. Intento de fuga
CAPÍTULO 20. Una noche juntos
CAPÍTULO 21. No es una buena persona
CAPÍTULO 22. Por su honor
CAPÍTULO 23. Conoce a la familia
CAPÍTULO 24. Llamada clandestina
CAPÍTULO 25. Siguen en la carretera
CAPÍTULO 26. Extraños aliados
CAPÍTULO 27. Momentos de convivencia
CAPÍTULO 28. Tras la pista
CAPÍTULO 29. Invitación inesperada

CAPÍTULO 30. Puedes tocar lo que quieras
CAPÍTULO 31. Un enorme tatuaje
CAPÍTULO 32. Inicio de la venganza
CAPÍTULO 33. Eres más fuerte de lo que crees
CAPÍTULO 34. El Camaro está donde debe
CAPÍTULO 35. Una pista
CAPÍTULO 36. Un nuevo juguete
CAPÍTULO 37. Historias de samuráis
CAPÍTULO 38. Un pellizco en el pecho
CAPÍTULO 39. Búsqueda infructuosa
CAPITULO 40. Demasiado para Ryuu
CAPÍTULO 41. Los echo de menos
CAPÍTULO 42. Canción de despedida
CAPÍTULO 43. Necesito ayuda
CAPÍTULO 44. Caos
CAPITULO 45. La cárcel
CAPÍTULO 46. El camino
CAPÍTULO 47. El vídeo
CAPÍTULO 48. Toda acción tiene una reacción
CAPÍTULO 49. Secreto desvelado
CAPÍTULO 50. Los amantes
CAPÍTULO 51. El fin
CAPÍTULO 52. El hospital
CAPÍTULO 53. Que todo fluya
CAPÍTULO 54. La decisión
CAPÍTULO 55. Lo imposible
CAPÍTULO 56. Un sueño
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA
OTRAS OBRAS

CAPÍTULO 1. Trío

La noche parece que promete. Ryuu se levanta del cómodo sofá y deposita con cuidado la copa de vino, que hasta hace un segundo estaba degustando, sobre la mesita de café. Ya va siendo hora de comenzar a jugar. Hace evidente su enorme envergadura al estirarse por completo y mira con diversión a la pareja que lo ha acompañado durante la cena y con los que pretende pasar una buena noche de diversión sexual. Se quita la camiseta con soltura y le tiende la mano al otro hombre que permanece mirando el espectáculo relamiéndose por lo que estar por venir.

Hiroshi sigue la sugerencia de Ryuu e, imitando sus movimientos, se quita también la parte superior de su ropa. No es la primera vez que Ryuu interacciona con ellos y, aunque a veces se plantea que este tipo de relación pueda afectarles en el trabajo, en el fondo es un hedonista; y, como tal, se entrega a cualquier tipo de placer sin importarle las consecuencias. Ya lidiará con los problemas cuando surjan.

Con seguridad da un paso hacia su amigo y deposita una de sus grandes manos en el fuerte y lampiño pecho, sintiendo la suavidad y la tersura de los músculos. Es el pistoletazo de salida para acercar su boca y devorarlo. Como si hubiera encontrado agua en el desierto. La escena es bastante caliente. Dos hombres grandes como puertas no dejándose nada en el beso. Nara los observa desde el sofá. Es un espectáculo digno de ver. Siempre que tiene la ocasión de disfrutar de Ryuu como tercero se lo agradece a su marido. La seguridad y la desinhibición que tiene los espolea a ser ellos más audaces y disfrutan cada segundo de su presencia porque no saben cuándo será la última. Por desgracia, él no siempre se presta a estos juegos porque la mayoría del tiempo está ocupado. Ella piensa que tampoco quiere involucrarse demasiado. Todos saben a qué atenerse y no hay problemas por eso, pero la vida que les ha tocado es complicada y establecer lazos puede ser contraproducente.

Hiroshi y Nara decidieron experimentar con el sexo casi desde que se casaron. Se quieren con locura y no hay posibilidad de que nada enturbie su relación, ante todo y por encima de todo son amigos y esto solo le da un punto más picante a su estupenda vida.

Mientras ella se deleita con la imagen de los dos cuerpos, ellos ya están comenzando a tocarse más íntimamente. Ryuu presiona los glúteos de Hiroshi contra su entrepierna comenzando un baile hipnótico y placentero a tenor de los gemidos que emiten. Nara ya no puede seguir mirando. Le pueden las ganas. Se pone de pie y se desnuda con tranquilidad sin apartar los ojos de ellos, que ya no tienen nada que cubra sus cuerpos.

Con la autoridad que le brindan la experiencia y las ganas se mete entre ellos y el juego comienza también para ella. Se siente pequeña flanqueada por dos inmensas torres. Los hombres interrumpen sus caricias y se centran en Nara que les devuelve las atenciones con creces.

En poco tiempo, y tras saciarse de piel, se desplazan hacia el dormitorio. Ryuu es el que lleva la voz cantante. Le gusta dominar en muchos campos de su vida, diría que en casi todos, y la cama no es una excepción. No le molesta tener relaciones con hombres, de hecho, es su predilección, pero tampoco le hace ascos a estar con una mujer o varias. Siempre que esté involucrado el placer él estará conforme.

Nara e Hiroshi miran con deseo como Ryuu va dirigiendo las escenas haciéndolos disfrutar sin límites. No hay pudores ni miedos y así es imposible equivocarse.

La noche ha sido extremadamente caliente, como siempre que él participa, pero ya ha llegado la mañana. Ryuu no necesita despertador para abrir los ojos. Está acostumbrado a dormir poco y tiene el sueño ligero. A pesar del esfuerzo que realizó anoche y lo tarde que terminaron se siente despejado y con una ducha estará como nuevo.

Se pone de pie intentando no despertar a sus compañeros. Nara se desperezа y protesta al notar que la calidez del cuerpo que tenía en uno de sus costados desaparece. Medio adormilada avanza en la cama

hasta arrimarse a su marido. Entreabre los ojos para encontrarse con la retaguardia de Ryuu que sin pudor camina por la habitación hacia el baño. Es un hombre escultural de glúteos redondeados y piernas fuertes y marcadas, cintura estrecha y espalda ancha con un enorme tatuaje en ella. Le encantaría poder delinear los trazos que lo componen, pero nunca se lo ha permitido. La primera vez que lo vio lo intentó, animada por la novedad, y la reacción de Ryuu fue violenta. Le costó un buen rato convencerlo de que no iba a volver a hacerlo, incluso se lo prometió. A Ryuu no le gusta hablar de su pasado y nunca les ha contado la razón de ese comportamiento. Ella acepta los límites si a cambio puede sentirse tan adorablemente dolorida como está hoy.

Ryuu se pierde dentro del baño y se da una ducha rápida pero intensa. Hoy tiene una agenda apretada y no puede demorarse demasiado. Con el pelo húmedo y totalmente vestido se acerca a la cama donde permanecen acostados sus amigos y deposita un dulce beso en la frente de Nara.

—Qué tengas un bonito día, preciosa —se despide con cariño.

—Lo mismo para ti. Ha sido un honor contar contigo. Gracias. —Y de hecho es un honor que les dedique un poco de su escaso tiempo.

—El placer es mío —replica dejando una suave caricia en su negro y lacio pelo.

—Deja a mi mujer, salido. No ligues con ella o te las veras conmigo —dice Hiroshi girándose perezoso sobre la cama y dejando su miembro expuesto, que parece que está totalmente listo para otro asalto.

—Si la satisficieras como debes no me haría ojitos. —Sonríe acercándose al hombre y dejando otro ligero beso sobre su frente—. Gracias, amigo, por compartir. Dale todo lo que le debes que la tienes fácil —bromea deslizando su mirada por el cuerpo de Hiroshi y demorándose en su miembro—. Te veo en un rato en la cafetería de siempre. No lo dejes llegar tarde, Nara.

Antes de salir de la habitación echa una última mirada hacia

atrás y ve como sus amigos se están dando cariño. Saciado y tranquilo deja la casa y se pone en marcha para afrontar un nuevo día.

CAPÍTULO 2. Todo sale mal

Parker se gira en la cama medio dormido. Abre los ojos exaltados y atisba la luz fluorescente que emite el despertador mostrando la hora. ¡Vaya! ¡Es tarde! Se incorpora en la cama y el móvil se desliza a una velocidad pasmosa hacia el suelo. Debió quedarse dormido con él encima.

No sabe qué ha podido pasar para que no haya sonado el despertador. Quizá con los nervios se le olvidó ponerlo. ¡Qué desastre! También ha podido irse la luz por la noche. No lo sabe y no le importa. Tiene que darse brío si no quiere llegar tarde. Ayer lo planeó todo meticulosamente para que no le pasara esto. La mala suerte le persigue y, a veces, le ocurren situaciones que están fuera de cualquier entendimiento, al menos, para el suyo.

Abandona las sábanas y las cálidas mantas con pereza. Lo recibe el gélido frío exterior. Se le eriza la piel y agradece, a los dioses o a quien sea que reparta las ubicaciones, el nacer en el lugar en el que lo ha hecho. No es inusual tener temperaturas bajas en febrero en Los Ángeles, pero no es lo común a lo largo del año. Siempre ha preferido el verano y el calor, a pesar de que luego reniegue cuando es imposible refrescarse. Recoge el móvil del suelo y lo examina, dándose cuenta de que se ha rajado un trozo del protector de pantalla. Hace un gesto de disgusto con su boca.

Hoy es un día importante y sería imperdonable para su rígida mente y educación llegar tarde. A pesar de que quería haberse tomado su tiempo para hacer algunos ejercicios de relajación antes de comenzar el día, se da cuenta de que tendrá que valer con una ducha rápida y un té por el camino.

Parker es un tipo metódico que no deja casi nada al azar. Le gusta que todo esté ordenado y lo pone nervioso no controlar su entorno o las situaciones. No le hace ninguna gracia que le cambien los planes. Bastante molesto por lo ocurrido camina por el pequeño apartamento hacia el termo de la cocina totalmente desnudo, es

habitual que duerma así, considera que es más sano. Mientras camina acelerado por el pasillo los tiritones se suceden, ahora se arrepiente de no haberse colocado algo por encima. Enciende el aparato con premura, aunque le castañetean los dientes y le tiemblan las manos. Se encierra en el pequeño cuarto de baño y abre la ducha.

Una vez bajo el chorro de agua trastea con los mandos buscando la temperatura adecuada, aún no se ha hecho con su funcionamiento. Apenas lleva unos días viviendo allí. La regulación acaba siendo misión imposible: o sale muy fría o se le pela la piel. ¿Es que hoy nada le va a salir bien? Con todo el trasiego con los mandos parte del champú que ha extendido sobre su pelo se le mete en los ojos produciéndole un tremendo escozor. ¡Qué no cunda el pánico! Intenta calmarse. Se enjuaga como puede y sale de debajo del agua casi entre maldiciones, si eso fuera posible, ya que él no es de los que usan esas palabras.

Busca el albornoz calentito que siempre tiene preparado y recuerda que ayer lo lavó y debe estar entre la ropa que olvidó sacar de la secadora. Mojado como está, y dando fuerte sacudidas por el frío, se abraza el torso y se dirige a la pequeña cocina dejando unas claras huellas en el parqué. Menos mal que es un apartamento pequeño. Casi cuando llega a la secadora pierde pie y se desliza, consigue frenar su caída en el último momento al chocar su cadera con la dura encimera de la cocina. Se da un fuerte golpe en el costado, pero nada preocupante. ¡Qué día lleva! Y solo acaba de empezar.

Seamos realistas. Suele tener bastante mala suerte en su día a día. Si algo tiene que salir mal, saldrá mal. Otro cantar es en el trabajo, ahí todo parece fluir con naturalidad. Es una de las cuestiones que lo animó a estudiar medicina, por supuesto, también influyó que provenga de una larga estirpe de médicos.

Aún agarrándose el costado, se coloca lo más rápido que puede la mullida tela y se arrebuja sintiéndose reconfortado. Visualiza las huellas en el piso y hace un gesto de desaprobación con la boca. Le molesta estropear el parqué. Lo seca lo mejor que puede con un trapo y, una vez satisfecho, vuelve sobre sus pasos al calentito baño.

Más calmado y recuperando la temperatura se seca a conciencia el pelo con el secador. A pesar de que no tiene demasiado tiempo, eso de notar el aire caliente del aparato es uno de los mejores momentos de estos fríos días. Echa su tupido y rebelde pelo castaño hacia atrás con un poco de gomina y revisa que todo esté en su sitio. Tiene el pelo corto con un ligero flequillo, se podría decir que su corte es clásico. Nada arriesgado. Se rasura la barba para estar más presentable y se hace un pequeño corte en el mentón. Coloca con esmero un trozo de papel para que deje de sangrar y se echa sus cremas hidratantes teniendo cuidado con la herida. Cuando ha terminado con su ritual vuelve a la habitación para seguir vistiéndose.

Ayer seleccionó cuidadosamente su ropa. Es el primer día en el hospital. Ha conseguido la plaza gracias a sus propios méritos, un puesto como médico de urgencias en el Hospital médico Cedars-Sinai. No era su primera opción, él quería uno más modesto que estuviera más cerca de su apartamento, pero comprendió pronto que sus posibilidades de ayudar a otros iban a ser mejores en este. Es un centro de referencia a nivel nacional y cuenta con recursos suficientes para tener unas buenas urgencias.

Ha sido duramente recriminado por su familia debido a su elección, sobre todo por parte de su padre que ya le había conseguido un trabajo como director en una de las clínicas de estética privadas de la que es propietario, pero Parker está orgulloso de no haber tenido que recurrir a los contactos de su familia. No quiere deberle nada a nadie y menos a ellos y a su estúpido dinero, fruto de años de «estafas legales». Aunque su padre vista trajes de diseñadores es un mafioso que no dudaría en vender a cualquiera por conseguir un poquito más de patrimonio o poder. Su madre es algo más cariñosa que su padre, aunque tampoco se queda atrás. Ella es agente inmobiliaria y no es una madre abnegada, aunque se empeñe en parecerlo de cara a la galería. Su vida se debe a su imagen y a lo que pueda conseguir con ella. Por otra parte, su hermana mayor, Chantal, siempre ha sido el ojo derecho de su padre y poco a poco sigue sus mismos pasos. Antes era una chica enrollada que hacía las veces de confidente para Parker, pero ahora… es casi tan estúpida como su progenitor.

Mientras su mente divaga sobre su familia se va colocando su caro traje de chaqueta. Es uno de los mejores que tiene. Cuando se marchó de la mansión familiar es de lo poco que se llevó. No quería nada más que lo que consideraba verdaderamente suyo. Está pulcramente planchado y colocado dentro de un portatrajes detrás de la puerta de la habitación. Termina por enfundar sus pies en unos calcetines de hilo y se ata los cordones de los Martinellis negros. Se mira en el espejo repasando su aspecto. La corbata gris claro hace juego con sus ojos y se ve atractivo. En última instancia pasa por el baño a echarse colonia y con una mueca retira el pequeño trocito de papel del corte. Parece que ha dejado de sangrar.

La distancia desde su apartamento hasta el hospital es corta, unos veinte minutos en coche. No está nada mal teniendo en cuenta las dimensiones de la ciudad. Con su sueldo tampoco puede permitirse un sitio mejor que este apartamento en Chinatown, lo mejor es que tiene un parque cerca en el que puede evadirse cuando necesite desconectar de las largas jornadas de trabajo y de las agotadoras conspiraciones de su familia.

El garaje no se encuentra en los bajos de su apartamento. Tiene alquilado uno en un edificio cercano. No podía dejar su flamante Camaro del 69 color azul Dusk Blue —que consiguió restaurar con mucho esmero y dos años de duro trabajo— durmiendo en la calle. De camino hacia el coche decide dedicar unos minutos a ir a por su té. Va tarde, pero no lo suficiente como para saltarse esa parte.

Ya en la calle, respira profundamente y camina con paso decidido. Le gusta la idiosincrasia de la zona, lo diferente que es este barrio al sitio en el que se crio. La vida que tienen sus calles, los colores, la decoración, los olores, el no parar de sus gentes. Se siente feliz y orgulloso de haber elegido este entorno. Parece que, por fin, está caminando en la dirección adecuada. No puede dejar de pensar en lo afortunado que es. Mira el reloj y aún tiene margen para llegar. Hay una pequeña cafetería a unos pocos metros que pone el mejor té que ha probado en su vida. El exterior no dice gran cosa, pero por dentro las paredes de ladrillo, la luz cálida y la decoración acorde con el barrio lo hacen genuino y agradable. Se adentra en ella para

conseguir un té matcha calentito y así terminar de despertarse para afrontar el que supone será un apasionante día lleno de experiencias nuevas, aunque lejos de su zona de confort.

Está hasta arriba de gente. Lo entiende, la calidad del producto merece la espera y un poco de bullicio. Varios grupos de personas se encuentran diseminados por las mesas charlando acaloradamente resguardados del frío exterior. Mientras espera su turno pacientemente, repasa las mesas colindantes y un grupo de hombres sentados en la esquina más escondida del espacio llama su atención. Todos parecen enormes. Cuerpos delgados pero que se intuyen de gimnasio con ropas que van desde trajes más caros que el suyo hasta otros informales. Sus rasgos parecen asiáticos, nada raro en el barrio si no fuera por la envergadura de sus cuerpos. La actitud le hace pensar que no se trata de un grupo de modélicos ciudadanos. Perdido en sus pensamientos, mientras avanza la cola, sus ojos se posan en uno de ellos que destaca sobre manera entre los demás.

Parece un poco más alto que el resto. Tiene el pelo lacio, por los hombros, con unos mechones rebeldes que caen sobre unos vivaces ojos rasgados que repasan el espacio, inteligentes y alerta a cualquier eventualidad, tan negros como una noche sin luna. Sus rasgos masculinos y exóticos le resultan muy atractivos, a pesar de que alguno de los otros que lo acompañan encajan mejor dentro de los cánones de belleza. Está vestido de manera informal, de hecho, es el que parece más casual, pero no le engaña, exuda poder por cada poro de su cuerpo. Debería sentirse intimidado y en cambio solo siente fascinación.

El desconocido nota su escrutinio y le devuelve la mirada. Parker no logra mantenerla más allá de unos intensos segundos. Algo azorado y enrojeciendo hasta las orejas, atiende a la dependienta que parece que lleva un buen rato intentando llamar su atención. Hace su pedido y abona la consumición. Sus ganas de volver la vista al tipo son enormes, pero se contiene. Sería una declaración de guerra y él no es ningún soldado, aunque su cerebro tiene otros planes y por el rabillo del ojo le echa un último vistazo; a saber cuándo va a poder volver a disfrutar de unas vistas tan maravillosas. Se sorprende de la

atracción y de la respuesta de su cuerpo, ya que él no reacciona a casi ningún estímulo sexual. Por eso le llama más la atención lo que le está ocurriendo.

Por suerte para él el hombre ya no lo considera interesante y puede recrearse algo más en estudiarlo. Repara en que, aunque tiene rasgos asiáticos marcados como los ojos rasgados, también tiene otros que no son habituales, como el mentón cuadrado, las pobladas cejas y la nariz ligeramente aguileña. Debe tener mezcla racial. Le encantaría saber de cuáles. Pasa la punta de su lengua por sus labios instintivamente. Algo desorientado por su reacción, tan poco común, intenta controlar su cuerpo. Las campanas de una iglesia cercana lo sacan de su estado y se da cuenta de que ahora sí que va a llegar tarde.

Camina acelerado por la calle bebiéndose su té y antes de entrar en el garaje tira el recipiente vacío en una papelera. Baja al segundo sótano a por su Camaro y conduce con prudencia por el espeso tráfico de Los Ángeles, que por suerte le da un respiro. Llega al hospital con el tiempo justo y eso lo hace suspirar aliviado. Pasa por la garita de seguridad donde le entregan una tarjeta de acceso al *parking*. Lo aparca en una plaza que encuentra libre destinada al personal. Desliza la palma de su mano por la bella carrocería. Está enamorado de su coche. Compró el clásico con su primer sueldo y el dinero para las piezas que necesitaba poco a poco con trabajos que hacía para sus compañeros de universidad. Consiguió restaurarlo por completo dos años después. Es uno de los mayores logros que ha conseguido hacer sin tener que recurrir a los recursos de su familia. Le costó que su padre dejara de hablarle por no aceptar uno de los automóviles de su extensa flota. Son sus pequeños gestos de rebeldía en contra del régimen que se ha establecido para él.

Camina hacia los enormes edificios sin terminar de decidirse por qué puerta debe entrar. Se decanta por la de urgencias. Le apetece ver el entorno en el que va a tener que trabajar.

CAPÍTULO 3. No me retes

Siente unos ojos posados sobre él. No es algo infrecuente. La mayoría de las veces solo dura el tiempo en que sus miradas hacen impacto ya que sus ojos suelen resultar bastante intimidantes. Sus pintas tampoco ayudan demasiado a que le aguanten la mirada, pero con este tipo no ha surtido efecto. Durante unos segundos ha perdido el hilo de la conversación con sus compañeros y se ha centrado solo y exclusivamente en esa mirada gris que no se apartaba de la de él. Al principio pensó que podría tratarse de algún miembro de un clan rival, pero por el aspecto tan arreglado y con esa pinta de polluelo recién salido del nido lo ha descartado completamente. Más parece un rico ejecutivo de la zona de Beverly Hill que se ha pasado la parada de metro o al que se le ha averiado el coche. Con gusto le hubiera dado un par de azotes y le hubiera indicado el camino correcto de vuelta con su papaíto. Una media sonrisa acude a su boca cuando ve al tipo enrojecer.

Vuelve a centrar toda su atención en las personas que están sentadas en su mesa. Retira el flequillo de sus ojos y analiza la conversación. Es de vital importancia tener claro todo el plan.

—No creo que debamos ir a los muelles esta noche. —Ese que habla es Hiroshi y su exceso de celo. Si por él fuera no se moverían de la mesa en la que están ahora sentados. Lo gracioso es que al hombre no se le caen los anillos cuando hay que entrar en pelea.

—Venga ya. No seas maricón. Ir hay que ir. —Yuki es el miembro más reciente y el más joven y eso lo hace ser audaz e imprudente. Siempre está con sus bravuconerías, aunque a veces hay que dejarse llevar por la sangre nueva que no carga con los prejuicios de los que ya llevan un tiempo en el negocio—. La mercancía hay que moverla a pesar de que las Tríadas nos estén pisando los talones. Si queremos establecernos del todo en el mercado no podemos andarnos con tonterías. —No le falta razón. Si quieren adquirir algo de poder deben actuar ya y dar un golpe de efecto.

—Yo estoy contigo, aunque tenemos que ir bien armados y con ojos en la nuca. —El último en dar su opinión es Jun. Un tipo alto y fornido que siempre viste con traje y que está obsesionado con las armas y sobre todo con el abuso de ellas.

—Pues yo creo que hay que ir sin más y si hay bronca se afronta y nos cargamos a unos pocos. La sangre es una buena declaración de intenciones. Que vean que no nos dan miedo. —Taro siempre con sus salidas de tono y su punto psicópata. Le encantaría tener un interruptor que se apagara cuando habla ese tipo. Fue una imposición de Ichiro porque es el hijo mayor de su hermana y cree que va a poder hacer carrera de él. Nada más lejos de la realidad. Este muchacho no tiene remedio. Es muy difícil de controlar. Lo bueno es que aún no ha menoscabado su autoridad, pero ese día llegará. Lo tiene muy claro.

Él se mantiene en un discreto segundo plano dejándolos dialogar y va sacando sus propias conclusiones. Su posición le permite mantener las distancias hasta que una opinión clara se forme en su cabeza. Nunca ha sido un hombre impulsivo, más bien es del tipo pragmático y con una cabeza privilegiada que le ha permitido adquirir un cierto rango con el paso de los años. No se llega a mano derecha del *Oyabun*[1] de Los Ángeles sin motivos.

Con parsimonia le da un ligero trago a su café solo sin azúcar. Desliza los dedos por el pequeño tatuaje de dos corazones entrelazados que tiene en el nudillo del dedo corazón y juguetea con el anillo de plata liso que adorna su pulgar. Observa cómo sus hombres discuten entre ellos y decide intervenir antes de que lleguen a las manos. A veces el intercambio de ideas se vuelve demasiado acalorado. Ha tomado una decisión y ya es hora de calmar los ánimos.

—Vale, ya he tenido bastante de vosotros. Esta noche no iremos a los muelles y tampoco recogeremos la mercancía.

Todos dejan lo que están haciendo y lo miran expectantes. Lo que dice no tiene sentido.

—Pero, Ryuu…

—Tranquilo, Yuki. He tomado nota de lo que habéis dicho y

estoy de acuerdo con que tenemos que imponernos de alguna forma, pero no a costa de que perdamos la mercancía, los hombres que vayamos a por ella, ni la red que estamos tejiendo. —Suspira por lo obvio de sus pensamientos y que sus hombres aún no se hayan dado cuenta—. Voy a acordar una nueva entrega con nuestros contactos en un lugar diferente. Solo yo sabré cuándo y dónde se realizará. Os pido que estéis atentos y disponibles en las próximas cuarenta y ocho horas. Hablaré con el *Oyabun* para comunicarle mi decisión y ver si tiene alguna objeción.

Un grave silencio se cierne sobre ellos que rumian las palabras de Ryuu. Saben que es una buena idea y bastante obvia y seguro que ahora se están planteando por qué no se les ha ocurrido a ellos. Bueno, no, Jun estará imaginándose desmontando y limpiando un rifle de francotirador *Heckler&Koch PSG1* con el que los cubrirá la noche en que tenga lugar la misión.

—No hay nada más por ahora. Cada uno a sus rutinas y atentos a los móviles. Nos vemos. —Antes de que puedan abrir la boca Ryuu se levanta de la mesa y camina con paso airado hacia la puerta de la cafetería. Tiene mucho trabajo que hacer para replanificar la operación y adaptarla a la nueva situación.

En poco más de cinco minutos llega a su apartamento y, tras descalzarse, se tira en el sofá dispuesto a hacer todas las gestiones.

Le ha costado más de una hora hablar con el primero de los implicados. Al *Oyabun* no le ha gustado su decisión. Ha tenido un arrebato de ira nada desdeñable, pero tras mucho dialogar ha comprendido el punto y finalmente lo ha aceptado. Ichiro es un hueso duro de roer. Él, como todo el clan, depende directamente del *Kumicho*[2] de Kobe, Japón. Está sujeto a una serie de directrices que les hacen cumplir a ellos y la tensión es máxima. Menos mal que Ryuu conoce a Ichiro desde que eran unos críos. Estuvieron un tiempo desconectados, que Ichiro aprovechó para hacerse un nombre dentro de la organización y ser un activo tan importante como para que se le diera la responsabilidad de establecer todo un clan en esta zona.

El trabajo no es pequeño. Imponerse en un barrio con una

idiosincrasia tan marcada como es Chinatown dentro de Los Ángeles es muy complicado. Lo bueno es que ya existía una amplia comunidad japonesa en la zona: Little Tokio, pero no es suficiente. La idea es comerles terreno, a todos los niveles, a las Tríadas que dominan la zona desde casi su constitución. Sus actividades incluyen la venta de drogas, trata de blancas, venta de armas, apuesta ilegales, ejecuciones por encargo y extorsiones para su financiación entre otras muchas cosas y negocios legales para el blanqueo del capital ilegal. El trabajo de Ichiro, y por ende de Ryuu, consiste en restarles poder y fuerza e ir ocupando sus negocios. En un principio se ideó el plan de hacerlo de forma silenciosa. Comenzaron estableciendo pequeños negocios regentados por japones que les eran leales, y como lo hacían los chinos estableciendo una deuda de sangre, pero este camino es lento y el *Kumicho* no quiere tener que esperar tanto para controlar los diferentes sectores. De ahí que ahora se encuentren teniendo que ser más agresivos con sus movimientos, aun así, Ryuu no está dispuesto a tomar demasiados riesgos. La cuestión es hacerlo con cabeza y de forma segura. Tiene claro que habrá enfrentamientos, pero no va a afrontarlos sin tener una cierta seguridad de salir victorioso.

Ahora tiene que llamar a sus contactos en los muelles. Debe acordar con ellos un nuevo punto seguro y debe hacerlo lo antes posible. Solo él conocerá la ubicación y se la hará saber a sus hombres solo en el momento adecuado. Se fía de ellos, claro que sí, pero no va a arriesgarse. Hay demasiado peso sobre sus hombros y tiene que ser concienzudo.

Calmado, y antes de realizar la última llamada, estudia los puertos cercanos y el coste que conllevaría variar el itinerario. El puerto de San Pedro, en Los Ángeles, tiene las dimensiones y el tráfico de mercancía suficientes como para pasar desapercibidos si se lo proponen, pero el sector está tan trillado y vigilado que es arriesgado, además, le han informado de que las Tríadas están prevenidas y preparándoles una emboscada, de ahí toda la conversación de la cafetería. No puede perder la mercancía o le daría un golpe brutal a la dañada visión que ya tiene el *Kumicho* sobre cómo se están haciendo las cosas en L.A. Suspira hastiado. De pronto una idea cruza su mente



y lo tiene claro.

CAPÍTULO 4. Primer día

Se para delante de las enormes puertas algo preocupado por qué le deparará su vida a partir de ahora. Mira hacia arriba observando el brillante edificio y suspira. Reacomoda sus ropas y plancha la corbata con sus manos antes de cerrar la chaqueta. Justo en ese momento se da cuenta de que unas gotas de té han debido caer del vaso y han salpicado su corbata arruinándola. Suspira. ¿Puede tener más mala suerte? Esconde como puede la maltrecha prenda entre la chaqueta y aspira aire, este está cargado de contaminación y hace una mueca de desagrado. Camina raudo hacia el interior del hospital imponiéndose a sus nervios. ¡Qué más puede salir mal!

El ambiente allí es bastante intimidante. Hay muchos pacientes en la sala de espera y, como observa, con múltiples dolencias. No tiene miedo al trabajo duro, de hecho, lo está deseando. Aspira de nuevo una última bocanada de aire, ahora huele a desinfectante, y se dirige al mostrador de admisiones para preguntar por la zona de administración. Una mujer negra de proporciones rotundas lo mira con recelo.

—Hola, buenos días. —Intenta continuar la conversación cuando suena el teléfono móvil personal de la mujer. Lo frena con un gesto de la palma de su mano para evitar que siga dirigiéndose a ella. Parker cierra la boca instintivamente.

La mujer descuelga y se pone a hablar con la que parece ser una amiga o un familiar y lo ignora deliberadamente. Las carcajadas de la recepcionista lo ponen nervioso porque le parece una total falta de respeto, aun así, espera paciente mientras mira la hora en su caro reloj cada vez más enojado.

—Señorita, por favor. Tengo un poco de prisa —la interrumpe Parker.

La mujer suelta el teléfono sin colgar a su interlocutor y se encara con él.

—A ver, *muchacho*, ¿no ves que estoy ocupada? Siéntate en la sala de espera que ya llegará tu turno. —Satisfecha con lo que le ha soltado vuelve a coger el teléfono y le cuenta la nueva broma a su oyente—. Te puedes creer que un tipo trajeado ha venido a decirme cómo tengo que hacer mi trabajo. Estos ricos con ínfulas piensan que por tener dinero pueden hacer lo que quieran, pues lo tiene claro conmigo. —Este último comentario exaspera a Parker agotando su paciencia. Sus padres le han pagado los mejores colegios y le han enseñado buenos modales, y normalmente es un tipo calmado, pero no puede evitar que su temperamento salga a flote cuando siente injusticias. Todo tiene un límite y el suyo ha llegado.

—No soy un paciente, ¡qué se ha creído! Vengo a ver al gerente y solo quería un poco de información y amabilidad por parte de alguien que pronto va a ser mi compañera y con la que voy a tener que trabajar codo con codo; aunque viendo la implicación que tiene con el desarrollo del mismo, me temo que no nos vamos a llevar demasiado bien. —Inspira para calmarse y continúa con su discurso. La recepcionista tiene los ojos abiertos como platos e incluso la boca se le ha descolgado—: Y ahora, siga con lo que está haciendo que ya buscaré el despacho por mis propios medios. —Parker se gira y camina hacia los boxes donde supone que encontrará a alguien más profesional y amable que esta señora.

—Disculpe, perdón. No sabía que era el nuevo médico de urgencia. —La mujer lo intercepta agarrándolo por el brazo. Una sola mirada basta para que lo suelte—. Por favor, no me lo tenga en cuenta. Lidio al cabo del día con mucho y a veces se me olvidan los modales. —La cara de la mujer es un poema y Parker, que en el fondo es un blando, ya casi la ha perdonado.

—Puedo entenderlo, pero piense que todo el que está en esta habitación —hace un gesto con la mano abarcando la sala de espera —, está por algún motivo y posiblemente sea por algo grave, así que sea más empática y hable con sus amistades en horas no laborales.

—Lleva razón. No hemos empezado con buen pie. Soy Amanda. —Le tiende la mano. Parker duda unos segundos, pero al final claudica.

Va a tener que trabajar con ella, es mejor llevarse bien. Su día ha comenzado bastante mal y no le apetece que siga así.

—Parker Blair. No ha sido un placer, pero espero que eso cambie. —Amanda le regala una tímida sonrisa y, ahora sí, le da con amabilidad las indicaciones pormenorizadas hasta el despacho del Gerente. Le ha explicado que él no debería entrar por urgencias para ir a las oficinas. La administración se encuentra en el edificio contiguo.

Mientras camina por los limpios y blancos pasillos piensa que el hospital es francamente intimidante. Es uno de los mejores, además de tener un gran programa para residentes se vuelca con la comunidad y atiende a personas sin seguro o con seguros insuficientes y esa es una de las cuestiones que ayudó a Parker a elegirlo.

Al provenir su familia de una larga estirpe de médicos su apellido por sí solo es un hándicap que él está dispuesto a superar. Le ha costado un gran esfuerzo desvincularse. Durante una temporada trabajó en uno de los hospitales de su padre, incluso hizo allí la residencia, muy a su pesar, y eso le valió para tener claro que no era el tipo de medicina que quería ejercer.

Rebusca en su memoria las indicaciones que le ha dado Amanda. Entre los nervios, el día que lleva y el pequeño malentendido, debe minimizar el asunto, no se siente muy centrado, pero debe hacerlo si quiere causar una buena impresión.

Una brillante placa dorada le confirma que ha llegado a su destino. Se cuadra. Inhala un par de veces. Recoloca la corbata dentro de la abotonadura de la chaqueta para que no se vean las manchas, ya que no le ha dado tiempo a ir al baño, y toca con los nudillos. Una voz profunda le da paso.

Un señor bajito. de rasgos hispanos. con barba blanca y una incipiente barriga lo recibe.

—Buenos días, soy Parker Blair. Siento la tardanza. —El hombre se incorpora y lo saluda de manera formal.

—Es un placer tenerlo en nuestras filas. Su tardanza imagino que

será porque se ha perdido —dice de forma casual, acomodándose en su sillón y ofreciéndole asiento a su vez. Le resta importancia a su falta de puntualidad—. Nuestro hospital es uno de los más grandes de California. Ya se irá haciendo con el espacio, muchacho. —La condescendencia lo pone de los nervios. Corresponde más a las ganas de alardear de cara a su apellido a que de verdad necesite poner de manifiesto las bondades del hospital. Estas hablan por sí mismas. Le molesta que le quite hierro a su actitud porque quiere estar a bien con su familia. Es excesivamente complaciente.

—Así ha sido. He tenido un pequeño problema de ubicación, pero al fin he llegado.

Se enfrascan en una charla aburrida sobre la organización, los valores y todas esas cosas de las que se tienen que hablar cuando se comienza en un nuevo trabajo, incluso lo ha invitado a un café, cuestión que ha declinado porque no le gusta en absoluto. Una de las cuestiones más relevantes es que por ahora no tendrá residentes revoloteando a su alrededor. Parker lo ve estupendo, no se siente preparado para hacer de niñera de alguien que está aún más verde que él. Después de firmar el contrato y darle unas ligeras nociones sobre el espacio, se excusa porque parece que él tiene una reunión importante que no puede eludir y lo deja al cuidado de una de las administrativas de la planta, para que le haga un tour y le cuente todos los pormenores de su cargo. Agradece que le dé un poco de cancha y que no siga haciéndole la pelota tan descaradamente.

El recorrido de la mano de la amable mujer termina en los vestuarios donde se despiden de manera cordial. Deja sus pertenencias en la taquilla que le han asignado y se pone la inmaculada bata blanca encima de su traje. Coloca la identificación en el bolsillo y suspira, contento y ansioso por su nuevo trabajo. Se siente preparado para salvar un montón de vidas.

CAPÍTULO 5. Plan reestructurado

—Señor Smith. Ha habido un cambio de planes. —Nota como el hombre al otro lado de la línea se tensa—. Nada que no podamos resolver. —Escucha un ligero suspiro—. Tenemos que concertar una cita para aclarar los términos. Le espero a las dos en el lugar de siempre.

—Perfecto —responde el patrón del Tiburón blanco.

Cuanta menos información se dé por teléfono mejor. Las líneas pueden estar intervenidas y eso sería muy malo para el negocio. Le queda aún una hora para el encuentro. Aprovecha para revisar el plan y concretar algunas pequeñas cuestiones logísticas que sabe que a va a necesitar.

Quince minutos antes de la hora acordada, y con todos sus asuntos encauzados, se coloca los zapatos y la chaqueta y sale del apartamento camino de su reunión. Según lo acordado no llama a ninguno de sus hombres, él se basta solo para afrontar cualquier eventualidad. Eso no le haría mucha gracia a Ichiro que siempre quiere que vaya acompañado por alguno de ellos para que le cubra las espaldas, sobre todo después de la paliza que recibió hace unos meses, pero Ryuu no quiere niñeros y ha rehusado en todas las ocasiones. No le tiene miedo a un par de golpes.

En la calle divisa a Bob, el indigente que se pone en la esquina de sus apartamentos, siempre lleva una enorme bufanda de cuadros rosas y azules y un raído gorro de lana rojo. No es nada discreto, pero es lo único que el pobre hombre ha logrado conseguir para aislarse del frío. Sonríe de medio lado ante la imagen. Saca unas monedas de su bolsillo y un pequeño papel doblado. Al pasar por su lado deja caer lo que lleva en su mano sobre una caja de cartón a sus pies y con una mirada intensa le hace un gesto afirmativo con la cabeza. Bob le dedica una pequeña sonrisa y sigue acariciando al perro que tiene a su lado.

Camina durante unos quince minutos hacia la cervecería en la que ha quedado con el patrón. Hace frío, pero a Ryuu no le molesta caminar y no aprecia demasiado el viento helado que golpea sobre su rostro. Es un hombre curtido. Los paseos por el barrio lo mantienen conectado con lo que se cuece a su alrededor. Llega, por fin, a la gran cervecería de aspecto industrial y cosmopolita. El bar está regentado por un americano, pero tiene trato con ellos. Comprendió que el negocio le iría mejor si tenía buenos contactos, eso y algún que otro pequeño chantaje sobre unos asuntos con las drogas.

Ryuu entra por la puerta trasera que da directamente a las cocinas y camina por el interior saludando al personal. Suele ser el centro de reuniones habitual y nadie se sorprende de verlo por allí. En una pequeña mesa cuadrada, colocada en una esquina, ya se encuentra sentado el señor Smith.

—Hola, siento la reunión de urgencia.

—No se preocupe. ¿Qué es lo que pasa? La mercancía está lista y los papeles en regla. Tenemos que descargar o levantaremos sospechas —se apresura a justificar el capitán del Tiburón blanco, algo alterado por tener que encontrarse con el *Waka-Gashira*[3] de la Yakuza.

—Tranquilo, soy consciente de lo que se está jugando. La mercancía será entregada, pero hay un cambio de planes respecto al desembarco. Imagino que preferirá que todo salga sin contratiempos, ¿no?

—Sí, sí, por supuesto.

—Pues atento entonces.

El dueño del restaurante les sirve unas cervezas artesanales bien frías y un par de hamburguesas. Ninguno de los dos ha pedido nada concreto, solo se dejan seducir por lo que tenga que ofrecerles. La conversación está yendo por el camino que Ryuu espera y el señor Smith asiente a todo lo que dice. Mejor, no le apetece tener que imponerse.

El *yakuza* ha sugerido que el puerto de Long Beach, a poca distancia del de LA, es la mejor opción dadas las circunstancias. Es

más pequeño y, aunque existe la posibilidad de que los detecten, ha estudiado a los vigilantes que estarán por la noche de guardia y ha encontrado varias acciones poco legales y jugosas con las que extorsionarlos, en el caso de que no se muestren colaboradores o no acepten los interesantes sobornos.

Mientras están comiendo llama a uno de sus hombres, experto en falsificaciones. Le pide que modifique los papeles de la mercancía y cambie el atraque a la nueva ubicación. Como tantas otras veces el método de recogida es el mismo. Lo mandará a un apartado de correos donde un hombre del señor Smith lo recogerá. El patrón lleva ya tres cervezas, pero parece un tipo curtido en esas lides, así que Ryuu no cree que vaya a restarle pericia a sus habilidades. Su falsificador le manda un mensaje a los pocos minutos asegurando que la documentación estará lista en dos horas y, ahora, todos conformes se despiden formalmente marchándose cada uno por su lado.

Ryuu camina hacia su pequeño apartamento, calmado y seguro de haber dejado solucionada gran parte de la operación. Habla con Hiroshi por el camino sobre el cambio de planes, confía plenamente en él, si no, no compartiría las noches de sexo, además es un buen estratega que organizará las rutas y los tiempos a la perfección. Delegar no es su fuerte, pero a veces es necesario. Seguro que todo sale según lo previsto. Este cargamento de armas ya tiene comprador y va a remover el avispero de las Tríadas, con suerte, alguna de las cabezas saldrá de su oscuridad y se dejará ver.

Ese pensamiento hace que su cabeza analice los datos que tiene hasta ahora de la organización. Conoce a uno de los lideres de las Tríadas: el señor Peng Bao. Se encontró con él hace unos meses. Los rumores de que la Yakuza se estaba estableciendo en el barrio llamaron su atención. El encuentro no fue demasiado agradable para Ryuu. Le partieron dos costillas, un ojo morado y la boca reventada, pero peor quedaron los otros. Definitivamente valió la pena al poder desenmarañar un dato relevante. Por supuesto, la pequeña paliza disuasoria no sirvió para nada. Bueno, sí, para que extremara sus precauciones respecto al enemigo al que tiene que enfrentarse. No debe subestimarlo, ya que está en el punto de mira de la otra

organización dado su peso dentro de la Yakuza. Ese es uno de los motivos por los que Ichiro no quiere que esté solo. Sabe que Ryuu se siente fuerte y es un rival a tener en cuenta, ya que es un muy buen luchador, pero nadie es infalible y las Tríadas están muy motivadas.

Las Tríadas se organizan, *grosso modo*, de una forma brillante. Existen tres cabezas en la cúspide, que se conocen entre ellos, que a su vez montan otra tríada a la que solo conoce el miembro que la constituye, siendo su composición totalmente ajena para los restantes, y así sucesivamente. Si uno de ellos cae y canta solo se desmontará parte de la organización. Por ese motivo es bastante complicado acabar con ellos. Necesitan conocer a los tres hombres de la cúspide para ir tirando del hilo desde arriba y al descabezarlos impedir que otros ocupen sus puestos. Puede que después de eso se reconstruyan, pero les será mucho más difícil.

Llega a casa cansado a nivel mental de todo el estrés del día. Va al dormitorio, se pone la ropa de correr y se va al Parque Histórico Estatal, que está a pocas millas de su casa. Intenta mantener el hábito todos los días, aunque su apretada agenda muchas veces no se lo permita. La lucha con su cuerpo para mantener el ritmo deja su mente en blanco y la aclara. Con el día que lleva necesita ese momento a solas consigo mismo.

CAPÍTULO 6. Conflictos

Está extenuado, pero contento. Ha sido un día muy duro. Trabajar en un hospital de estas características no tiene nada que ver con las pijas clínicas que regenta su padre. Esto sí que es un trabajo de verdad. Se siente bien al ayudar a la comunidad y poder atender a personas de todas clases sociales. Se ha hecho rápido con el manejo del centro, sobre todo por la ayuda que le han brindado sus compañeros. Está rodeado de un grupo humano muy heterogéneo y divertido que se lo ha puesto fácil.

Amanda, la administrativa de recepción, ha vuelto a disculparse por el malentendido de la mañana, incluso lo ha invitado a un sándwich, único alimento que ha ingerido en todo el día. Al final, resulta que no es una mala mujer, quizá sea cierto que su puesto es estresante y solo la pilló en un mal momento.

Sus compañeros lo han animado a que se vaya con ellos a tomar unas cervezas a la salida. Parece que es un ritual que suelen hacer cuando termina el turno, sin embargo, él prefiere volver a casa, darse un baño calentito y recuperarse para el día de mañana que sabe que será igual o peor que el que ha pasado. No descarta aceptar la invitación en el futuro, pero no hoy.

Se cambia en el vestuario y revisa, distraído y con la cabeza en las nubes, su móvil. La pantalla se ilumina mostrándole dos llamadas perdidas de su madre, una de su padre y varios mensajes de su hermana.

Camino del coche decide llamar a su padre, que es con el que menos ganas tiene de hablar. Mejor atenderlo antes de llegar a casa porque sabe que se va a enfadar y prefiere que su casa sea un lugar seguro y alejado de las malas vibraciones.

Al tercer tono su padre descuelga.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué no me has cogido el teléfono? Llevo todo el día intentando contactar.

—Hola, me alegro de hablar contigo. —Este es el padre de Parker ejerciendo su control—. Sabías que hoy era mi primer día e iba a estar ocupado. No me vengas con esas. —Está siendo irrespetuoso, al menos a ojos de su padre, y eso le va a costar alguna frase hiriente por su parte, pero está demasiado agotado como para guardar las formas.

—Respeta a tu padre. Eres un malcriado. Claro, tu madre te ha mimado mucho y ahora no hay quien haga de ti alguien de provecho. —Parker lo sigue oyendo relatar y aleja el móvil de su oreja dejándolo hablar con el vacío.

—Sí, ya me sé todo eso —lo corta cuando parece que él no lo va a hacer por sí mismo—. ¿Qué quieres? Estoy cansado.

—¿Qué tal ha ido el día? —Escucha el teclado del ordenador de fondo. Claro, su padre no va a estar atento a la conversación. Atender a lo que su hijo tenga que contarle no es relevante. Lo primero siempre ha sido y será su trabajo. Parker se desespera y camina de un lado a otro del casi vacío aparcamiento.

—Bien, no me puedo quejar. Ha sido intenso, no te lo discuto, pero estoy contento. —En el tono de Parker se trasluce la felicidad.

—Me alegro. Le dije a Andrew que te cuidara bien, y espero que lo haya hecho o la enorme donación que voy a hacer al hospital se esfumará. —Se ríe—. Me podría haber ahorrado ese dinero si no fueras tan cabezota. Deberías parecerte más a tu hermana.

Demasiada información para procesar. Parker detiene su caminar nervioso y analiza todas las bombas que ha soltado su padre.

—Espera, espera. ¿Me estás diciendo que has tenido algo que ver con que me eligieran para el puesto? —su voz sale algo chillona al final.

—Por supuesto. ¿De verdad crees que eres tan bueno como médico? —Escucha una pequeña carcajada—. Hijo, tus notas son aceptables, pero no tanto como para que un hospital como el Cedars-Sinai te introduzca en sus filas sin tener experiencia previa o una carrera consolidada.

—¡No me lo puedo creer! Te dije que no te involucraras. Te lo

rogué incluso —la voz le sale entrecortada por la ira que está sintiendo. Ahora entiende el comportamiento del gerente. ¿Cómo no se ha dado cuenta antes?

—No te pongas así, tienes lo que quieres. Muchos matarían por todo lo que te doy. Parker, es mi manera de cuidarte. —La indignación del médico crece por momentos—. Tu madre me insistió mucho con que te ayudara y ya sabes cómo se pone cuando quiere algo. Tendrías que valorar más lo que te ha dado la vida. Mira a tu hermana. Ella sí que está agradecida por la familia que le ha tocado.

Parker respira intentando calmarse. Abrocha y desabrocha su chaqueta en varias ocasiones y es incapaz de quedarse quieto.

—No me compares con Chantal. No te he pedido nada. No quiero nada de ti. —Vuelve a respirar y con voz más firme continúa—: Estoy agradecido por la familia que tengo, pero no de cómo lo gestiona todo. Tengo que dejarte, papá. Ya hablaremos.

—Parker, no te atrevas a colgarme —grita su padre.

—Adiós.

«Mierda. Mierda. Mierda», se repite Parker. Debería haber supuesto que no todo era tan sencillo con su padre. Se maldice por ser tan confiado. Pensaba que lo había conseguido por sus propios medios y ahora se descubre quién estaba detrás de su tremenda suerte. Iluso.

Para colmo de males, cuando va a montarse en su Camaro ve una enorme rayadura que atraviesa toda la puerta del conductor. Se lleva las manos a la cabeza sin terminar de creérselo. ¿En serio? Maldice su mala suerte. Su preciado coche ha sido mancillado. Cabreado, revisa el aparcamiento por si viera a alguien sospechoso. Inútil. Esto ha podido ocurrir a las nueve de la mañana.

¿Por qué le sale todo mal? No sabe por qué protesta porque esto le ha pasado siempre. Si algo tiene que salir mal, saldrá.

Ofuscado, golpea el volante un par de veces para luego pasar amorosamente la palma por la piel como pidiéndole disculpas. Conduce a casa casi por inercia. Necesita verdaderamente ese baño y comer algo sano.

Una vez en casa se sirve una copa de vino mientras se va llenando la bañera. Su cabeza no para de darle vueltas a la conversación que ha tenido con su padre. Todas las revelaciones le hacen replantearse sus decisiones y sus acciones futuras, aunque ahora está atrapado por la situación y es una de las cuestiones que quería evitar a toda costa.

Sin conclusiones claras y más arrugado que una uva pasa sale de la bañera. Lo mejor es que sus músculos han recuperado algo de elasticidad. Prepara una ensalada rápida con lo que encuentra en el frigo y, antes de sentarse en el sofá a leer un rato, recuerda que como casi todas las tardes desde que se mudó, que no es hace mucho, el mejor espectáculo del barrio está a punto de ocurrir.

CAPÍTULO 7. Todo sale a la perfección

Siente el aire frío golpear en su rostro, pero no le importa. Le gusta la lucha que mantiene su cuerpo para resistir una milla más. Correr aclara sus ideas. Siempre lo hace escuchando música rock o alguna melodía que tenga buen ritmo y lo haga mantener el paso. Su entrecortada respiración sale por su boca en forma de un vaho denso que le alerta del frío que va a hacer luego. Son las siete y cuarto de la tarde y el sol hace bastante tiempo que se ocultó. Las personas que antes corrían, paseaban o jugaban por el césped parece que se han dispersado, solo se aprecian unos cuantos locos como él que aún persisten en su cometido.

Correr calma a Ryuu. Normalmente hace un recorrido de unas cinco millas, pero hoy piensa hacer algunas más, necesita despejarse y agotar el tiempo antes de la misión. Sabe que todo va a salir bien, pero no le apetece estar en casa dándole vueltas.

Gira su muñeca para ver su reloj, ya que no puede demorarse porque a las once ha quedado en el puerto y una hora antes pretende hacerlo con sus hombres. Tiene demasiadas cosas que hacer todavía. Encara la calle de su apartamento y divisa una figura en el balcón contiguo al suyo. Es su particular acosador. Ha observado que desde hace unos días su nuevo vecino lo recibe de la misma manera. No cree que invariablemente el hombre esté asomado cuando vuelve de su habitual carrera. Su vecino disimula mirando al infinito, pero Ryuu sabe que lo observa a él. ¿Casualidad? No lo cree. Debería investigar de quién se trata por si en un futuro le pudiera crear problemas, pero por el momento no ha tenido tiempo para pararse en esos menesteres. No le da más vueltas. Lo cree inofensivo y no es de los que le moleste que lo miren, de hecho, suele crear ese efecto en la gente, cree que es debido a su mezcla genética que no ha salido demasiado mal.

Ya en casa, se bebe casi una botella de agua mientras calma su corazón y enciende el termo para darse una ducha rápida. Una vez aseado y con las endorfinas danzando a causa del ejercicio, se prepara

una cena ligera y llama a Hiroshi al que, mediante una conversación en código, pone al tanto de la operación de esta noche. Él se encargará de citar a los demás.

Un rato después recibe un mensaje de Hiroshi confirmando que los transportes tienen la ubicación y los horarios a los que deben salir. Los vehículos son de marcas, modelos y colores distintos y salen en momentos y desde lugares diferentes, así evitan levantar sospechas y que los sigan. Recibe la confirmación de su hombre de campo y respira aliviado porque la máquina está en funcionamiento. Todo debe salir bien. «Y así será», se repite convencido.

Diez minutos antes de que sea la hora de recogida abre la caja fuerte que está escondida en una falsa pared dentro de un armario. En ella tiene algo de efectivo, un móvil de repuesto con un duplicado de su tarjeta, algunos documentos para cubrirse las espaldas y su Beretta 92 FS. Coloca la pistola en la parte de atrás de su pantalón vaquero ocultándola con la camiseta y la chaqueta de cuero. Hace un repaso mental más por rutina que porque lo necesite. Un pitido del móvil lo sobresalta, mira la pantalla y comprueba que son sus chicos que ya están abajo. Arroja con fuerza su rebelde pelo negro hacia atrás y resopla con fuerza. La suerte está echada. Espera que tengan éxito, porque muchos acontecimientos futuros dependen de la resolución de este.

Yuki es el encargado de conducir. Es un tipo muy nervioso y hábil al volante. Sin duda es la mejor elección para el trabajo. Hiroshi le confirma a Ryuu que algunas de las furgonetas ya han salido y asiente con la cabeza al más serio de sus hombres.

En el trayecto hacia el puerto se palpa la tensión en todos ellos. Ninguno ha abierto la boca, están nerviosos. El primero en romper el silencio es el conductor, que demuestra su falta de experiencia en estas lides y el exceso de energía propio de su juventud.

—Ryuu, entonces, ¿Ichiro ha puesto muchas pegas?

—Habla con propiedad —le dice Hiroshi tras darle una colleja —. Se dice señor Ichiro.

—En esta discusión no entro porque para mí es mi tío. No

necesito las formalidades. —Taro nunca deja de poner de manifiesto su posición en la organización y eso hace que el grupo no se cohesione. Si pudiera lo mandaría a casa donde no pueda molestar.

Ryuu está tentado de soltar una carcajada. A duras penas se contiene.

—Deberíais decirle *Oyabun* —los corrige sutilmente.

—Pues tú siempre lo llamas solo Ichiro —responde Yuki.

—Yo lo conozco desde hace mucho, además soy su mano derecha. No os paséis. —Por el espejo retrovisor ve como Taro tuerce el gesto. Le molesta que se lleve bien con su tío porque eso le resta posibilidades para escalar posiciones. El tipo querría quedarse con su rango. Lo tiene muy claro—. Respondiendo a tu pregunta, Ichiro ha entendido los inconvenientes y ha apoyado el nuevo plan. Así que hay que hacerlo esta noche todo bien para no defraudarlo. ¿Está claro? —los alecciona.

—Por supuesto, jefe. Tengo un pálpito y nos va a salir todo perfecto —responde Jun—. He sacado a pasear mi Smith & Wesson modelo 29 de cañón largo —sonríe sobrado— y siempre me trae buena suerte.

—Eso es una antigualla. ¿Aún existen? Pensaba que ya no los fabricaban —replica Yuki.

—Antigualla. No tienes ni idea —responde con desdén—. Eso díselo a Harry el Sucio, al que lo sacó de más de un atolladero: «El revólver más potente del mundo» —dice con voz impostada imitando a su ídolo. Ryuu cabecea por lo surrealista de la conversación.

—Mi chica le da diez vueltas a esa mierda. —Taro mete una de sus manos por el interior de la chaqueta y muestra una Glock 17.

—Guarda eso. ¿Quieres que nos detengan? —lo amonesta Ryuu. Por una vez el sobrino del líder le hace caso, aunque su mirada de odio ha quedado patente.

Estos hombres se han criado en la calle. Sienten las armas como una extensión más de su cuerpo y algo necesario para su supervivencia. Casi todos provienen de familias que trabajaban a su

vez para la Yakuza en Kobe, o, como Hiroshi, formaban parte de los servicios secretos, así que ninguno ve problemas en mostrar sus pistolas abiertamente o en usarlas si se da el caso. Se creen con la fuerza y la autoridad para hacer lo que quieran cuando quieran.

—Bah, tu juguete está muy bien, pero lo mejor está en el maletero. —Jun le guiña un ojo a Yuki a través del espejo retrovisor. Ambos hombres sonríen bajo la atenta mirada de Hiroshi y la negación de Ryuu.

—Vamos a concentrarnos que nos queda poco para llegar. Dejemos de jugar, señores —corta la conversación Ryuu que los quiere centrados. Desliza el dedo por el pequeño tatuaje de su nudillo y juguetea con sus anillos.

Unos minutos después se divisan los mástiles de las embarcaciones y un poco más adelante los grandes buques mercantes. Estacionan el coche en una zona poco iluminada y se bajan estirando las piernas y calentando los músculos. La noche es bastante fría y de no ser necesario ninguno de ellos estaría a la intemperie.

Jun se acerca al maletero y saca un AK 74 y se la planta en el hombro como si llevara cualquier cosa, mostrándosela a los demás con arrogancia.

—Venga, otra reliquia —se descojona Yuki—. Los de las Tríadas van a salir huyendo, pero por la risa que les vas a dar con esa mierda que llevas.

Jun se vuelve muy digno, rebusca entre lo que sea que lleve en el maletero y se levanta con un lanzagranadas M32 MGL de 40 milímetros. Ahora todos se quedan callados.

—Esa sí que es una buena arma. —Yuki se acerca a él ilusionado por el juguete y, asintiendo con la cabeza, se ponen a dialogar sobre las bondades del aparatito. Estos dos siempre están igual.

—Dejaos de tonterías. Jun, guarda eso porque no lo vamos a necesitar. Cada uno con un arma y como mucho el AK. Os necesito centrados. No es una broma y no estamos de juerga. Yuki, controla tu

energía y atento a mis órdenes. —Ryuu resopla. Son muy buenos en lo suyo, pero a veces deberían mostrar un poco más de respeto por lo que hacen. Coge una linterna del maletero y espolea a su segundo—. Hiroshi, vamos.

Dan unos cuantos pasos hacia el muelle, Ryuu enciende la linterna y hace una serie de ráfagas obteniendo una respuesta a los pocos segundos. Es la señal que esperaba y la que le indica la dirección a tomar. Ryuu llega hasta el señor Smith. Se saludan con un ligero apretón de manos y cada uno se pone manos a la obra, sin fisuras. Hiroshi y Ryuu hablan con Smith mientras el resto rastrea el perímetro, atentos a los intrusos. Todo se mantiene en calma, tan solo alterado por el ruido del chirriar de las ruedas de las furgonetas al llegar.

Los marineros del Tiburón blanco descargan la preciada mercancía y la van colocando ordenadamente en los vehículos. Cuando el primero de ellos está cargado, Ryuu manda un mensaje a uno de sus hombres para que regrese a su posición y se marche con la primera furgoneta. Le ha tocado a Taro. La segunda sale al poco tiempo y en ella se marcha Jun, con la última parte Yuki. Cada uno de sus hombres tiene orden de ir a un almacén concreto y solo él sabe su destino, así evitan que en el caso de ser interceptados conozcan más de lo debido y puedan perderse las armas.

Todo está saliendo bien. Bastante bien dado el escaso tiempo de preparación. Los marineros son eficientes y no se retrasan, saben bien lo que se hacen. Cada uno tiene claro su trabajo y su papel. Ryuu charla con el capitán entre susurros sin quitarle el ojo a todo lo que sucede a su alrededor. Parece relajado, pero está preparado para sacar su arma ante cualquier eventualidad. Sus músculos están tirantes y una vena palpita en su cuello, casi la única advertencia que pone de manifiesto su tensión.

Cuando la última carga parte, Hiroshi y Ryuu se despiden de Smith hasta la próxima entrega y ellos vuelven al vehículo para reunirse con sus hombres en el sitio acordado.

CAPÍTULO 8. Encuentro en el club

El agente del FBI Buster Hoover vuelve a mirar por los prismáticos de visión nocturna y largo alcance. Su hombre le ha indicado el lugar en el que se hará la entrega. Tiene órdenes estrictas de solo observar y bajo ningún concepto intervenir. Buster está ansioso. Lleva siendo el supervisor de esta operación demasiado tiempo. Sabía que iba a ser larga, pero realmente más de tres años es demasiado. Empieza a estar asqueado de solo mirar y nunca entrar en acción. No se alistó en el FBI para hacer de *voyeur*. Los resultados deberían comenzar a materializarse. También hay otro problema añadido y es que no se fía de su hombre sobre el terreno. Sabe que está motivado y que es la mejor opción de la que disponían, pero aun así les recomendó a sus jefes que no lo eligieran a él. Su historial delictivo y su pasado suponen un alto riesgo, sin embargo, no había muchas más opciones disponibles y tuvo que claudicar. No tiene tanto poder como para imponer su criterio.

Estudia con detenimiento a cada uno de los hombres que aparecen en sus binoculares de visión nocturna. Se trata de despiadados miembros de la Yakuza que no dudarían en matar a cualquiera si así consiguen sus objetivos. Los analiza despacio agazapado entre las sombras y apretando los dientes con fuerza. Yuki, joven, delgado con pinta de crío, pero es temerario, territorial y una dinamita dispuesta a explotar con la mecha adecuada. Se incorporó al grupo hace relativamente poco, pero parece que todos confían en él y el tipo ha resultado ser una valiosa incorporación. Jun, el más alto de todos, fornido y serio. El pelo rapado y su robusto cuerpo le dan un aspecto intimidante. Siempre vestido a la última y obsesionado con las armas. Ha sido detenido en varias ocasiones por tenencia ilícita de armas, pero siempre ha conseguido librarse en el último momento. Taro, el sobrino del jefe de la Yakuza a este lado, un tipo voluble e inestable, bravucón y fuera de control. Tiene antecedentes por consumo de sustancias y pequeños trapicheos. También se le acusó de

violación y violencia de género, pero misteriosamente las mujeres se retractaron en el último minuto y nunca se llegó a juicio. Un tipo verdaderamente odioso. Hiroshi, un hombre grande con muchos músculos que es el primero en lanzarse al peligro para proteger a los demás, muy preparado en táctica, no obstante, perteneció al SOG, Grupo de Operaciones Especiales japonés. Lo licenciaron por conducta inmoral al ayudar a una organización criminal. Es un tipo a tener muy en cuenta y uno de los más válidos. Finalmente, Ryuu Aoyama, la mano derecha del *Oyabun* de Los Ángeles. Analítico, mordaz, frío y con una mente preclara que anticipa las jugadas. Su familia tiene una larga tradición dentro de la organización, como casi todos los demás, y ha sido criado en el *bushido*. Un grupo variopinto que juntos representan el corazón de la Yakuza en LA y su objetivo.

Odia esta misión. Se lo juegan todo al confiar en un solo individuo que en el último momento puede no serles leal.

Diez minutos más tarde, y tras asegurarse de que no queda nadie en el puerto, retira a sus hombres y se despide de ellos. Se propone ir a la central para hacer el informe.

—Buster, ¿te hace una cerveza? —pregunta su compañera cuando ya están montados en el coche. Mira su reloj y comprueba que son más de las doce de la noche. Suspira. Lo cierto es que le apetece desconectar un rato. Ya tendrá tiempo de hacer el papeleo mañana.

—Sí, vamos —claudica.

No es la primera vez que ambos se van a tomar algo a estas horas de la noche. Se deja guiar por Sara y terminan en un club de *striptease* de mala muerte cerca del puerto. No es el mejor lugar para una mujer, pero a ella nunca le ha amedrentado nada. El sitio está bastante tranquilo. Se piden una cerveza y deja vagar los ojos por la bailarina que se contonea sensualmente en ese momento sobre el escenario.

—¿Qué te pasa? —pregunta Sara como si no quiere la cosa—. Llevas un tiempo ausente y empiezas a preocuparme.

Buster le da un largo trago a su bebida y mira a su compañera sin verla realmente. Se conocen desde la academia. Siempre se han

llevado bien y la considera una buena amiga. Cuando el anterior compañero de Buster se retiró del trabajo de campo alguien de los de arriba consideró que estos dos podrían formar un buen tándem. No se equivocaban. Ella calma el carácter impetuoso e impaciente de Buster y a ella él le da el punto de decisión que le falta. No en todas las operaciones trabajan juntos, ya que los de arriba consideran que determinada información es mejor que solo la conozca uno de ellos.

Sara es una mujer muy afable y risueña, más dura que muchos hombres y sexi a morir. Lo único que le falla es la toma de decisiones y para eso está Buster. Es la segunda generación de migrantes italianos y está totalmente integrada en su comunidad. Al terminar la formación como agente se casó con un profesor de universidad quince años mayor que ella que debe estar esperándola en casa, ansioso por saber que se encuentra sana y salva. Ella parece no estar preocupada por el estado de su marido y siempre tiene un rato para dedicarle a él y escuchar sus múltiples quejas sobre el sistema y sobre todo lo que ve mal en el mundo. No es la primera vez que terminan llorando sus penas sobre una barra y tampoco será la última.

—Estoy cansado de esta operación y de ir tras el culo de nuestro infiltrado. Me parece que es un chulo y un prepotente y al final se va a volver contra nosotros. No me fío de él.

—No seas así. No tengo mucha información, ya sabes que es clasificado, pero por lo que sé el tipo se lo está trabajando y nos está facilitando información muy útil. Yo tengo fe en que consigamos nuestro objetivo. —Sonríe ufana. Los blanquísimos dientes de su compañera y su sensual boca lo distraen por un momento.

Un tipo alto con chaqueta de cuero pasa por su lado casi rozándolos. El agente levanta la vista y se encuentra con la oscura y desafiante mirada de Ryuu. Por un momento se queda paralizado. No sabe cómo alertar a su compañera para que no hable de más. El tipo de la Yakuza está acompañado por otro de sus hombres, Hiroshi Yamamoto. Tuerce el gesto. ¿Tienen que venir al mismo antro de mala muerte que ellos? ¿No habrá sitios en la ciudad? En ese momento recuerda que justo este local perteneció a la familia de Ryuu, como

muchos otros. El huérfano se crio en la adolescencia con su abuelo y pasó parte de su infancia vagando por locales como este. Maldice por la elección y por no reparar en la coincidencia antes.

Se sientan un poco más allá de su compañera repasándola con la mirada, gesto que molesta al agente sobremanera. Ryuu pide dos *whiskies* al camarero al que trata con familiaridad.

—Buster, ¿estás bien? Te has puesto blanco como la leche. —Sara se preocupa y lo agarra por el antebrazo para que la atienda y deje de mirar aquello que lo desconcierta. Hace el amago de girarse, pero en el último segundo el agente la retiene, impidiéndoselo con un leve cabeceo de negación. Ella termina comprendiendo que no debe hacerlo.

El agente no cree que puedan poner en riesgo la operación, pero sí es cierto que desentonan bastante con el ambiente y apenas miran a las mujeres y eso puede levantar sospechas. Sara por su parte no sabe qué pasa, pero confía ciegamente en su compañero y debe ser algo importante para poner al otro en ese estado.

Buster deja unos dólares en la barra dispuesto a marcharse lo más rápido posible. Se pone de pie con tranquilidad y abraza a Sara como si fueran una pareja de amantes. Ella se deja hacer, aunque le desconcierta la cercanía.

—Nos marchamos. Sígueme el juego —susurra en su oído arrojando su cálido aliento en su cuello y desplazando ligeramente los mechones de su pelo que le hacen cosquillas.

La agarra por la cintura posesivamente y la dirige hacia la puerta, alejándose de los nuevos visitantes.

Ryuu los observa por el rabillo del ojo mientras disimula jugueteando con su móvil. Frunce el ceño, pero Hiroshi le comenta algo y se centra en su amigo pasando de las dos personas que se marchan del establecimiento. Ya solo le queda esperar a que regresen los demás y le confirmen lo que ya sabe: La operación ha sido un éxito.

CAPÍTULO 9. No es que no le guste el sexo

Ha pasado una semana desde que comenzó en el hospital. Sus ánimos no están demasiado altos desde que se enteró, tras la conversación con su padre, de la enorme suma de dinero que pretendía donar —y que ya será un hecho— para que le dieran el puesto como médico de urgencias del Cedar-Sinai. Todos los días, invariablemente, se propone hablar con el gerente y renunciar, pero siempre se detiene en el último momento. Le gusta su trabajo y el equipo humano que lo rodea. Mantiene una lucha constante consigo mismo para ser fuerte y no acomodarse en lo que ha odiado toda su vida. Es una situación peliaguda que sabe cómo tiene que solucionar, pero aún no ha encontrado las fuerzas necesarias para hacerlo. No quiere deberle nada a su padre y este no es el camino.

Analiza fríamente la situación y preferiría mil veces trabajar en cualquier otro lugar, a pesar de que eso suponga dejar de ejercer la medicina, a claudicar y pasar por el aro de su padre. ¿Por qué ha tenido que joderlo todo?

Se da una ducha rápida, se pone unos pantalones de vestir con una camisa y un jersey. Hoy va a prescindir del traje. Después de los primeros días cambió su atuendo a algo más informal. Sus ganas de salvar vidas no han disminuido, pero sí la pasión con la que ejerce la medicina. Ni siquiera se afeita. Tampoco es que tenga tanta barba, se justifica. Prepara un té rápido y una vez listo va al garaje a por su coche. Por suerte, parece que hoy es un día tranquilo y sus comunes accidentes no han hecho su aparición. No quiere hablar muy alto por si volvieran. Cuando llega a su Camaro tuerce el gesto tras ver el feo arañón que surca el lateral izquierdo y, resignado, pasa la mano por la herida de su compañero. No ha tenido tiempo ni ánimos para repararlo. Al final, este trabajo le ha traído más disgustos de los que creía.

Conduce casi sin ganas hasta el hospital, planteándose si no debería cambiar de ciudad para dejar atrás toda la influencia de su padre y labrarse su propio camino bajo otros términos. Es un pensamiento que ronda su cabeza desde la universidad, pero que ahora empieza a cobrar fuerzas renovadas.

Aparca con dificultad en el estacionamiento de los trabajadores y tiene que recorrer una buena distancia hasta la entrada. Se acabó su buena suerte. Sabía que no iba a durar.

Amanda lo recibe con una gran sonrisa y advirtiéndole que el día va a ser complicado, porque hay un brote de un virus estomacal y las urgencias están hasta arriba. Se cambia en el vestuario y coge una mascarilla, lo que le faltaba es caer enfermo.

El día está siendo una verdadera locura. No sabe a cuántas personas ha atendido y las que le quedan aún. Se siente sudado y muy cansado. Los cuadros médicos son similares y se está planteando verdaderamente emitir una alerta sanitaria, porque no es normal que todo el mundo tenga lo mismo. Le han vomitado dos veces en la bata y se siente sucio. Los pobres pacientes no tienen la culpa de sentirse mal y no pueden controlarse. Se atreve a realizar una visual de sus compañeros y todos tienen las mismas pintas. Se están dejando la piel, como él. Eso lo llena de ternura. Si se marchase le va a costar bastante dejarlos. En el poco tiempo que lleva allí les ha cogido mucho cariño.

En un momento indeterminado de la mañana tiene un instante de calma y, tras pararse en la máquina expendedora y comprar algo de azúcar, se excusa con Amanda y decide acercarse a hablar con el gerente. No puede quitarse ese runrún de la cabeza. No tiene muy claro qué le va a decir, pero confía en que las palabas salgan solas.

El señor Ramírez está concentrado tecleando en su ordenador. Frunce el ceño cuando es interrumpido, pero al ver de quién se trata relaja sus facciones y una sonrisa bastante falsa aparece en su boca.

—Buenos días, o tardes. Ya no sé ni qué hora es —se excusa Parker—. ¿Podría hablar con usted un momento?

—Claro que sí, muchacho. Puedes interrumpir cada vez que quieras. ¿Cómo le está tratando el hospital? —Cierra la tapa del

portátil y se centra totalmente en la conversación.

—Bien, no puedo quejarme, aunque hoy está siendo especialmente duro.

—¿Quiere que le cambie el turno o que le ponga algún asistente más para descargarlo?

—No, no. Está bien así.

—Se le nota cansado. Espere un segundo y lo arreglamos en un momento. —El señor Ramírez descuelga el teléfono y con un tono bastante desagradable ordena a alguien que se presente en su despacho con celeridad.

—De verdad que no es necesario. Estoy bien. Puedo con esto y con más. Solo necesito adaptarme al ritmo.

—Le creo, pero si podemos facilitarle la estancia mejor, ¿no le parece? —Parker asiente. No sabe qué más hacer.

—Quería hablarle de un asunto. —Respira hondo y se atreve a hacer la pregunta—: ¿Mi padre ha tenido algo que ver con la contratación? —El gerente se revuelve incómodo en el asiento. Parece que las personas de una determinada clase social son muy reacias a hablar de este tipo de banalidades. Su gesto es la confirmación que necesita.

—Sí, bueno. El señor Blair ha sido muy generoso con nosotros, pero su currículo no es nada desdeñable. No piense que nos tomamos a la ligera la salud de nuestros pacientes. Si hubiéramos considerado que no era apto no habría sido contratado. —Esas palabras lo dejan un poco más relajado, aunque es consciente de que no era el primero de la lista. Solo fue la oferta más generosa.

—Está bien. No quiero ningún trato de favor. Los acuerdos que tenga con mi padre son asuntos suyos. Si no soy lo que esperan me gustaría que me lo hagan saber cómo a cualquier otro trabajador.

El señor Ramírez lo mira sorprendido, aunque asiente levemente confirmándole que ha comprendido lo que quiere decir.

—Voy a volver a mi puesto que queda mucho trabajo todavía. No necesito a ese ayudante al que ha llamado. Me haré cargo por mis

propios medios. Gracias de todas formas.

Se aleja del despacho un poco abatido y convencido de que tiene que ser mucho mejor en su trabajo si quiere demostrar que merece lo que tan indignamente se le ha regalado. Esta tarde, con más tranquilidad, reflexionará sobre sus opciones y decidirá, de una vez por todas, si se queda en el hospital o si tiene que alejarse de las garras de su padre para poder ser valorado por sus propias acciones.

Con tan solo una barrita energética, dos tés y más de diez horas de trabajo, Parker sale por la puerta del hospital y se encuentra cara a cara con la persona que menos le apetece ver en este momento, bueno, casi la que menos le apetece ver, antes está su padre.

—Hola, Chantal. ¿Qué haces aquí? —le pregunta a la defensiva.

—Vine a ver qué tal le va a mi hermano pequeño, ya que él no tiene ni siquiera la decencia de contestar a mis mensajes o venir a ver a la familia. —Su tono de disgusto y prepotencia lo pone de los nervios.

—No he tenido mucho tiempo, lo siento. —Sigue caminando hacia su coche. Está deseando llegar a casa y olvidar este aciago día.

Su hermana lo sigue con paso decidido no dispuesta a dejarlo marchar sin más.

—Fiuuu. —Silva Chantal cuando ve el destrozo de su coche—. Parece que han dañado a tu bebé.

—No hagas más leña que ya tengo bastante disgusto. ¿Qué quieres? —le espeta aburrido apoyándose sobre la puerta del conductor.

—Mamá está preocupada y quiere que vayas a verla.

—Iré cuando tenga un descanso. Ahora mismo no tengo ni ánimo ni cuerpo para pasarme por la mansión y aguantar sus puestas en escena.

Recuerda la última comida familiar. A su madre se le ocurrió invitar a unos amigos. Le dijo que solo sería un matrimonio más y su hijo de dieciséis años, sin embargo, ella tiene distorsionado el sentido

de la familia y le mintió descaradamente para que no rehusara ir.

Cuando llegó a la casa había tres coches más aparcados en la extensa explanada. Eso ya debería haberle indicado que de familiar nada.

En el salón formal había preparada una mesa para diez. Cabeceó confirmando lo que ya suponía. No era la primera vez que le hacía una encerrona. Su madre y sus manipulaciones.

La comida discurrió con una cierta calma, cuestión que Parker agradeció, hasta que a su padre, que había bebido demasiado, le dio por hablar de los hijos y del legado familiar. Los invitados, de su mismo estatus social y, como él, con empresas que legar e hijos a los que formar para que perpetúen el negocio, se mostraron superorgullosos de que sus abnegadas proles siguiesen sus pasos y hablaban de ellos como niños ejemplares. Parker se creía a salvo mientras los escuchaba hablar, pero su padre tuvo que meter el dedo en la llaga y sacar a colación la acción que se vio formado a realizar para que su hijo fuera aceptado en el hospital. La increíble suma que le ha costado y cómo siempre tiene que haber una oveja negra en la familia, aunque aún le queda la esperanza de que entre en el redil como su hermana.

Los comensales secundaron sus pensamientos y las miradas se desviaron a un apurado Parker que no sabía dónde meterse. Su hermana lo miró con empatía y una cierta pena y eso no le gustó en absoluto. Lo que menos deseaba en el mundo era la lástima de su hermana. Si seguía imbuido en ese ambiente iba a terminar menoscabando su salud mental y su autoestima o vomitando, no lo tenía muy claro. Sabe lo que vale y lo que ha luchado para llegar donde está y ese tipo de comentarios solo lo dejan en mal lugar y como un pusilánime que necesita de las influencias de papá para labrarse un futuro en la vida.

Se excusó con su madre justo antes de los postres, alegó una emergencia en el trabajo y que tenía que marcharse. Eso le costó una pequeña pelea dialéctica con ella, no obstante, consiguió marcharse sin muchos más daños por ninguna de las partes. Desde entonces no

ha vuelto a pisar la casa familiar.

—Eres un hijo muy desagradecido. —Chantal chasquea la lengua reforzando sus palabras, aunque se trasluce un ligero tono burlón. No entiende como una chica con cara de ángel y que hasta hace poco era su mayor apoyo puede volverse tan malvada y calculadora.

—Dile a mamá que iré en mi día libre. —Parker se gira y abre la puerta del piloto—. Si no quieres nada más me voy a casa, que ya he tenido suficiente de todo.

—Está bien, está bien. —Levanta los brazos de forma dramática—. No esperaba pancartas en mi honor, aunque sí un poco más de cariño por parte de mi único hermano. —Atacarlo usando la baza sentimental es algo muy común en su familia, debe ir en sus genes.

—Me alegro de verte —claudica—, pero de verdad que necesito irme a casa.

—Está bien. Descansa y ya hablaremos en la cena. Que no se te olvide. —Le da un ligero beso en la mejilla—. Yo también te echo de menos—. Se gira, altiva como siempre, y se marcha por donde ha venido.

Parker odia comportarse así con ellos, sin embargo, no va a dejar que lo manipulen más de lo que ya lo hacen. Demasiado ha cedido a lo largo de estos años.

Frustrado, arranca el coche y se interna en el denso tráfico. Las calles están atestadas de viandantes correteando de aquí para allá. Las luces parecen más brillantes y los cláxones de los coches se escuchan por doquier. Cuando llega a su apartamento es noche cerrada. Su estómago y sus músculos rugen por igual, en señal de protesta por la tortura a la que han sido sometidos.

En casa sigue sus rutinas, aunque esta vez se da una larga ducha recreándose en cómo su maltratado cuerpo va cediendo al calor que lo recorre. Cierra los ojos, disfrutando del placer del agua deslizándose por su cuerpo, y por unos segundos se queda adormilado.

Sale apresurado, se seca vigorosamente y se coloca unos pantalones chinos claros y un jersey rosa de lana de cuello vuelto que suele usar en casa. No va a salir, o eso espera, pero desde pequeño le han enseñado que el pijama es solo para dormir y nunca se sabe cuándo puede llegar una visita. Es una de esas costumbres de su familia que le gustaría desterrar, pero están tan arraigadas que aún persisten.

Se da un ligero golpe en el estómago, notando como en apenas unos días ha perdido peso. Niega con la cabeza porque no puede permitirse perder más. Su salud puede resentirse y ya está demasiado delgado. Se hace una ensalada y coge algo de fruta acompañada por un vaso de leche.

Se sienta en el sofá y se dispone a cenar tranquilamente, aún queda un rato para salir al balcón a observar a su vecino volver de su carrera de casi todos los días.

Es extraño que busque esa pequeña rutina. Nunca ha sido un hombre de grandes pasiones. De hecho, solo ha tenido una relación estable, que tampoco duró demasiado. El sexo no llama su atención. Lo practicó en el pasado de forma mecánica, pero nada satisfactorio. Ni siquiera se masturba. No le apetece.

Estuvo muy preocupado por esa falta de atracción durante algún tiempo hasta que habló con un colega sexólogo y le explicó que podría ser demisexual. Está familiarizado con el término, pero no tiene claro si se trata de eso o es asexual. En su vida nunca ha sentido atracción por nadie. Su colega no le dio importancia y le aseguró que es una conducta lícita y que no se preocupara; si no lo necesitaba, perfecto, y si algún día eso cambiaba o lo hacía con alguna persona determinada, pues también estaría bien. Respiró aliviado y dejó de intentar experimentar con las relaciones o buscar momentos sexuales con otros que no le satisfacían del todo.

No es que no le guste el sexo, siente placer, como todo el mundo, simplemente no siente la necesidad de practicarlo. Lo hace con quien y cuando le apetece o con aquellas personas que llaman su atención por unas u otras razones. Por eso cuando comenzó a interesarse por las rutinas de su vecino, el corredor, se sorprendió

gratamente y es un ritual que no quiere dejar de hacer. Es algo inocuo y que le reporta felicidad.

CAPÍTULO 10. Asalto en el parque

Ryuu lleva unas semanas bastante tranquilas. Las micro operaciones que está realizando la organización se están desarrollando sin incidentes y están imbuidos en una pequeña calma chicha que no termina de agradarle. Le gustaría que todo sucediera más rápido. Ya va para tres años que están intentando introducirse en el mercado y se le está haciendo eterno.

Anoche quedó con Lisa en el hotel al que suelen ir. Es una chica preciosa con la que se acuesta de vez en cuando. Ambos saben a lo que van y no hay malentendidos. Dada su posición no puede permitirse mantener ningún tipo de relación fuera del sexo ocasional y para eso ella es magnífica. Una chica joven de curvas generosas con una melena castaña espesa y larga que puede agarrar mientras se la está follando.

Los gustos de Ryuu son algo extremos. Siempre ha sido dominante y exigente, así lo hace todo en la vida. No existen los términos medios para él. Su pasión es bastante conocida entre el clan y suele granjearse muchas proposiciones. No puede, ni quiere, atenderlas todas. Solo se acuesta con quien llama su atención verdaderamente o aquellos que muestran una ligera inclinación hacia la sumisión. Lo que sí tiene claro es que no le gusta repetir con los que ve que se van a pillar. No quiere equivocaciones. Ya las tuvo, al principio, con un chico que se obsesionó con él. Era un tipo extraordinario en la cama, pero no estaba dispuesto a establecerse en la monogamia. Tampoco era tan importante para él. ¿Follaba de muerte? Sí. Pero ¿quería follar con otras personas? También. La relación terminó de forma dramática y el chico se marchó de la ciudad de malas maneras. Sabe que le hizo daño, pero nunca le prometió nada. Por eso Lisa es una buena opción. Se acuestan. Hacen todo lo que les apetece, aunque sean pequeñas locuras, y luego cada uno a dormir a casa, como con Hiroshi y Nara, todo está claro entre ellos.

Se ata las zapatillas de correr, esas que le han costado un ojo

de la cara, hace girar los hombros, las rodillas y los tobillos para calentar sus articulaciones. Lisa le dio trabajo anoche y sus músculos se resienten, sonríe de medio lado recordando la escena. Recoge las llaves de la encimera de la cocina y se pone los auriculares de su pequeño reproductor con la música a toda pastilla en modo aleatorio. Camina hacia el parque desentumeciendo su cuerpo y gime porque su cabeza está aún un poco atontada. Se siente cansado, ya que no ha podido dormir todo lo que se proponía. Llegó tarde a casa y a Ichiro no se le ocurrió otra cosa que llamarlo a las siete de la mañana para concertar una reunión, así que su día de asueto se vio frustrado por el trabajo. Ya dormirá esta noche.

Se sentía como un zombi camino de la reunión, sin embargo, no podía no ir. Cuando tu *Oyabun* te reclama tú vas y punto. Como pudo se despejó con una ducha más bien fría y se tomó una pastilla con un café bien cargado, ya no era un jovencito y su cuerpo se lo recordaba a cada momento. Taciturno y malhumorado salió hacia el lugar acordado.

Ichiro estaba muy contento, solo lo había convocado para volver a felicitarlo y charlar un rato con él. Todos los planes estaban saliendo a pedir de boca y las llegadas de armas al puerto eran regulares. El plan de Ryuu era bueno y se siguió ejecutando de la misma manera, con ligeros cambios para evitar sorpresas. No es la primera vez que recibe halagos por su forma de hacer las cosas, aunque en esta ocasión le ha insinuado que si sigue haciéndolo tan bien puede que consiga un ascenso. Como sí él quisiera más responsabilidades de las que ya tiene. Qué iluso es el ser humano a veces.

Con los músculos calientes y las articulaciones chirriando comienza a trotar. El aire se siente mucho más frío estos días y corta la piel de su cara estirándola al impactar.

Existe una gran tradición de ejercicio en L.A., pero nadie está tan loco como para salir a correr antes de una tormenta, porque eso es lo que parece que va a suceder en breve. Ryuu es un animal de costumbres, no lo va a parar un poco de agua y menos cuando su

cuerpo siente la necesidad imperiosa de eliminar las toxinas.

Imponiéndose a su mente acelera el ritmo. A los pocos minutos comienza a sudar profusamente y el aire hiela su sudor acartonando su pelo y su ropa. Debería haberse puesto la camiseta de mangas largas y los pantalones del chándal. Ya es tarde para arrepentimientos. Sube el volumen de la música aún más y aprieta el paso. Su mente se evade y deja de darle vueltas a todo lo que le preocupa. Observa cómo las tristes farolas de luz mortecina iluminan el camino de tierra y una fina llovizna, que pronto se convierte en una lluvia intensa, se deja entrever entre la oscura noche.

Le gusta disfrutar de estos momentos y al estar solo en el parque lo disfruta doblemente sin distracciones ni molestos ruidos.

Lleva ya unas millas en lo alto cuando por el rabillo de su ojo izquierdo intuye una silueta que se mueve entre las sombras. Está atento, pero decide no darle importancia. Será un loco como él que ha decidido salir al parque. A los pocos pasos otra sombra parece desplazarse por su flaco derecho. Eso sí que lo pone en alerta. Sus sentidos se agudizan y sus oídos palpitan anticipándose al peligro. Disimuladamente retira los auriculares de sus oídos y los deja caer sutilmente sobre sus hombros, pero no mengua su paso.

Su cerebro se despeja por completo y valora las opciones. Quizá las operaciones exitosas de estos días hayan escocido un poco a sus rivales y vienen a felicitarlo, ironiza en sus pensamientos. Puede con eso e incluso lo comprende. Tendría que haber sido previsor y haber estado preparado. Es una jugada que él mismo haría.

Acelera el ritmo por si pudiera salir del parque antes de que lo intercepten. No teme el peligro, pero tampoco es un necio. Jadea cada vez más fuerte por el *sprint*. Ya ni siquiera siente el frío.

Cuando casi está llegando a la salida más cercana a su apartamento un grupo formado por cuatro hombres enmascarados aparecen frente a él. Gira su rostro al sentir que alguien más está a su espalda y ve a tres hombres más. En ese momento es inútil huir, así que frena su carrera. Se encara con ellos, apoyando sus brazos en las caderas y recuperando el resuello. El calor corporal evapora el agua

que cae sobre los cuerpos casi al instante, confiriéndoles un aspecto fantasmagórico. El aire es gélido y penetra en sus pulmones por las grandes bocanadas que está dando haciéndole daño en el proceso. Una sonrisa cínica aparece en su cara.

—Buenas noches, señores. ¿Se han perdido? —Lo de mantener el pico cerrado en estas ocasiones no es lo suyo. Siempre le sale la vena macarra.

—No te hagas el listo. Tenemos un mensaje para ti —responde el que está ligeramente más adelantado y que debe ser el cabecilla del grupo.

—Habla. Ya estás tardando, que me estoy congelando el culo.

—-Dile a tu jefe que deje de meterse en nuestro territorio.

—¿Qué territorio? No sé de qué me hablas —sonríe tranquilo.

—No te hagas el tonto. Sabemos quiénes sois y lo que pretendéis. Esto se acaba hoy. —Con un ágil movimiento el tipo saca una navaja de mariposa de su espalda y con pericia la agita de un lado a otro para abrirla. Es el pistoletazo de salida que necesitan los demás para hacer lo mismo con sus diferentes armas.

—Aún estáis a tiempo de iros sin consecuencias. Yo que vosotros me lo pensaría. —La chulería vuelve a hacer acto de presencia.

—No me hagas reír. Somos siete contra uno. Déjanos darle el mensaje que debemos a tu jefe y no te haremos más de lo necesario.

—Ya tuve mi fase de colegio. Yo no soy el mensajero de nadie.

Ryuu, con una rapidez inusitada, da un paso largo para acortar la distancia hacia el tipo adelantado y le lanza un *jab* con el brazo derecho a la cara y cuando el rival queda aturdido, le mete un *crochet* con el brazo izquierdo a la mandíbula que impacta de forma fulminante. El tipo sacude la cabeza, afectado, y grita una orden en chino haciendo que los demás lo ataquen. Los hombres lo rodean y todo sucede muy rápido. El tipo de su izquierda le lanza una patada circular a la cara que consigue esquivar y contraataca con otra baja en la rodilla rompiéndosela. Otro de los esbirros se abalanza hacia él,

Ryuu reacciona y lo noquea con un golpe seco con el dorso de la mano en la garganta haciéndolo caer al suelo.

Dos de los hombres que están a su espalda lo atacan, uno le da una patada traicionera en el costado y otro, que se mueve a la velocidad del rayo, un puñetazo en la boca partiéndole el labio que comienza a sangrar. Estos golpes no merman su ánimo. Se gira chulesco y espeta:

—Ya solo quedáis cinco. Parece que la situación se está igualando. —Escupe un poco de sangre y los mira con sus fríos ojos negros que están llenos de determinación.

Una nueva ronda de golpes, patadas, puñetazos y juego sucio hacen a Ryuu jadear. No esperaba que el entrenamiento de hoy fuera tan duro, aunque nunca le hace ascos a una buena pelea.

El combate se para durante unos instantes en los que todos respiran entrecortadamente por el esfuerzo. La balanza se inclina a su favor. Con una batida de sus ojos comprueba que sus atacantes están peor que él. Espesas gotas de agua caen con fruición sobre sus cuerpos y el frío se acentúa helándole la sangre.

—No me hagas sacar la pistola, porque si es así tu destino será aún peor —le advierte el cabecilla, que con la furia de la batalla se ha quitado la máscara. Ryuu lo observa a conciencia. Es un tío normal sin nada que destaque en sus rasgos. El *yakuza* detecta una especie de tatuaje en su cuello.

—Si quisieras matarme ya lo habrías hecho hace tiempo. Deja tu bravuconería y enfréntate a mí sin la ayuda de tus hombres. —Tiene que acabar pronto la pelea antes de que entren en juego otros factores, como la policía o que a alguno se le vaya la mano por la impotencia.

El hombre asiente y se acerca a él. Los que quedan en pie los rodean. No se fía un pelo de que sean honorables, pero es la salida más honrosa. El tipo baila a su alrededor sin decidirse a atacar o quizá analizando por dónde puede hacerlo.

—¿Vas a tardar mucho? Esta noche juegan los Lakers y nos los

estamos perdiendo —lo incentiva para que cometa algún error.

El hombre le lanza una estocada con la navaja y Ryuu da dos pasos rápidos hacia atrás, lo que lo deja fuera de distancia, esquivando por muy poco el filo. En el momento en que el hombre recoge el brazo de la navaja el *yakuza* se abalanza contra él, agarrándolo del pecho y lanzándole un cabezazo contra la cara, con tan mala suerte que el otro le pincha con la navaja en el costado. Los reflejos de Ryuu lo hacen reaccionar y agarra el brazo que porta el arma. Forcejean durante un instante hasta que consigue que la suelte. Salta hacia atrás poniendo una distancia prudencial entre ambos. Sisea por el dolor y se lleva la mano a la puñalada. Está sangrando bastante, pero no cree que sea de gravedad, aun así, tiene que terminar el juego o se puede convertir en algo importante.

—Ya me he cansado de tanta tontería. —Con dos zancadas se aproxima al cabecilla y lo vuelve a agarrar por la pechera. Observa el feo tatuaje que tiene en el cuello, que parece representar rayas que se cortan. Hay que estar muy colgado para escenificar así a los enemigos que aniquila. Con cierto asco le susurra sobre su cuello—: Diles a tus jefes que tengan miedo, porque la Yakuza se va a quedar con todo lo suyo. —Acto seguido le vuelve a dar un fuerte cabezazo que reabre la herida de su ceja que sangra aún más. Comprueba que el tipo se ha desmayado y lo arroja contra el suelo con un empujón lleno de coraje.

Repasa con sus ojos llenos de rabia a los tres que quedan de pie, que parecen indecisos sobre cómo actuar. De entre las sombras una figura se recorta. Es un hombre bajo y delgado, vestido impecablemente con un traje de chaqueta negro con la corbata a juego y un paraguas del mismo color. El hombre de frente ancha y pelo cano observa a Ryuu con admiración. El *yakuza* resopla, aburrido de tanta parafernalia.

—Veo que no te ha sido difícil terminar con algunos de mis mejores hombres. Te felicito por ello. —El hombre hace una reverencia—. Ya me gustaría contar en mis filas con un par como tú y no con el inepto de Xen —dice mirando al hombre que está bajo los pies de Ryuu, que ante la mención de su nombre se espabila

incorporándose con dificultad.

La sonrisa que se dibuja en el rostro del enchaquetado hiela la sangre del *yakuza*. Ese hombre es alguien de poder. Todo su cuerpo se pone en alerta a pesar de las heridas y el cansancio.

—Dile, por favor, a tu líder que está en el punto de mira de Yi Zheng. —Se gira para marcharse cuando se vuelve de pronto, con bastante más agilidad de la que le corresponde a alguien de su edad—. Gracias por el espectáculo, y si decides cambiar al bando ganador, búscame.

Ryuu no sabe si reír o llorar. Casi sin haberlo pretendido se ha topado con otra de las cabezas visibles de las Tríadas. Como la vez anterior han tenido que darle una paliza para lograrlo, pero bien vale la pena. Repasa en su cerebro la información que tiene sobre ese tipo, lo reconoce. Regenta varios restaurantes en Chinatown y, si no recuerda mal, está casado y tiene una hija que va a terminar pronto el instituto. Tiene que investigarlo más a fondo. Pero ya está cazado.

Los hombres a su alrededor se ponen de pie ayudándose unos a otros sin prestarle atención, excepto el tal Xen que se gira mirándolo con un odio casi psicópata. Ryuu le regala una sonrisa de suficiencia. Los hombres se marchan tras Zheng sin dar más problemas y el *yakuza* suspira aliviado porque haya terminado la lucha. Está mayor para estas cosas y más después de una noche de sexo y alcohol. Camina a paso lento y con dificultad, presionando su herida y sacudiéndose el barro que se le ha pegado en la ropa. El frío lo hace tiritar con brusquedad y teme que se congele antes de llegar a casa, pero se siente feliz porque lo que ha averiguado hoy es muy importante.

CAPÍTULO 11. Urgencia

La cena le ha sentado muy bien y ha terminado de dispersar, en cierta forma, sus demonios, aunque sigue indeciso sobre qué hacer con su vida. Mira la hora en su Rolex y se pone en pie con nuevos ánimos. No le importa estar cansado ni hecho un lío, no se perdería este momento por nada del mundo. Para un rato interesante que tiene su día…

Abre la puerta corredera que da al balcón y una ráfaga de aire helado lo recibe. Se introduce de nuevo en la casa para coger el abrigo y vuelve a salir para espiar la llegada del corredor.

La noche se ha vuelto desapacible. Lleva más de quince minutos ahí parado, oteando el horizonte, y ni rastro del hombre. Por un momento piensa que quizá hoy no haya salido a correr. Nadie en su sano juicio lo haría. Se gira para volver a la seguridad y calor del interior de su apartamento cuando echa una última mirada. ¡Allí esta!

Una figura se recorta contra las luces de la calle. Parece su vecino, pero algo no va bien. No vuelve trotando como los otros días, más bien parece que cojea o algo similar. Su vena médica salta en su cerebro advirtiéndole de que ha debido pasarle algo. Se guarda sus pudores, se calza los zapatos, y sin más camina raudo hacia la puerta de la calle para interceptarlo en el descansillo. No se atreve a bajar al portal a por él y pasea nervioso de un lado a otro del pasillo a la espera. Escucha la llave en la cerradura del portal y un fuerte resoplido. El ascensor cobra movimiento y Parker se cuadra para recibir al que su cerebro ya considera su paciente.

Ryuu se apoya en uno de los laterales del pequeño ascensor, intentando conservar las pocas fuerzas que le quedan. Sus dientes castañetean como locos y mientras una mano presiona la herida la otra se cierne sobre su pecho intentando encontrar calor. Un poco más. Un paso más y estará en casa donde podrá llamar a sus hombres o al menos tumbarse en su sofá, descansar un poco y atemperar su cuerpo.

Las puertas se abren y ambos se mira a los ojos. Se reconocen o no, no lo tienen claro. Saben que se han visto alguna vez, pero no dónde.

No hay ni una sola palabra. Parker entra en el ascensor, pasa el brazo de su vecino por encima de sus hombros y se aferra a la cadera para poder cargarlo. Es un hombre fuerte y pesado y apenas colabora. Ryuu gime bajito por el tirón del médico, pero se deja hacer. No está para negar la ayuda de nadie.

Parker no se lo piensa mucho y lo dirige directamente hacia su casa, arrastrando con él al casi inerte cuerpo.

—A mi casa —castañetea el herido. No le hace caso, la suya está más preparada.

Con mucha dificultad entran en el apartamento y el médico barre con el antebrazo los objetos que tiene en la mesa baja del salón, sosteniendo como puede a Ryuu que está a punto de perder la conciencia. Un jarrón se hace añicos y un platillo metálico hace un tremendo estruendo, pero no les presta atención, se preocupará más tarde por esas nimiedades.

—No te desmayes ahora, aguanta un poco más. Háblame —sisea Parker levantándolo, ya que se le está resbalando por el costado, y dejándolo apoyado en la pequeña mesa.

—Me gusta como hueles —Ryuu solo balbucea y no tiene ni idea de quién es este desconocido, pero le gusta su olor y su aspecto —. Tienes que decirme qué colonia usas. —Parker pone los ojos en blanco.

—Vamos, ayúdame un poco. —Con mucho esfuerzo lo levanta de la mesita y lo acerca al *chaise longue*, donde lo recuesta contra la pared. Cuando le parece que está estable se mueve buscando con su mirada el móvil. Tiene que llamar a emergencias. Ryuu adivina sus intenciones y lo agarra por el antebrazo deteniendo su movimiento y llamando su atención. El médico, sorprendido, mira al hombre y lo ve negar con la cabeza. No sabe en qué turbios asuntos estará metido, pero no puede respetar su petición si su vida corre peligro. Determina realizar una evaluación y decidir cuánto de grave son sus heridas.

Con casi sus últimas fuerzas el *yakuza* se deja resbalar hasta que termina tumbado sobre el sofá, arrojando una fuerte exhalación. Está muy mullido y podría quedarse dormido ahí.

Parker se arremanga el jersey y su mente entra en acción. Corre hacia el baño a por su maletín de médico y unas toallas. Sube la calefacción casi al máximo para que entre en calor ya que está helado. Enciende el termo de gas y se lava las manos a conciencia. Durante todo el proceso no le quita el ojo al tipo que tiene tumbado sobre *su* sofá en *su* salón. ¿Cómo ha llegado a este punto? ¿Le han dado una paliza? ¿Por qué se mete en estos líos? Descarta todas sus preguntas y dudas, ya habrá tiempo de responderlas más tarde.

Ryuu ha quedado inconsciente y desmadejado sobre el sofá, que parece pequeño bajo la enorme envergadura de su cuerpo. El médico se coloca unos guantes de látex y comienza la revisión. Le toma el pulso, que es algo errático pero no preocupante. Revisa sus pupilas y son normales. El corte de la ceja sangra. Necesitará puntos, pero no es demasiado profundo. No es su prioridad, igual pasa con el de la boca. Tiene algunos golpes en el rostro, pero no parecen importantes, aunque le dejarán morados.

Agarra las tijeras y corta la camiseta que está empapada de agua, sangre y tierra. Con cuidado va retirando la tela inservible. El cuerpo de Ryuu se estremece a pesar de que la temperatura de la casa es elevada. Con calma lo cubre hasta la cintura con la manta que siempre tiene en el sofá y se pone manos a la obra.

Tiene especial cuidado en la zona donde se concentra más sangre. La tela está hecha girones. Retira las fibras que se han apelmazado sobre la herida que no para de sangrar. La manipulación parece abrirla aún más. Con unas gasas limpias presiona la zona mientras con cuidado retira toda la camiseta, haciendo gestos con la boca por la concentración.

Vuelve a valorar el aspecto del torso. Tiene varios golpes ligeramente amoratados en el pecho y en el otro costado, pero no son demasiado graves. Palpa la zona para cerciorarse de que no haya nada más importante. Por el sitio en el que le han dado el navajazo no

parece que haya afectado ningún órgano vital, aunque no para de sangrar. Limpia la superficie, primero con una gasa húmeda y luego con desinfectante, y sigue presionando con fuerza para que coagule un poco y le deje trabajar. Cuando controla la hemorragia agarra aguja e hilo y lo cose con pericia, no obstante, es cirujano y eso de coser se le da muy bien. El corte presenta buen aspecto. Vuelve a desinfectar la zona y le coloca un apósito. Saca un blíster de antibióticos y lo deja fuera del maletín, porque tendrá que tomárselos para evitar infecciones.

Salvado el primer obstáculo sigue con el rostro del desconocido. Limpia con una toalla la cara y gira su cabeza con cuidado buscando lesiones no visibles. No encuentra ninguna y respira aliviado. Las constantes siguen siendo buenas y ve que lo del labio es un corte producido posiblemente por un puñetazo. «¿En qué líos te has metido?»

En la ceja no tiene una, sino dos heridas que parecen ser por impactos sucesivos. Con gasas limpias y suero fisiológico le da pequeños toques para retirar la suciedad y la sangre seca. Una vez que tiene una mejor visión, desinfecta ambos cortes, le pone puntos de aproximación y con mucho cuidado los cierra lo mejor que puede. Le va a quedar una cicatriz de unos cuatro centímetros. Hace lo que puede porque no le gustaría estropear su hermoso rostro.

Cuando se queda conforme con la atención recoge eficiente todo lo que ha desplegado en el salón, y lo que tiró antes al suelo, y cubre el cuerpo del tipo con la manta para que no se enfríe. Ahora solo le queda esperar.

CAPÍTULO 12. Amanece

Parker ha pasado casi toda la noche en el sofá del salón en un duermevela, pendiente a cada momento de su paciente. El hombre no se ha movido demasiado. En diferentes ocasiones ha revisado las heridas, que parecen no sangrar y eso lo tranquiliza. Es muy buena señal. No tiene fiebre y ronca como un bendito. Le da hasta envidia.

Cansado de dar vueltas y más vueltas sin terminar de dormirse, se levanta para preparar un té y avisar en el trabajo de que hoy no podrá ir. Le sabe mal excusarse llevando tan poco tiempo en él, pero qué demonios, se va a aprovechar por una vez de la influencia que tiene su apellido.

Efectivamente, en el hospital no ha habido ninguna queja ni pega. Lo han aceptado como si entrara dentro de sus derechos. Por supuesto que los tiene, sin embargo, aún no se los ha ganado.

Mientras recoge la cocina escucha a su espalda la fricción de la tela al moverse y el crujir de la madera del sofá. Se gira preocupado porque su paciente pueda caerse.

Ryuu se despierta desorientado. Gira el cuello revisando cada recoveco de esa casa que es tan parecida a la suya y a la vez totalmente diferente. Está todo demasiado ordenado. Los colores son claros y armónicos, como los de la suya, pero destilan calidez por los pequeños detalles que salpican los muebles aquí y allá, tan diferente a la suya impersonal y aséptica. La luz entra sutilmente entre las cortinas dándole un aspecto irreal a la sala. Poco a poco su cabeza se despeja y le llega el flash de un hombre de bonitos ojos grises saliendo a su encuentro en el rellano de la escalera y metiéndolo en su casa. Su cabeza hace *click* y recuerda que lo vio por primera vez en la cafetería del barrio. Es el tipo que fue capaz de aguantarle la mirada por más segundos que cualquier otro y que pensó que era un pijo que estaba lejos de su hogar. Sonríe de medio lado. Valora sus heridas palpando la zona del navajazo. La tiene cubierta por un apósito. No le molesta en exceso. Hace muecas con la cara y se nota tirantez en la ceja y los

labios. Le dieron una pequeña paliza, pero peor quedaron los otros. Sonríe ampliamente por el recuerdo, abriéndose levemente la herida de la boca donde puede paladear el sabor a sangre.

Un movimiento en el frente llama su atención. Un hombre bien vestido y de cabello castaño se maneja en la cocina recogiendo los diferentes utensilios. Parece canturrear algo y su trasero se contonea al ritmo de su música. Sus ojos se centran en el espectáculo. Se incorpora despacio sobre sus codos y el leve sonido alerta al hombre.

Parker se centra en los ojos oscuros que lo observan analizándolo. Son fríos y muy intensos, pero también ve en ellos un poco de picardía y mucha inteligencia.

—La bella durmiente ha despertado —saluda mordaz. No sabe por qué se siente atrevido cuando normalmente no es así, aunque eso no quiere decir que no tenga confianza en sí mismo. Solo que no se comparte del todo con la gente. Es algo que desde pequeño le ha enseñado su familia—. Estaba a punto de llamar a los sanitarios. —Ryuu ni por un momento piensa que estuviera preocupado. Nada en sus gesto y actitud lo indica, pero tampoco está asustado y mira que la situación es para estarlo. Tener a un tipo que te duplica el tamaño, a lo ancho, con varias heridas, una de ellas de arma blanca, en tu salón no debe ser algo común.

Ryuu no contesta y sigue observándolo sin variar un ápice su expresión. Parker no cede y le aguanta la mirada. Si piensa que va a ganar este duelo estando en sus dominios está muy equivocado.

—¿Te apetece tomar algo? —Ante todo la hospitalidad. El *yakuza* asiente despacio—. Luego hablaremos y me contarás qué ha pasado.

Sin más se gira y diligente llena un tarro de agua.

—Imagino que eres más de café que de té. Por suerte para ti a mi hermana le gusta y tengo un bote. —No tiene ni idea de por qué le ha dado por hablar tanto—. ¿Puede ser solo y sin azúcar? —pregunta casi retórico. Gira la cabeza sobre su hombro para ver la confirmación de su paciente, ya que parece que no está muy comunicativo por las mañanas.

Ryuu no deja de observarlo, evaluando hasta dónde puede confiar en su vecino y por qué no ha avisado a la policía o a los sanitarios. ¿Por qué lo está ayudando?

El hombre sigue a lo suyo y el *yakuza* se incorpora del todo, quedando sentado sobre su cama improvisada. Sus músculos se resienten y mucho. Aunque es un espacio mullido nada comparable a una cama. La paliza no tiene nada que ver, qué va.

Se pone de pie algo tambaleante y siente cómo el otro hombre lo agarra por el brazo para estabilizarlo. Estaba de espaldas a él y en otros asuntos, pero parece que en realidad toda su atención se centraba en sus movimientos, si no, no se explica cómo ha llegado tan rápido.

—Ten cuidado. Tus heridas no son graves, pero sí serias.

Con cuidado estira sus extremidades y mueve su cuello, asentando sus articulaciones. Está sin camiseta, pero el salón tiene una temperatura más bien elevada. No la echa de menos, aunque ya pasado el peligro se siente algo violento y expuesto por tener la mitad de su cuerpo al descubierto.

—Me voy a dar una ducha. —Este tipo parece el dueño de todo lo que le rodea. La actitud desespera y encandila a Parker a partes iguales.

—Claro. La distribución debe ser muy similar a la de tu casa.

—Bien. —No deja de mirar a Parker atrapándolo.

—Espera un momento, te cubro las heridas y te das la ducha sin problemas —dice saliendo de su estupor.

Parker se aproxima a él y con delicadeza cubre la zona del navajazo con un parche a prueba de agua. Ryuu siente el cálido aliento del hombre sobre su piel y se estremece ligeramente. La carne se le pone de gallina y se incomoda por la reacción.

—Aquí tienes unos cuantos puntos que habrá que retirar en una semana. Te he dejado antibióticos para que te los tomes durante ese tiempo. Si ves que se infecta deberías ir al médico para que decidan. Veamos las otras. —A Ryuu le pone esa vena autoritaria. Se

nota que controla del tema.

Se pone de pie y es un poco más bajo que él, la altura justa. Ryuu se agacha ligeramente para darle un mejor acceso y siente los tibios dedos sobre su piel. Como antes, todo su cuerpo reacciona a su toque. No puede evitar realizar un escrutinio de su rostro. Tiene la piel clara e inmaculada y unas pestañas muy tupidas ocultan unos ojos de un gris muy claro. Es guapo. Muy guapo. Siente como manipula otro apósito y lo coloca en la ceja.

—Aquí puse puntos de aproximación que se caerán solos, y que sepas que te va a dejar marca —aclara terminando de colocar la cubrición.

—Una cicatriz siempre es atractiva. —Una sonrisa canalla acude a su boca que vuelve a abrirse por el gesto.

—Procura no sonreír demasiado o se te abrirá aún más el corte del labio —lo reprende. Es un profesional y debe velar por su paciente —. Ya puedes ducharte. —Le sale más como una orden que como una invitación. Cuanto antes se marche antes podrá respirar tranquilo.

Ryuu no contesta y camina hacia el baño. Nada más que el otro comienza a andar Parker se gira y enciende el termo. No le apetece seguir observando el cuerpo del tipo, bastante desconcertado se siente ya. Escucha el agua correr y va recogiendo el salón colocando todo en su lugar. Si hay algo que no soporta es el desorden. Puede ser un TOC o algo educacional, el caso es que se siente más seguro si todo está como él considera. Sigue preparando algo de desayuno para su invitado cuando repara en que no tiene nada de ropa limpia que ponerse ni toallas. Es algo paradójico pensando que su paciente vive a una puerta de distancia y que bien podría haberse ido a su casa.

Mientras rebusca entre su exiguo guardarropa se siente algo desconcertado. Vale que sea un hombre de pocas palabras, pero esperaba al menos algo de agradecimiento, no por nada, se ha llevado toda la noche en vela cuidándolo. Encuentra un pantalón de chándal amplio que casi no usa y una camiseta que tiene para cuando le da por hacer senderismo o ir al campo. Son lo suficientemente anchos para que le estén bien. Da varios golpes en la puerta del aseo, pero no halla

respuesta. Abre con cuidado y accede al interior que está repleto de vaho. En la ducha se recorta la imponente figura de espaldas. No puede ver su cuerpo en su totalidad porque la mampara de cristal tiene una molesta cenefa que lo tapa en parte. Una mancha de color en su espalda llama su atención. Un enorme tatuaje la decora por completo, desde los glúteos hasta la base de su cuello. El borrón de tinta parece intrincado y complejo, aunque no sabe lo que representa. Tendría que estar más cerca para poder verlo en detalle. ¿Pero qué está pensando? Debería dejar de sentirse obnubilado por este camorrista de tres al cuarto.

Deja la ropa y la toalla con cuidado sobre la tapa del váter y se marcha sin hacer ruido.

Ryuu siente un casi imperceptible sonido a su espalda, pero no se gira. No tiene ni idea de por qué su vecino le transmite seguridad. Sigue enjabonando su cuerpo y disfrutando de esta ducha que tanto necesita, con ese gel que huele a cítricos y que le recuerda al olor de su salvador. Cuando sale del baño se envuelve en la mullida toalla que misteriosamente alguien ha dejado sobre el váter junto con un puñado de ropa. Despeja parte del espejo de la condensación acumulada con la palma de la mano y revisa sus heridas. Tampoco está tan mal. No mucho peor que otras veces, diría que ha acabado mejor incluso, y solo de pensar en la información que le ha brindado bien ha valido la pena. Sonríe con la mitad de la boca que no está herida. Por fin tiene algo de información nueva. Ya queda menos.

CAPÍTULO 13. Algo con lo que no contaba

La ropa no es de su estilo, pero huele extremadamente bien y, total, vive a una puerta de distancia nadie tiene que verlo vestido así.

Regresa al salón/cocina y su enfermero particular lo espera con todo recogido y sentado en el sofá con un suculento desayuno ante él.

—¿Mejor tras la ducha? —pregunta Parker conciliador. Repasa al hombre con la mirada y reconoce que ver su ropa en ese cuerpo le gusta y mucho. El pelo, aún mojado, le cae lacio y rebelde sobre la frente, cubriendo parte de esos fríos ojos y confiriéndole un aspecto de lo más sexi.

—Sí. No ha estado mal.

—Siéntate y desayuna. El café se va a enfriar.

Ryuu se sienta cerca y revisa la cantidad de comida que hay. Está hambriento. Sin más da un sorbo al café y casi se le vuelven los ojos de lo rico que parece. Se lleva a la boca con ansia un trozo de fruta y unas tostadas con huevos revueltos. Todo está riquísimo o eso le parece. Parker solo lo observa devorar su comida con una ligera sonrisa en los labios y dando pequeños sorbos de su bebida. Por ahora lo dejará comer.

Con el estómago lleno el *yakuza* se recuesta en el sofá con una mano en la barriga verdaderamente saciado.

—Estaba todo muy bueno. —Sonríe de medio lado, retirando con la punta de su lengua una miga de pan que se ha quedado en sus labios.

—Bien. Cubiertas tus necesidades básicas, mantengamos esa conversación que tenemos pendiente. Me llamo Parker y soy médico. —Ryuu lo mira analizándolo y el médico le hace un gesto para que se presente también. Parece una presentación de alcohólicos anónimos.

—Yo soy Ryuu y soy, bueno, soy… mejor dejamos mi profesión. —Confesarle a alguien que eres un mafioso y que te dedicas a un montón de trabajos ilegales no es la mejor de las presentaciones, así que opta por dejarlo a la interpretación de Parker.

—Imagino que tu trabajo no es demasiado, digamos, legal a la vista de tu estado. Cuanto menos sepa será mejor.

—Creo que debería irme.

—Espera, tengo que revisar las heridas y tómate la pastilla. —Diligente se pone manos a la obra y termina en pocos segundos su trabajo bajo la intensa mirada de Ryuu que lo pone nervioso—. Listo. —Sonríe esperando otra de vuelta que no llega.

—Tengo mucho que hacer —se excusa el *yakuza* separándose de él y dejándolo totalmente desconcertado.

—Me ha encantado conversar contigo. Una charla de lo más reveladora. —El sarcasmo de Parker hace que se eleve la ceja sana de Ryuu—. Deberías curar las heridas y mantenerlas limpias. Podrían infectarse o abrirse. Te recomiendo que durante unos días no hagas esfuerzo ni salgas a correr. —Ryuu vuelve a elevar la ceja. «Ah, pillín, reconoces que me has estado observando mientras venía de ejercitarme».

—Bueno, no me preocupa mucho eso, tengo a un médico a una puerta de distancia. —Le guiña un ojo a un desconcertado Parker. Su voz sensual y grave le gusta. Una pena que hable tan poco—. Nos vemos. —Hace un gesto con la mano en señal de despedida y se marcha como si allí no hubiera pasado nada.

Parker no sabe cómo sentirse al respecto. Pensaba que iba a poder saciar su curiosidad sobre todo lo ocurrido y se ha quedado con las ganas. Quizá sea mejor así si no quiere meterse en líos. Su vecino tiene pinta de buscar los problemas y eso no entra dentro de las experiencias que quiere vivir. Ni siquiera le ha dado las gracias ni ha recibido ninguna explicación o excusa por su parte. Resopla frustrado.

Recoge, de nuevo, el salón y la cocina y se siente cansado por la noche en vela y el exceso de emociones. Repasa con la mirada todo

el espacio y nada indica que hasta hace un rato ha tenido un invitado inesperado.

Sacude su cabeza despejándose. Va al baño a darse una ducha rápida. El aseo está completamente recogido. Nada se encuentra fuera de su sitio. Le sorprende y le gusta que haya tenido el detalle de limpiarlo todo. Se mete bajo la ducha y su mente traicionera le trae de vuelta el recuerdo de su vecino, el macarra, en el mismo sitio en el que está él ahora. Pff, si no estuviera tan cansado… Se sorprende por las ganas de masturbarse.

Sale del agua, se envuelve en el albornoz y se mira en el espejo. Cuando va a retirar el vaho ve en un lateral una palabra escrita: «GRACIAS». Sonríe sin poder evitarlo ante el detalle de su vecino.

Ryuu llega a su casa agotado. Ha aguantado el tipo delante de Parker, pero la herida del costado le está dando guerra. Su vecino se ha portado muy bien y le ha proporcionado todo lo que estaba en su mano. No ha hecho más preguntas de las necesarias y eso le ha gustado. No le apetecía mostrarse más borde de lo que ya ha sido. Parece un buen hombre que no se mete en líos y no quiere ni por un momento involucrarlo en sus asuntos. El detalle de dejarle la ropa en el inodoro le ha parecido generoso e implica que en algún momento de su larga ducha ha estado en el mismo espacio observándolo en su desnudez. No le preocupa mostrarse ante otros, sin embargo, en cierta forma algo de esa intimidad le ha gustado y le resulta realmente extraña. Como anfitrión no tiene precio. Cocina muy bien y es algo de agradecer cuando él no sabe ni freírse un huevo. Valora sus heridas con más calma y reconoce que el médico ha hecho un buen trabajo.

Coge el móvil de la mesa baja del salón y observa el espacio tan parecido a aquel en el que ha pasado las últimas horas. Su apartamento, a pesar de ser igual que el de su vecino, no tiene alma. Esa que su vecino ha conseguido en apenas unas semanas. No pueden ser más opuestos, piensa casi de refilón antes de revisar las notificaciones que parpadean en la pantalla.

Como esperaba tiene algunos mensajes de sus hombres y una

llamada de Ichiro.

Contacta con Hiroshi, le explica por encima lo sucedido y quedan en una hora en la cervecería de siempre, eso sí cuando hable con el líder no tiene otros planes para él. Se prepara otro café en su cafetera italiana mientras llama al *Oyabun*. No le apetece nada contarle lo que ha sucedido, porque sabe que desatará una reacción y no va a ser pacífica. Que ataque al segundo de la Yakuza una organización rival no es algo grato para nadie. Al tercer tono descuelgan.

—Ryuu. ¿Dónde estás?

—En casa. ¿Necesitas algo? —Él no lo llamaría si no fuera así.

—Sí. Me han dicho que has tenido una noche movidita. ¿Estás bien? —Ichiro a veces parece hasta humano y no tiene ni idea de cómo consigue enterarse de todo sin que él haya abierto la boca.

—No me quejo. No me han dado tan fuerte como la otra vez. Tengo un pinchazo en un costado. Nada preocupante. Estoy listo para lo que necesites.

—Eso es lo que quería escuchar. He pensado que tenemos que devolver el golpe. No puedo permitir que nos hagan esto. Es una falta de respeto. ¿Lo comprendes?

—Por supuesto. No esperaba menos. ¿Has pensando en algo concreto o lo dejas a nuestra imaginación?

—Tengo algo creativo y efectivo. Ven a comer conmigo y lo perfilamos. A la una donde siempre.

—Allí estaré. —Su nueva cita le da poco margen. Manda un mensaje a Hiroshi para anular la cerveza y quedan para después de comer, así podrá ponerlo al día tras hablar con el jefe.

Ryuu escribe una nota en un papel y se la mete en el bolsillo junto con unas cuantas monedas sueltas. Recoge sus pertenencias y sale unas horas más tarde vestido con sus ropas informales. Ha dejado las que le ha prestado su vecino pulcramente dobladas sobre una de las sillas del salón. Tiene que devolvérselas en algún momento. Debería haberlas lavado, sería lo correcto, pero no sabe por qué

motivo no ha querido retirar su olor de ellas.

En la calle observa al mendigo que está colocado en la puerta del supermercado de al lado con su característico gorro y su bufanda que desentonan. El hombre levanta la cabeza y lo mira con una ligera sonrisa socarrona. Fijo que es por el aspecto que presenta su cara. A Ryuu casi se le quitan las ganas de ser generoso con él. Al paso y sin pararse demasiado, ya está dándole demasiada munición para que se ría, vacía el contenido de su bolsillo en la ajada caja de cartón y retoma su camino hacia el restaurante favorito de Ichiro. Tiene una cita y no le conviene llegar tarde.

CAPÍTULO 14. Invitado ¿inesperado?

El día festivo improvisado se le está pasando volando. Lo cierto es que estaba muy cansado y la mayor parte del tiempo lo ha pasado dormitando en el sofá. Se ha despertado a orinar una sola vez y a beber un vaso de agua. Ni siquiera ha comido. No echa de menos el hospital y no es porque no le apasione su profesión. La medicina es su vocación, ya le gustaría que no fuera así para poder cortar totalmente el vínculo con sus padres, pero no, quiere ejercer la medicina y sobre todo ayudar a las personas.

No le ha querido dar muchas vueltas a lo ocurrido con su vecino porque, vale que está muy bueno, pero es un delincuente y no pude concederle más margen del que ya le ha dado. Espera que se encuentre bien y no se meta en más líos.

A las siete de la tarde cuelga una llamada con su madre en la que se ha disculpado por marcharse de casa el otro día tras la cena, ella ha vuelto a insistir sobre arreglar la situación y ha propuesto hacer una cena informal al día siguiente. Ha sido muy insistente, mucho, y le ha arrancado una confirmación. No le hace gracia sufrir otra encerrona, pero tras la última espera y desea que tarde al menos un tiempo en volver a hacerlo. Decide tener un detalle con su hermana y le manda un mensaje confirmándole que mañana por la noche estará en la casa familiar. Así la dejará tranquila.

Hambriento saca un montón de ingredientes del frigorífico y pone agua a hervir. Le ha apetecido hacer pasta. Mientras el agua se calienta prepara los demás ingredientes para hacer un sofrito. Huele de maravilla. Está deseando hincarle el diente.

Una vez todo listo coloca un mantel individual y se sienta en el sofá casi salivando. En ese justo momento, y para su disgusto, suena el timbre de la puerta. Su mirada se desliza entre la rica comida y el sonido estridente. ¿Quién vendrá a molestar ahora? Se levanta con todo el dolor de su corazón y se sorprende al encontrar apoyado contra la pared del descansillo a su vecino. Lleva unos vaqueros

desgastados con una camiseta blanca y como único abrigo una chaqueta de piel. Su pelo negro y lacio cae desordenado sobre sus oscuros ojos. Una leve sonrisa ilumina su rostro. Su actitud es muy sobrada y chulesca y eso solo le añade erotismo a la estampa. Sorprendido no sabe cómo reaccionar. Boquea un par de veces antes de preguntar.

—¿Va todo bien? ¿Se te han abierto las heridas? —Lo repasa inquieto.

—No, todo está bien, puedes revisarlas si quieres. —Se ofrece levantando la camiseta y mostrando su abdomen—. Te traigo de vuelta la ropa. He decidido ser un buen vecino.

Parker duda un segundo, pero al final le hace un gesto con la mano para que pase dentro. Esto comienza a convertirse en costumbre y su paz mental peligra y mucho. Ryuu deposita las prendas sobre la mesa baja con cuidado y repara en la comida. Con seguridad, como si se encontrara en su propia casa, se sienta en el sofá pinchando sobre el plato de espaguetis. La actitud del otro día no tiene nada ver con la de hoy. Se muestra seguro, eso sí es igual, pero muy parlanchín. Sus ojos oscuros, que le parecieron fríos, ahora se ven pícaros y risueños, como si estuviera jugando a algún juego que Parker aún no comprende. Lo mira atónito. ¿Se puede tener más cara?

—Mmmm. Pues sí que cocinas bien. Voy a tener que hacerme amigo tuyo para que me prepares unos táperes. —Sonríe sin dejar de comer.

— No te comas mi cena —lo regaña Parker—. Creo que habías venido a otra cosa.

— Sí, ya te he devuelto tu ropa. Ahora me quito la mía para que puedas volver a verme bien. No te pongas ansioso —juguetea Ryuu siendo muy consciente de que está siendo desagradable.

Parker enrojece hasta el pelo y aparta la mirada de su *invitado*. Bien, es la reacción que espera el *yakuza*. No le es indiferente. Nunca se sabe cuándo va a volver a necesitarlo. Dados los líos en los que se está metiendo últimamente le vendrá bien tener un médico en plantilla y este tipo, al que parece afectarle su presencia, sería alguien

fácil de manipular.

—Levanta de mi sofá y déjame verlas —ordena el médico algo más frío de lo que es habitual en él.

—Está bien, el gatito tiene garras —sonríe canalla.

Se quita la chaqueta y luego eleva la camiseta desvelando un montón de músculos que se contonean con cada respiración. Su piel, blanca e inmaculada, parece de alabastro. A Parker casi se le escapa un jadeo. Casi. Mejor que eso no suceda o le dará munición para que se siga metiendo con él y sacándole los colores. Sigue sin comprender cómo es que le afecta el cuerpo de este hombre cuando ha visto y ha tenido la oportunidad de estar con personas mucho más atractivas y no han despertado ningún deseo en él.

El médico se tensa ante la idea de tocar de nuevo esa suave piel solo enturbiada por unos feos moratones a la altura de las costillas. Se adentra en el pasillo y de ahí al baño a por su maletín, intentando recomponerse en ese lapso de tiempo. Se lava las manos a conciencia recordando ese «gracias» dibujado en el espejo. Vuelve al salón donde la inmensa presencia de Ryuu lo desestabilizada. Se acerca a él con cautela. Tiene las manos heladas por los nervios y el agua fría, pero le da igual. Un sobresalto no le vendrá mal a ver si se le bajan los humos. Desliza la yema de sus dedos por el apósito que aún tiene colocado y Ryuu se estremece siseando.

—Estás congelado. ¿Quieres que te haga entrar en calor? —Parker levanta la mirada, horrorizado por el descaro y abrumado porque le ha salido mal la jugada. Se la ha devuelto con facilidad. Se encuentra con unos ojos muy negros, brillantes y llenos de deseo.

—Si no dejas de decir estupideces te vas por donde has venido. —Sus palabras no se refuerzan con su aspecto ya que le ha entrado mucho calor y se le han coloreado las mejillas. Menos mal que está encorvado, porque si no también podría ver la erección que ha despertado en sus pantalones.

Ryuu no vuelve a abrir la boca y solo lo observa con una media sonrisa. Al médico le llega el sensual olor de su vecino y no ayuda en nada a su estado. Se recompone como puede y hace su trabajo. La

herida está bastante bien, diría que su recuperación es magistral. No era un corte muy profundo, pero no esperaba esa magnífica cicatrización.

—¿Te estás tomando las pastillas? —Ryuu asiente como un niño bueno—. Deberías ir al hospital a hacerte un chequeo —continúa diciendo con tono serio.

—¿Por qué? ¿Crees que hay algo de lo que preocuparse? Yo me veo muy bien. —Ryuu gira sobre su eje mostrando toda la mercancía.

Parker tiene vistas de primera de una pequeña porción de tinta de su espalda. Le tiemblan las manos por las ganas de surcar el dibujo, pero Ryuu es tan rápido en su movimiento que no le da tiempo a apreciar el tatuaje.

—Las heridas están bien, me preocupa más que tengas alguna costilla fisurada —retoma su tono más profesional tragando con fuerza.

Sin pedir permiso Parker le presiona ligeramente la zona del esternón. Le pide que respire profundamente y que haga una serie de movimientos.

—¿Has estado más cansado o tienes problemas de insomnio?

—Sí, a ambas, tampoco es que sea muy relevante. Siempre estoy en movimiento y de ahí el cansancio, nunca he dormido demasiado. De hecho, no duermo una mierda. —Sonríe—. He tenido roturas otras veces y no las siento así. Estoy bien. —Se miran sin decir nada durante unos segundos. Evaluándose. Con parsimonia Ryuu se vuelve a sentar en el sofá y agarra el tenedor para seguir comiendo.

Parker no quiere cargar sobre su conciencia con que este macarra tenga una lesión grave, así que se le ocurre una idea para liarlo, ya que está tan interesado en su comida.

—Bien, hagamos un trato. Te invito a un plato de pasta, que te vas a comer en tu casa —le advierte con una mirada severa puntualizando esto último—, si accedes a venir conmigo al hospital para hacerte un chequeo.

Ryuu se queda muy serio mirándolo y finalmente una sonrisa

ladeada y una elevación de cejas se muestran en su rostro.

—Está bien, acepto porque ya la he probado y sé que está muy buena. No vayas a creer que voy aceptando invitaciones para ir al hospital de cualquiera. No estoy muy de acuerdo con tener que comérmela en mi casa. Allí estoy demasiado aburrido. Me gusta más tu salón. No hace falta que hables. Solo dame el mando de la tele y tú… no sé… ponte a leer o cualquiera de esas cosas que hagáis los cerebritos.

—Ese no es el trato —refuta indignado. Su forma de referirse a él lo desespera.

—Siempre hay que regatear, gatito. Es la base de un buen negocio. Si me quieres en el hospital acepta mis condiciones.

Parker no dice nada. Se gira y le sirve un plato enorme de espaguetis con muchísima salsa. A ver si se atraganta. Su tranquila y apetitosa cena se ha visto boicoteada por un macarra mandón que lo perturba con su sola presencia.

CAPÍTULO 15. Ojo por ojo

La cena trascurre en silencio gracias a Dios. Ryuu se ha adueñado del mando a distancia y se ríe con un programa de la tele en el que los concursantes tienen que forjar sus propias armas. Parker no entiende cómo ha vuelto a llegar a esta situación. No puede permitir que este hombre se apodere así de su vida, de su casa y que le cambie sus rutinas. No, no se lo va a permitir.

Repasa el estado de su salón. Los platos sucios aún están sobre la mesa. El gran cuerpo de Ryuu está medio tumbado sobre el sofá y hace ya más de una hora que terminaron de comer. No es que tenga sueño, se ha llevado todo el día dormitando, pero… ¿por qué no se va a su casa?

De repente se pone de pie como si tuviera un resorte en el culo y Parker se arrepiente de su pensamiento porque, aunque le chinche, le gusta su presencia.

—Me ha encantado compartir este rato contigo. Cocinas genial. —Se pone la chaqueta después de llevar los platos a la cocina y dejarlos con cuidado en el fregadero—. Siento privarte de mi compañía, pero tengo cosas que hacer —dice guiñándole un ojo.

—¿Vas a salir ahora? —Ahí fuera hace un frío de narices y son más de las nueve de un día de diario, pero ¿qué está pensando? Este hombre seguro que hace más vida de noche que de día.

—No quieras saber, gatito. No quieras saber…—Se va de su casa como si tal cosa dejando, de nuevo, a Parker desconcertado.

Ni siquiera se ha recuperado cuando escucha el pitido de un mensaje entrante en su teléfono:

Desconocido

¿A qué hora me llevas a tu hospital?

Parker

…

Parker

…

Parker escribe y borra. Le ha tocado la china con este hombre, nunca mejor dicho, aunque mejor el japonés.

Parker

Salgo a las siete de la mañana, pero puedes ir más tarde. Si entras por urgencias y preguntas por mí me avisarán.

Desconocido

No, a las siete estaré en tu casa. Ponte guapo, gatito.

El médico se tira sobre el sofá agotado física y, sobre todo, mentalmente. Veremos si esta noche puede dormir.

Desconocido

Agéndame por si lo necesitas. 😉

Parker cierra los ojos y respira, empezando a cuestionarse si salvarle la vida a su vecino ha sido una buena idea. Pfff… la que me ha caído.

Ryuu sonríe porque se imagina a Parker mirando el móvil con los ojos como platos. Son como la noche y el día o quizá más parecidos de lo que parecen. El caso es que el *yakuza* siente que el médico le aporta un punto de normalidad a su extraña vida.

Pasa por su casa un segundo para ir al baño y lavarse los dientes. Ahora es cuando empieza su verdadero trabajo. Ese que tanto odia, pero que tiene que realizar con su mejor cara y ánimo.

La cita con Ichiro fue algo peliaguda. Le echó la chapa porque se empeña en no llevar escolta. Como siempre, Ryuu protestó; no le gustan las niñeras y no se asusta porque le den cuatro hostias.

Ichiro lo conoce bien y sabe lo que le incomodan ese tipo de comentarios. Su relación ha tenido altos y bajos, pero siempre se han llevado bien. Si su vida hubiera seguido el camino que estaba predestinado a seguir, posiblemente ahora serían como hermanos y Ryuu ocuparía el puesto de *Oyabun*, pero la vida tiene una extraña

manera de retorcerse.

Cuando Ryuu sale de casa encuentra a Hiroshi de pie al lado de su coche. Ellos van por separado a su destino. Los otros miembros de su equipo son los encargados de ir a por la presa para llevarla al punto de reunión. Se saludan de forma escueta y conducen hasta el polígono industrial de Santa Anita a las afueras de la ciudad, a una media hora. Allí tienen que ejecutar la orden que le ha dado el *Oyabun*. Ha sido bastante rápido y creativo en su venganza contra las Tríadas. Ryuu no esperaba esa jugada. Le ha cogido con la guardia baja y no se lo puede permitir. Si lo hubiera intuido habría podido persuadirlo en otro sentido. No se siente nada cómodo con las órdenes.

Ryuu está inquieto porque el plan que tiene que ejecutar no le gusta un pelo, pero no puede mostrar su intranquilidad frente a sus hombres, de ahí que haya ido a sosegarse con su vecino. Necesitaba matar el tiempo sin comerse la cabeza demasiado y le ha servido. Mucho. Retuerce el anillo del pulgar casi compulsivamente y se recuerda, repasando con la yema de sus dedos los pequeños corazones de su nudillo, el porqué está haciendo lo que hace.

Llegan a su destino y todo está en silencio, apenas iluminado por unas farolas de luz amarilla que casi no dejan ver lo que tienen delante. Es un buen lugar para no ser vistos.

Aparcan en una de las puertas de cierres grises. Ya han utilizado esta ubicación con anterioridad y por eso está tan intranquilo. Da dos ligeros toques sobre la chapa y esta se eleva, produciendo un ruido muy molesto por el roce del metal. Un terrible olor a humedad, sangre seca y meados sale por el hueco. El interior está en penumbras. Dentro se encuentra Taro, el encargado de engatusar y raptar a su objetivo. Ryuu le da a la perilla que está a su izquierda encendiendo una luz en el techo que, si bien no ilumina el espacio en su totalidad, permite ver algo más. A los pocos segundos aparecen Yuki y Jun que se quedan parados al ver la escena.

El espacio es pequeño, pero al no tener mobiliario se ve enorme y desangelado. La bombilla cuelga sin ningún adorno de un cable semipelado. En una esquina hay una desvencijada mesa llena de

roña. En el centro, una mujer muy menuda está temblando sobre una silla de hierro. Está amordazada y babea sobre el sucio trapo. Sus ojos están vendados con una tela similar. Las manos atadas hacia atrás llevan hacia el extremo las articulaciones de sus hombros, eso debe doler bastante. Tiene las piernas abiertas y los tobillos inmovilizados, atados a las patas de la silla.

Algunos de ellos no sonríen. Vérselas con un contrincante que puede defenderse y que tiene casi las mismas oportunidades que tú es una cosa, pero encontrarse a una mujer indefensa que no les hace ninguna sombra es otra. A Ryuu se le nota en el rostro que la escena le parece de lo más infame y cuando le contó el plan a Hiroshi soltó sapos y culebras por la boca. El único que parece disfrutar es Taro, pero ese tipo es un sádico y no esperaba nada mejor de él. Lo malo es que ninguno tiene posibilidad de opinar sobre el asunto. Aquí solo hay dos opciones: o estás dentro o no lo estás. Así de simple. No pueden negarse, ni cuestionar, ni esconder la cabeza. Tienen que hacer su trabajo y terminar con esto cuanto antes. Luego ya vendrán las pesadillas. Muchas pesadillas.

Una foto difícil de olvidar martillea en la mente de Ryuu. Otra habitación. Sangre por todos lados. Dos cuerpos. Dos seres queridos. Silencio. Un atronador silencio y el olor a muerte.

Respira fuerte llenando sus pulmones a pesar del desagradable hedor. Camina hacia la mesa auxiliar y elige varios instrumentos. El escalpelo le recuerda a Parker. No. No puede tenerlo en estos momentos en su cabeza, tampoco le valdría para su propósito ya que tiene que seguir la macabra interpretación de su jefe sobre el tradicional ritual japones ante las ofensas: el *Yubitsume*[4]. Si su abuelo levantara la cabeza los haría callar a todos.

—¡Todos fuera! —ordena Ryuu serio.

Cuando aprecia que está solo, se acerca a la mujer y en un gesto cariñoso le retira un mechón de pelo que ha caído sobre su rostro y quita la venda de sus ojos. El respeto y la cortesía deben estar siempre presentes. Necesita darle dignidad y quiere que ella le vea la cara y lo mire a los ojos. Es una mujer joven, casi una cría. Sabe quién

es. Está temblando por el miedo. Un hilo de saliva se derrama por la comisura de sus labios por culpa de la mordaza y el llanto. Sus ropas están sucias y alguien antes que él ya ha hecho un trabajo sobre ella. Hay sangre en partes en las que no debería haber y sus ropas, que parecen caras y de algún colegio privado, están rasgadas por varios sitios. Ryuu cierra los ojos con fuerza. Con mucha fuerza. «Puta mierda», maldice cabreado. ¿Quién coño le mandaría embarcarse en esto? Sabía que iba a ser duro, pero no pensaba que lo fuera tanto.

—Tranquila, preciosa. Tengo que hacerlo, pero voy a intentar hacerlo rápido. Se fuerte, ¿vale, cariño? —le susurra en el oído intentando reconfortarla, si eso fuera posible.

En los tiempos en los que su abuelo formaba parte de la organización el *Yubitsume* se lo autoinfligían los miembros del clan en un claro signo de arrepentimiento tras haber defraudado a su *Oyabun*. Se consideraba un acto de valentía, lealtad y disciplina hacia sus superiores. Ryuu coge la cuerda fina y hace un torniquete justo debajo del nudillo de la primera falange del dedo meñique de la chica. Ella lo mira sorprendida sin dejar de hipar por el miedo y la congestión. Coloca el pañuelo blanco entre la palma de la chica y el apoyabrazos de metal de la silla. Empuñando el afilado cuchillo con fuerza realiza un tajo certero que cercena la punta de su dedo. Un intenso chillido, amortiguado por la mordaza, inunda la habitación. Tira de las ataduras con fuerza por el dolor, pero en ningún momento se desmaya. Es una chica fuerte.

A Ryuu se le viene a la cabeza la única vez que vio este ritual. Fue en Japón, con su abuelo, uno de sus secuaces había fallado en una misión y se le exigió como *kabun* o hijo, que le entregara a su padre u *oyabun* una muestra de arrepentimiento y, sin dudarlo, el hombre así lo hizo entregándole a su abuelo su trozo de dedo, aún sangrante. No le tembló el pulso en ningún momento y su estatus dentro de la organización fue resarcido con el gesto. El sentido de la lealtad, la entrega y la permanencia a la familia —*ikka*— ficticia estaba por encima de todo y se trataba de una cuestión de honor. ¿Ahora? Ahora no hay nada de eso. Ahora, solo es cuestión de poder y de dinero. Casi no existe nada de la antigua organización. En lo que acaba de hacer

no hay honor, ni dignidad, ni aceptación de la ofensa. Solo es un acto de vil venganza que casi lo hace renegar de la organización. Con reverencia introduce la falange cercenada en una pequeña bolsita que va a su bolsillo.

Aparta de nuevo los incómodos pensamientos que solo le hacen daño. Escucha un ruido a su espalda y es Hiroshi que rechina los dientes. Es el que mejor conoce a Ryuu y sabe lo que le está costando realizar la orden de Ichiro. Yuki no puede aguantar la presión. Es el más joven e inexperto y no está acostumbrado a enfrentarse a la sangre. Sale del trastero a toda velocidad y vomita en un lateral. Ryuu le hace un gesto a Hiroshi para que lo ayude y Jun sale también.

—Pues la chica tenía un buen polvo —es el feo comentario que suelta Taro por esa boca de mierda que tiene. La mujer se estremece y el *yakuza* le dedica una mirada fría que destila rabia y desprecio. Él ha sido el que le ha hecho daño. Este niñato merece una lección que no olvide en su vida. Un día la tendrá, no le cabe la menor duda. Ryuu deja su posición y se acerca a Taro, dándole una guantada con la mano abierta que resuena en todo el espacio. La sorpresa se refleja en sus ojos.

—Te dije que no la tocaras. Esto no quedará así, tendrá consecuencias —espeta conteniendo a duras penas su repulsión. Taro tiene la dignidad de agachar la cabeza y salir con los demás. Mejor, porque no sabe si hubiera podido contenerse por más tiempo.

Con cuidado desata las piernas de la chica.

—Tranquila, pequeña. Ya ha pasado todo. Volvemos a casa —susurra. La carga en brazos y le da un ligero beso en la coronilla.

Sus hombres lo miran al salir, pero Ryuu ha sacado a pasear su rictus más frío. No puede mostrarse afectado. La introduce en el maletero donde Hiroshi, el bueno de Hiroshi, ha colocado una manta mullida. Cuando le contó el plan durante la cerveza le vio en los ojos que le incomodaba tanto como a él.

Se montan en sus respectivos coches y vuelven sobre sus pasos, para dejar a la chica en la puerta de la mansión de su padre, Yi Zheng. La hija de la segunda cabeza de la Tríada ha pagado la afrenta de su

padre. Qué injusto y qué desproporcionado, se lamenta.

CAPÍTULO 16. Visita al hospital

Suena el despertador y bosteza sonoramente. Ha dormido mejor de lo que esperaba dados los acontecimientos. Se levanta soñoliento y desperezándose. Hace frío fuera de las mullidas mantas y le entran ganas de volver a la calidez de su cama. Medio sonámbulo se prepara un té. Hoy es lo que primero necesita. Apoyado en la encimera degusta la cálida bebida y la inseguridad hacia su trabajo vuelve a molestarle. No quiere conformarse con lo que ha conseguido su padre por él. No quiere deberle nada porque sabe que tiene las herramientas necesarias para hacerlo por sí mismo.

Distraído, mira la hora en el reloj del horno y por poco le da un ataque. De sopetón recuerda que ha quedado con su vecino en menos de diez minutos y aún tiene que ducharse y elegir la ropa, anoche no tenía ánimos para hacerlo tras la extraña visita. Revuelve su ya de por sí desordenado pelo intentando despejar su cabeza de los oscuros pensamientos. No pierde tiempo, enjuaga la taza en el fregadero y se va al aseo.

Se ha preparado a una velocidad de vértigo, asfixiado, pero feliz de que le haya dado tiempo. Ha decidido vestirse con ropa informal: unos pantalones de traje y una camisa de manga larga con un jersey gris. Espera sentado en el sofá, indeciso sobre si ir a buscarlo o esperar a que venga él. Prefiere darle cinco minutos de cortesía y luego ir a su casa. Si no le contesta significará que se ha olvidado y tendrá un problema menos.

Pasan los cinco minutos y, decidido, recoge sus pertenencias y sale por la puerta. Justo en ese momento se choca con un cuerpo duro que casi lo tumba al suelo. Sorprendido, se gira para encarar al armario ropero con el que ha tenido el accidente: Ryuu.

—Buenos días, gatito. ¿Pensabas que me había olvidado de nuestra cita? —pregunta su vecino con chulería.

—No me llames gatito sabes que me molesta —espeta enfadado

—. Iba a llamarte. No puedo llegar tarde. —Parker intenta mostrarse confiado—. ¿Estás bien? —Ryuu muestra unas enormes ojeras que destacan sobre su piel blanca e inmaculada, dándole un aspecto más oscuro e intenso a sus ojos. Ve pena en ellos y una enorme ternura lo sobresalta. Solo lo estropea cuando abre la boca.

—Estoy bastante bien y mejor ahora. —Ryuu olfatea su colonia—. Me gusta como hueles. ¿Te has puesto guapo para mí? —Por supuesto resultarle atractivo a su vecino no era su intención, pero se alegra por ver que la triste mirada se ha tornado de nuevo juguetona.

—Claro. Mi misión en la vida es seducirte. —Intenta ser arrojado y callarlo así.

—Ese es el camino, gatito. Ese es el camino. Bueno, ¿qué? ¿nos vamos? Creo que decías algo sobre llegar tarde.

—Si lo hago será por tu culpa y tus estúpidas puyitas. —No entiende cómo puede una persona exasperarlo y atraerlo a la vez—. ¿Vamos en un solo coche?

—Claro, yo no tengo.

Salen del edificio hacia el garaje. Parker observa como su vecino se para delante del mendigo que siempre está en ese punto de la calle y le echa unas monedas en la caja de cartón. Lejos de estar agradecido el hombre lo mira con cara de pocos amigos, como si estuviera amonestándolo. Viendo la escena desde fuera es bastante surrealista. Si tuviera más confianza con él le preguntaría sobre el asunto, como no es así lo deja pasar. Él sabrá por qué le echa dinero a alguien que no valora el gesto. ¿Le habrá dado poco?

Se montan en el coche después de ese peculiar momento. A Parker le ha gustado la mirada apreciativa que le ha dedicado Ryuu y el ligero roce de sus dedos sobre la carrocería. Que valore su pequeña joya es un punto a su favor.

El tráfico es denso y les cuesta más de lo que espera llegar al trabajo. En realidad, no le preocupa la hora, ya ha visto que su apellido le permite hacer todo lo que le dé la gana. Al entrar por la puerta de urgencias, Amanda repasa con la mirada a su vecino de

forma apreciativa. Normal, tiene pintas de macarra y está buenísimo. Él se muestra cortes y seductor, desplegando todo su plumaje ante el coqueteo de la dama. Si tenía dudas sobre el comportamiento de su vecino ahora lo tiene claro. Es un seductor nato.

Rellenan el papeleo y cada uno sigue un camino diferente. Ryuu va a ver a un especialista y realizarse pruebas y Parker a meterse de lleno en las urgencias, que parecen estar tranquilas, aunque nunca se sabe.

Tres horas después, por la consulta de Parker asoma la cabeza su cansado vecino. Sus ojeras son aún más pronunciadas y se mete dentro del espacio como si el lugar fuera de su propiedad.

—¿Ya has terminado? —pregunta Ryuu acomodándose de cualquier manera en la silla de la consulta.

—No. Me quedan aún unas cuantas horas. —Parker no quiere mirarlo porque su postura indolente marca perfectamente su paquete y lo pone nervioso. Es casi imposible estar al lado de Ryuu y no sentir las oleadas de sexualidad que emanan de su cuerpo. Habría que ser de piedra para no sentirse afectado—. ¿Qué te han dicho de las costillas? —Mejor moverse por un plano profesional.

—Lo que ya sabía. No hay nada roto, ni fisurado, ni nada por el estilo. Estoy muy bueno. —Sonríe de medio lado pagado de sí mismo. Parker gira sus ojos por el comentario tan propio de él—. Te invito a un café. —Ryuu ve que el médico duda, así que remata la petición—. De alguna forma tengo que agradecerte que me hayas ayudado. Un café no es demasiado.

—Está bien, vamos.

Parker recoge la mesa diligente y apaga el ordenador. Ryuu lo estudia, su vecino es todo un profesional comprometido con su trabajo y eso le gusta.

—Hay una cafetería a la vuelta —dice saliendo del habitáculo aún con la bata puesta.

Caminan sin hablar en un silencio cómodo. Ryuu suscita miradas por parte de todo tipo de público y eso molesta un poco a

Parker. A él no le gusta llamar la atención y acompañado por su vecino no lo está consiguiendo. Se sientan en la terraza exterior de la cafetería donde el sol comienza a calentar un poco. Después de estos días de frío tomar vitamina D se siente muy bien.

—Me gusta tu hospital. Es agradable estar en él.

—Sí que lo es. —Parker duda sobre si contarle sus inquietudes a su vecino. No se conocen demasiado y duda que puedan llevarse bien, dada la diferencia de caracteres, aunque en cierto modo está tentado porque no tiene a nadie con quien hablarlo.

—¿Tus padres son ricos o algo de eso? —pregunta Ryuu levantando la mirada de su taza y jugueteando con su anillo.

—¿Qué te hace suponer eso? —Parker se pone a la defensiva.

—Es sencillo. Un tipo joven como tú trabajando en uno de los hospitales más prestigiosos del país. Solo hay que sumar, gatito —responde con un gesto sobrado, jugueteando con el vaso de su café. El comentario lo ha herido, pero no responde. Se encuentra demasiado metido en su autocompasión—. No digo que no seas bueno en lo tuyo —continúa Ryuu al ver que no replica. Ve un punto doloroso ahí—, pero no es normal que alguien tan joven no esté comiendo mierda en algún otro sitio. ¿Has visto la edad media de tus otros colegas?

Ahí ha dado en el clavo.

Parker, incapaz de afrontar la realidad que tanto le ronda la cabeza, decide contraatacar.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas realmente?, porque no tienes pinta de banquero. —La fugada confianza vuelve a él. No se siente bien al atacarlo, pero tiene que desviar la atención.

—No, no soy banquero. Mi trabajo es bastante amplio. De hecho, esta noche he estado torturando a una chiquilla en un almacén. —¿Por qué le ha dicho la verdad?

—Me parto contigo. Dices cualquier disparate para evitar contarme la verdad. Está bien. —Se siente un poco ofendido porque casi desvela sus conflictos éticos y que su vecino no se abra un poquito a él significa que no lo siente confiable.

—Es verdad. No estoy orgulloso, no es lo que quería y jamás lo hubiera hecho de no ser necesario. —Se nota pesar en sus palabras y sus ojos están tristes y apagados. Incluso ha bajado esa fría y altiva mirada en señal de vergüenza. ¿De verdad ha torturado a alguien?

CAPÍTULO 17. Las Tríadas

Las Tríadas. En algún lugar de Chinatown

El hombre enchaquetado hace una entrada solemne en el restaurante La casa de Fang seguido de todo un sequito de guardaespaldas. Se trata de Zhan Xiang, el hombre más rico de todo Chinatown. Sonríe confiado al camarero y sigue caminando hasta el final del salón. Uno de los hombres que lo acompaña se apresura a retirarle la silla y luego se acopla a la pared de cara a la puerta. Xiang se sienta con parsimonia y deja el móvil sobre la mesa.

Es un magnate de los negocios que se ha criado en L.A. desde pequeño. Su familia llegó siendo unos donnadies, huyendo de las calamidades que vivían en China y se asentaron en la pequeña comunidad que le abrió sus puertas. Es un hombre que se ha hecho a sí mismo. Ha trabajado en todos los trabajos que han estado en sus manos: desde limpiabotas hasta botones de hotel, pasando por camello y recadero. No se arrepiente de lo que ha tenido que hacer para llegar donde está. El esfuerzo ha merecido la pena.

Si hubiera sido por sus padres se hubieran conformado con seguir trabajando para otros en alguna tienda o establecimiento de mala muerte, pero él tenía aspiraciones. Nunca le ha gustado pasar hambre y tenía claro que iba a cumplir el sueño americano y así ha sido. Ahora tiene todo un imperio que dirigir y es el hombre más temido, odiado y envidiado de Chinatown.

—Señor Zhan, un placer volver a tenerlo con nosotros —lo saluda respetuoso el camarero—. ¿Qué desea comer hoy?

—Xiang va a comer lo que a mí me dé la gana —dice una menuda mujer de pelo cano y tez arrugada tan blanca como el papel.

—Hola, Fang, me estaba preguntando cuándo tendría el honor de verte. —Xiang se levanta de la silla y con una reverencia le da un ligero beso en la mejilla a la anciana mujer.

—Déjate de galantería, te conozco desde que no levantabas un palmo del suelo. Te dije que no trajeras tus enredos a mi negocio. —La mujer se muestra indignada y sus ojos parecen echar fuego.

—Lo siento, Fang, no lo haría si no fuera necesario. He quedado aquí con Zheng, es arriesgado que ahora nos vean juntos.

—Haz lo que tengas que hacer, pero procura que no me salpique. Ya sabes lo que opino de eso que tú haces. Si me metes en problemas tendrás que vértelas conmigo. —Un escalofrío recorre la espalda de Xiang. No le tiene miedo a nada, bueno, a casi nada, pero sabe de primera mano cómo se las gasta esta pequeña mujer.

Fang se aleja de él con su andar presuroso y con pasitos cortos para meterse en la cocina a prepararle aquello que crea conveniente que debe comer.

Recuerda con nostalgia la primera vez que se metió en líos por culpa de su ansia de mejorar su situación. Lo perseguían varios policías porque había robado unas frutas en el mercado. Fang lo interceptó en su huida, lo metió en su restaurante y lo escondió en el sótano. Cuando terminó el peligro lo sentó en una silla y, mientras le daba de comer la mejor comida asiática que había tenido la fortuna de degustar, le echó la bronca más dura de toda su vida hasta entonces, porque después de esa vinieron muchas más. No lo hizo desistir de sus planes. Jamás le pidió que dejara las calles o sus negocios, pero si le repetía que si hacía algo lo hiciera bien y que nunca, nunca, lo pillaran. Es el mejor consejo que le han dado en su vida, de hecho, lo ha mantenido vivo hasta el día de hoy.

Escucha unos pasos por el pasillo que lo sacan de sus recuerdos, se trata de su amigo.

—Xiang —lo saluda con una reverencia.

—Zheng —responde escueto haciéndole un gesto para que se siente. Su amigo está nervioso y lo ve desmejorado e impaciente. Lo sigue su mano derecha, Xen, un tipo voluble que no le cae bien, pero al que su amigo le tiene aprecio y en el que confía. Menos mal que se mantiene en un segundo plano y tiene la decencia de alejarse para darles intimidad.

—Tenemos que hacer algo. La impunidad de la Yakuza tiene que parar. ¿Te has enterado de lo que le han hecho a mi hija?

—Estoy al tanto, por eso he accedido a verte, de otra forma sabes que esta reunión no habría tenido lugar.

—Te veo muy calmado, me hubiera gustado que se lo hubieran hecho a tu familia. Seguro que tu reacción hubiera sido otra —las amargas palabras destilan un poco de odio y envidia.

—No te pases. Me importa toda la comunidad y, sobre todo, mis amigos. Tú eres uno de ellos y mi ahijada es uno de mis tesoros. No tolero que me hables en esos términos y que me faltes al respeto. —Le dedica una mirada glacial que frena en seco la argumentación de su amigo.

—Lo siento. Estoy muy nervioso. No quería ofenderte. Siempre has estado ahí para nosotros y puedo confiar en ti.

—Tranquilo, que nada de esto quedará sin venganza.

Fang llega a la mesa con dos platos humeantes que huelen de maravilla. Ambos hombres cortan su espinosa conversación y se dejan seducir por la comida que ella ha tenido a bien hacerles.

CAPÍTULO 18. Se complica

Parker se lleva las manos a la boca. ¡Está hablando en serio! ¡No se lo puede creer! No puede estar cerca de una persona que hace daño a otras deliberadamente. Él se dedica a salvarlas. No. No. Definitivamente tiene que alejarse de este hombre y sus historias oscuras.

—Creo… que debería irme a trabajar —tartamudea.

—Gracias.

El agradecimiento de Ryuu hace que pare su movimiento y lo observe.

—¿Qué me estás agradeciendo? Que te curara, que te diera de comer y te dejara dormir en mi casa, que te haya traído al hospital para descartar otras lesiones… ¿Qué exactamente? —Parker estalla porque ha ayudado a un tipo sin escrúpulos que le hace daño a las personas. Lo ha dejado dormir en su casa. Le va a estallar la cabeza por los conflictos que le suponen.

—Gracias por todo eso. Lo siento, vale. Es complicado. Todo es demasiado complicado. Yo… —Ryuu en cierta forma quiere sincerarse con él y hacerle ver lo afligido y contrariado que se siente por los acontecimientos de anoche, pero justo en ese momento un hombre se coloca a su lado y lo mira con intensidad.

—Qué suerte la mía estar sentado en una cafetería y escuchar tan bonita conversación —dice el hombre con ira contenida—. Casi me hace vomitar oír cómo te pavoneas delante de tu nuevo juguete sobre cómo tú y tus hombres agredisteis a una niña indefensa. —La cara de Parker es un poema. Los nudillos de Ryuu se ponen blancos por la fuerza que están ejerciendo sobre la mesa—. La has jodido. —Gira la cabeza mirando al médico—. Nos vamos a vengar de ti por medio de tu familia y de tu nueva putita, ellos pagarán por lo que has hecho. —Con un gesto rápido de su mano arranca la credencial que Parker tiene en el pecho.

Ryuu se queda bloqueado. Acaba de atacarle con su mayor miedo. Cuando quiere reaccionar es tarde, porque el tipo, presumiblemente de las Tríadas, se monta en una moto que se ha detenido delante de la cafetería y se aleja en ella a toda velocidad. Ryuu maldice su mala suerte.

Sin mediar palabra con su compañero saca el móvil y hace una llamada. Mientras descuelga su interlocutor camina de un lado a otro nervioso. Parker lo sigue con la mirada sin ser capaz, todavía, de procesar lo ocurrido.

—Soy yo. Ha habido un problema. Sí. Grave. De acuerdo. Tengo que dejarte. Sí. Espera noticias. —Cuelga—. ¡Joder! —Ryuu da un golpe en la mesa que hace vibrar las tazas. Se retuerce sobre sí mismo—. ¡Mierda!

—¿Cuánto de peligroso es?

—Lo peor. Tenemos que irnos.

—Tú tienes que irte. Yo me voy a trabajar.

Ryuu lo agarra por el brazo y casi lo arrastra hacia el aparcamiento.

—¿Qué estás haciendo? Suéltame, me haces daño.

—No llames la atención. Tenemos que irnos —sisea.

Parker lucha por soltar su brazo y le es imposible. Ryuu tiene mucha más fuerza que él y la pinza de su mano sobre su brazo cada vez hace más fuerza. ¿Qué coño está haciendo? La actitud nerviosa y alerta de su vecino lo está poniendo malo.

—¿Se puede saber a qué estas jugando?

—Luego te lo cuento, ahora haz lo que te pido, por favor. —Parker duda por un segundo. Se lo ha pedido por favor y es algo que este hombre seguro que no hace a menudo.

Ryuu está que echa humo. ¿Cómo han conseguido las Tríadas información sobre él? ¿Por qué no pensó en las consecuencias que traerían sus actos? Mira de soslayo a Parker, que camina sin abrir la boca dejándose manejar. En la puerta del coche Ryuu le tiende la mano pidiéndole las llaves.

—No, no voy a dejar que conduzcas mi coche. —Niega retomando la hostilidad—. Me da igual lo que te haya pasado. Yo no tengo nada que ver con tus líos y no voy a dejar que sigas manipulándome a tu antojo.

Ryuu pega mucho su cuerpo al de él intimidándolo con su potencia, calor y fuerza. Sus rostros se encuentran a escasos milímetros y por un momento abruma a Parker.

—Es vital que hagas lo que te pido. Confía en mí y no te pasará nada.

—¿Me estás amenazando? ¿En serio? Esto es lo que me faltaba por oír. —Reacciona a pesar de que puede tumbarlo de un solo golpe —. ¡Maldigo el día en que salí a ayudarte!

—Estoy de acuerdo contigo, pero ya está hecho y hay que minimizar los daños. —Aprovechando la corta distancia mete la mano en los pantalones de Parker y saca las llaves del coche, generando un estremecimiento en el médico por el contacto tan íntimo.

Abre la puerta del copiloto y lo introduce con mucho más cuidado del que debería abrochándole el cinturón. Parker después de ese pequeño contacto físico se ruboriza.

Ryuu rodea el coche a toda velocidad sin dejar de mirar a su alrededor. Está nervioso. Si solo se tratara de él estaría todo bien, sabría manejarlo, pero que involucren a Parker y a su familia, no. Eso no puede permitirlo. Puta. Mierda.

En el poco tiempo que llevan interaccionando se ha dado cuenta de que es una buena persona que no merece que le pase nada malo por haberse cruzado con la persona equivocada. Esa extraña atracción que lo lleva a seguir relacionándose con él ha sido la causante de que ahora esté en peligro.

Arranca a toda velocidad, maldiciéndose por haber sido descuidado, y se incorpora al tráfico sin miramientos recibiendo algún que otro pitido.

Parece que se dirigen hacia sus apartamentos, pero los sobrepasa y sigue conduciendo. Parker no entiende nada.

—¿Se puede saber dónde vamos? Mi casa se ha quedado atrás.

Ryuu no responde. Solo conduce demasiado rápido hacia el oeste. Un poco antes de salir del núcleo urbano hace una llamada.

—*Obachan*, sí, sé que estás ocupada. No. Abuela, escúchame. Ve a casa de tu amiga Gabriela y no te muevas de allí. Voy para allá. —Desconecta la llamada suspirando. Se atusa el cabello y golpea contra el volante en repetidas ocasiones.

Parker tiene muchas dudas, pero no se atreve a abrir la boca. ¿Su abuela? ¿Su abuela está en peligro? ¿Por qué el tipo de la cafetería lo ha amenazado a él también? Repara en que lo ha llamado su putita. ¿Qué ha querido decir con eso? ¿Por qué su vecino lo obliga a acompañarlo?

—¿A dónde vamos? —pregunta Parker con voz calmada y suave cambiando de estrategia.

Ryuu lo mira sorprendido. Como si se hubiera olvidado de que estaba sentado a su lado. Lo ignora deliberadamente y vuelve a hacer otra llamada.

Tras varios toques no descuelgan y vuelve a insistir con la misma suerte. Marca otro número y de este sí obtiene respuesta.

—Hiroshi. Tengo que ausentarme unos días. No he podido hablar con Ichiro, dile que es un asunto familiar. Volveré lo antes posible. —Se queda callado escuchando lo que le dice su interlocutor —. Algo parecido. Tienes que poner a salvo a mi *obachan*. Haz todo lo que esté en tu mano. Te quedas al mando, confío en ti. Nos vemos pronto, amigo.

Ryuu resopla agotado antes de volver a llamar a alguien más.

—Naranja. —Eso es todo lo que dice. Cuelga acto seguido.

Parker no entiende nada de lo que está pasando. Se mantiene con un perfil bajo e intenta usar su propio teléfono para mandarle un mensaje a su hermana. Es con la única con la que se le ocurre contactar, aunque conociéndola se lo tomará a broma y pasará de él.

—Dame tu teléfono.

—No. Me has secuestrado, no sé dónde vamos y no te voy a dar

nada de nada. Cuéntame lo que pasa y me lo pensaré.

—No estás en posición de exigir nada. Dame el puto teléfono y deja de darme por culo. —Nunca lo ha visto tan enfadado y le sorprende cómo ha cambiado el rictus de su rostro. Sus ojos, de por sí penetrantes y fríos, parecen ahora aterradores. Se estremece ante la posibilidad de encontrarse en verdadero peligro. Ante el titubeo el *yakuza* insiste con el mismo resultado. Ryuu se aparta al arcén de la carretera y frena bruscamente, derrapando.

—¡Mi coche! ¡Estás loco!

Ryuu forcejea con Parker, que le planta batalla, y consigue hacerse con el aparato. Con la pequeña lucha su costado se resiente y nota como la herida se abre levemente. No se queja. Tiene cosas peores en las que centrar su mente. Abre la ventanilla del coche y, tras sacar las tarjetas SIM y doblarlas, tira los dos móviles y las tarjetas a unos matorrales cercanos. No puede permitir que los rastreen.

Parker cruza los brazos en un gesto de lo más pueril que casi lo hace sonreír, aunque sus preocupaciones ganan la partida.

Conduce durante seis horas, solo ha parado una vez para repostar y se ha asegurado de que no fuera una gasolinera autoservicio, para que Parker no tuviera la oportunidad de bajarse del coche en un descuido. Siempre dirigiéndose hacia el suroeste por carreteras secundarias cuando se lo permite la ruta. Se siente muy cansado, pero no puede parar todavía. Quedan algunas horas de luz y tiene que aprovecharlas para llegar lo más lejos posible. Su compañero de viaje sigue con los brazos cruzados, se le van a quedar dormidos, y con cara de no estar de muy buen humor. Él tampoco lo está. La situación no es agradable para nadie.

—Tengo hambre, estoy cansado y muy aburrido. Me parece que tu broma está llegando demasiado lejos. Quiero que pares el coche. —A pesar del cabreo que tiene decide comportarse con educación y no enfadar más al hombre que conduce nervioso.

—No voy a parar todavía. Ten un poco de paciencia. Una hora más y pararemos a dormir.



—Es que… me estoy haciendo pis. —Parker enrojece hasta las orejas.

CAPÍTULO 19. Intento de fuga

Ryuu estalla en carcajadas. Lo mira de soslayo y verlo tan abrumado por esa afirmación le enternece. ¿Cómo puede ser tan vergonzoso un hombre adulto? Consigue calmarse a duras penas, este momento de risas ha conseguido destensar sus hombros y le ha venido bien. No puede ignorar las exigencias de su compañero de viaje.

—Está bien. Pararé al margen de la carretera y podrás desaguar.

Parker solo ve una posibilidad para escapar, así que asiente con la cabeza.

Unas millas más adelante, en un repecho del camino cerca de un frondoso bosque, Ryuu detiene el vehículo.

—Ahí debe bastar. Vamos.

—No, voy yo solo. No voy a hacer pis contigo al lado.

—Has salido pudoroso, gatito. —El tono juguetón de su secuestrador lo sorprende, dado que todo el trayecto ha sido bastante hosco—. No te alejes demasiado y mantente a la vista.

Parker camina por el abrupto terreno esquivando trozos de rama y piedras puntiagudas. Su estabilidad no es muy buena y está a punto de caer en varias ocasiones. Ryuu sonríe de soslayo porque sigue enterneciéndole este hombre tan patoso. Mientras su compañero camina por el bosque buscando un lugar cómodo para mear, abre el maletero y estudia las pertenencias que pueda tener allí. Han huido con lo puesto y espera encontrar algo interesante que pueda valerles.

Tiene herramientas para el coche, un pequeño kit de emergencias y una bolsa de viaje con unas mudas y algunos artículos de aseo. No es demasiado, pero algo es algo. Alza la vista para ver dónde se ha metido cuando no consigue verlo. Piensa que ha podido esconderse detrás de algún árbol para mayor intimidad y vuelve a sonreír.

Dos minutos después empieza a preocuparse.

—Parker, espero que hayas terminado ya porque voy hacia allí —lo avisa por tener alguna deferencia hacia él. No obtiene ninguna respuesta. Camina más rápido y no lo ve por ninguna parte. ¡Mierda! Este estúpido hombre cree que puede escaparse y sobrevivir en el bosque.

Se tranquiliza durante unos segundos analizando la posible ruta de escape. Otea la zona y en la parte norte ve un ligero movimiento. ¡Te pillé!

Él es un depredador y este pequeño juego le vale para soltar un poco de la adrenalina que tiene acumulada. Lo deja correr sin perderlo de vista y camina hacia él con paso decidido a grandes zancadas.

A pesar de que uno corre y el otro solo camina la distancia entre ambos se acorta. Parker no controla el terreno y no está acostumbrado a la naturaleza, mientras que Ryuu se encuentra en su elemento y es un tipo con formación bajo cualquier circunstancia.

—Parker. Creo que ya has jugado demasiado. Vuelve al coche —grita con voz neutra, no demasiado amenazante. Si vuelve por sus propios medios lo dejará pasar.

El médico cada vez tiene más claro que no ha sido buena idea adentrarse en el bosque. Le pareció que era la opción correcta dada su desesperación, pero ahora, tras una torcedura de tobillo, una caída y faltándole el resuello no lo tiene tan claro. Los oídos le palpitan y las piernas le duelen por el esfuerzo. Para colmo escuchar a Ryuu sereno tan cerca de él le va restando fuerzas y le eriza la piel.

Por un segundo se plantea detenerse y asumir su derrota. No va a conseguir darle esquinazo. Ni en un millón de años podría deshacerse de él en ese terreno, pero no va a dejarle ganar. Redobla sus esfuerzos y sigue esquivando obstáculos.

Ryuu lo tiene a pocos metros, casi puede escuchar su torpe respiración. Comienza a trotar para interceptarlo y cuando casi puede rozarlo con los dedos salta en plancha sobre el menudo cuerpo de Parker y lo derriba.

No sabe por dónde le ha venido el golpe. Estaba de pie y de pronto se encuentra tumbado boca abajo con un enorme y cálido cuerpo sobre él.

—No puedes escapar de mí, gatito. Siempre te encontraré —la voz seductora de Ryuu y el cálido aliento sobre su cuello le erizan la piel.

Forcejea un poco para retirarlo de encima y eso solo consigue que se friccionen sus cuerpos en los lugares adecuados. No es posible que se esté excitando bajo estas circunstancias cuando nunca antes lo ha hecho.

—Si te resistes será peor. —Ahora es Ryuu el que mece sus caderas sobre su trasero. Bendito roce. Un gemido involuntario sale de la boca de Parker—. Esto no es un juego y no voy a hacerte daño. Confía en mí.

—Cómo quieres que confíe en ti. Todo lo que ha pasado desde que te conozco ha sido malo. No puedes pedirme que haga un acto de fe —susurra Parker, disfrutando del peso de su captor y de su tono sosegado.

—Lo entiendo. Te lo explicaré, te lo prometo. Pórtate bien y te contaré hasta donde pueda. —el *yakuza* despega primero su tronco de la espalda de su vecino presionando su erección aún más sobre el trasero de Parker que siente que está duro, muy duro. Con un suspiro profundo se levanta liberándolo muy a su pesar.

Parker gira su cuerpo centrando su mirada primero en el paquete de Ryuu y luego buscando sus ojos. El *yakuza* pasa su lengua por sus labios y le tiende la mano. La erección de Parker está igual de inflamada, pero debe ignorarla. No puede sentir deseos por alguien que le está causando tanto mal. Desechando la mano tendida se pone de pie con cuidado, sacudiendo las hojas secas y las ramitas que se le han enganchado en la ropa. Está hecho un desastre.

Ryuu no puede evitar la tentación de retirar unas hojitas de su pelo y se miran a los ojos con deseo.

—Vamos. Estamos perdiendo tiempo. Camina. —Ha

recuperado el tono severo y eso rompe la magia.

Se sientan en el coche y retoman la marcha. Tras el choque de adrenalina de la persecución Parker siente como se resiente su cuerpo y el cansancio se manifiesta. Le duele un poco el tobillo izquierdo, pero no parece que sea algo grave. Con el balanceo del coche y la buena temperatura del interior se relaja sobre el asiento y se deja vencer por el sueño. Ryuu lo observa de vez en cuando con ternura. Se lleva una mano al costado porque la herida se ha abierto y sangra ligeramente, ya la curará más tarde. Hace un gesto con la boca de disgusto. Siente haber metido en este lío a su vecino, pero no le queda más remedio que intentar salvarlo.

CAPÍTULO 20. Una noche juntos

—Despierta, Parker —susurra Ryuu muy cerca del rostro de su vecino —. Ya hemos parado. Tienes que bajar del coche.

El médico mira hacia los lados desconcertado. Ni siquiera recuerda dónde está ni cómo ha llegado allí. El rostro del *yakuza* aparece ante él y todo lo ocurrido le llega de golpe. Con un fuerte empujón aparta el intimidante cuerpo de su vecino desestabilizándolo.

—Vale. Relájate. Parece que tienes mal despertar. —Sonríe porque su nuevo amigo saque las garras de vez en cuando. No le ha gustado despertarlo. Lo veía relajado y confiado y ha estado tentado de retirarle un mechón de pelo que caía rebelde sobre su hermoso rostro—. Ya tenemos una habitación. —Ryuu saca sus pertenencias del coche como si fueran suyas y se ponen en marcha.

Parker camina con paso lento, aún se siente un poco entumecido por haber dormido en un espacio tan reducido, también le pesa el estrés de toda la situación. Sin embargo, Ryuu está hecho de otra pasta porque su energía no ha mermado ni un poquito.

Abre la habitación cediéndole el paso al médico que observa el entorno. Es muy sobria. Dos camas de coloridos edredones separadas por una mesilla de noche con una lámpara *vintage*, siendo generoso. Una mesa de escritorio que hace las veces de soporte para el televisor de tubo. Una amplia ventana con cortinas raídas de un color marrón chocolate queda a su espalda y, al fondo, una puerta que debe dar al baño.

Ryuu inspecciona la habitación y se adentra en el baño. Hace sus necesidades y estudia las dimensiones de la ventana. Es pequeña, pero el menudo cuerpo de su acompañante entrará sin problemas por ahí dado el caso, aunque debe darle un cierto margen. Quiere pensar que ha aprendido la lección de antes y no volverá a escaparse. Parker escucha nervioso la cadena del váter y el sonido del agua del lavabo. Su vecino sale del aseo secándose las manos despreocupado.

—Puedes ducharte primero. Ahí tienes tu ropa y los útiles de aseo. —Señala la pequeña maleta que había en su coche—. He traído también el botiquín porque creo que mi herida se ha abierto—. Parker repara en la fea mancha oscura que se vislumbra en su camiseta y, a pesar del cabreo que tiene por la situación, desea ayudarlo.

—Cuando te duches la curaremos —responde el médico escueto.

—Vale, disfruta de la ducha, yo intentaré no mirar —puntualiza canalla guiñándole un ojo. Este hombre es desesperante.

—Mira lo que quieras. Es lo único que harás —replica Parker recogiendo sus pertenencias con rabia y adentrándose en el minúsculo baño que lo alejará durante unos minutos de su captor.

Ryuu se acomoda en una de las camas, la que está más cerca de la puerta y la ventana, y enciende la tele a la espera de que su compañero termine su aseo. En la única cadena que se ve están emitiendo un concurso de palabras, pero en realidad no lo está viendo. Tiene que pensar en algo para retenerlo mientras sale a por comida y ropa, no puede dejarlo sin más en la habitación porque no se fía dado el intento de fuga que ha protagonizado en el bosque. Bosteza cansado de tantas horas de viaje y conducción.

Parker abre la llave de paso de la ducha y se mete dentro dejando que el agua limpie todo lo acontecido en el día. ¿Cómo se ha descontrolado tanto la situación? ¿Qué puede hacer para salir de esta? Su cabeza es un hervidero y está deseando obtener alguna respuesta que lo tranquilice levemente. Está saliendo demasiado de su zona de confort. ¿Alguien estará buscándolo? Quizá su padre haya movilizado a la policía, aunque es poco probable porque no se comunican demasiado y no tiene amigos que lo echen de menos. Analizándolo fríamente lo tiene muy crudo, aunque le queda la pequeña posibilidad de alertarlos al no presentarse en la cena de casa de sus padres de esta noche.

Abandona la calidez del agua casi con dificultad. Se enrolla en la toalla que ha visto días mejores y se mira en el empañado espejo. La imagen distorsionada que le devuelve es un fiel reflejo de cómo se

encuentra su interior. Un caos en el que las formas luchan por salir. Restriega la palma de la mano por la superficie eliminando la ilusión y se mira en el espejo. Bajo sus ojos se aprecian leves arrugas fruto del cansancio y la escasa barba comienza a aparecer dándole un aspecto más maduro. En los brazos se encuentra varios arañazos superficiales que se hizo con las ramas de los árboles en su fútil huida. Gira el tobillo lastimado en círculos y comprueba que no molesta demasiado. Un poco de descanso y se recuperará.

Rebusca en la pequeña maleta encontrando dos mudas de ropa interior, una camiseta y unos vaqueros. Es su maleta de emergencias para cuando quiere escaparse de la ciudad a visitar algún lugar y respirar aire fresco. Al menos eso es lo que hacía hace un tiempo. Ni siquiera recordaba que la tuviera en el coche. No es de los que usan camisetas y vaqueros, pero va a tener que valer. Retira parte de la humedad de su pelo y se viste con lentitud. No tiene muchas ganas de enfrentarse de nuevo a Ryuu.

Tras mucho debate no puede retrasar lo inevitable y sale del aseo. La mirada apreciativa de su compañero hace que se le salten los colores.

—Pero qué bien hueles. —Aspira fuerte por la nariz sin modificar su pose indolente—. Siempre hueles bien. Ven aquí. Tengo que salir para conseguir algunas cosas. No sé tú, pero yo estoy hambriento. Muy hambriento. —La forma de mirarlo es bastante ambigua. No sabe si se refiere a hambre de comida o de carne humana. Sacude su cabeza.

—Tengo una muda de más. Si quieres puedes usarla.

—Gracias. Si no encuentro nada interesante lo haré. Ven aquí —dice levantándose de la cama.

Parker se acerca indeciso hasta el medio de las dos camas.

—Como comprenderás después de tu numerito en el bosque no puedo dejar que te quedes solo sin tomar medidas. ¿Lo entiendes? —pregunta algo mimoso.

—Lo entiendo, pero prometo que no intentaré huir —casi

suplica.

—La confianza se gana y ahora mismo no hay nada de eso. Túmbate, por favor. —Parker no tiene nada que hacer contra ese enorme hombre. Sumiso se tumba sobre la cama en la que no estaba su compañero y lo mira con los ojos un poco llorosos.

—Siento tener que hacer esto, pero prometo no tardar mucho y luego te daré algunas explicaciones y así, quizá, comiences a entenderme un poco. ¿De acuerdo? —Parker asiente con la cabeza tendiéndole las muñecas.

Ryuu ata la funda de las almohadas en ellas y las lleva hacia el intricado enrejado de madera del cabecero donde las anuda.

—¿Estás bien? —Parker vuelve a asentir con la cabeza—. No, cariño, quiero que me lo digas con palabras.

—Estoy bien, no aprieta, pero no tardes mucho. No me gusta estar así.

—No lo haré. —Inevitablemente Ryuu pasa el dorso de su mano sobre la mejilla de Parker para tranquilizarlo. Se pone de pie y deja la habitación lamentando tener que hacerle esto.

CAPÍTULO 21. No es una buena persona

Ryuu tiene mucho en lo que pensar y más que arreglar. Si en otro momento de su vida le hubieran dicho que sus decisiones acarrearían que personas que le importan sufrieran las consecuencias posiblemente nunca hubiera aceptado tantos riesgos.

Primero va al supermercado de la gasolinera donde antes de reservar habitación llenó el depósito por completo. Compra un par de camisetas publicitarias de una ruta de senderismo que hay por los alrededores, también un pantalón con muchos bolsillos color gris oscuro de una tela bastante recia que debe ser para los excursionistas y coge un par de gorras para completar el atuendo. Sonríe imaginando al estirado de Parker con una gorrita llamativa y una camiseta de Big Bend de tela de algodón. Una sonrisa acude a sus labios, estaría totalmente fuera de lugar. Debe estar monísimo. En última instancia ve un paquete de bóxers con cinco de ellos y decide meter dos en la cesta, nunca se sabe cuándo los van a necesitar, y otro de calcetines, por si acaso. Respecto a la comida no se complica demasiado. Un par de botellas de agua, cuatro variedades de sándwich, unas patatas para picar y varias piezas de fruta. Es algo que seguro que elegiría un médico. No es la mejor de las cenas, pero hay hambre y pocas opciones.

Una vez solventado lo básico siente la necesita de saber que su abuela está bien, a pesar de que es arriesgado contactar. En la pared exterior del súper hay una cabina en la que inserta unas monedas.

El tiempo pasa y posiblemente no le dé tiempo a llegar antes de que la encuentren los de las Tríadas, aunque debe confiar en Hiroshi y en la logística que seguro que ya está desplegando para cuidarla.

Tras dudar durante unos minutos y mesar sus cabellos en varias ocasiones decide llamar a ese teléfono que solo debe usar en emergencias extremas y que hará que todo salte por los aires, pero no ve otra salida.

—El pollo quiere hablar con mamá gallina —dice nada más que descuelgan el teléfono, del otro lado solo recibe estática.

—Aquí mamá gallina. No deberías haber abandonado el nido —responde una voz enérgica y cabreada.

—Era de vital importancia. No todo el gallinero está perdido, sigo en ello, pero necesito comunicar que abuela pato va a cambiar de ubicación.

—Comprendo. No hay problema con eso. Tenemos controlada la zona y la posible nueva granja y está rodeada de gallos. ¿Qué vas a hacer?

—El pollo se va a meter en el huevo unos días. No estoy solo. He tenido que llevarme a un polluelo. Ya sabes a quién, pero lo tengo todo controlado. —Al menos eso le gustaría creer.

—No tardes en volver al nido o el zorro se lo comerá todo —responde la recia voz del otro lado—. Respecto al polluelo me aseguraré de que todo ande bien en su nido. No te metas en más líos. —Eso ha sido una amenaza en toda regla, pero Ryuu ya sabe cómo se las gasta este hombre.

—Gracias, prometo portarme bien. —Sus palabras, que deberían parecer formales, le salen como una burla que enerva a su interlocutor que cuelga resoplando.

Sabiendo que de seguro Hiroshi ha cumplido su palabra y que está cubierta por dos flancos, toca lidiar con su *obachan* y hacerla comprender que debe seguir sus pasos al pie de la letra. Esa es una tarea titánica.

Marca el número de Gabriela que descuelga al segundo toque.

—Hola, Gaby. ¿Se puede poner mi abuela?

—Claro que sí, hijo. ¿Va todo bien? Ella está superpreocupada.

—Bueno, no todo lo bien que quisiera, pero se arreglará.

—Espera que la aviso. Cuídate mucho, cariño —se despide la amiga de su abuela antes de emitir un fuerte grito para llamarla.

Se escuchan unos pasos apresurados y acto seguido agarran el

teléfono.

—Ryuu, ¿dónde estás? —En la voz se distingue la angustia y la preocupación.

—Estoy en Los Ángeles, como siempre, en mi apartamento. ¿Recuerdas la conversación que tuvimos hace unos meses?

—Sí, hijo. Me estás asustando.

—Escúchame bien, por favor. Unos amigos van a ir a buscarte y van a cuidar de ti. Tienes que hacer todo lo que te digan, abuela. Ya sabes cómo va esto. Sé buena y no se lo pongas difícil. ¿Harás eso por mí? No va a pasar nada. Está todo controlado.

—Sí, haré todo lo que me digas si con eso consigo que tú estes bien. Ya estás con las intrigas como tu abuelo. No me gusta. Sabes cómo terminó todo. No me des un disgusto, muchacho, que ya no estoy para esas cosas —se lamenta preocupada.

—Yo estoy perfectamente si tú lo estas. Ahora escúchame con atención.

Le lleva unos minutos explicarle que tiene que deshacerse de su teléfono móvil. Ha refunfuñado mucho porque le gusta y dice que tiene mucha información que no quiere perder. Le ha indicado con paciencia cómo debe hacerlo para conservar su información y, al fin, ha accedido. Sabiendo que ella está a salvo suspira aliviado. Pobre de aquel al que le toque lidiar con ella. Lo bueno es que esos hombres van a comer mejor que en toda su vida si les gusta el picante, porque desde que vive en San Antonio, y lo ha descubierto, se lo echa a todas sus comidas. Sonríe por las peculiaridades de su abuela. Todo un carácter.

Algo más relajado y solucionado el tema de su *obachan* debe pensar qué hacer y hacia dónde dirigirse para desaparecer del mapa durante unos días. Sus ojos vagan hacia la publicidad de la bolsa que lleva y se le ocurre que quizá podrían pasar por un par de excursionistas que están de vacaciones. Le parece que puede funcionar de momento.

Cuando abre la habitación Parker lo recibe con una mirada

enfadada.

—Siento haber tardado tanto, es que había cola, pero mira. He traído algo para comer —dice señalando las bolsas—. Aún no puedo desatarte, voy a darme una ducha rápida y a hacer uso de esa ropa interior que me has ofrecido tan amablemente y luego cenaremos los dos tranquilos.

—No tardes demasiado, tengo los brazos dormidos y mucha hambre.

Ryuu saca una muda de la bolsa y se dirige al baño. Cinco minutos después sale con la ropa interior de Parker y una camiseta blanca de tirantes. Las pequeñas gotitas de agua de su pelo se deslizan por su torso, dejando a su vecino con sus ojos grises como si tuvieran una tormenta en ellos.

—¿Qué? No me mires así. No pretenderás que duerma con los pantalones. Son demasiado ásperos. —Parker no puede dejar de apreciar su cuerpo.

Ryuu se acerca a la cama sentándose sobre ella y desata los nudos. Cuando el médico se siente libre gira las muñecas y los hombros destensando los músculos.

Le pide que se levante la camiseta y que le acerque el botiquín que tenía en el coche que Ryuu ya había sacado previamente. La piel no tiene mal aspecto, pero la herida está algo abierta, imagina que por correr detrás de él por el bosque. Se sonroja involuntariamente.

—¿Te duele? —pregunta apretando ligeramente los bordes.

—No, estoy bien. Apenas lo siento —afirma repasando con la mirada el rostro de Parker.

El médico hace diligente su trabajo y limpia la herida, cerrando bien los bordes con unos puntos de aproximación improvisados. No le encanta la idea de trabajar tan cerca del cuerpo del *yakuza*, pero no le queda más remedio. Aprovecha para echarle un vistazo a los puntos de la ceja y sus alientos se enredan durante unos segundos. Se siente bien. Jodidamente bien.

Tras ese momento extraño Ryuu se pone en marcha y le tiende

la bolsa con la comida. Se sienta donde antes, poniendo la bolsa en medio y dejando que Parker elija primero, él no es muy exigente y ahora mismo se lo comería todo, hasta brócoli romanesco.

Comen en silencio evitando las miradas. No resulta incómodo del todo.

—¿Y ahora me vas a contar de qué coño va todo esto? —pregunta enfadado.

—Vaya, si sabes decir palabrotas. Y yo que pensaba que los tacos no entraban en tu vocabulario —se burla.

—No estoy para tonterías. Dame algo de información porque me voy a volver loco —exige.

—Está bien. Te contaré hasta donde pueda. Habrá cosas que no comprendas, pero solo quiero que tengas en cuenta que no soy el malo de la historia, al menos no soy uno de «esos» malos.

Parker no entiende a qué viene esa aclaración. Sabe que es de los peores o no hubiera recibido una paliza y atacado a una cría, eso que él sepa. Ni en sus mejores sueños podría pensar que es una buena persona.

CAPÍTULO 22. Por su honor

El *yakuza* recoge con parsimonia los restos de comida, como queriendo retrasar el momento, mientras el médico lo observa dándole espacio. Espera que lo que le cuente lo deje algo más tranquilo.

—A ver. Quiero que tengas la mente abierta porque quizá lo que voy a contarte puede sorprenderte. Necesito que estés tranquilo y confíes en mí. —Parker bebe un trago de agua para calmarse, tanta expectativa lo está poniendo nervioso—. Me crie en Japón. Mi madre se enamoró de un diplomático americano que trabajaba allí. Como podrás imaginar supuso un fuerte impacto para la rígida concepción de mi cultura y el mal concepto que en aquellos momentos se tenía de los americanos. —Ryuu valora el estado de nervios de su compañero y continúa—: Mi abuelo nunca terminó de aceptarlo. Para él mi madre los estaba deshonrando y nunca me vio como un heredero o como su nieto. Mi contacto con él fue muy limitado. Yo no recuerdo nada de eso, era aún muy pequeño. —Se pone de pie, incapaz de estar tan cerca y quedarse quieto.

—Debió ser duro tener a la familia dividida —comenta Parker animándolo a que prosiga. No sabe qué relación tiene esto con los acontecimientos que están sucediendo, pero le intrigan los orígenes del macarra. Lo hacían desde que lo vio por primera vez en la cafetería.

—Ya te digo que no recuerdo esa parte. —Traga saliva. Ahora viene la parte difícil—. Hubo una tragedia que acabó con la vida de mis padres. —Es parco en los detalles porque aún le duele recordar las imágenes de lo que sintió al verlos.

—Lo siento mucho. —Parker siente la necesidad de acercarse a su vecino y reconfortarlo de alguna forma, pero no lo hace. Ryuu solo asiente con la cabeza en reconocimiento por su empatía.

—A mi abuelo no le quedó más remedio que hacerse cargo de mí y de mi educación. No lo hizo de buena gana, como podrás

imaginar, pero al menos no me dejó en la estacada. Era aún un crío que no sabía nada de la vida y no me enteraba de lo que pasaba a mi alrededor. Durante un tiempo fui feliz. Algunos momentos con mi abuelo fueron agradables, otros no tanto. —Lo mira con los ojos entornados, avergonzado—. Mi abuelo era el *Kumicho*, el cargo más alto dentro del organigrama *Yakuza*. Debido a unas luchas internas de poder para arrebatarle el cargo mis padres pagaron las consecuencias, de eso me enteré años después. —Observa la cara de sorpresa de Parker. Traga despacio. Rememorar a su abuelo siempre le trae recuerdos enfrentados—. Todo comenzó ahí, con la muerte de mis padres, y siguió con la venganza de mi abuelo. Desató un verdadero infierno que terminó amenazando nuestras vidas. Viéndose acorralado hizo lo que consideró mejor para los que quedábamos. Huimos dejando Japón cuando tenía dieciséis años. Me costó mucho adaptarme a un país extraño, con unas costumbres muy diferentes a las que había tenido anteriormente, y dejar atrás el recuerdo de la muerte traumática de mis padres y el conocimiento de que una gran parte de la culpa de lo que les sucedió fue de mi abuelo.

—Tu vida ha sido bastante agitada —interviene sorprendido Parker.

—Un poco, sí. —El leve comentario de Parker destensa el momento que estaba demasiado espeso—. Mi abuelo volvió a reinventarse al llegar a Los Ángeles, abrió un restaurante, que luego pasaron a ser dos y posteriormente varios negocios más de diversa índole. —No cree que sea prudente decirle que tenía varios establecimientos de *striptease*.

Parker se siente extraño tras estas declaraciones. Tiene ganas de abrazar y reconfortar a ese niño que fue y que tuvo que vivir un infierno y, por otra parte, saber que su familia estaba involucrada con esa organización de mafiosos le desagrada, a saber en qué líos está metido. Porque un santo está claro que no es.

—Hace bastante tiempo de eso, no me tengas lástima. —Es el comentario que le dedica el *yakuza* tras ver la cara de pena que pone el médico. Odia la lastima y es lo que menos quiere despertar en él. Es

cierto que hace tiempo que ocurrió todo, pero ni de lejos es una historia cerrada; de hecho, es una herida abierta que sigue supurando y el motor de todas sus acciones—. Sabes que he hablado con mi abuela. Debo aclararte que no es mi abuela biológica. Es la segunda mujer de mi abuelo. La que prácticamente me crio cuando me quedé solo. La única persona que me ha querido de verdad en toda mi vida.

—Una familia desestructurada, pero al final tienes o tenías a tu alrededor personas a las que le importabas en cierta forma. Yo tengo a mis padres y una hermana y no siento que forme verdaderamente parte de su grupo.

—Todos tenemos nuestro propio drama. —Le dedica una pequeña sonrisa triste—. Siempre se dice que a la familia no se elige y que hay que lidiar con ella.

—No sé si te la cambiaría, porque tu infancia seguro que fue peor que la mía. Lo de la lucha interior por conseguir ser lo que quieres y no lo que te imponen eso ya es otra historia.

—Siento que te sientas así. —Ryuu lo dice de corazón y Parker lo acepta de buen grado, aunque no quiere parecer débil a sus ojos.

—No pasa nada. Intento mejorar y trabajar en ello cada día. Continúa, por favor —le dice acomodándose mejor en el cabecero de la cama.

—Mi abuelo, desde muy joven, me involucró en todo lo referente a la organización. Yo no era digno de heredar su cargo, pero era la única opción que le quedaba. A pesar de ser medio americano, mostré interés en sus enseñanzas. Era la única posibilidad de obtener algo de cariño. ¡Qué patético parece ahora! —La dura mirada le advierte que ni se le ocurra comentar algo al respecto—. Durante mi época en Japón me relacioné con la organización a muchos niveles e hice amigos importantes. Cuando huimos a Estados Unidos, porque la facción de mi abuelo perdió la guerra interna, él siguió en contacto y dirigiendo en la sombra a la oposición.

—Pensaba que estas cosas solo sucedían en las películas. Vivo en el mundo y sé que hay organizaciones así, pero ni en mis peores pesadillas me hubiera imaginado involucrado con alguna de ellas. —

Parker resopla apartándose un mechón de pelo de la cara.

—No quiero aburrirte con demasiada información. Solo quiero que comprendas cómo he llegado al punto en el que me encuentro. —Los ojos de su vecino lo tienen hipnotizado y son tan claros y expresivos que no puede parar de mirarlo.

—Lo que quieres decir es que aún estas relacionado con ellos y les haces «trabajitos», ¿no es así?

—Sí, no es que les haga trabajitos, es que soy la mano derecha del líder de la facción de Los Ángeles.

—¿En serio? Vaya. Ahora sí me has sorprendido. Necesito procesar toda esta información. Es demasiado. —Parker niega. No esperaba este golpe de efecto. ¡Qué suerte la suya!

—De verdad, me gustaría que entendieras que nunca quise ponerte en peligro y te sacaré de esta. Te lo prometo.

—Eso espero. —Parker no comprende cómo su plácida y tranquila vida ha dado un giro tan drástico. Ahora sí tiene verdadero miedo—. ¿Quién nos persigue? —Cuanto antes sepa a qué peligro real se enfrenta, mejor.

—Nos persiguen las Tríadas. —Después de la bomba que acaba de soltar, la reacción de sorpresa y miedo en la cara de su compañero es patente. Él siempre ha estado involucrado y no tiene ni idea de cómo de impactante pueda ser para alguien ajeno.

—Las Tríadas. ¡Guau! Esto es demasiado. Demasiado. ¡En serio! —Se pone de pie sobresaltando a Ryuu y camina por la pequeña habitación mesándose los cabellos—. No puede ser. Soy una persona íntegra. Toda mi vida he hecho lo correcto. No me meto en líos. ¡Si casi no bebo alcohol! —bufa desesperado. Frena en seco y espeta—: No sé si quiero saber más sobre toda esta mierda.

—Lo comprendo. Llevas razón, cuanto menos sepas mejor para todos, pero tú has preguntado, gatito. —Necesita rebajar algo la tensión.

—No me llames gatito. Sé que he preguntado, pero no esperaba todo este despliegue.

—Es tarde. Deberíamos dormir porque mañana tenemos que ponernos en movimiento muy temprano para aprovechar el día.

—Tengo muchas preguntas y dudas.

—Lo sé y seguiré respondiendo a las que pueda, pero por ahora, por favor, confía en mí. —Parker asiente, no puede con más sobre sus hombros.

—¿Puedo saber hacia dónde vamos?

—Tenemos que ocultarnos durante unos días. Han amenazado a mi abuela, aunque ya la tengo cubierta y, bueno, a ti también. No sé por qué extraño motivo creen que nosotros tenemos una relación.

—¿En serio? ¿Qué les ha hecho pensar eso? No me lo puedo creer. Si no nos soportamos. —Algo más relajado se sienta sobre el borde la cama muy cerca de Ryuu.

—Creo que es mi culpa. No suelo relacionarme con nadie externo a mi círculo y el hecho de haber coincidido contigo un par de veces ha debido levantar la libre. Tienen que tener a alguien siguiéndome. —Es una conclusión lógica que debería haber tenido en cuenta antes—. También la mala suerte de que alguien de las Tríadas nos viera en la cafetería. Cogió tu acreditación y eso te pone directamente en su punto de mira. —Parker repara en las verdaderas repercusiones de lo acontecido durante el café, con el desconcierto no lo había analizado—. Quiero que sepas que la noche antes de ir al hospital hicimos algo de lo que no estoy orgulloso, te lo comenté de pasada; lo de la cría. —Parker abre mucho los ojos—. Estas son las consecuencias. Quieren darme un escarmiento y tú eres el medio. —Le cuenta con mayor detalle lo que pasó con la chica y lo mal que se sintió. Por supuesto no puede decir más de lo necesario, aunque le gustaría. Parker permanece callado abriendo mucho la boca con los detalles más escabrosos.

—Me parece muy feo lo que hicisteis. Es algo que no puedo perdonarte. Y seguro que has hecho cosas peores —habla Parker más para sí que para su compañero—. Y respecto a que estemos juntos, de verdad, no me creo que alguien haya llegado a esa conclusión. ¿Tú y yo juntos? Por el amor de Dios. No he visto una idea más descabellada

que esa. Ni en un millón de años pasaría algo entre nosotros. —Parece que Parker está indignado con la posibilidad.

—¿Tan malo sería?

—Mucho peor. ¿Tú nos has visto? No me creo que hagas esa pregunta. Somos como la noche y el día. Ni siquiera nos llevamos bien. De hecho, creo que eres la última persona en la Tierra con la que tendría una aventura. —Las palabras de Parker molestan a Ryuu.

—Yo tampoco me plantearía nada contigo —su respuesta es más fruto del despecho que de la realidad. Si por él fuera ya estaría ejecutando algún movimiento para desestresarse mejor que tanta palabrería.

—Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Dónde vamos?

—He pensado que podríamos hacernos pasar por turistas. La idea me la han dado estas camisetas y las gorras del súper. —Señala las prendas que tienen un gran logo en la pechera de unas visitas guiadas por Río Grande—. En el parque natural de Big Bend podremos pasar desapercibidos y estaremos lo suficientemente alejados como para que nadie nos localice.

—No me convence mucho tu plan, la naturaleza no es lo mío. —Lo mira avergonzado.

—Ya me he dado cuenta —responde divertido.

—Pero si crees que va a funcionar te seguiré, pero te doy un par de días. Después de eso tú puedes hacer lo que quieras, que yo me vuelvo a mi casa y a mi magnífica vida y espero no volver a verte —sentencia el médico.

—Lo siento, Parker. —Sus palabras traslucen verdadero pesar por colocarlo en una posición tan comprometida y arriesgar su vida—. Cuando solucionemos el problema no volverás a saber de mí. —Un fuerte escalofrío recorre la columna vertebral de Parker—. Vamos a descansar.

Cada uno de los hombres va al baño y después se meten en sus camas en silencio. Apagan la luz y ambos dan vueltas sin conciliar el sueño, uno analizando su plan de escape y el otro asimilando toda la

información.

—¿Cómo quieres que duerma con todo lo que me has dado? —refunfuña Parker tirando fuertemente de las mantas.

Ryuu se gira para observarlo en la penumbra y le dedica una sonrisa tierna. Jura por su honor que hará todo lo posible porque Parker salga indemne de esto.

CAPÍTULO 23. Conoce a la familia

Son las diez de la mañana y Buster se aproxima hastiado a la escalinata de la espléndida mansión que tienen los Blair en Beverly Hill. No es nuevo en estas lides. No es la primera vez que tiene que afrontar un secuestro, pero quizá esta vez sea el impulso que necesita la operación para que termine de una vez. Eso que ha anhelado durante tanto tiempo ahora se le antoja irreal. También está en su cabeza la idea de que no salga todo lo bien que debería y el esfuerzo que han hecho no sirva para nada.

Sube los peldaños y se aproxima a la pesada puerta doble de roble macizo. Ajusta su chaqueta y sonríe a su compañera.

—Todo va a ir bien. No le va a pasar nada al chico —dice Sara dándole ánimos. Ella piensa que su nerviosismo se debe a que se preocupa por la vida del joven médico, cuando en realidad lo único que le incomoda es que todo se pueda venir abajo y haya perdido tres años de su vida en algo inútil. Le sonríe de vuelta para tranquilizarla y llama al timbre.

Un mayordomo trajeado les abre la puerta.

—¿A quién tengo el honor de presentar? —pregunta formal haciendo una ligera reverencia.

—A los agentes Packard y Hoover.

—Oh, sí, por supuesto. No esperaba que llegaran tan pronto. Pasen por favor. —Los escolta hasta un salón con una decoración muy ostentosa. El dinero no parece faltar y eso puede llegar a intimidar.

En un sofá Luis XV tapizado con flores enormes, bastante hortera según su criterio, se encuentra sentada una mujer de mediana edad muy elegante, con una taza de porcelana fina entre las manos. Cuando escucha al mayordomo se gira altiva y mira con superioridad a sus invitados. Justo en ese momento un hombre de pelo y barba blanca, con un traje de diseñador entra por una puerta lateral y se queda de pie a escasos metros.

—Buenos días, imagino que serán los agentes que he llamado. —No se les nota muy preocupados porque haya desaparecido su hijo.

—Así es. Agente Packard —señala a Sara— y agente Hoover. ¿Me ponen al día, por favor?

No han pasado veinticuatro horas desde que su hijo Parker Blair dejó de dar señales de vida, pero este hombre tiene influencias en las altas esferas. Ha presionado mucho para que comience la rueda y se investigue. Ese pequeño empujón, unido a que el señor Parker ha tenido tratos con un miembro de la Yakuza investigado por el FBI, ha hecho saltar las alarmas. Según parece pueden haberlo raptado a cambio de un rescate o algo similar, al menos esa es la información que le han proporcionado.

—Sí, por supuesto. Pueden sentarse —les indica el hombre.

—¿Quieren algo de beber? —Ahora es la madre, Abigail Blair, la que ejerce de buena anfitriona. Las fotos del informe que ha leído esta mañana no le hacen justicia. La señora es guapísima. Posiblemente su marido y su negocio en las clínicas de estética tenga mucho que ver en su apariencia. Parece mucho más joven de lo que reza en su expediente.

Los agentes se sientan sumisos, aunque el ánimo de Buster está por los suelos. No le gustan estas pantomimas y quiere salir de esa casa que tanto le asfixia.

—Mi hija bajará en un momento. Ella es la que sabe más sobre el tema. Tengan paciencia porque está muy afectada. —El tono calmado y autoritario de Robert Blair no le gusta un pelo y su instinto no suele fallarle.

—Por supuesto, pero no tenemos todo el día. —Sara le da un ligero codazo para que guarde las formas.

El mayordomo les sirve dos tazas de té mientras esperan. Buster se está impacientando, no le gusta la puesta en escena superficial y dramática y todo porque una niña rica y mimada, que tiene todo el tiempo del mundo, les hace perder el suyo. Justo cuando el agente va a darle un sorbo a su taza de té, una chica con un

ondulado pelo castaño y ojos grises y brillantes como el acero hace su aparición. Se queda congelado mirándola. Tiene un cuerpo menudo y delgado, quizá demasiado delgada para sus gustos, pero desprende magnetismo. Traga en seco. Las fotos que ha estudiado esta mañana no están actualizadas y lo que tiene ante él es toda una mujer a la que le echaría un buen polvo, o dos. Se pone de pie como un resorte y se queda embobado mirándola.

—Ya era hora de que aparecieras —la reprende su padre. Ella responde con un mohín de su rosada boca y analiza a los visitantes.

—Ustedes deben ser los agentes de policía. —Repasa a Buster con la mirada y asiente relamiéndose los labios—. Los esperaba de uniforme. Me gustan más que los aburridos trajes de chaqueta.

—No somos de la policía, señorita. Somos del FBI —aclara Sara claramente disgustada.

La hija de los Blair se sienta en el sofá con elegancia y revisa sus uñas sin hacer ningún tipo de apreciación más hacia los agentes.

—Señorita… —comienza a hablar Buster.

—Soy Chantal. Parece que alguien no ha hecho sus deberes. —La sonrisa que le dedica es lobuna y con una clara intención de burla. Es la chispa que le hace falta al agente para casi marcharse. Sara nota como se revuelve en el sofá y le da un ligero codazo para recordarle, de nuevo, que tiene que guardar las formas.

—Pues, señorita Chantal, no estamos aquí por gusto, parece ser que su hermano ha desaparecido y usted ha hecho saltar las alarmas.

—Chantal, no estamos para juegos —la amonesta su padre, al que se le nota por el tono que está perdiendo la paciencia. Tiene pinta de tener bastante carácter.

La chica cambia su postura y sus ojos se vuelven algo acuosos. Parece que después de todo no es tan insensible como quiere hacerles creer.

—Sí, es cierto. Antes de ayer recibí un mensaje de mi hermano confirmando que iba a cenar con nosotros anoche y no se presentó. —Se levanta con elegancia mostrando una porción de piel inmaculada

de sus largas piernas. Buster no puede dejar de mirarla, a pesar de que se obliga a alzar la vista y agarrar el móvil que le está tendiendo para que lean el texto. Sara nota cómo le afecta y es finalmente ella la que lo recoge de las manos de Chantal.

Tras salir de su estupor el agente se acerca a su compañera para revisar el contenido.

«Al final te has salido con la tuya. Mañana iré a cenar con vosotros.»

—Eso no constituye una prueba en sí misma. Podría haberse arrepentido o quizá le surgió algo de última hora —argumenta el agente.

—No, mi hermano no es así. Si se ha comprometido a hacer algo lo hará. Es muy… recto en ese sentido. —Sonríe tímidamente a Buster.

—¿Han intentado contactar con él de alguna manera? —pregunta Sara.

—Sí, ayer mi hija estuvo toda la noche llamándolo y esta mañana igual y siempre le salta el buzón de voz. Como sabrán trabaja en un hospital y no apagaría el móvil por nada. Los médicos somos así. —Ahora es el padre quien contesta. La madre se mantiene en un discreto segundo plano sin decir ni hacer nada. Se ve que es una mujer acostumbrada a no meterse en los asuntos de su marido.

—Pero esto en sí mismo no da para una investigación policial y menos federal. Me temo que nos han hecho perder el tiempo, además, les repito, no han pasado ni veinticuatro horas desde que han perdido el contacto, no deberían preocuparse y darle margen. —Buster se levanta indignado.

—Lo sabemos, pero… hay más. Tengo un amigo que trabaja en el mismo hospital. —Es lógico sabiendo a qué se dedica toda la familia y las influencias que tienen—. Ayer lo llamé para preguntarle si lo había visto y parece que sí. Me contó que estaba con un tipo y le resultó tan extraño que les hizo una foto. Miren. —Le quita el móvil que todavía tenía Sara entre las manos y rebusca hasta encontrar la

fotografía.

Esa nueva información sí levanta las orejas de Buster. El agente estudia la fotografía y confirma sus temores; aparece su hermano con el segundo al mando de la Yakuza. El tipo está acorralándolo contra un coche y a Parker se le nota muy incómodo. Buster bufa por lo bajo. ¿Será posible que este tío tenga que estar en todas partes? ¡Mierda!

—Está bien. Podemos revisar las cámaras, aunque también podría ser que su hermano tuviera una vida además de su familia. ¿Quizá una relación? —responde sarcástico—. Tendremos que llevarnos el aparato para analizar la imagen.

—¿Insinúa que mi hijo es un mal tipo o que tiene relaciones con hombres? —salta el padre como un león.

—No insinúo nada, solo abro las posibilidades. —Durante unos segundos el agente y el padre se sostienen la mirada como en un duelo.

—Si se llevan mi móvil me dejarán incomunicada. ¿No sería mejor que se la enviara? —refunfuña Chantal haciendo que ambos hombres giren la mirada.

—Me temo, señorita, que va a tener que comunicarse con señales de humo. —Es todo lo que contesta el agente, que no está de humor para aguantar las tonterías de una niña malcriada. Le molesta tanto la actitud de la chica que no le apetece ponérselo fácil.

—Pues espero al menos que se den prisa. No puedo estar demasiado tiempo alejada de las redes sociales, tengo una imagen que mantener —concluye con un puchero.

—Chantal, un respeto. Están intentando averiguar qué está pasando con tu hermano —la reprende su padre de nuevo.

—Lo siento, papá. La culpa la tienen ellos por ser tan poco sensibles ante mis necesidades.

—Gracias, señor Blair. Señora. Intentaremos darnos prisa con la investigación y tener noticias pronto. Un placer y gracias por el té —se despide Buster en un verdadero acto de contrición. Camina hacia la salida a paso rápido porque no le apetece permanecer más tiempo

allí y menos aguantar a esta extraña familia que no saben comportarse, que sea Sara la que se encargue de los pormenores de la investigación.

—Agente, por favor, no tenga en cuenta mi comportamiento. —Lo intercepta Chantal agarrándolo del brazo—. Ante todo, quiero que mi hermano esté bien. Si necesitara cualquier cosa de usted, ¿cómo podría contactar? —la voz le ha salido melosa y sensual.

—Llame a la policía y sabrán qué hacer, por mi parte se dónde vive, señorita. Yo la llamaré si la necesito —la corta brusco. La cercanía y el olor floral le han afectado, pero ante todo es un profesional.

—Una pena. Me hubiera gustado que volviéramos a charlar —se despide la hermana de Parker deslizando una uña por el antebrazo del agente.

En el último instante Buster le entrega una tarjeta de visita. No tiene muy claro por qué lo hace, pero la sonrisa de la chica le deja claro que no ha sido una buena idea.

Un coche está apostado a un costado de la valla de la mansión con varios ocupantes que no le quitan ojo a cualquier movimiento de la familia.

CAPÍTULO 24. Llamada clandestina

Llevan más de dos horas en el coche y una hora más despiertos. La noche ha transcurrido, a pesar de las circunstancias, mejor de lo esperado. Los dos han dormido como bebés, imagino que a causa del estrés y de todas las horas de coche que llevaban a sus espaldas.

Ryuu se ha levantado de mal humor. Tras soltar la adrenalina de los primeros momentos ahora ha caído sobre sus hombros la responsabilidad del hombre que está a su lado, apoyado taciturno sobre la puerta del copiloto. Debe reconocer que se lo ha tomado mejor de lo esperado. Si hubiera sido al contrario no cree que estuviera tan entero. Habría despotricado hasta quedar saciado y pelearía contra la situación hasta sacar toda la información que pudiera obtener, pero ese hombre que tiene a su lado es diferente. Diferente a todo los que ha conocido hasta ahora. Lo ve como una persona atenta, sencilla, cariñosa, comprensiva, calmado y en cierta forma dócil. Aunque no se le olvidaba el rato que lo tuvo persiguiéndolo por el bosque. No le apetece recordar ese instante porque cuando lo alcanzó tuvieron un momento y si las circunstancias hubieran sido otras habría ocurrido algo entre ellos. Sonríe casi sin pretenderlo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta un soñoliento Parker.

—La situación. No me digas que no es cómica. —Aparta un momento la mirada de la árida carretera para apreciar su semblante. Lo prefiere cien veces más con ese pelo despeinado y la ropa informal. Le dan un aspecto juvenil, inocente y despreocupado y, por qué no, también tremendamente atractivo.

—Te parecerá cómica a ti, a mí se me antoja la peor de las pesadillas. Como comprenderás, pasar más de veinticuatro horas con un miembro de la Yakuza que ni siquiera me cae bien siendo perseguido por las Tríadas no es un sueño hecho realidad —contesta Parker enfadado y sarcástico.

—Tampoco es para tanto. Piensa que estás con el mejor componente de la Yakuza que podrías elegir. —Esta conversación con su compañero le está subiendo el ánimo. Le gusta la lucha y él siempre está dispuesto a una buena pelea—. Deberías tomártelo como unas vacaciones. ¿No decías que estabas un poco a disgusto con tu familia? Pues aprovecha este tiempo de descanso para plantearte un nuevo futuro.

—Te doy la razón ahí, aunque entenderás que las circunstancias no son las mejores para pensar. Pero sí, voy a plantearme la dirección a seguir, ¿también lo vas a hacer tú? —Parker quiere tantear el terreno. Está bien que parezca un tipo duro, pero realmente no lo ve tan insensible como para hacerse cargo de esas acciones que le ha relatado. Es un hombre listo y en el fondo compasivo. No cree que su máxima aspiración sea formar parte de una organización criminal.

—Créeme, esto que hago lo hago por mi futuro. Necesito poder avanzar y cada día estoy más cerca. —Se miran durante unos segundos de una forma bastante intensa. Cada uno imbuido de sus propios pensamientos profundos.

Ryuu traga saliva centrándose de nuevo en la carretera. Nunca ha sentido una atracción tan fuerte por una persona de su mismo sexo. Ha tenido ciertos escarceos, no es un santo y su vida no ha sido un camino de rosas. El sexo ha estado presente desde muy temprana edad y ha tonteado y experimentado con todo lo que ha tenido a mano. Relacionándose con criminales de todas las calañas no le ha sido difícil conocer cómo se mueve el mundo en ese sentido, pero jamás se ha enamorado. Era y es demasiado peligroso querer dadas sus circunstancias.

Cuando era aún adolescente sintió una atracción brutal por una chica que trabajaba en uno de los clubs de su abuelo, pero su ingreso en prisión y el tiempo que estuvo allí recluido enfrió lo que fuera que tenían. Sabe que Arizona dejó el mundillo y está establecida con un buen hombre que la quiere y la cuida como merece. Mejor así. Solo fue un calentón adolescente para él y posiblemente un escape para

ella. Debería haberla buscado cuando salió de la cárcel, pero su vida cambió tanto en esos momentos que no le dio tiempo a pararse a pensar en ese amor más basado en el sexo que en los sentimientos. Le agradecería toda la vida lo que experimentaron juntos y el cariño que recibió por su parte. Ahora, con perspectiva, puede valorar las cosas que no hizo de manera acertada.

Conducen durante unas cuantas horas más por un paisaje bastante desapacible. Apenas se han cruzado con coches en ningún sentido. La conversación entre ellos se ha mantenido controlada versando sobre libros, música, películas y temas vánales. Parece que a ninguno de los dos le apetece adentrarse en terreno pantanoso.

A mediodía deciden parar en un restaurante de carretera para tomar algo y relajar un poco los músculos, que están adormecidos de permanecer siempre en la misma postura.

Mientras Parker va al baño —espera que no haga ninguna tontería—, Ryuu aprovecha para comunicarse con su jefe desde un teléfono público. Tiene que darle alguna explicación y valorar cómo está la situación por allí.

—¿Ichiro? —pregunta dudando cuando descuelgan el teléfono.

—Ryuu, ¿dónde estás? ¿Estás bien? —Su voz destila genuina preocupación.

—Sí, por aquí todo bien. Siento haberme marchado, le dejé instrucciones a Hiroshi, espero no haber desestabilizado mucho la organización.

—Para nada, por aquí tenemos algunos problemas, pero nada que no se pueda solucionar. Las Tríadas están como locas buscándote para vengarse por lo de la cría —dice con desprecio—. Mandé a Taro a tu apartamento y parece que alguien lo había revuelto todo. Lo siento.

—No te preocupes, son solo bienes materiales. —Duda que alguien haya ido hasta su casa, es más de la opinión de que el sobrino del jefe ha aprovechado la ocasión para rebuscar entre sus cosas por si encontrara algo que lo rebaje a ojos de su tío. Qué mejor oportunidad

que esta.

—Entonces, ¿todo va bien? Me han dicho que has cogido ruta con otra persona. No me lo creía al principio, pero un contacto de la policía nos facilitó una foto vuestra de un radar de tráfico a la altura de Tucson.

—Así es, sabrás que han amenazado a mi *obachan* —dice automáticamente, mientras observa el movimiento de las personas que pasean por la gasolinera. Las palabras de Ichiro sobre que los han detectado con una cámara de carretera le recuerdan que tienen que colocarse las gorras y cambiar de vehículo para pasar desapercibidos.

—Sí, Hiroshi me comunicó lo que iba a hacer para protegerla, puedes estar tranquilo que la cuidaremos bien. Es un miembro más de la comunidad. Ya lo sabes. Tu abuelo fue toda una institución para nosotros. —Ryuu aprieta los dientes con fuerza conteniéndose a duras penas.

—Perfecto. La otra persona que me acompaña es el médico que me curó cuando lo de la paliza. —No le hace gracia exponer más a Parker, pero seguro que Ichiro ya sabe con quién va.

—No comprendo por qué te has llevado a ese hombre. ¿Qué más te da su vida?

—-Es una cuestión personal y logística —espeta vagamente. No podía dejarlo allí, aunque no pretende que Ichiro lo comprenda. Es absurdo hablar con él sobre proteger a alguien de su entorno cuando para ellos la vida ajena carece de sentido, pero no ha tenido tiempo de idear una buena excusa.

—Confío en tus decisiones —claudica poco convencido—. No me hace ninguna gracia tener a mi mano derecha dando tumbos por el país. Siento lo de tu abuela. Sé lo unido que estás a ella. Llego a saber que ibas a pagar las consecuencias de nuestra pequeña venganza y hubiera sido más duro, parece que aún no han comprendido el mensaje que les dejamos. —Ríe—. Cuando esto se calme tendremos que ser mucho más agresivos. —Ryuu tuerce el gesto. No es su idea empezar una guerra en las calles de L.A.—. ¿Hacia dónde te diriges?

—No puedo decírtelo, Ichiro, es mejor así, pero tendrás noticias mías lo antes posible y volveré cuando se calmen las aguas. Sé lo que hago.

—Eso espero. Cuídate y no tardes mucho en regresar, no te pago para que te vayas de vacaciones. —Se despiden tras hablar un poco más sobre cómo se desarrollan las operaciones que están abiertas.

Ryuu sabe que no debe hacerlo, pero llama a ese número que tanto le cuesta usar.

—Amarillo.

—El pollo llama al gallinero. ¡Qué novedad! Tenemos problemas por aquí —contestan al otro lado de la línea.

—Lo imagino. No es mi culpa que esto se esté torciendo. Intento improvisar sobre la marcha. Creo que en un par de días podré volver al redil. Ten paciencia hasta entonces.

—Paciencia es lo que no me queda. Te has llevado contigo a un pájaro importante. No deberías haberlo involucrado.

—Soy consciente, pero el mal ya está hecho. Solo tengo que mantenerlo a salvo.

—Más te vale o se nos caerá el pelo. No la cagues ahora, Ryuu. Estamos muy cerca y no sé tú, pero yo estoy hasta los huevos de esto —resopla el otro hombre al lado de la línea.

—Pues imagina cómo estoy yo.

—¿Me das destino?

—Mejor no, creo que puedo apañármelas solo. De todas formas, sé que sabrás encontrarme si me encuentro en apuros.

—Aguanta un poco más y no hagas locuras. Ya casi estamos.

—Lo sé. Tengo que dejarte. Hablamos.

Ryuu cuelga antes de que Parker llegue a su posición. Se sienta rígido en la silla y mira al *yakuza* de forma interrogativa.

—Así que las normas están para mí, pero no para ti.

—¿A qué te refieres? —pregunta Ryuu algo desconcertado.

—Me voy un momento al baño y cuando vuelvo te encuentro hablando por teléfono. Debería poder llamar también a mi familia para decirles que estoy bien.

—Lo siento, Parker, pero la llamada era necesaria. No creo que sea buena idea que tu familia sepa dónde estamos. Nos traería problemas.

El tema se queda ahí, pero no está olvidado para Parker. Piden algo para desayunar y lo hacen en silencio. A ninguno le apetece hablar, además la conversación anterior los ha dejado tensos.

—Voy a ir a pagar, al baño y a conseguir un nuevo coche.

—¿Un nuevo coche?

—Claro, el tuyo es demasiado llamativo y posiblemente la policía ya lo esté buscando. Han pasado más de veinticuatro horas desde tu desaparición. Como comprenderás no podemos seguir usándolo. Lo dejaremos aquí y lo recogeremos cuando sea seguro. —Le dedica una mirada dura para advertirle que aquí el que sabe lo que está haciendo es él y que este punto no tiene lugar a réplica.

El médico asiente a regañadientes. Lo que no sabe Ryuu es que tiene un plan alternativo.

Cuando el *yakuza* se va a hacer sus cosas se levanta raudo a hacer una llamada. Si piensa que va a dejar a su bebé allí sin más lo tiene claro.

Al tercer tono salta del buzón de voz y Parker deja su mensaje. Escuchar el contestador automático de su casa, aunque sea una locución, lo hace sentirse más cerca de la seguridad y, por qué no, de la libertad.

—Buenos días, esto es un mensaje para Chantal —saluda a su hermana. Intenta que su tono suene animado—. Estoy bien. No te preocupes. No tengo tiempo para ponerte al día sobre los acontecimientos. Necesito un favor…

Antes de que su compañero vuelva cuelga el teléfono, espera que su hermana entienda todas las instrucciones. Disimula sentado en un banco del porche exterior del bar de carretera. Ryuu le comenta

que le ha preguntado al camarero dónde pueden encontrar rutas turísticas por la zona y le ha indicado el camino a seguir, así que ya tienen un nuevo objetivo. La calma que parece reflejar Parker en la conversación no lo convence, pero tampoco quiere saber lo que ha hecho, ya que seguro que se cabrea. Al menos no quiere saberlo por ahora.

CAPÍTULO 25. Siguen en la carretera

Ryuu se hace con otro coche bastante rápido. Tener un pasado oscuro debe servir para algo. Entre improperios que pensaba que no entraban en el vocabulario de su compañero, se alejan del Camaro al que Parker no deja de observar por el retrovisor. Echa una última mirada atrás y sin que el *yakuza* lo vea sonríe de medio lado. Desea que su hermana, por una vez, haga lo que le ha pedido y que escuche pronto el buzón de voz de casa. Tenía la esperanza de poder hablar directamente con ella, pero no disponía de mucho tiempo para seguir insistiendo. Un negro pensamiento se cuela en su cabeza: ¿Sabrán que ha desaparecido? ¿Estarán preocupados por él?

*****

Chantal escucha los mensajes del buzón de su casa. Les ha pedido a sus amigos por redes sociales que contacten con ella a través del fijo puesto que el agente *buenorro* la ha dejado incomunicada. Espera que no tarde mucho tiempo en devolverle el teléfono porque sin sus redes no es nadie y esto de usar el portátil no le gusta nada.

Está más relajada después de más de una hora de masajes y *spa*. Necesitaba este pequeño capricho después del estrés al que la somete su padre y tener que aparentar todo el día que está conforme con la manera de hacer las cosas de este. Cuando se sacrificó por su hermano lo tenía muy claro, pero ahora, después de haberlo sufrido en sus propias carnes, no sabe si de verdad ha hecho bien. Perder su vida en pos de que él tenga lo que siempre ha soñado no es tan sencillo como esperaba. Creía que la vida de lujo y ser la preferida de su padre estaría bien y sobre todo haciendo la buena acción de su vida alejando a Parker de las garras subyugantes de su destino planificado, pero empieza a no ser suficiente. Además, la conversación con los agentes de unas horas antes tampoco la ha dejado tranquila.

Los primeros mensajes son de sus amigas. Quieren quedar para ir a comer y de compras. No le apetece nada. Se siente inquieta por Parker y ni siquiera una tarde de chicas va a hacer que su preocupación se desvanezca.

El penúltimo mensaje es del agente Buster. Quiere que queden después de comer en una cafetería muy concurrida del centro para devolverle su teléfono. Sí que se ha dado brío en revisar el móvil. Sonríe complacida. El mensaje continúa diciendo que está demasiado ocupado para volver a la mansión. Será estúpido y creído. ¿Acaso su tiempo vale menos? El último mensaje es de un número desconocido. Supone que será algo para sus padres porque a ella no debería llamarla nadie más. Cuando la voz de su hermano llega a sus oídos casi llora de la emoción. Es de hace una hora y la emplaza a que vaya a recoger su Camaro a un área de descanso de Texas, a Fort Hancock, ¡atravesando tres estados! ¿Está loco o que le pasa? Nunca, jamás, ha hecho nada tan descabellado. ¿Acaso es cierto que está en peligro? Duda que por su propia voluntad haya decidido alejarse tanto de la ciudad y más aún dejar su bien más preciado tirado en un área de descanso de mala muerte. Solo la tranquiliza que el tono de su voz era calmado, no parecía coaccionado ni nada similar.

Nerviosa, camina por la habitación sopesando sus opciones. No tiene ni idea de cómo hacerlo. Podría montarse en su coche e ir a por él, pero ¿cómo traería los dos de vuelta? También está la opción de mandar una grúa para que lo cargue a casa de sus padres, lo descarta. Se le ocurre que quizá la cita con el agente sea la solución, puede que por una sustancial cantidad de dinero quiera acompañarla. Todo el mundo tiene un precio, ¿no?

*****

Parker dormita en el incómodo coche mecido por el traqueteo de la carretera, nota la brisa sobre su cara y los rayos de sol calentando sus piernas. Por raro que parezca se siente en paz, más de lo que lo ha estado en mucho tiempo. Hace más de hora y media que abandonaron

la estación de servicio dejando a su bebé allí y, aunque le ha preguntado a Ryuu, en varias ocasiones, cuánto queda para su destino le sigue dando largas y no concreta nada.

—¿No piensas molestarme hoy con tu absurda y estúpida charla? —pregunta, desesperado por romper la monotonía. Es cierto que el *yakuza* le molesta, pero también lo echa de menos, nunca pensó que eso fuera posible.

—¿Qué quieres que te diga? Tampoco es que tengamos muchas cosas en común, gatito. Aunque no estaría mal que me dieras conversación tú a mí —dice Ryuu sobrado mirándolo de soslayo—. La carretera y el paisaje son de lo más aburridos. —Desde que se adentraron en la árida Texas el paisaje es desértico y las carreteras largas e interminables.

—Si quieres entretenimiento búscate a otro. No estoy aquí para hacer de mono de feria. Lo cierto es que ni siquiera tengo claro que deba estar aquí.

—Creía que habíamos superado ese punto, pero dado que tenemos tiempo te lo vuelvo a recordar. Están buscándote para hacerte daño y no se lo voy a permitir.

—Qué desprendido y altruista por tu parte. Nunca pensé que en esa personalidad de macarra cupiera algo de empatía.

—Tampoco te lo creas tanto, no quiero cargar sobre mi conciencia con la muerte de un niño rico. Anda, no seas malo y entretenme con tu cantarina voz. —Sonríe de medio lado—. Cuéntame a que se dedica tu familia. ¿Por qué me hablaste con tanta amargura de ellos?

Parker se queda pensativo, mira por la ventana sopesando si quiere sincerarse con su vecino. Tampoco es que tenga algo mejor que hacer y, aunque el hombre es un grano en el culo, también le ha demostrado que puede ser analítico y tener ideas interesantes. Quizá arroje luz a esa disyuntiva que hace tiempo que le quita el sueño.

—Mi madre es agente inmobiliario de Beverly Hill y mi padre tiene una cadena de clínicas.

—Cuánto dispendio de información —responde sarcástico—. Has dicho cadena como si se tratara de un supermercado o una franquicia de comida rápida. Cuéntame más sobre eso.

—Bueno, es que es lo que es. Tiene un montón de clínicas de estética diseminadas por el país. Es médico, pero nunca le ha preocupado la salud de sus clientes, solo piensa en sacarles el dinero a toda costa. Como si no tuviera ya suficiente.

—Me lo pones como si fuera un puto paraíso. No debe haber sido malo criarse rodeado de riquezas y codearse con las más altas esferas de la sociedad. —Ryuu ve ahí un problema y lo espolea, para que ese carácter que se empeña en contener estalle de una maldita vez. Ha visto de primera mano que no es un tipo sumiso, aunque sea un cabezota y quiera parecerlo.

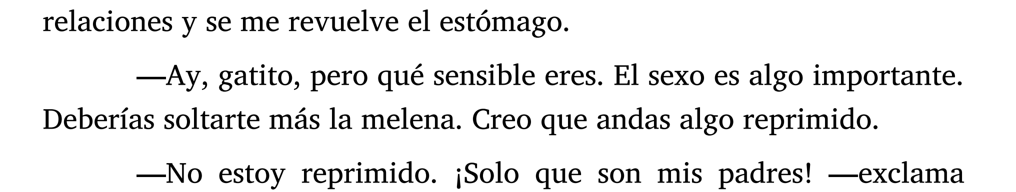
—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. Mi familia es una total y absoluta mentira. —Las palabras del *yakuza* lo terminan de enfadar. No sabe el infierno que ha tenido que vivir—. Mi madre solo vive por y para su imagen y sus absurdas fiestas. En cada una de las cuales termina acostándose con un tipo que podría ser su hijo. ¿Te das cuenta? Se acuesta con jovencitos con el consentimiento de mi padre, porque el matrimonio es un negocio, más que una relación basada en el amor.

—Tu madre tiene derecho a acostarse con quien le dé la gana y si tu padre lo consiente con más razón. —Hace de abogado del diablo.

—Ellos pueden hacer lo que les venga en gana, el problema es que lo hace con chicos que acaban de cumplir la mayoría de edad y sobre los que tiene cierta ascendencia. No es por nada, pero creo que eso es abuso de poder.

—Sí, puede serlo, aunque míralo por el lado bueno. No conozco la apariencia de tu madre, pero seguro que está bastante buena. Esos críos estarán flipando cuando una mujer, una MUJER, les propone tener un encuentro sexual. ¡Debe ser la hostia! Yo lo hubiera firmado.

—No seas absurdo. No es natural y, joder, deja de meterme ideas como esa en la cabeza. Ahora os veo a mi madre y a ti teniendo



relaciones y se me revuelve el estómago.

—Ay, gatito, pero qué sensible eres. El sexo es algo importante. Deberías soltarte más la melena. Creo que andas algo reprimido.

—No estoy reprimido. ¡Solo que son mis padres! —exclama irritado—. Ha sido mala idea lo de mantener una conversación.

—Venga, en serio. Lo siento. No quería enfadarte, bueno, un poco sí, pero no me negarás que perder la virginidad con una mujer que sabe lo que hace y lo que quiere no hubiera estado bien.

—No tengo ni idea. Sobre ese aspecto prefiero no pronunciarme.

Ryuu gira el rostro buscando el de Parker. Tiene el ceño fruncido y una clara incomodidad en su postura. Ahí hay un filón que no le molestaría explorar.

—¿Y tu padre?

—¿Mi padre qué?

—¿También se acuesta con jovencitos?

—No, por Dios. Él prefiere hacer orgías y mierdas de esas con varias mujeres. No tiene reparos en la edad mientras sean unas cuantas.

—Es un dechado de virtudes. Tiburón en la cama y en los negocios. Qué buena combinación.

—Y tirano para sus hijos.

—Con el ritmo que lleva no creo que tengan mucho tiempo para vosotros.

—Así es. Casi nos hemos criado solos, pero de cara a sus amigos y sus reuniones sociales el mérito es todo de ellos. También está el hecho de que tenemos que hacer su voluntad.

—Cuéntame eso. No te veo trabajando en una de las clínicas de tu padre.

—No, es cierto. Creí que había roto con sus manipulaciones al buscar un hospital externo, pero cuál fue mi sorpresa al enterarme de que ha pagado una gran suma porque me admitieran. —Ni siquiera se

da cuenta de que le está contando su vida sin pretenderlo.

—Vaya, eso es bastante feo, muchos se alegrarían de que sus padres pudieran comprarles un futuro.

—No quiero depender de su dinero, ni de su apellido, ni ser un títere en sus manos. Desde que tengo uso de razón siempre he hecho, dicho y me he comportado como ellos han querido, bueno, como ha querido mi padre, porque mi madre es una pusilánime que no quiere perder su *statu quo*.

—Pues rompe con todo. Hazlo en serio. Si tan molesto estás con ellos vete y haz tu vida por tu cuenta.

—Eso es lo que intento decidir, cuál es la mejor opción para desvincularme por completo.

—Creo que encontrarás la forma —afirma solemne Ryuu—. Mi gatito tiene garras, yo se las he visto. —Una ligera sonrisa se asoma por las comisuras de Parker. Está bien que de vez en cuando alguien crea en él y lo vea con posibilidades.

CAPÍTULO 26. Extraños aliados

Chantal elige un vestido bastante sexi de corte *evasé* de color morado claro acompañado de unos *stilettos* negros. Si no le funciona la extorsión puede recurrir a la baza de la seducción y en eso tiene bastante experiencia, no por nada, su padre suele pedirle ese tipo de «favores» ante un socio reacio a concretar un trato. No se avergüenza de utilizar su físico para conseguir sus objetivos, cada uno tiene sus recursos y con más razón cuando se trata de ayudar a su hermano. En realidad, no le preocupa mucho el coche, lo que quiere es saber si hay alguna pista sobre su paradero o sobre su situación; y también le encanta seducir y el agente le parece un buen bocado.

Camina decidida hasta la puerta de la cafetería sin percatarse de que una sombra la observa desde una calle contigua. Se adentra en el establecimiento y detecta la fuerte presencia del agente en una de las mesas del centro. Cuando Buster la ve se pone de pie y casi suspira por lo guapa y sensual que le resulta. Debe frenar esos pensamientos porque está trabajando y no debería desear algo que jamás va a poder tener. Chantal lo observa y estudia su cuerpo. Hoy no se ha vestido con el típico traje de chaqueta formal y anodino. Viste unos vaqueros desgastados y un jersey verde oscuro que revela gran parte de su potente anatomía.

—Hola, señorita Blair —la saluda apartándole la silla para que tome asiento.

—Un placer volver a verlo, agente. Llámeme Chantal, por favor —responde coqueta.

—Pues en ese caso, a mí Buster. Será más cómodo para los dos.

—Gracias.

Piden al camarero sus bebidas y Buster le tiende el teléfono que viene precintado en una bolsa de plástico.

—¿Ha encontrado algo relevante para la investigación?

—No demasiado respecto al aparato, pero sí en las cámaras de

seguridad del hospital. Ya teníamos una ligera idea de lo que estaba pasando y solo hemos confirmado nuestras sospechas.

—Espero que estén haciendo todo lo que pueden por encontrar el paradero de mi hermano. —Su tono se vuelve más afilado. Baja la mirada hacia el teléfono que saca de la bolsa y lo introduce en su pequeño bolso.

—Hacemos lo que podemos.

—¿Dónde está su compañera? —pregunta con picardía queriendo romper el momento de tristeza que ha tenido.

—No es una visita oficial. En realidad, es mi día libre. Solo quería devolverle su pertenencia. Me parecía una descortesía tenerla más tiempo incomunicada.

—Gracias, es un detalle por su parte.

—Bueno, dejémonos de juegos —dice Buster con voz profunda. Su intento de argumentación se ve interrumpido cuando aparece el camarero con su pedido. Una vez que se retira vuelve a la carga—: Sé que quiere algo de mí. Se ha mostrado demasiado sumisa en comparación con la actuación del otro día.

Chantal lo observa durante unos segundos preguntándose si de verdad este hombre es tan fácil de manejar como suponía.

—Está bien, me has pillado, te lo cuento, pero primero deberías tutearme. Habíamos quedado en eso, ¿no? —Sonríe con cara de niña buena—. Pretendo que seamos compañeros de aventuras. —Buster levanta una ceja porque no tiene ni idea de hacia dónde puede dirigirse su comentario, aunque no se imagina nada bueno.

—Está bien. Te tuteo si sueltas de una vez lo que necesitas. No me gustan los rodeos ni los juegos. Al grano.

—Verás, he recibido una llamada de mi hermano. —Buster se sorprende y se incorpora levemente en la silla, alerta y atento. Esto sí que no se lo esperaba—. No me explica demasiado, solo quiere que le haga un favor y no puedo hacerlo sola. —Sonríe cómplice—. Me gustaría que me ayudaras.

—Si tiene que ver con tu hermano me temo que debe

tramitarse por cauces oficiales. No puedo realizar acciones por mi cuenta.

—Por favor, puedo pagarte lo que quieras. Sabes que el dinero no es un problema. —Abre su pequeño bolso y saca un sobre con dinero.

—¡Estás loca! No voy a aceptar tu dinero. —Retira el sobre de la mesa y agarra su bolso para volver a meterlo dentro.

—No sé qué más puedo hacer para que me ayudes. No tengo a nadie en quien confiar. Por favor. —Chantal desliza la palma de su mano por la mesa hasta que la deposita encima de la del agente.

Buster se estremece por el contacto. La tibieza y suavidad de la piel lo desconcierta. La mira a los ojos buscando un resquicio de duda o algún tipo de trampa y solo encuentra vulnerabilidad.

—¿Por qué no quieres que sea oficial?

—Mi hermano ha sido muy específico en su petición. No quiere que se involucre a la policía. Creo que no está realmente en peligro o al menos él no lo siente así.

Tras unos segundos en los que el agente valora la situación, claudica. No va a encontrar una pista mejor que esta para localizar a Parker y a Ryuu. De todas formas, para un agente del FBI todo es oficial, así que no es como si no estuviera haciendo las cosas de manera correcta. También tiene en cuenta que si quiere que salga bien no debe involucrar a todo el cuerpo o se destapará la operación que durante tanto tiempo ha ocultado con celo.

—Está bien. Te ayudaré, pero debes hacer todo lo que te diga cuando te lo diga.

—Por supuesto. Estás al mando. —Con mirada seductora recorre el rostro del agente deteniéndose en los carnosos labios, humedece los suyos y remata—: Aunque no siempre lo estarás.

CAPÍTULO 27. Momentos de convivencia

Tras la intensa conversación sobre su familia Parker agradece que la charla posterior haya rotado a temas más seguros. Ahora permanecen en silencio escuchando la radio. Echa de menos la comodidad de su Camaro, pero espera que su hermana lo cuide bien. Casi se le escapa una sonrisa.

—¿Cuánto queda para llegar? —pregunta por enésima vez.

—Pues, si te digo la verdad, no tengo ni idea. Hace un rato que deberíamos haber visto una señalización o una población conocida…

—Venga ya. ¿Me estás diciendo que estamos perdidos?

—Exactamente. Totalmente perdidos, pero oye, no es todo lo malo. Te has perdido por el desierto con un tipo bastante atractivo que tiene buena conversación, ¿qué más se le puede pedir a la vida?

—Déjate de tonterías. ¿No te tomas nunca nada en serio? ¿Es que para ti la vida es una broma?

—No lo es, Parker, para nada; pero ante lo que me brinda la vida, decido tener una actitud positiva y no ahogarme en la mierda. ¿Puedes decir tú lo mismo? —Ryuu está cansado de que el médico le eche en cara su falta de seriedad cuando desde que ha comenzado esta aventura no ha hecho más que preocuparse por mantenerlo a salvo. Está aburrido de hacer de niñera de un niño rico que solo sabe lloriquear sin hacer nada por cambiar la situación.

Parker se queda mirándolo anonadado. Es el primer arranque de enfado que ha tenido desde que se conocen y reconoce que sus palabras albergan algo de verdad. Permanece callado durante una larga media hora. La forma de conducir del *yakuza* cambia sustancialmente, cuando antes parecía relajado y tranquilo, ahora tiene los músculos en tensión y su expresión es seria y concentrada. Se siente mal por haberlo atacado, pero la situación lo está sobrepasando y la conversación anterior sobre su familia tampoco ha ayudado a rebajar tensiones.

A lo lejos se distingue una construcción. Hace más de veinte millas que no se han cruzado con nada habitado, así que Ryuu considera que ha llegado el momento de parar a preguntar cuál es el camino a seguir.

Con un ligero volantazo se aparta de la carretera y se adentra en un camino de tierra. El edificio está construido en su totalidad con madera vista. Parece una casa de un antiguo pueblo de vaqueros como los que salen en las pelis del oeste. Sobre el frontal un destartalado cartel chirriante anuncia: «Desguace de Joe».

Aparcan al lado de otros coches que están allí estacionados y se bajan desentumeciendo los músculos. Suben al ajado porche y se adentran en el bar.

El interior está oscuro en comparación con la luz exterior y eso impide que vean con claridad. Un robusto hombre con pinta de vaquero se aproxima a ellos.

—Caballeros, me temo que el bar está cerrado por hoy.

—Oh, vaya, ni por un momento me planteé que no estuviera abierto. Es el único establecimiento que hemos encontrado en millas. —Ryuu recorre con sus dilatadas pupilas el espacio reparando en un grupo de hombres que se han girado para observar a los recién llegados.

—Hoy tenemos una celebración privada, lo siento —insiste.

—Está bien, solo queríamos un poco de información. No tengo claro que vaya en la dirección correcta.

—¿Hacia dónde os dirigís?

—Pues, estamos buscando un pequeño pueblo, creo que se llamaba Will Pin o algo así…

—Wild Pig —lo corrige.

—Sí, eso. Nos han dicho que allí se organizan rutas guiadas por el parque natural y queríamos unirnos a una.

En la mesa contigua no se pierden ni un dato de la charla. Son un grupo bastante heterogéneo, ¡hasta hay un reverendo entre ellos! Que escena más extraña. Lo que antes era una conversación distendida

se ha detenido y las sonrisas han sido modificadas por gestos de concentración. Los turistas parecen una pareja que no pasa por su mejor momento. Sus ropas están arrugadas y no les quedan bien. Las ojeras oscurecen sus ojos y el chico más menudo da la impresión de estar incómodo e intenta, en vano, llamar la atención de su compañero para que se marchen de allí.

—No hay visitas hasta dentro de unas semanas. El guía está de vacaciones —espeta un tipo muy atractivo que lleva un sombrero de *Cowboy*.

—¿Cómo lo sabes? —Ryuu está alerta porque la actitud de estos hombres es bastante extraña y de verdad necesita algo de información para poder seguir con su tapadera.

—Lo sé y punto. No queremos problemas, así que si vuelven por donde han venido estará bien —replica el mismo.

—Ryuu, vámonos. Encontraremos la manera de llegar —interviene el chico menudo pasando una de sus manos por sus cabellos en un gesto nervioso, pero el que parece un macarra no tiene intención de dejarlo estar. Gira su cuerpo hacia el grupo y los encara, mirándolos con esos ojos tan intensos que suelen helar a las personas.

—Tranquilos, caballeros. —Otro de los hombres, bajito, de mediana edad, se pone de pie y pasa sus manos por los hombros del que lleva el sombrero. Se acerca a Ryuu y continúa hablando con una enorme sonrisa—: Soy Elijah, un placer.

La actitud y la energía que emana del hombre tranquiliza a Ryuu que le tiende la mano por inercia. Sabe que podría con ellos, aunque hay hombres muy potentes en el grupo, pero decide ir de buenas.

—Yo soy Ryuu y él es Parker. No queremos problemas. Solo algo de información.

—¿Estáis muy interesados en hacer esa ruta o solo necesitáis alejaros del mundo por unos días?

—Lo segundo está bien —ahora el que contesta es Parker que se adelanta para darle también la mano a Elijah.

—Entonces habéis llegado a vuestro destino. Joe, por favor, trae un par de cervezas para nuestros amigos.

—Gracias —contesta Parker con una tímida sonrisa y agarrando a su compañero por el brazo para que lo deje estar, por una vez en toda esta aventura, se muestra un poquitín sumiso.

—Os voy a presentar a los chicos. —Elijah se aproxima a la mesa abriendo los brazos en una clara invitación a que se unan al grupo—. Ya iréis conociéndolos. A pesar del aspecto fiero son todos unos corderitos —les susurra para que solo ellos puedan escucharlos. Parker no puede evitar regalarle una sonrisa—. El padre Randall. —Un hombre de mediana edad con alzacuellos, que asiente con la cabeza como saludo—. Sam, el guía de Big Bend, y Matt, su pareja y ayudante del alcalde de Wild Pig. —El primero es el que lleva el sombrero y se ha mostrado a la defensiva. Ambos son hombres grandes y guapos—. Y ellos —señala a un chico rubio de pelo largo y a un moreno de aspecto salvaje—, son Adrien, el chef artífice de lo que vamos a comer hoy, y su marido Kai, no os dejéis intimidar por su intensa mirada, aunque creo que nuestro nuevo amigo podría rivalizar con ella, y, por último, ya habéis tenido el placer de interaccionar con el jefe de este antro de mala muerte, Joe —le sonríe con complicidad.

Ryuu toma asiento en una de las sillas que Matt ha colocado al lado de la mesa y bebe un trago de la fría cerveza intentando asimilar lo que ha sucedido. Parker, por su parte, se integra con facilidad y, aunque es el más tímido, con rapidez comienza a hablar con Adrien y Kai.

Después de dos cervezas todos están conversando como si se conocieran de toda la vida. Se han puesto un poco al día sobre sus vidas, aunque, obviamente Ryuu ha tenido que maquillar levente, solo un poquito, un poquito de nada, a qué se dedica, no cree que se tomen muy bien su actual ocupación.

Sirven la comida un rato más tarde y pueden apreciar de primera mano lo maravillosa que es. Este cocinero es un artista. Les cuentan que se conocieron hace un tiempo en un viaje que los texanos hicieron a Hawái, lugar de residencia de Adrien y Kai, y estos han

decidido devolverle la visita en el primer hueco que han encontrado. Al parecer Adrien ha abierto un restaurante y ha estado bastante ocupado y Kai, patrón de barco, tenía temporada alta de turistas.

A Parker le sorprenden los gestos de cariño sin ningún pudor entre los hombres y la camaradería que existe entre ellos. Son tipos muy diferentes y que a la vez parece que comparten una visión del mundo muy parecida. Incluso se sorprende por notar que entre Elijah y el padre Randall, parece que no es un cura católico, también hay una conexión interesante a la que no es capaz de ponerle nombre.

Entre risas y buena conversación se les hace tarde. Ryuu sigue algo callado para su tónica general y Parker le dedica pequeñas miradas de soslayo, intentando encontrar una razón para su extraño comportamiento. Su carácter expansivo parece haberse replegado y solo se permite pequeñas pinceladas que muestran su carisma.

—Y la pregunta más importante de todas, ¿qué os ha traído a este remoto lugar del mundo? —Elijah se apresura a aclarar su pregunta tras ver la cara de disgusto de sus vecinos—. No me malinterpretéis, Wild Pig tiene muchos encantos, pero es difícil ubicarlo en el mapa. —Todos sonríen por el comentario.

Parker no se arriesga a meter la pata y deja que sea el *yakuza* el que se invente una excusa adecuada.

—Es una historia muy simple. —Se gira para mirar a su compañero de viaje y agarra una de sus manos ante la estupefacción del médico—. Sentíamos que la ciudad nos asfixiaba y pensamos que en un lugar más apartado podríamos mostrarnos más como somos y no representar un papel. —Parker le da un ligero apretón y su boca casi cae hasta el suelo. Será cretino. ¿Cómo se atreve a soltar una mentira tan grande delante de estas buenas personas?

Kai se pone de pie y todos lo secundan.

—¡Brindemos por el amor, porque todos merecemos vivirlo como queramos!

Estallan en vítores, incluido el sorprendido Parker que ha enrojecido completamente.

Para secundar su afirmación Ryuu lo agarra por la cintura y lo pega a su cadera en un gesto cariñoso que desata las sonrisas cómplices de los que los acompañan. El único que los mira con suspicacia es Elijah que ni por un momento se ha creído el argumento de Ryuu. Es perro viejo.

CAPÍTULO 28. Tras la pista

La carretera es muy aburrida y el agente que tiene a su lado no le da apenas conversación. Chantal se ha excusado con sus padres alegando que le ha surgido un viaje de última hora y que no ha podido negarse. Su padre la ha tildado de caprichosa y poco comprometida con la familia al marcharse en un momento en el que no saben dónde está su hermano y más apoyo necesitan. Su progenitor siempre anda con la misma cantinela. Es un incordio tener que estar siempre disimulando y no sacar su verdadero carácter.

Buster conduce a una muy buena velocidad, deben ser las ventajas de poder librarse de una multa si lo pillan. Siempre puede decir que está de servicio. Seguro que para un agente del FBI no es ningún problema hacerlas desaparecer. Sonríe por su propia conclusión.

—¿Y a qué te dedicas cuando no estas persiguiendo a los malos? —pregunta casi casual incapaz de permanecer callada durante más tiempo. Buster le dedica una ligera mirada de soslayo que se detiene en esa porción de piel que queda al descubierto de sus piernas. Le encantaría deslizar la mano por ellas y comprobar si verdaderamente son tan suaves como parecen. ¿Cómo es posible que esta mujer le afecte tanto?

—Siempre estoy persiguiendo a los malos —contesta sobrado. Tampoco es que haya mentido demasiado. La exigencia de su trabajo y su compromiso con él son su prioridad. Espera que la obtención de buenos resultados de esta misión le granjee un buen ascenso y una mejor posición para poder disfrutar de la vida sin tener que preocuparse.

A Buster le gusta su trabajo, no, más bien le apasiona. Siempre ha sido su sueño. Proviene de una larga dinastía de agentes de la ley, pero él ha ido más lejos y ha conseguido ascender. Para sus padres y abuelos es un orgullo y él se hincha como un pavo cada vez que alardean de que su único hijo y nieto, respectivamente, es un

reconocido agente del FBI. También es un yonqui de la adrenalina y estas misiones en las que tiene que estar alerta con todos sus sentidos le proporcionan el combustible a sus días. No tiene nada más que los llene. Nunca ha tenido una pareja estable y no tiene aficiones ni nada parecido que lo entretengan cuando no está de servicio.

—Pero qué soso eres. Sé de una cosita que seguro que te gusta hacer en tu tiempo libre y es algo que salta a la vista. —Chantal no puede evitar divertirse un poco a su costa. Le gustaría ser capaz de sacarlo de su zona de confort y romper el duro caparazón que se empeña en mostrar.

—¿Y qué es eso? Ilústrame, lista.

—El gimnasio. Se nota que estás fuerte y que le dedicas muchas horas. —Secunda sus palabras deslizando una de sus delicadas manos de manicura perfecta por su brazo derecho constatando que es una roca.

Buster traga saliva. El gesto lo ha cogido desprevenido. No puede creerse que una mujer como Chantal, sofisticada y preciosa, esté intentando seducirlo.

—Seguro que hay algo que te gusta hacer. Ver pelis, leer algún libro, escuchar música… —-Con cada enumeración espera la reacción del agente por si nota algún cambio en su semblante—. Ah, ya sé. Te gusta practicar sexo.

Tras la primera impresión de Buster sobre esa afirmación estalla en carcajadas desconcertando a la chica.

—¿De qué te ríes? —refunfuña enfadada con un bonito mohín.

—Disculpa, es que me ha sorprendido el ímpetu con el que lo has dicho —consigue decir después de recuperar la calma—. Pero el sexo tampoco es algo que haga demasiado.

—Ahora me sorprendes a mí. Eres bastante atractivo y deberías tener una cola para acostarse contigo. —Se queda pensativa durante un momento y luego continúa—: A menos, que… claro, que seas gay y te de pereza conocer a otros hombres. Va a ser eso.

—No soy gay. Simplemente no tengo tiempo para mantener

una relación.

—¿Quién ha hablado de relación?

—Cierto, entonces no he encontrado una buena candidata.

—Nunca se sabe dónde puede surgir la ocasión —replica despreocupada guiñándole un ojo.

Un coche los sigue de cerca. Buster no se ha percatado de nada porque no lo espera y está más concentrado en su tonteo con la chica que en pensar que podrían estar poniendo en peligro toda la operación por la que ha luchado tan duro.

—Sí, jefe, el coche va delante. Estamos ahora mismo saliendo de Phoenix. Ni idea de hacia dónde se dirigen, pero está todo controlado. Fue buena idea seguir a la familia de la putita. —Xen, el tipo que atacó a Ryuu en el parque, habla con el señor Yi Zheng, del que es su mano derecha. Va acompañado por un coche más, hasta arriba de hombres y armas, y se mantienen a una distancia prudencial para no levantar sospechas.

CAPÍTULO 29. Invitación inesperada

Tras la comida, que estaba espectacular, llegaron los chupitos y la desinhibición. Parker está totalmente integrado y no ha parado de hablar con Adrien, el padre Randall y Sam, parece que los tres tienen las mismas energías y pasión por sus trabajos, por otra parte, Kai, Matt, Elijah y Ryuu llevan su propia conversación. Es extraña la conexión que se ha establecido entre ellos. Bastante sorprendente que tipos tan dispares congenien tan bien.

—Nosotros deberíamos marcharnos —dice Ryuu levantándose de la silla en la que ha permanecido casi desde que llegaron a este extraño lugar.

—¿Dónde vais a ir a estas horas? —pregunta Kai, sorprendido por cómo el hombre se ha excusado para marcharse.

Ante el comentario de Ryuu sobre marcharse, Parker lo mira con mala cara porque quiere privarlo de la diversión. Después de dos días de huida se siente cansado y este respiro le está sentando de maravilla. Nunca ha tenido amigos como tales, siempre ha sido muy tímido y no le gusta airear sus problemas y eso le ha entorpecido la labor de intimar con las personas. Es normal, si no te abres nadie tendrá la sensación de que puede contar contigo.

—De aquí no se va nadie —grita Elijah que está un poco achispado—. En mi casa queda una habitación libre, así que no se hable más. Nuestros nuevos amigos se quedan con nosotros. Que prueben de primera mano la hospitalidad texana.

—Te lo agradezco mucho, Elijah, de verdad, pero no creo que sea bueno que nos quedemos más tiempo. Deberíamos seguir nuestro camino. —Se gana una mirada reprobatoria de todos y un mohín de lo más gracioso de Parker.

—No hay excusas, muchacho. No podéis hacer la ruta porque el guía está con nosotros, así que toca relajarse y disfrutar, que aún nos quedan muchas botellas que acabar. ¿No es así, chicos?

—Claro que sí —responden casi a coro.

Ryuu se levanta con la excusa de ir al servicio. Necesita refrescarse un poco la cara y despejarse. Este enredo no entraba en sus planes. A los pocos segundos ve reflejado el rostro de Parker en el espejo.

—¿Por qué quieres que nos marchemos? Estamos bien aquí. Son muy amables y nos están dejando un sitio donde dormir, deberías estar agradecido —argumenta.

—Lo sé y lo siento, pero no podemos quedarnos. ¿No comprendes que los estamos poniendo en peligro?

—Nadie sabe dónde estamos y me lo estoy pasado bien. Por una vez en toda esta locura ¡me lo estoy pasando bien!

Durante unos segundos lo observa a través del espejo. Se gira despacio para encararlo.

—Lo sé. Siento de verdad haberte metido en todo esto. —Sus ojos están llenos de ternura porque le jode sobremanera haber envuelto a este estupendo hombre en sus sórdidas historias. Nunca debió ocurrir esto. Jamás. Se aproxima a él con cierta incomodidad y cautela. Deposita una de sus grandes manos sobre su cuello y le deja una lánguida caricia que hace estremecer a Parker—. Está bien. Si lo deseas nos quedaremos esta noche, pero no mucho más. Compréndelo. No quiero involucrar a más personas. Tú ya eres suficiente daño colateral.

Los ojos de Parker se iluminan y le da un fuerte abrazo, por la concesión y porque esta caricia fortuita lo ha dejado descolocado y con ganas de sentir más piel de este extraño compañero de viaje.

—Gatito, me encanta que me abraces, pero si sigues así mi amigo se va a despertar y no me voy a conformar solo con esto. —Ryuu rompe el momento porque quiere mantener las distancias. No puede permitirse más mierdas entre ellos. Tiene que mantenerse en control por mucho que se sienta atraído por el médico.

—Cómo te gusta estropearlo todo —sentencia resignado—. Vamos con los demás.

Parker es el primero en salir del baño y lo hace excitado y con una pequeña sonrisa en sus labios. Saber que Ryuu no es indiferente a él le gusta. No quiere pararse a analizar estas nuevas sensaciones. Es la primera vez que las siente y no tiene ni idea de cómo gestionarlas correctamente, pero no va a ser tan necio de no disfrutarlas.

Ryuu observa a través del espejo cómo su compañero se marcha. Desliza la mirada por su reflejo hasta su bragueta, sonríe porque se aprecia un significativo bulto. Si Parker supiera que es un muñeco entre sus manos no se mostraría tan cándido y confiado. No es ningún angelito y toda contención tiene un límite; y la suya está a punto de reventar.

Vuelve a echarse agua fría en el rostro y hace varias respiraciones conscientes para relajar su cuerpo. Necesita mantenerse en control. Esta aventura aún no ha terminado y teme que les estalle a ambos en la cara.

Cuando llega a la mesa donde están los demás sentados se los encuentra con una nueva ronda de chupitos. Lo miran sonrientes y cómplices, como si supieran algo que él desconoce. Le caen bien a pesar de que se ha comportado como un estúpido durante todo el día. Él no es así, siempre es el alma de la fiesta y por un segundo decide apartar la profesionalidad y rigidez y disfrutar de lo que la vida le está poniendo en bandeja. Agarra uno de los chupitos, que se ha negado a beber con anterioridad, y lo termina de un solo trago.

La nueva actitud de Ryuu hace que todos se relajen aún más y la fiesta toma un cariz diferente. El alcohol corre como la espuma y las risas y el buen rollo se vuelven dominantes.

Parker le dedica discretas miradas de adoración y complicidad que hacen que el deseo de Ryuu crezca y sus expectativas aún más. Se muestran relajados hasta el punto de que Sam y Matt se están comiendo la boca sin pudor en una de las esquinas. Hace un momento se han separado de los demás y se han acomodado en otra mesa. Sus labios y sus brazos se recorren como si hiciera mil años que no estuvieran en contacto. El *yakuza* los observa abiertamente porque la entrega que demuestran es digna de ver. Siente cierta nostalgia ante la

complicidad de la que él nunca ha gozado. Sin poder evitarlo sus ojos reparan en cómo Parker también mira a los hombres con cierto pudor y anhelo, incluso está ligeramente ruborizado. Es adorable. Una mano se escapa sin poder controlarla y se deja caer, casi por casualidad, sobre el muslo de Parker sobresaltándolo. Es un gesto que a primera vista podría ser casual, pero que el médico recibe cerrando los ojos y dejando que la calidez de la mano lo encienda como una cerilla a un bidón de gasolina.

Parker está bastante achispado y decide no beber más, ya que no está acostumbrado. Este hombre siempre contenido no cree que esté bien perder los papeles y dar un espectáculo delante de sus nuevos amigos, aún queda mucha noche por delante y no le apetece descontrolarse.

—Es hora de trasladarnos a casa, así tendremos las camas más cerca si alguno de nosotros tiene que llegar a cuatro patas —grita el padre Randall—. También tenemos que dejar de darle la lata a Joe, que se merece un monumento por aguantarnos. —El aludido sonríe. No le molesta tener a sus amigos en su bar. Lleva muchos años conociendo a Elijah y estos momentos son lo único que lo sacan de su impuesta apatía.

—Randall lleva razón. Vamos a casa y hagamos allí una barbacoa. ¿No tenéis hambre?

—¿Randall? —pregunta Sam sonriendo y pasando sus ojos de uno a otro—. ¿En qué momento ha perdido el rango de sacerdote?

—Muchacho, no te metas en lo que no te incumbe —lo amonesta Elijah cortando así el cáustico comentario.

—No, no. No lo voy a dejar pasar. Vamos a repasar las habitaciones que hay en tu casa. Exactamente cuatro y somos… uys, cuatro parejas. Parece que tenemos una nueva entre nosotros. —El comentario arranca carcajadas de Kai, Adrien y Joe, mientras el padre Randall y Elijah se miran sonrojados. A Parker, a pesar de su sonrisa, se le ve nervioso. No le gusta mentirles.

—No se hable más, muchacho impertinente. Nos vamos.

Randall se pone de pie y todos lo demás lo imitan despidiéndose de Joe y agradeciéndole la buena velada que les ha brindado.

CAPÍTULO 30. Puedes tocar lo que quieras

Llegan a la casa de Elijah en apenas unos minutos, ya que está muy cerca del Desguace. Está atardeciendo y la luz le da una calidez al espacio muy bonita. Tiene un terreno de proporciones considerables y una casa a la altura de lo que la rodea. Cuatro perros revolucionados, de diferentes razas y tamaños, se acercan a los visitantes. Basta una voz de Elijah para que se calmen y se sienten tranquilos a sus pies. Les cuenta a los visitantes que aún no los conocen de quiénes se trata y que Lila es la que lleva la voz cantante en la manada. Parker no puede evitar juguetear con ellos y se revuelca feliz por el césped dejándose lamer por los revoltosos perritos. A Ryuu se le cae la baba con la imagen. Nunca lo ha visto tan desinhibido.

—No he caído en traer a Satur, hubiera sido un buen momento para que socializara con otros perros —afirma Sam mirando con cariño a Matt.

—¿Con quién lo has dejado?

—Con mis padres. Mi madre le tiene mucho cariño y está agradecida por poder quedárselo unos días.

—¿No tenéis ahora a ningún chico de acogida? —pregunta Elijah.

—No, Benjamin fue el último. —Sonríe cómplice con el padre Randall.

—A Dios gracias que pudiste hacer carrera de él. No he visto un chico más rebelde y con más energía que ese.

—Sí, nos dio muchos problemas, pero mereció la pena. Está estudiando en Miami con una buena familia. Saldrá adelante.

Les explica a los demás que han estado acogiendo a chicos con problemas estos últimos tiempos y que se sienten orgullosos de haberles proporcionado un hogar estable que les devolviera la

confianza en sus posibilidades. Kai los alaba y apostilla diciendo que ellos con su sobrina tienen bastante. No tienen tiempo aún para poder criar a un niño dado lo ocupado de sus trabajos, pero no lo descartan en un futuro. Adrien agarra su mano y se miran con un tremendo amor. Ryuu los mira con nostalgia de nuevo. Viendo la felicidad que emana de estas parejas siente las ganas de encontrar eso que ellos tienen. Inevitablemente vuelve a mirar a Parker y se plantea por primera vez si podría existir un final feliz para él, pero nadie de los que ama suele acabar bien parado a su lado.

Antes de que la luz se extinga hacen los preparativos de la barbacoa. Encienden un bonito fuego y lo acomodan todo para cenar al aire libre. Hace una agradable noche, corre un poco de aire, pero será soportable con algo de abrigo y el calor de la candela. Matt separa a Sam un poco de los demás y hablan durante unos minutos. Se funden en un bonito abrazo con un beso muy sentido y vuelven con el grupo. Randall no para de mirarlos, hace unos días que estos dos están muy raros y no tiene ni idea de qué puede tratarse.

—Sam y yo tenemos una nueva noticia que daros. Queríamos esperar a que fuera una realidad, pero dado que no sabemos cuándo vamos a juntar a este grupo tan selecto de amigos, creemos que es un buen momento para contároslo. —Agarra la mano de su compañero y suelta la buena noticia—. ¡Estamos en trámites para adoptar a una pequeña niña de cuatro años!

—¿Qué? —El primero en saltar de felicidad es Elijah que sabe lo entregados e ilusionado que están con ser padres.

Randall está anonadado no tenía ni idea de nada, pero sabe que la pequeña encontrará en ellos un buen hogar.

La barbacoa pasa de una excusa para pasar un rato entre amigos a una gran fiesta de celebración por las buenas noticias. Ryuu y Parker no se sienten fuera de lugar porque los demás se encargan de integrarlos. Si las circunstancias fueran diferentes podrían ser unos muy buenos amigos.

Parker no está acostumbrado al alcohol y después de la tarde en el Desguace tomando más de una empieza a pasarle factura. Desde

que han llegado a casa de Elijah solo toma refrescos y agua, eso unido al par de hamburguesas que se ha comido le está ayudando a espabilarse. Ryuu, por su parte, tiene una copa entre las manos, posee bastante tolerancia al alcohol y lo que ha bebido no lo ha mareado ni un poquito.

La fiesta continúa hasta bien entrada la noche. Hace bastante más frío, pero la compañía es tan agradable que parece que ninguno quiere retirarse, aunque Parker hace un rato que ha cogido la postura en una enorme butaca de exterior y dormita a ratos. El estrés de estos días lo ha alcanzado, también puede unirse el cambio de uso horario que, aunque no es demasiado, tres horas no son nada desdeñables. Ryuu le pide a Elijah una manta para poder echársela por encima y que no coja frío. Con ternura la deposita sobre el cuerpo de su amigo y no puede evitar demorarse un momento en el perfil de su rostro. Es sumamente guapo y verlo en calma lo relaja e hincha su corazón.

La primera pareja en retirarse son los hawaianos. Se despiden de los demás y se van a su habitación. Ellos ya llevan unos días de fiesta con estos tipos y mañana vuelven a casa. Su avión sale desde San Antonio temprano y prefieren estar descansados. Al rato, se movilizan los demás. Matt y Sam se acomodan en una de las habitaciones más cercanas al salón, en frente de la que han elegido Adrien y Kai. Solo queda una habitación más libre, sin contar la habitación de Elijah que es la que está justo al fondo del pasillo.

Ryuu hace un repaso visual por la habitación. La estancia es amplia, con un ropero empotrado y una enorme cama de matrimonio. Siendo realista dos habitaciones como esa darían las dimensiones de su casa de L.A. Se sorprende al ver sobre la mesa de escritorio una caja de condones y un bote de lubricante. Sonríe porque Elijah es un buen anfitrión que está en todo. En ningún momento han desmentido la suposición de que son pareja, ya que es una buena tapadera y se ve que es un tipo considerado que no deja nada al azar.

Parker camina medio zombi. Ryuu lo ha tenido que levantar de la tumbona donde se estaba echando un sueñecito y casi se tira sobre la mullida cama sin desvestirse.

—No, no, gatito. Deberías darte una ducha antes de dormir. Hemos tenido un día muy duro y no pienso dormir al lado de un tipo que huele a sudor —le dice Ryuu divertido tras ver la cara de desconcierto de su compañero.

Como un autómata rectifica su dirección y se dirige al baño donde se encierra. Es una suerte que tenga un baño en suite. Han pasado más de quince minutos y no escucha ningún ruido al otro lado de la puerta, así que da un par de golpes.

—Parker, ¿estás bien o te has quedado dormido? —pregunta con mofa Ryuu.

—Aún no, dame un poco de intimidad, no seas tan intenso. —Parker no puede evitar reírse. El espectáculo que ha dado ahí fuera, quedándose dormido, ha debido ser lamentable. No puede evitar ruborizarse. Menos mal que la ducha lo ha despejado y ahora no tiene ni un poquito de sueño.

El día ha sido fantástico. Se mira en el espejo y recuerda los acontecimientos. Le ha venido bien poder despejarse de todo lo que está aconteciendo a su alrededor y que Ryuu se relajara tras su toque de atención le ha gustado. Es un tipo bastante encantador cuando se lo propone, de hecho, se ha hecho amigo de todos los presentes y se ha integrado con facilidad. Su conversación es amplia y variada lejos de lo que podrías pensar por su apariencia y por la extraña fijación que tiene con mostrarse superficial cuando hay mucho más en su interior. Podría parecer un iceberg que solo deja ver la punta de todo el potencial que esconde. Echa su pelo mojado hacia atrás y revisa su cuerpo. Está más delgado y tiene unas ligeras ojeras oscureciendo sus ojos grises. Suspira porque aún no puede creer que su vida haya dado un giro tan drástico en tan poco tiempo.

Sale del baño con tan solo la toalla rodeando su cintura, ya que se le ha olvidado meter algo de ropa con él. Ryuu está recostado sobre la cama y lo mira de arriba abajo repasando cada porción de piel que muestra. Es un tipo delgado y fibroso, pero no está musculado, sus pezones son ligeramente grandes y sonrosados y unos cuantos pelillos rubios salpican su esternón. No es ni de lejos el tipo más atractivo con

el que ha tenido relaciones y, sin embargo, esos ojos grises y esa cara de no haber roto un plato lo encandilan.

—Menos mal. Pensaba que a los gatos no les gustaba el agua. —Como siempre, recurre al humor para destensar sus propios pensamientos—. Ahora es mi turno. No te duermas hasta que salga, tenemos que planificar cómo lo vamos a hacer mañana.

—Tranquilo, después del sueñecito del jardín —se ruboriza sin querer—, creo que voy a tardar en conciliar el sueño de nuevo.

El *yakuza* sonríe porque recordarlo tan tranquilo en su sueño le agrada.

Sin decir ni una palabra más se introduce en el baño, que está totalmente empañado, y se asea. Su cuerpo acusa la tensión. El agua tibia se desliza por su cabello y lo invade una inmensa paz que relaja sus músculos. ¡Qué bien sienta una buena ducha, joder!

Como nuevo, se envuelve en la toalla y sale a la habitación.

Parker se ha puesto una camiseta de tirantes, unos *bóxer* negros, que le quedan bastante bien, y unos calcetines a juego.

—Te quedan bien los calcetines —dice tragando saliva y ruborizando a Parker.

—Ya, no ha sido un acierto usarlos, pero me parecía que solo con los calzoncillos no era suficiente.

—Oh, sí, así estás mucho más vestido. —Ambos sonríen por la estupidez.

Ryuu quiere provocarlo y ver si las cosas podrían ponerse un poco más calientes entre ellos. Camina hacia la pequeña bolsa donde guardan sus escasas pertenencias y saca una muda, esta vez le ha tocado el burdeos. Sin pensarlo demasiado se gira para no ser demasiado agresivo y deja caer la toalla, mostrándole a un desconcertado Parker su retaguardia en todo su esplendor. Una exclamación se escapa de los labios del médico y una sonrisa de la boca del *yakuza*. Lo que Ryuu no tiene muy claro es si es por su culo o por el tatuaje. Sabe que suele causar impresión.

—¡Vaya!

—Espero que esa cara sea porque te gusta lo que ves y no porque te horroriza —bromea dándose la vuelta mientras termina de ajustar la goma de la prenda.

—Es un tatuaje impresionante.

—Me temía que mi tinta iba a impresionarte más que mi perfecto culo.

—No bromees. ¿Puedo verlo?

—Sí. —Ryuu traga saliva por el permiso que le ha concedido.

—¿Puedo tocarlo? —Las manos le pican por las ganas y las detiene justo antes de rozar la piel.

—Sí. —Nunca, jamás, ha dejado, conscientemente, que alguien toque el tatuaje. Significa mucho para él como para que alguien lo mancille, pero… ¿Parker? Él puede tocar lo que le apetezca.

CAPÍTULO 31. Un enorme tatuaje

Se estremece con el primer contacto de las tibias yemas en su espalda. Cierra los ojos apreciando el momento. Recuerda cuando sintió la maquina mordiendo la piel y la sensación de la aguja introduciendo la tinta en su cuerpo. Solo tenía tatuados los dos pequeños corazones entrelazados en el nudillo del dedo corazón como recordatorio de sus padres. Jamás pensó que volvería a hacerse otro, pero el tiempo en la cárcel le permitió reflexionar y en cierta forma sintió que era lo correcto. Tenía que dejar salir su dolor de alguna forma, comenzar a superarlo y olvidar el tiempo que había estado privado de libertad. Por desgracia para él cuando salió su mundo había vuelto a dar un giro de 180º y no le quedaba familia de sangre viva a la que recurrir. La única con la que pudo contar fue con su abuela.

Juró que se haría un tatuaje en honor a lo que su familia había intentado proteger y por lo que murió. Nunca, jamás, deja que sus amantes lo toquen, para él es un altar dedicado a los seres queridos que fueron asesinados violentamente por sus creencias o lo que representaban. Es el último tributo y un recordatorio tácito de quién es él.

Sale de sus recuerdos al sentir el aliento del médico sobre su piel. Parece que le está preguntando algo.

—¿Qué representa? —Parker está anonadado por la belleza del dibujo y la firmeza de los trazos.

Un enorme dragón rampante de cuerpo serpentino y de tres garras se yergue amenazante rodeado de olas sobre la musculosa piel del *yakuza*. La tinta negra en contraste con la blancura de la piel resalta, confiriéndole un aspecto fiero y que parece querer materializarse y engullir al espectador a la mínima oportunidad.

Ryuu traga saliva y se prepara para remover un pasado doloroso y un camino que nunca terminará de recorrer.

—Se trata de un *nobori-ryu* o dragón ascendente. Estos

dragones provienen de la mitología japonesa. Se pueden considerar como un reflejo de la fuerza y el poder, muy relacionados con los guerreros y con la *Yakuza*. —Sonríe—. También podría decirse que simbolizan la sabiduría, la espiritualidad, la buena suerte, la generosidad, el respeto y la bendición, entre otras cosas. Es solo mitología —dice restándole importancia—. Tienen mucho que ver con el agua y la lluvia.

—Me gusta mucho. Tiene mucha fuerza, además, tu nombre significa dragón, ¿no?

—Sí. Un dragón herido —murmura casi para sí.

—Me gustaría que el próximo día en el coche me contaras más sobre la mitología de tu país, me llama mucho la atención —parlotea risueño el médico sin dejar de recorrer con los ojos los detalles y haciendo serpentear los dedos por la delicada piel.

—Te contaré lo que tú quieras. —Las palabras salen más roncas de lo que pretendía y cierra los ojos con fuerza absorbiendo las sensaciones de su cuerpo. Hace tiempo que su miembro ha despertado fruto del escrutinio sensual al que está siendo sometido—. Si sigues recorriendo así mi piel voy a tener que girarme y buscar un desahogo a lo que ya tengo duro entre las piernas.

Parker se sobresalta por las crudas palabras y durante un segundo sus manos sueltan su presa, pero algo cortocircuita en su cerebro, porque sin pensarlo deposita un tímido beso en la boca del dragón. Un gemido bajo y gutural se escapa de la garganta de Ryuu. Eso ya es demasiado, además de una clara invitación.

Se gira con celeridad enfrentando a un Parker que respira aceleradamente y con una clara súplica en su mirada. La dureza de los negros ojos de Ryuu, que están bañados en deseo, lo estremece. Se mantiene a una escasa distancia que hace que sus alientos se entrecrucen. La energía parece crepitar entre ambos haciéndolos temblar por las ganas.

—Quiero estar seguro de que nos dirigimos en la misma dirección. ¿Quieres que pase? —Su cuerpo está en tensión, apenas puede contenerse, y una gruesa vena palpita en su cuello.

—Sí.

La fuerte mano del *yakuza* atrapa el cuello de Parker como si fuera una garra y sin apenas esfuerzo lo atrae hacia su boca estrellando sus labios sin contemplaciones. La fuerza y seguridad sorprenden al médico que, cual corderito derecho al matadero, se deja hacer sumiso. Ryuu abre la boca devorando a su compañero con hambre y pasión. Nunca tuvo pudores con el sexo y menos contención.

Tras los primeros momentos de confusión Parker reacciona y lo agarra de las caderas, atrayéndolo contra su centro que ya se yergue buscando consuelo. Ryuu camina hacia delante sin soltar su agarre de la nuca y lo golpea contra una pared cercana. Aún asido a su cuello hace una cárcel con el otro brazo impidiéndole la huida. ¡Como sí él quisiera escapar! El médico sisea por el impacto, pero ni de broma va a parar ahora. El beso se recrudece y las lenguas se buscan con avidez.

No sabe durante cuánto tiempo disfruta del sabor del médico, recorriendo sus suaves labios y absorbiendo los lamentos necesitados. Sus caderas rotan friccionando miembro contra miembro elevando la temperatura de los cuerpos y de la habitación. Lenguas, manos, piel, sudor, jadeos y deseo en sintonía y lucha por hacerse con una pizca más de placer. Atropelladamente le levanta la camiseta y deja el torso de Parker al descubierto. Al retirar la prenda, el pelo se le desordena y eso, unido al color tan claro de sus iris, le confiere un aspecto de estatua griega. Se paraliza durante un segundo deleitándose con esos ojos velados por el deseo y los labios rojos por la fricción, ligeramente abiertos en una clara invitación. Mete uno de sus grandes dedos en su boca y lo insta a que juegue con ellos. Parker desliza la punta de su lengua con sensualidad por el dedo invasor regalándole una vista reducida de lo que es capaz de hacer con esa puta boca. El *yakuza* gime sonoramente y atrapa un rosado pezón entre sus dedos apretándolo con fuerza hasta arrancarle un gemido.

—Eres muy hermoso —articula Ryuu con dificultad sonrojando a su compañero.

Parker jamás ha sentido las ansías que recorren su cuerpo en este momento. Podría decirse que es virgen en cuestión de

sentimientos y deseo sexual. Su cerebro está colapsando por tanta estimulación. No sabe si quiere retirarse para asimilar la necesidad que siente o pegarse más y ver hasta dónde es capaz de soportar su cerebro sin quebrarse.

El deseo crudo de los ojos de Ryuu sobre su cuerpo casi le produce dolor. Tras ese momento intenso de miradas calientes los labios del *yakuza* vuelven a la carga sin darle tregua. Un amasijo de brazos, manos y piernas es todo lo que puede verse de ellos. No hay espacio entre sus cuerpos por las ganas que se tienen. Sus erecciones se frotan con dureza buscando una liberación que está demasiado cerca para el gusto de ambos. Ryuu desliza su lengua por la columna del cuello de Parker, degustando su sabor y haciéndole inclinar su cabeza para encontrar su nuez y repasarla con la lengua, regalándole pequeños mordiscos. La cabeza del médico le facilita el trabajo inclinándose contra la pared en una clara invitación de goce.

Las manos, antes tentativas, ahora buscan los bóxer para retirar la última prenda que aún les quedan encima, a excepción de los calcetines de Parker. Una vez desnudos vuelven a observar sus cuerpos. Ryuu recorre con la punta de su lengua los labios de Parker intentando serenar el ritmo de su corazón.

—No estabas en mis planes, gatito —susurra Ryuu agarrándolo por los glúteos y subiéndolo sobre sus caderas. Se desplaza hacia la cama donde lo arroja sin miramientos—. Pero no pienso desaprovechar la ocasión. Si es demasiado para ti necesito que me lo digas. —La oscura mirada oscila entre los claros ojos de su compañero y la dura erección.

Parker desliza las manos por su propio cuerpo hasta llegar a su erección y se masturba sin apartar la mirada.

—Me matas. Me. Matas. Joder —responde Ryuu asiendo la suya y realizándose unas ligeras pasadas.

Sin más Ryuu se arrodilla en el suelo, acomoda a Parker pegado al borde la cama y se coloca entre sus piernas dejando expuesto su orificio. Se relame ansioso. Coloca las piernas del médico sobre sus hombros dejándolo totalmente expuesto. Como un animal

sediento se dirige a su objetivo y lo recorre, estimulando todas las terminaciones nerviosas de la zona. Parker se agarra a las sábanas casi sollozando. Jamás pensó sentir algo tan extraordinario. Se retuerce como una serpiente necesitando que lo penetre.

—Hace mucho para mí —confiesa casi con un lamento.

Ryuu deja su festín para mirarlo a los ojos a través de sus piernas, con una clara visión de su polla erecta a la que no puede evitar darle una lamida que los hace estremecer.

—No haré nada que no te apetezca. Estoy feliz con lo que quieras darme.

—Lo quiero todo, Ryuu. Solo quería que supieras que hace tiempo que no he estado con nadie.

—Gracias por elegirme —es todo lo que dice antes de continuar con su labor, que ahora retoma con más ansias y más esmero para que la experiencia sea lo más placentera posible.

Ryuu abandona su posición momentáneamente para ir a por el lubricante y los condones. Parker casi se queda sin aliento al ver al *yakuza* totalmente desnudo, ese cuerpo musculoso y perfecto con el enorme tatuaje y una erección que le llega hasta el ombligo. Traga saliva nervioso. Repara en los objetos que tiene en la mano y lo mira sorprendido y divertido.

—Elijah nos trata muy bien —responde a su muda pregunta agitando los productos entre sus manos. Ambos sonríen.

Parker no tiene ni idea de cómo ha terminado el duro miembro de Ryuu dentro de su cuerpo. Parece que la noción del tiempo se ha detenido, ralentizado, acelerado o simplemente ha colapsado hasta no ser nada. No sabe qué ha pasado en ese lapso de tiempo en el que volvió con los condones y ahora se desliza con suavidad en su interior, sujetándose sobre sus potentes brazos para no aplastarlo. Solo sabe que es, de lejos, la mejor experiencia sexual que ha tenido en años, qué dice años, en su vida. Porque nunca, jamás, ha sentido esta conexión con otro de sus compañeros de juego. Se siente lleno, pleno, completo. El miedo recorre su espina dorsal haciendo que una

pequeña lágrima se deslice por sus ojos. Ryuu no la aprecia porque bastante tiene con contenerse lo suficiente para ser cuidadoso. Está siendo una tortura, pero una de las buenas. Es uno de esos momentos en los que tu ansia te pide que seas brusco, que termines obteniendo la liberación porque tus sentidos sobrecargados no pueden soportar por más tiempo la dulce tortura, pero a la vez, deseas con todas tus fuerzas que todo se detenga en ese preciso momento y esa dicha sea eterna.

Sentir el menudo cuerpo de Parker debajo de él, el calor que desprende, la franqueza con la que se entrega, lo sobrecoge. Por un segundo siente miedo. Miedo de querer más y no poder tenerlo. Miedo de haber cometido un error y lastimarlo. Miedo de que todo esto solo sea un espejismo fruto del exceso de adrenalina de estos días. Miedo de que la movida que los persigue dañe a este ser tan extraordinario que gime y se retuerce bajo sus embestidas.

—Quiero más… más duro —demanda Parker entre jadeos y fuertes apretones sobre sus nalgas.

—Relax, gatito, estás tan estrecho que me vas a hacer acabar. —Sonríe al ver los ojos entornados y los rosados labios demandantes de aire.

Le da lo que quiere. Se deja llevar por el dragón que habita en él y embiste con fuerza. Parker se lo agradece buscando su boca con ansia. La fricción del abdomen de Ryuu presiona su propia polla y lo está llevando al paraíso. No van a aguantar mucho.

El ritmo es brutal, desplazándolos en un vaivén de empuje y retroceso casi enfermizo. Ryuu arquea su torso hacia atrás mostrando su nuez y la potencia de su cuerpo adelantándole a Parker que su clímax está cerca. Introduce una mano entre ellos y se masturba ante la imagen que tiene delante de sus ojos. Una que no va a olvidar en mucho mucho tiempo. Su boca busca el pecho del *yakuza* y lo chupa, muerde y succiona uno de sus pezones. Él mismo se siente sofocado. Un calor abrumador lo invade y un cosquilleo intenso se desliza desde su abdomen de forma radial hasta su cabeza y sus pies. Ryuu brama ronco su liberación provocando que su mundo colapse a su alrededor

y el placer nuble sus sentidos. El cuerpo laxo de su compañero se deja caer ligeramente sobre él. Parker busca su boca donde derrama la exhalación de su propio orgasmo.

—Joder —maldice el *yakuza* rodando sobre su compañero para quedar tendido a su lado en el colchón.

—Yo… no puedo… ni hablar —balbucea Parker haciéndolos reír entrecortadamente.

La mano de Ryuu se enlaza con la suya, dándole un fuerte apretón que lo llena de cariño y lo que es peor: esperanzas.

Ninguno de los dos quiere moverse de la posición relajada que han adoptado sobre el colchón. El primero en reaccionar es Ryuu que se pone de pie suspirando y le tiende la mano a Parker que se la coge sin dudar. Se meten en la ducha y entre caricias y un nuevo asalto se limpian y se sienten los suficientemente saciados como para ir a la cama sin miedo a volver a buscar sus pieles.

—No he visto ningún tatuaje sobre ti, ¿no te gustan? —pregunta Ryuu observando el sereno rostro de Parker en la semioscuridad de la habitación.

—No, siempre he querido hacerme uno, pero en el último minuto pienso que me arrepentiré y no lo hago.

—¿Sabes? —dice pensativo deslizando sus manos por el costado del médico, haciendo que su piel se ponga de gallina—. Te sentaría bien un pez *koi*.

—¿Qué significan?

—Los peces *koi* simbolizan la fuerza, la tenacidad, la perseverancia y la fortaleza. Están muy relacionados con el dragón.

—Yo no soy fuerte ni valiente.

—Te subestimas mucho, gatito. He conocido a muchos tipos de hombres y tú eres de los más fuertes, te lo aseguro. —Se aproxima al rostro de Parker y, tras respirar un momento sobre sus labios, le deja un pequeño roce que más parece una caricia que un acercamiento sexual—. Hay una leyenda sobre ellos. Se dice que un pequeño pez *koi* nadaba con su familia por el río, pero no era suficiente, quería

convertirse en un dragón y se decía que si atravesabas las puertas del dragón que estaban corriente arriba lo harías. El joven pez *koi* decidió intentarlo. Se encontró con muchos problemas en el camino, pero su decisión y perseverancia consiguieron que fuera superando las adversidades hasta remontar el río y conseguir subir la última cascada. Cuando lo hizo su esfuerzo fue recompensando con unas bonitas alas. Desde entonces se dice que un pez dragón surca los aires con unas alas de brillantes colores.

—Me gusta, aunque no creo que me represente.

—Ven aquí. —Ryuu lo agarra por la cintura pegándolo a su cuerpo—. Parker, vas a ser lo que te propongas porque hay mucha fuerza en ti. Yo creo en ti. Serás un bonito dragón, estoy convencido de ello.

Se funden en un largo beso y unas ligeras lágrimas se deslizan por los ojos del médico. Nunca jamás nadie confió en él como lo está haciendo este desconocido.

CAPÍTULO 32. Inicio de la venganza

Viajar con la sensual Chantal está siendo una tortura, menos mal que en el hostal de carretera cerca de Lordsburg, Nuevo México, en el que se alojan han encontrado dos habitaciones libres y no tienen que compartir el espacio. Buster no cree que hubiera podido soportar tenerla tan cerca y no sucumbir a sus insinuaciones. Es mejor así. No puede permitirse ningún desliz, aunque esta niñita malcriada lo tiente como el demonio. Todavía se está riendo por la cara que ha puesto al decirle que iban a pasar la noche en este *hotelucho*. Una mujer acostumbrada al mayor de los lujos y que descansa sobre sábanas del mejor algodón egipcio teniendo que dormir entre unas que a saber cuándo fue la última vez que se lavaron. Tiene su gracia sacarla de su zona de confort. Les queda poco para llegar al área de servicio en la que se supone que está el coche de Parker y en ese momento su compañía será un puro trámite. Ese pensamiento lo entristece, pero será lo mejor para todos.

Chantal camina insegura por los pasillos que comunican las habitaciones. Ha pasado una mala noche por culpa de la blandura del colchón, la calidad de las sábanas y por las malas instalaciones. Está acostumbrada a una serie de lujos, pero ni por asomo se atreve a volver a mostrarse ante los ojos de Buster como una pija. Ella está por encima de eso, es fuerte y tiene la misión de encontrar a su hermano por encima de todas las cosas. No piensa dejar que una piedra en el camino le impida llevar a cabo su cometido. Se atusa el cabello intentando que luzca más decente, de hecho, está todo lo presentable que puede dadas las circunstancias. No recuerda bien cuál es la habitación del agente y gira sobre sí misma, revisando el número de las puertas anteriores por si pudiera darle alguna pista. Buster sale de su alojamiento y la figura de Chantal recortada por el sol lo sorprende. Está adorable ruborizada y sin una pizca de maquillaje ni artificios. ¿Cómo no es capaz de darse cuenta de que no necesita nada de eso para estar preciosa?

Camina hacia ella sin dejarla percibir su cercanía.

—Buenos días, ¿has dormido bien? —pregunta con la voz ronca.

—Eh, te estaba buscando. Creo que es hora de que nos pongamos en marcha. —Encontrarse con este tremendo hombre la desconcierta. Anoche quedaron en emprender la marcha muy temprano y se siente muy cansada, quizá por eso hoy no tiene el arrojo de otros días.

—Sí, iba a por ti. Nos tomamos un café y nos ponemos en marcha. —La gira rodeándola con el brazo para encarar el pasillo hacia la cafetería—. No has contestado a mi pregunta. ¿Has dormido bien?

—Claro, de maravilla —contesta sin poder mirarlo a los ojos—, ¿y tú? —pregunta de vuelta viéndolo esbozar una sonrisa.

—Creo que igual que tú. Anda, vamos a por ese café.

Se sientan en los altos taburetes de la barra y piden un par de cafés. Chantal no se atreve ni a apoyar los codos en ella por temor a quedarse pegada.

—¿Quieres algo de comer?

—No, gracias. Con el café es suficiente.

—Pues yo voy a comer algo más contundente. Si no nos alimentamos no vamos a durar ni un asalto. —Los ojos de Buster se oscurecen al decir la frase y las mejillas de Chantal se calientan por el doble sentido de sus palabras, pero lo deja pasar. Esta mañana no está por tontear. Sin todo su maquillaje no se siente bonita ni atractiva.

—Yo me voy a pedir unos huevos revueltos. —Sonríe sobrado.

Se mantienen en silencio durante un rato hasta que a Buster le sirven el desayuno. Huele de maravilla y, durante una fracción de segundo, Chantal está tentada de pedirle un poco, pero no va a ceder ante él. El agente la observa de reojo y decide darle una tregua.

—¿Quieres un poco? Están muy ricos. —Acerca el tenedor a los sonrosados labios de la chica, que se relame y sin quererlo abre la boca sin apartar la mirada de Buster.

Es el momento más erótico que ha vivido en su vida. Nunca nadie le ha dado de comer y, la situación, a pesar de estar rodeados de gente, le resulta tremendamente atractiva. El estallido de sabor no se hace esperar y cierra los ojos inevitablemente, dejándose seducir por la comida y suspirando por el bocado. No tenía ni idea de lo hambrienta que estaba. Sin miramientos el momento entre ellos termina y Chantal aparta el plato y el tenedor de las manos de Buster para colocarlo delante de ella y comenzar a comer con avidez.

—Vaya, veo que te ha gustado. Disfruta. —El agente sonríe porque la niña malcriada ha dejado fuera sus pudores para disfrutar de lo que de verdad importa.

—¿Qué va a pasar cuando encontremos el coche en la estación de servicio de Fort Hancock? —pregunta la joven algo apurada.

—Nada, que lo encontraremos. —Buster es vago en su respuesta y eso la exaspera.

—No me mientas, puedo afrontar lo que sea —protesta.

—Vale —asiente el agente metiéndose en el papel profesional —. Si verdaderamente el coche está donde te ha dicho tu hermano haré unas llamadas y todo el lugar se llenará de policías. Luego, con suerte, encontraremos alguna pista en las cámaras de seguridad del establecimiento y empezaremos a rastrear la zona para encontrarlo. ¿Con eso sacio tu curiosidad?

—Totalmente, lo que me deja en una posición bastante vulnerable, dado que pensaba que un posible amigo me estaba ayudando y realmente ha sido una estratagema para seguir una pista.

—Tú lo ves así, yo lo veo como que lo importante es encontrar a tu hermano y saber qué está pasando con él y no voy a escatimar en medios. Pensaba que eso era lo que querías

—Y es lo que quiero, pero me pidió específicamente que no involucrara a la policía.

—Veo que eso lo has cumplido a rajatabla. —Chantal le da un pequeño golpe en el antebrazo.

—Pensaba que me ayudabas desinteresadamente. No te atrevas

a insinuar que pondría a mi hermano en peligro —protesta enérgicamente.

—Ni por un momento. —El agente sí que se lo planteó, pensó que esta mujer que lo acompaña estaba buscando ser la única heredera del gran imperio de su padre, pero ahora que la conoce un poco más sabe reconocer que cada vez que sale a colación su hermano su gesto se enternece y la tristeza le nubla los ojos. No, esta mujer jamás le haría daño a su hermano de forma consciente.

Tras esa pequeña discusión en la cafetería no vuelven a dirigirse la palabra. Salen del establecimiento en silencio. Chantal cree que Buster le está tomando el pelo y solo le sigue la corriente porque es lo que debe hacer y en el fondo es un caballero. Ya le gustaría que no la viera como una cabeza hueca como hacen los demás. Bueno, ya solo le quedan unas tres horas, si sus cálculos no le fallan, para llegar al coche de Parker. Menos mal porque la tensión se palpa en el ambiente. Una pareja de chinos sale después de ellos.

Una sombra arranca el coche detrás de ellos y nada más ponerse en marcha realiza una llamada.

—Jefe, se dirigen a Fort Hancock, los he escuchado mientras hablaban. He mirado y hay un pueblo a unas pocas millas. Si tiene a alguien por la zona deberíamos llegar antes para hacernos con las cámaras de vigilancia e ir por delante.

Su interlocutor le da instrucciones de que los adelante con su coche y se reúna allí con un policía amigo suyo de Tucson que le está haciendo un trabajillo en Ciudad Juárez. Le pide que recaben cuanto antes todas las posibles pistas, que sea el otro coche el que siga siendo la sombra de su objetivo. Asiente obediente y finaliza la llamada para poder comunicarle las órdenes a los demás.

Tiene una nueva misión y esta vez no va a fallarle como en el pasado. Tiene una cuenta pendiente con ese tal Ryuu y se la hará pagar con creces por dejarlo en evidencia ante su jefe.

CAPÍTULO 33. Eres más fuerte de lo que crees

Han dormido sin sobresaltos. Un sueño reparador y completo. Parker es el primero en abrir los ojos. Intuye que aún es temprano porque solo entra una leve claridad por la ventana. Todo está en silencio, en calma. Ryuu mantiene la respiración acompasada y girándose levemente consigue encararse con él. Es tremendamente guapo. Su rostro, aunque varonil, mantiene esos rasgos asiáticos que lo hacen parecer más joven. El corte de la ceja le sienta de maravilla y, como bien dijo, le añade carácter a sus facciones. Sin la amenaza de la profundidad de sus ojos parece hasta dulce. Descarta los pensamientos por descabellados. Ryuu y dulce en la misma frase. ¡Ja! Debería estar prohibida esa combinación. Con la perspectiva que proporciona el sueño revisa lo acontecido desde que entraron en la habitación y casi se ruboriza de nuevo por todo el sexo que han tenido. Le gusta la fuerza y la pasión del *yakuza* y se ha sorprendido de ser capaz de igualarla cuando nunca antes tuvo esa inclinación. Le asusta lo que pueda depararle el futuro y más teniendo en cuenta la profesión de su compañero, pero no quiere cruzar ese puente. Quizá para él solo sea un polvo de una noche fruto de la falta de actividad durante estos días. Solo estaba en el momento adecuado y le vino bien. No quiere centrarse demasiado en eso porque, con arreglo a su reacción, para Parker esto no ha sido un polvo ni mucho menos, pero el tiempo lo dirá y por lo que parece aún les queda un poco más de él juntos para averiguar hacia dónde caminan.

Ryuu percibe, aún con los ojos cerrados, el escrutinio de Parker. Lo ha sentido girarse en la cama y nota su caliente respiración sobre su rostro. Una extraña sensación de felicidad lo asalta. Por una vez en mucho tiempo vuelve a sentir que existe un futuro para él. Nunca ha dejado que nadie se acerque tanto. Siempre se esconde tras el humor o la violencia, pero el carácter de Parker y su manera de ser

tan honrada se han ido colando en su alma hasta hacer que sus muros se tambaleen. Sin embargo, no todo está perdido. Él no tiene tiempo para entrar de lleno en una relación, quizá lo mejor sea dejar esa cuestión clara para que nadie se lleve disgustos y disfrutar de lo que les está regalando la vida en este momento. La vida es corta, bien lo sabe, y no tiene ni idea de cómo va a salir esta aventura con la mafia.

Antes de abrir los ojos una ligera sonrisa asoma a sus labios.

—Gatito, si me sigues comiendo con los ojos voy a tener que tomar cartas en el asunto —dice burlón, deslizando una mano sobre la tersa piel de la cadera de Parker.

—Era mirarte a ti o la puerta del baño, pero quizá tengas razón y las otras vistas sean mejores —responde serio siguiéndole el juego.

—Ni de coña. Yo siempre seré la mejor vista.

—Estoy de acuerdo con eso.

En un movimiento rápido Ryuu gira sobre su hombro colocándose en línea sobre el cuerpo desnudo de Parker. Se miran durante una fracción de segundo. En ambos hay un brillo diferente. ¿Esperanza? ¿Anhelo? ¿Deseo? Quién sabe lo que pueden pensar en esos momentos.

—Tenemos que hablar, pero eso será luego. Ahora necesito que mi gatito se ocupe de mí.

Sin esperar una réplica del médico lo calla con un tórrido beso de lenguas enlazadas y voracidad. Cuando siente que la erección de Parker, y la suya propia, están totalmente duras se desliza por el cuerpo de su amante, hasta colocarse a horcajadas sobre sus hombros y dejar su miembro a la altura de su boca. El ruego es tan claro y desperado que insta a Parker a comenzar a explorar. Le daría a este hombre todo lo que pidiera sin rechistar. Nunca jamás tuvo tanto poder sobre él al tener su satisfacción al alcance.

Se entrega a la labor con timidez, la cual arranca gemidos entrecortados de Ryuu. La indecisión y la inocencia del médico lo exasperan y lo incentivan a disfrutar sin prisa de lo que le hace. Tenso por el jugueteo sin que se atreva a metérselo en la boca y con cierta

brusquedad, al perder la poca paciencia que le quedaba, le abre los labios con la mano y le mete la polla sin miramientos. Parker al principio se ahoga por la intromisión y la sorpresa, pero con rapidez se relaja y lo lame y succiona con gran interés. El *yakuza* mesa sus cabellos animándolo a seguir por el camino que ha tomado. Siente como una de las manos de Parker se desliza masajeando sus glúteos y con la otra se da placer a sí mismo.

Ryuu está muy cerca de su liberación y se lo advierte, pero su compañero no deja su presa y sigue mamando con fruición y jugueteando con sus nalgas, incluso se aventura a ser más osado y tentar su agujero. El *yakuza* traga saliva maldiciendo por lo bajo. Nunca ha sido de los que reciben, pero se siente tan bien que si lo hace lo recibirá con ganas.

Parker, al notar que no opone resistencia a su tentativa, introduce la punta de su dedo y justo en ese momento un tremendo orgasmo llega a Ryuu que se retuerce recibiendo el placer sin importarle nada más. Solo con esa imagen Parker estalla sin remisión sobre su vientre. Este hombre es un sueño hecho realidad.

Se recomponen con cuidado y reticencia y se recuestan sobre el cabecero de la cama.

—Si aún fumara me fumaría un cigarrillo ahora mismo.

—¿Eso quiere decir que lo he hecho bien? —pregunta inseguro.

—Más que bien. Ha sido perfecto. —Otras palabras se atascan en su garganta y antes de emitirlas se deja caer sobre la boca de Parker, demostrándole lo agradecido que está por su felación.

Se turnan para ducharse porque no quieren perder más tiempo. En el pasillo se escucha ruido y acuerdan que deben levantarse y ver qué se está cociendo por ahí.

Ryuu sale fuera mientras Parker termina de asearse. Ha abierto las ventanas y recogido todas las pertenencias que tenían dispersas por la habitación, incluso ha quitado las sábanas y las ha doblado para que sean lavadas.

En la cocina está Elijah tomándose un café tranquilamente.

—Esperaba que fueras tú. No hemos tenido ni un momento para hablar a solas —lo saluda.

—Antes de nada, gracias por la hospitalidad y por, esto, por los suministros. Nos vinieron bien. —Una risa gutural y genuina sale del pecho de Elijah.

—Suponía que iban a ser necesarios. Después de unos días dando tumbos por los hoteles encontrar un lugar seguro podría ser el detonante de un encuentro caliente.

—¿Por qué supones que hemos estado dando tumbos? —pregunta Ryuu sorprendido sirviéndose un café.

—No nací ayer. —Es la escueta respuesta que le da Elijah una vez que el *yakuza* ha tomado asiento en frente de él—. Hay algo raro en vosotros. Lo noté cuando os vi entrar por la puerta del Desguace. No parecíais una pareja de enamorados y los ojos de cordero degollado de Parker me dejaron claro que la situación no era todo lo agradable que le gustaría.

—Qué intuitivo. Me sorprendes.

—Gracias. ¿Me cuentas qué os pasa?

Ryuu decide confiar en él y le hace un ligero repaso de lo acontecido, pero mejora la historia obviando a las mafias y solo alegando su huida por algún problema menor con la familia. Elijah no se lo cree, pero lo deja pasar. Ryuu se ha dado cuenta de que no se lo ha tragado y se apresura a aclarar.

—Elijah, no quiero mentirte, créeme. Me encantaría poder narrarte la historia al completo, pero no sería seguro para nadie. Es mejor que solo sepas lo que te he contado —se sincera incapaz de dejarlo pensar que es un mentiroso. Laila, la pastor alemán, llega en ese momento sentándose bajo sus pies y depositando su morro sobre la pantorrilla de Ryuu.

—Te creo. A ella le gustas y tiene buena intuición, así que ahí va mi propuesta: tenéis mi casa por unos días si queréis seguir aquí. No me opondré a ello. No parecéis malas personas y decido confiar en vosotros.

—Te lo agradezco y no sabes cuánto, pero es mejor que nos vayamos ya. No podemos estar mucho tiempo quietos. —Los ojos de Ryuu se entristecen.

Se escuchan unos pasos por el pasillo y todo se vuelve un hervidero. El grupo desayuna entre risas y comentarios sobre los sonidos extraños que se han escuchado por la noche. Se meten con Elijah sobre que tiene fantasmas en la finca y que debería llamar a los cazafantasmas para que pongan orden. Parker enrojece hasta las orejas y Ryuu le sonríe infundiéndole ánimos. Sería absurdo pensar que de cuatro parejas que han dormido juntas sean ellos los únicos que han follado esta noche. No se le pasa desapercibida una mirada divertida entre el padre Randall y el dueño de la casa. Parece que ahí hay algo.

Una vez está todo recogido se despiden y cada uno toma su camino. Matt y Sam se van a Wild Pig y se llevan al padre y Kai y Adrien deben volver a Hawái, Elijah será el encargado de llevarlos al aeropuerto.

—Espero que esta no sea la última vez que os veamos, pareja —se despide Matt secundado por una tímida mirada de Sam y un cálido apretón de manos del padre.

—Yo también lo espero. Seguro que en algún momento nos volveremos a encontrar. Quién sabe, quizá podáis venir a L.A. a pasar una temporada con nosotros. —El dar por hecho que ellos son una pareja consolidada y que para cuando se decidan a visitarlos estarán juntos se siente raro para Parker, pero la seguridad con la que lo ha dicho Ryuu casi lo hace soñar.

—Por mí está hecho —contesta raudo Kai—. Estoy deseando hacer muchos viajes con mi marido. Él necesita cualquier excusa para alejarse del trabajo.

—No soy tan intenso como me haces parecer —protesta Adrien ganándose unas carcajadas por parte de todos los demás, a los que casi no ha dejado acercarse a la cocina haciéndose él cargo de todo.

El último en despedirse es Elijah. Se acerca a Parker y le da un fuerte abrazo.

—No desistas. Es un buen tipo, aunque se empeñe en esconderlo, y le importas. Solo hay que ver cómo te mira —susurra solo para sus oídos, desgranando una sonrisa de Parker que le agradece la acogida y la paz que les ha dado.

Deja al médico y se enfrenta a Ryuu que le tiende la mano la cual estrecha con fuerza. Con la otra envuelve la del *yakuza* entre las suya.

—Sea lo que sea en lo que andas metido solo recuerda que nada es más importante que lo que hay en tu corazón. Nada. Que no se te olvide porque lo lamentarás. —La sentencia deja a Ryuu pensativo. Muy pensativo.

Los perros los acompañan hasta la valla y se dejan acariciar juguetones. Van a echar de menos a estas personas, aunque solo haga un día que los conocen. Por un segundo, Ryuu anhela que su vida sea de otra forma.

Parker camina indeciso hacia el coche. Van a tener unas horas de viaje y eso lo pone nervioso. La advertencia del *yakuza* sobre que tenían que hablar sobre lo ocurrido entre ellos no lo calma. Imagina por dónde van a ir los tiros, pero aun así no desea escucharlo porque teme que sea tarde para él.

Antes de introducirse en el coche los intercepta Elijah con unas llaves en la mano.

—Tomad. Creo que os vendrá bien cambiar de vehículo. En el garaje está el coche de mi marido. No le importaría que lo usarais. Le gustaba correr aventuras y tiene pinta de que la vuestra va a ser interesante. —Se le empañan los ojos y una sonrisa llena de anhelo le indica a Ryuu que recordarlo no le produce dolor, solo cariño—. Yo me llevaré este a una zona poco transitada para que os dé un margen de huida.

—No sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por nosotros. Es más de lo que deberías. —El *yakuza* está emocionado por los gestos que no ha parado de tener con ellos. Se funde en un fuerte abrazo lleno de sentimiento.

—Siempre voy a ayudar al amor. No me falles. —Se gira hacia Parker y le tiende otro regalo—. Es un móvil de prepago. No es gran cosa, pero no está asociado a vosotros. Cuidaos mucho y volved. —Le da un ligero beso en la mejilla al médico y se dirige a su coche, desde donde Kai y Adrien observan la escena conmovidos.

CAPÍTULO 34. El Camaro está donde debe

Por fin llegan al área de servicio y al bajar del coche Chantal corre hasta el de su hermano como si pudiera encontrarlo a él allí. Está tal y como ella lo recuerda. Ni un arañazo de más, ni un golpe, nada. Perfecto. Buster le llama la atención para que frene y no toque más de lo debido y borre las pistas que pudiera haber. La acoge entre sus brazos porque la chica se ha derrumbado soltando toda la tensión contenida. Abrazarla se siente bien, de hecho, demasiado bien. Cuando consigue calmarla se dirigen al interior de la cafetería donde se sientan en una de las mesas. Pide una infusión para ella y él se retira para hacer su trabajo.

Si no ha contado mal, en el exterior hay dos cámaras en las farolas de los aparcamientos y una más en la cornisa del edificio. En el interior solo cuenta con una que no abarca todo el recinto, lo que hay debe ser suficiente para ver los movimientos que se han producido en las últimas horas.

Le pide a uno de los camareros hablar con el dueño del local. Se apresura a llamarlo a pesar de la cara de fastidio.

—Ya es el segundo que viene hoy. Que conste que yo no he hecho nada —se excusa el camarero antes de ser acusado de cualquier cosa. Esa declaración escama a Buster, pero no quiere adelantar acontecimientos.

Unos minutos después sale el mismo joven seguido de un hombre de mediana edad con una espesa barba blanca y una camiseta con publicidad grasienta sobre la que se está secando las manos.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —Por lo menos se muestra colaborador.

—Soy agente federal. —Le muestra su placa—. Me gustaría ver las grabaciones de las cámaras.

—Qué curioso, es el segundo que viene en el día de hoy. Su compañero no me contó nada y ya dimos parte por el robo del coche.

No sé qué más pueden querer. —El señor lo guía hasta un habitáculo situado en la parte de atrás donde hay un rudimentario sistema de seguridad.

—Sí, es por eso. —Aprovecha la coyuntura que le da para no revelar el verdadero motivo de la investigación—. No se preocupe, es solo una inspección rutinaria. —Buster se sienta en la silla de escritorio y comienza a visionar las cintas de hace dos días hasta el momento.

Chantal se queda en la sala, nerviosa, donde se toma la bebida a la espera de noticias. No hay muchas personas en el establecimiento. Algunos lugareños y turistas perdidos o hastiados del viaje. Un grupo de asiáticos abren la puerta y se sientan en una mesa pegada a la ventana. Parecen pandilleros y prefiere no mirarlos demasiado por si pudiera molestarles.

Su cerebro no para de darle vueltas a que le puede estar pasando a su hermano y por qué ha dejado su coche en una estación de servicio tan lejos de casa. ¿Cómo habrá seguido su camino? ¿Es posible que aún continúe por la zona? No hace mucho que recibió la llamada y quizá el vídeo les dé una pista del camino que ha tomado y las condiciones en las que se encuentra. Para calmar sus nervios trastea sus redes sociales hasta que vuelva el agente con noticias.

Buster se siente frustrado y aburrido porque no ha encontrado todavía nada relevante. Acelera la velocidad del vídeo lo suficiente como para que no se haga tedioso y pueda apreciar las imágenes.

Mientras usa sus ojos llama al departamento para pedir que venga una unidad forense que analice el coche *in situ*. Tiene una ligera idea de las huellas que van a encontrar dentro, pero es el protocolo y tendrá que pasar por eso. Solo le molesta que le va a tocar dar algunas explicaciones a personas que no son de su total confianza y eso no es nada bueno dado el punto y la fragilidad de la investigación.

Una pequeña línea de pensamiento se desliza a la bella y consentida mujer que lo espera ansiosa en la habitación de al lado. La admira por tener la valentía de emprender esta ruta con él a pesar de que no tiene ni idea de dónde le llevará el camino, eso se lo reconoce.

Quizá la juzgó con dureza cuando estuvo en su casa. Es una mujer preciosa que parece superficial, pero ciertos gestos y deslices sutiles en las conversaciones le han mostrado a otra muy distinta, con una gran inteligencia y sagacidad que oculta bajo un disfraz. Un destello de lujuria lo asalta estremeciendo su entrepierna. Los descarta por imposible. Duda que Chantal esté interesada y, además, están en una investigación en curso y sería una pésima idea involucrarse.

La imagen de la pantalla llama su atención. Reconoce el coche tan peculiar de Parker y a su acompañante. Sus dientes chirrían. En qué mierda se ha metido ese chico. Ralentiza el reproductor y visualiza el interior de la cafetería. Los dos hombres comen dialogando entre ellos y en ningún momento se muestra coacción o violencia por ningún lado. Tampoco la esperaba. Vuelve a acelerar porque quiere ver el momento de la salida, ya se encargarán sus compañeros de visionarlas en profundidad. Ve salir a Ryuu un rato más tarde, solo. Parece que se dirige a los baños exteriores. Parker aprovecha ese momento para hacer una llamada que imagina que es la que alertó a su hermana. Al poco, el *yakuza* sale del aseo, se introduce en un coche y trastea dentro de él. Vuelve a por Parker, que parece disgustado por los aspavientos que está realizando, se montan en el nuevo auto como si fuera suyo y abandonan el establecimiento en dirección suroeste. Por fin una pista. Esta noticia no le va a hacer gracia a Chantal.

Vuelve a hacer una llamada y contacta con tráfico. Solicita una búsqueda dando la referencia del coche y la ruta que han tomado. Espera que alguna cámara le dé información con prontitud.

Recuerda que el dueño le ha hablado de otro policía que ha ido a pedir las grabaciones y decide indagar sobre el tema.

—Disculpe —lo llama disimuladamente. El señor va hacia él y lo mira interrogativo—. Me ha comentado antes que otro agente ha venido a interesarse por las imágenes. ¿Podría darme más detalles? —pregunta cortés. Siempre es mejor ir con tacto que con arrogancia. Ha aprendido que así saca más.

—No quiero meterme en líos. El agente me enseñó su placa y

lo vi todo bien. Tampoco es que haya visto muchas, pero estoy convencido de que eran de verdad —se excusa nervioso—. Lo único que me sorprendió es que fuera un policía de Tucson. No es que esté muy lejos, pero lo lógico hubiera sido que viniera uno de Ciudad Juárez o algún otro local. Eso sí me pareció raro, pero qué sé yo de esas cosas.

—Tranquilo, no se va a meter en ningún lío. ¿Podría decirme qué hizo concretamente y si le preguntó algo más? —La información sobre la procedencia del agente le mosquea. Ciertamente no es normal que se desplace tanto.

—Pues más o menos lo que usted. Se tomó un café mientras veía los vídeos y luego se marchó hacia el sureste como si nada.

—¿Habló con alguien más o se encontró con alguien?

—Sí, cuando salió había un coche negro y se paró un momento con ellos —relata haciendo aspavientos con las manos—. No me hizo ninguna pregunta sobre el coche que habían robado. Nada. ¿Sabe?, se lo quitaron a una familia que iba hacia Phoenix. Les hicieron una tremenda putada. Los pobres tuvieron que alquilar uno en el pueblo de al lado. Menuda mala baba. Pobre familia. Pero ¿usted no viene por ese motivo?

—Claro —disimula—. Imagino que ese agente vino por lo mismo. —Buster empieza a pensar que hay alguien más persiguiendo al desaparecido. Mal asunto.

—Eso pensé yo cuando se plantó en mi puerta, aunque ya le digo que no me preguntó nada de nada sobre el tema. No quiero líos. Sé de mi trabajo y mi establecimiento y de nada más.

—Puede usted estar tranquilo ha cumplido con creces con su labor. —El hombre hincha su pecho como un pavo real y se excusa marchándose a atender la barra.

Buster se queda quieto durante unos segundos observando el bello perfil de Chantal que, ajena a su escrutinio, revisa su teléfono móvil con gestos nerviosos. Se permite esos segundos antes de reunirse con ella e informarle por encima de lo que ha encontrado. En breve se

llenará todo de agentes y sus caminos tendrán que separarse necesariamente.

CAPÍTULO 35. Una pista

Los secuaces de las Tríadas llevan dando vueltas desde que el agente de Tucson, al que le pidió el favor el jefe, les pasó la información contenida en las cámaras de seguridad del área de servicio. Hacerse pasar por policías siempre es una labor sencilla. No obstante, en este caso, no había hecho falta. Tenían en nómina a más de uno a lo largo del país y solo era cuestión de hacer algunas llamadas para contar con algún alma afín a la causa y con pocos escrúpulos o que se dejara comprar por un incentivo generoso.

Según les contó, en las imágenes parecía que los tipos que están persiguiendo tomaban rumbo suroeste y hacía allí dirigieron su camino. No contaban con que la persecución iba a ser más difícil de lo que pensaban. Xen tiene un objetivo y la frustración lo está matando. No puede permitir que el tipo del parque salga indemne. Su jefe se lo dejó bien claro, no quiere un nuevo fracaso o será el fin para él. Tiene un voto de confianza y ni por asomo es una opción decepcionarlo. Si yerra en su misión sabe cuál será la consecuencia: la muerte.

Cabreado le da un golpe al volante que desestabiliza el vehículo. Sus hombres se mantienen callados sin querer moverse por si le da por pagar su ira con ellos. Una llamada entrante lo saca de sus pensamientos.

—Xen. ¿Hay progresos? —pregunta la voz a través del manos libres de coche.

—Señor, estamos siguiendo una pista. Por ahora no los hemos encontrado, pero sabe que no voy a desistir —se adelanta a excusarse antes de que lo reprenda.

—Por la cuenta que te trae espero resultados. ¿Hacia dónde os dirigís? —inquiere suspirando el hombre al otro lado.

—Llegando a Fort Stockton, deben estar por aquí.

—¿Has pensado que en la zona hay muchas carreteras secundarias y que puede que no estéis siguiendo el camino correcto?

—Sí, jefe, pero tengo un pálpito y creo que vamos bien.

—No quiero errores. Necesito resultados ya. Las cosas aquí se están tensando y la Yakuza nos está presionando. Hay que contraatacar y Ryuu es la clave.

—Lo sé, jefe. Lo atraparé.

—Más te vale. —La línea se queda en silencio, señal de que ya han colgado.

—¡Joder! ¡Mierda de vida!

—Xen, quizá podríamos contactar con alguno de nuestros confidentes para ver si ellos saben algo.

—¡Calla esa boca! ¿Te he pedido consejo? —refunfuña enfadado.

Xen no fue nunca el más listo de su clase, pero su segundo ha tenido una buena idea, quizá sí que pueda contar con alguien que le proporcione alguna ventaja que aún no ha explotado.

*****

Buster no puede postergar más la conversación con Chantal. Se aproxima a ella con tranquilidad. Parece que el hecho de haberle contado que su hermano está sano y salvo y haberlo visto en las cámaras de seguridad sin ningún daño y subiendo al coche por su propio pie la ha tranquilizado, aunque ha hecho veinte millones de preguntas sobre el tema. Preguntas a las que el agente no ha podido responder porque ni él mismo sabe las respuestas.

—Chantal, deberías volver a casa. Aquí no haces nada y ahora nos toca a nosotros buscarlo —la tantea el agente con su mejor semblante tranquilo y confiable.

—No me voy a ir. Quiero estar aquí para cuando lo encontréis. Quiero que vea una cara amiga que pueda arroparlo. ¿Lo comprendes? —argumenta con esa cara tan bonita que pone cuando quiere conseguir algo.

—Entiendo lo que dices, pero es peligroso y no me gustaría que te pasara nada. —Ella lo mira un poco altiva.

—A ti te da igual lo que me ocurra. Sé que aquí pasa algo más y no voy a irme sin averiguarlo. —Chantal se ha enfadado y toda su pose ha caído como un castillo de naipes. Ahí está el verdadero carácter de los Blair.

—No hay más de lo que ves. —La mirada de la chica le confirma que no cree nada de lo que sale por su boca—. Está bien, déjame hablarlo con mis superiores y te digo cómo podemos hacerlo. Eso sí. Tienes que obedecerme en todo lo que te ordene y bajo ningún concepto actuar por tu cuenta. —Le dedica una mirada severa y la sonrisa de Chantal le hace pensar que acaba de tomar una muy mala decisión—. ¿Ha quedado claro?

—Sí, muy claro. —Sin esperarlo se lanza hacia él y lo atrapa en un abrazo en el que no queda ni un centímetro entre sus cuerpos. La virilidad de Buster reacciona inevitablemente y se siente azorado por el gesto espontáneo.

—Me voy a arrepentir, ¿verdad? —susurra sobre su pelo.

—Igual no, agente. Igual no. —Eso ha parecido una insinuación en toda regla. Buster se reprende por su falta de profesionalidad, pero es imposible ser indiferente ante este huracán.

Al agente no le hace mucha gracia que la chica siga con él, de hecho, lo único que ha conseguido con esa afirmación es tiempo hasta que se le ocurra una excusa para frenarla, porque ni por todo el oro del mundo va a dejar que lo acompañe. Cuando el dueño del local le habló de ese otro policía volvió a visionar las cámaras exteriores hasta dar con las imágenes del agente hablando con los ocupantes del coche negro y, tras una llamada, le han confirmado que la matrícula concuerda con uno de los coches de la extensa flota de Yi Zheng. Mal asunto. Muy mal asunto.

Un policía uniformado entra a toda velocidad en el establecimiento y se frena avergonzado al encontrar el espectáculo ante sus ojos. Juguetea con el borde de su cinturón hasta que el agente repara en él. Con delicadeza y sin ningunas ganas, todo hay que

decirlo, se separa de la chica.

—Dígame, agente… —Mira la placa sobre su uniforme— Pedro, ¿alguna novedad?

—Sí, señor. Tenemos noticias.

Buster se separa de Chantal y camina con el policía hacia una de las mesas que es la que están usando como centro de operaciones. El sitio está hasta arriba de agentes de todas las disciplinas, cada uno haciendo su trabajo. Una serie de hombres trabajan arduamente sobre el Camaro recabando todas las pruebas. Varios coches de policía están estacionados disuadiendo a los pocos turistas que intentan acceder al negocio o curiosear. Otros coches negros de aspecto siniestro están alineados en perfecta armonía a las puertas de la cafetería y los ocupantes de los mismos hacen corrillos en el exterior debatiendo sobre el caso. Desde que dio el aviso ha sido un no parar y Buster ha asumido el mando de toda la operación como sabía que pasaría. Menos mal que llevaba el traje negro en el maletero y ha podido adecentarse. Ahora está en total armonía con todos los demás.

Se sientan en los mullidos sillones acolchados de color rojo desvaído e insta al hombre a hablar.

—Hemos recibido una confirmación de una cámara de seguridad —relata el hombre excitado.

—Prosigue —lo espolea Buster.

—Parece que han identificado un coche con la misma matrícula en las inmediaciones de Marfa.

Buster rebusca, entre los papeles que están extendidos sobre la mesa, el mapa de carreteras de la zona en el que aparece señalada la ubicación del área de servicio.

—¿Es usted de la zona?

—Sí.

—Señale Marfa. ¿A cuánto está de aquí?

El hombre se afana, con la lengua fuera de su boca haciendo aspavientos, en localizar el pequeño pueblo. Cuando lo encuentra lo señala feliz, esperando la aprobación del agente de la ciudad.

—Está a unas dos horas —responde al fin contento.

—Gracias, Pedro, has sido de gran ayuda. Tengo que irme.

CAPÍTULO 36. Un nuevo juguete

El coche que encuentra en el garaje es el sueño de cualquiera. Un Chevrolet Impala negro de 1967 de color negro con un brillo espectacular. No puede evitar llevarse las manos a la cabeza y hacer un gesto de total sorpresa. Parker lo mira con los ojos como platos.

—¿Esto es en serio? ¿Estás seguro de que no hay ningún otro coche por ahí?

—Metamos la llave y veamos si es la sorpresa de Elijah.

Abre la puerta con devoción y se sienta en el sillón corrido de cuero negro.

—Huele a nuevo. ¡Es un puto sueño! —exclama Ryuu sin dejar de pasar las manos por todas partes.

Parker no es capaz de articular palabra. Pensaba que su Camaro era el mejor, pero ahora tiene algunas dudas. Ryuu introduce la llave en el bombín y el ronroneo del motor casi le hace tener un orgasmo.

—Joder, puñetero Elijah.

A ambos le da un ataque de risa que hace que la tensión que hasta hace un rato había entre ellos disminuya. Cuando se calman maniobra para sacar el coche del garaje y vuelven a la carretera.

—¿Hacia dónde vamos ahora? Creo que el plan de la excursión por las montañas se ha arruinado —pregunta Parker.

—No tengo una ruta clara. He tirado por aquí como podría haber ido por otra carretera. Me parece que es tranquila y nos vamos a cruzar con pocos vehículos. —Cabecea antes de proseguir—: Imagino que seguiremos rodando un día más y luego decidiremos. ¿Te parece bien? —Parker lo mira sorprendido sin atreverse a contestar. Es la primera vez que tiene en cuenta su opinión y eso hace que su pecho se hinche.

—Me parece perfecto. Gracias.

—¿Y eso? —Ryuu gira la vista para centrarla en su acompañante.

—Por salvarme la vida.

—Aún no estás fuera de peligro, más bien, deberías estar enfadado por haberte puesto en esta situación. No me agradezcas algo que aún no está claro.

Las palabras de Ryuu caen como una losa sobre él. Es cierto que siguen estando en peligro, pero la cantidad de experiencias nuevas que está viviendo con él bien valen el agradecimiento.

—Sobre lo de anoche. Me gustó. —Parker se traga su vergüenza y verbaliza lo que ya demostró con sus gemidos.

—A mí también.

—¿Pero?

—Pero esto es muy complicado. Hay mucho más en juego de lo que crees. Me has puesto en una encrucijada que juré que no iba a dejar que sucediera. Intento seguir el camino, sin embargo, me lo estás poniendo muy difícil —se sincera sin desvelar demasiado.

—¿Eso quiere decir que no habrá más como lo de anoche?

—¿Estás bien con que nos mantengamos solo en el plano sexual? —pregunta azorado. Hablar de sexo se le da bien, pero lo de los sentimientos no tanto. Los esquiva en la medida de lo posible. Ya ha perdido demasiado en su vida como para entregar su dañado corazón y que vuelvan a hacerle daño. No, ni de coña.

Parker disimula mirando por la ventanilla y sonríe de medio lado. Ha sido la mejor noche de su vida y saber que se va a volver a repetir lo pone duro. Pensar que hasta hace unos días creía que le pasaba algo malo por no excitarse con casi ningún estimulo y es llegar el macarra y estar caliente cada vez que habla.

Llevan unas dos horas de viaje y Ryuu está hasta las narices de conducir. Las carreteras monótonas y el paisaje desértico no ayudan en nada, además, el hecho de haber pasado casi un día completo relajándose ha bajado su nivel de adrenalina y ahora solo le apetece dormir; por supuesto, en eso también tiene mucho que ver el

compañero que está a su lado. Le llama tanto la atención y le tenía tantas ganas que anoche no podía dejar de tocarlo. La forma tan pura y dispuesta de responder a sus exigencias requerían de su atención y, claro, no han dormido una mierda y ahora se siente cansado.

—¿Te apetece un café? Así hago unas llamadas y me despejo, porque no tengo ningunas ganas de seguir conduciendo —pregunta Ryuu deslizando una de las manos por su pelo en un intento de domarlo por culpa del cálido aire que entra por la ventanilla.

—Claro. Si quieres puedo conducir yo durante un rato y tú descansas —es lo único que se le ocurre para poder tomar entre sus manos a esta belleza. Es una suerte que Elijah les haya prestado esta belleza y más siendo el coche tan icónico que es. Aún está impactado.

Empiezan a aparecer pequeñas casas al borde la carretera. Algunas abandonadas y otras con sendas camionetas en la puerta, animados deciden parar en el primer bar medio decente que encuentren en su camino. Poco a poco se adentran en la ciudad de Presidio, ven un pequeño local con sombrillas de color rojo, bancos y mesas de madera exteriores y deciden parar ahí. Todo parece desierto y un poco decadente, pero mejor así. Menos posibilidades de encontrar contratiempos.

Entran en el pequeño establecimiento desentonando totalmente. Un hombre menudo muy moreno los saluda hablando en castellano. Ryuu no tiene ni idea de lo que está diciendo, pero, menos mal, Parker sí que lo entiende y lo habla de una forma más o menos fluida. Su cuidadora era hispana y siempre le hablaba en su lengua natal. Hecho que le ha valido en múltiples ocasiones ya que L.A. tiene un millón y medio de hispanohablantes. Piden un café bien cargado y un refresco y se sientan en el exterior. El aire es espeso y está cargado de calor y eso que todavía es temprano, en unas horas se hará insoportable.

—¿Qué estamos haciendo, Ryuu?

—Huir, claramente, gatito. —El apelativo ahora le resulta cariñoso. Quizá siempre lo fue y él no lo identificó.

—Eso lo sé, me refiero a que quizá solo estemos alargando lo

inevitable. Sabes que tarde o temprano nos cazarán.

—Intento evitarlo. Lo creas o no tengo un plan.

—¿Y puedes compartirlo conmigo? Te recuerdo que formo parte de la aventura.

—Puedo, pero solo si me das un beso. —La petición lo pilla desprevenido, pero claudica y le da un ligero roce sobre los labios—. Me ha sabido a poco, pero me vale. —Sonríe sobrado por haberse salido con la suya—. Mi idea al salir de L.A. al principio solo fue sacarte de la zona de peligro e intentar llegar a mi abuela. Por suerte a ella la tengo cubierta. En el área de servicio donde dejamos tu coche…

—No me lo recuerdes, porque aún no sé cómo te lo permití. —Ryuu no puede evitar que sus labios se levanten.

—Déjame continuar, no me hagas reír o te quedas sin información. —Parker le indica con la cabeza que continúe—. Bien, pues desde allí llamé a uno de mis compañeros.

—¿Los de la Yakuza?

—No digas eso aquí, podemos meternos en problemas.

—Está bien, disculpa.

—Pues hablé con Hiroshi, es un amigo. —Por un momento Parker siente celos—. Es el que me está ayudando con todo este marrón. Tiene a mi abuela a buen recaudo en un piso franco custodiado por hombres de la organización y se supone que tengo que contactar con él de manera regular para que me diga si podemos volver o no. Mi jefe está haciendo negociaciones para sacarnos de este lío y sé que harán todo lo posible por solucionarlo.

La conversación lo ha dejado algo más tranquilo, pero no del todo, aún tienen que permanecer desaparecidos por un tiempo más. Desea que no demasiado.

Cuando van a abonar sus consumiciones Parker le pregunta al dueño si hay algo interesante que ver o que hacer por la zona. Ya que tienen que estar en la carretera al menos podrían hacer turismo para que sea lo más productivo posible.

El hombre le contesta que a una hora y algo hacia el este están

las grutas de Coyame, algo digno de ver. Le agradece la información y vuelven hacia el coche.

—¿Qué le has preguntado? —pregunta curioso Ryuu.

—Quería saber si se puede hacer turismo por aquí y me ha dado indicaciones para ver algo interesante. Confía en mí. Ahora conduzco yo. No solo tú vas a disfrutar del nuevo juguete.

CAPÍTULO 37. Historias de samuráis

Queda una escasa media hora para llegar a la gruta, al menos eso es lo que indican los carteles de la carretera. El paisaje es igual de desértico que todo lo anterior y se respira paz y calma. El silencio se ha instalado entre ambos, solo roto por pequeños comentarios, pero no está siendo incómodo. Parece que tras la pequeña charla sobre lo que ocurrió anoche ambos hombres saben en qué terreno se mueven. Parker se encuentra en una pequeña encrucijada ya que el tener una aventura con Ryuu va en contra de todas sus convicciones, pero también reconoce que nunca ha sentido un deseo así por nadie.

El médico, cansado de tanto mutismo, decide entablar alguna conversación ligera el resto del tiempo que les queda en el coche, de alguna manera tienen que normalizar que se hayan acostado.

—Entonces, cuéntame más sobre la Yakuza. En algún momento has comentado que tu abuelo no tenía nada que ver con lo que se hace ahora, pero como no tengo ni idea podrías instruirme un poco y así me culturizo. Que llevo dos días sin leer ni un libro —suelta de corrido evitando volver a sentirse cohibido por la presencia de su acompañante.

Ryuu se queda pensativo durante unos segundos. Pasa su dedo por los tatuajes de los corazones y juguetea con el anillo del pulgar como ya ha hecho otras veces. Recordar a su familia siempre pone sus sentimientos en carne viva, pero el hombre que tiene a su lado no tiene la culpa de su pasado ni de los actos que cometieron otros, así que dando un hondo suspiro comienza a hablar:

—Te voy a contar una historia que quizá te suene, pero seguro que no conoces más que la superficie. —Sonríe de medio lado—. Los *yakuzas* provenimos de los samuráis. Ahí te he sorprendido, ¿eh? —dice divertido.

—Sí que lo has hecho, pero no puedo creerte. Siempre he tenido a los samuráis por magníficos guerreros con fuertes

convicciones y una ética intachable.

—Y así era. Te lo voy a resumir un poco porque es largo y además son muchos datos históricos y de guerras internas que quizá no te sean muy interesantes —aclara Ryuu emocionado con el tema—. Los samuráis eran sirvientes de los señores feudales, los *shogun*, eran como unos protectores adiestrados en un montón de disciplinas relacionadas con la guerra. Para ser un samurái tenías que seguir el *bushido*.

—De eso he oído hablar, pero ni idea de cómo funciona. Podría traducirse como el camino del guerrero, ¿no?

—Se trata de un código ético muy estricto. Su construcción se basa en las corrientes religiosas y filosóficas del budismo, el confucianismo y el zen, de esta combinación surgen los siete preceptos que guían al samurái.

La mente de Ryuu se evade y parece trasladarse a otra época y otro momento de su vida en el que su abuelo le iba contando en qué consiste el *bushido*.

Parker lo mira embobado mientras el *yakuza* se explaya en temas históricos que, si bien, él no los comprende en su totalidad le parecen interesantes, y no puede evitar mirar sus labios mientras narra la historia.

Consigue quedarse con palabras aisladas sobre los señores feudales o *shogun* y el papel que tuvieron en la guerra y cómo los samuráis, con el paso de los siglos y la llegada de los nuevos tiempos, dejaron de ser útiles y resultaban peligrosos. Acabaron convirtiéndose en mercenarios a los que se les llamaba *ronin,* los samuráis sin señor. La figura legendaria quedó relegada a la de clanes familiares organizados con fines lucrativos y de ahí a las organizaciones mafiosas fuera de la actividad legal.

Cuando Ryuu termina de relatar mira de reojo a Parker con una enorme sonrisa.

—¿Te ha gustado? En el fondo no somos tan malos.

—En origen no, pero vaya si se ha desvirtuado su sentido.

—Bueno, no todos somos tan malos o no todos tenemos un fin perverso. —Se ha puesto serio de repente y parece debatirse entre contar algo de trascendencia vital o dejarlo pasar. Finalmente se queda callado a la espera de que Parker siga manteniendo la conversación viva.

—¿Y en qué consisten esos… como los has llamado, preceptos, del *bushido*? —Aún les quedan quince minutos para llegar a las cuevas y no le apetece pasarlos callado. Le gusta escucharlo hablar.

—Pues, son siete y son muy claros y básicos. —Respira hondo e incluso su postura se yergue dándole solemnidad a las palabras—. Primero está el *Gi*, justicia. Digamos que es como la justicia que nace de tu interior. Sólo existe lo correcto y lo incorrecto.

—Eso suena a tomarse la justicia por tu mano —apostilla el médico.

—No, ni mucho menos, se supone que un guerrero formado es capaz de tener un criterio propio y ser justo con sus decisiones. ¿Así mejor?

—Sí, bastante mejor. —En realidad Parker no lo tiene muy claro, pero prefiere dejarlo pasar y seguir escuchando.

—Luego está el *Rei*, respeto, cortesía. Un samurái debe ser cortés incluso con sus enemigos. —Una sonrisa ladeada asoma a los labios de Ryuu y a Parker por un momento se le viene a la mente las películas que ha visto sobre los samuráis; es cierto que todos eran muy correctos y se comportaban con caballerosidad—. El *Yu* o coraje, se basa más bien en vivir la vida de manera plena y reemplazar el miedo por el respeto y la precaución.

—Esa sí la cumples a rajatabla. —Una sonora carcajada emana del cuerpo de Ryuu haciendo que él también sonría.

—Podría decirse que me gusta vivir la vida, mejor así, ¿no crees? —Parker está convencido de que sus palabras son bastante verdad, pero qué difícil es vivir sin tener miedo—. La cuarta es el *Meiyo*, el honor. Cada samurái es juez de su honor y sus decisiones son reflejo de qué tipo de persona es. Puedes mentirte, pero en el fondo

siempre sabrás quién eres, ya que no puedes ocultarte de ti mismo.

Las palabras retumban en la mente del médico haciéndolo pensar.

—¿Te has quedado muy callado?

—No, continúa, solo pienso en lo que dices.

—El quinto es el *Jin*, la benevolencia. Un samurái que siga el camino debe ser compasivo. Ayuda a sus compañeros en cualquier oportunidad. Si la oportunidad no surge, se sale de su camino para encontrarla. El sexto es *Makoto*, honestidad. Si un guerrero dice que va a hacer algo lo hará. Es como si ya estuviera realizado por el simple hecho de decirlo. Hablar y hacer son la misma acción. —Cambia de marcha remarcando sus palabras—. No dirás que conmigo no aprendes nada.

—Ahora mismo me tienes ensimismado. ¿Y la última?

—*Chuugi* o lealtad. Para el samurái, haber hecho o dicho «algo», significa que ese «algo» le pertenece. Es responsable de ello y de todas las consecuencias que le sigan. Un samurái es intensamente leal a aquellos bajo su cuidado. Permanece fieramente fiel. —Sus ojos se desvían de la carretera aprovechando una recta y los ojos de Ryuu buscan los de Parker. Puede ver la determinación en ellos y por un momento se imagina que es un verdadero samurái. Se estremece por la intensidad del momento.

Sigue citando frases que le dan una idea general de cómo funciona el *bushido* y Parker se sorprende porque algunas de ellas son bastante interesantes. Tiene que pedirle que vuelva a repetírselas en otro momento porque le ha dado tanta información que apenas puede retenerla.

—Vaya, ya hemos llegado. Se me ha hecho corto —comenta el *yakuza* sonriendo.

Parker casi odia haber sido interrumpidos. Se hubiera llevado toda una vida oyéndolo contar historias. Historias que por otra parte lo acercan un poco más a esto que siente y que se está volviendo inevitable.

CAPÍTULO 38. Un pellizco en el pecho

En el exterior hace bastante calor, pero corre una liguera brisa, que, aunque también es cálida, parece calmar un poco el ambiente sofocante. Hay unos cuantos coches aparcados y un grupo de personas se amontona en la puerta de lo que parece ser la entrada de algún tipo de monumento. Se unen a ellos sin pensárselo.

Ryuu no presta demasiada atención al entorno ya que se encuentra totalmente atrapado por sus pensamientos, jamás se ha sincerado tanto con nadie. Nunca se ha sentido conectado a nivel emocional con otro ser humano como para relatarle algo tan íntimo de su vida, aunque haya hecho bromas y parezca que es una historia nimia, para él ha sido casi como desnudar su alma. Desde que decidió protegerlo, es más, desde que le cuidó cuando le dieron la paliza, tenía claro que había algo entre ellos. Algo fuerte y digno de ser descubierto. No se arrepiente de explorar ese camino, lo único que no lleva bien es que pueda exponerlo demasiado al peligro y la agitación que conlleva su vida en estos momentos. Si lo hubiera conocido bajo otras circunstancias posiblemente ya estarían planeando irse a vivir juntos a una pequeña casita blanca en primera línea de playa, pero así… imposible. Debe alejar esas locas ideas y hacer lo que tiene que hacer que es cuidarlo, vivir el momento y dejarlo partir cuando corresponda sin ni siquiera mirar atrás.

El *yakuza* mira con aprensión hacia la puerta de entrada de lo que parece ser una gruta. Por un momento su mente le juega una mala pasada y su corazón late con fuerza. Racionaliza las emociones y se obliga a calmarse. Parker ni siquiera se ha dado cuenta del extraño momento que ha vivido Ryuu. Está comprando las entradas para hacer la visita turística a la gruta de Coyame y se siente ilusionado por poder hacer algo de turismo. Nunca hubiera venido exprofeso a verlo. Ha estado leyendo los paneles explicativos de la puerta y es una de las grutas más importantes del período Cretácico. Al parecer tiene quince salas habilitadas en las que se puede disfrutar de estalactitas,

estalagmitas y no sabe dónde ha leído que hay restos de dinosaurios. Parece un niño con un juguete nuevo. Con la adrenalina bullendo en su interior insta a Ryuu a mezclarse con los turistas.

El interior se va iluminando a medida que el grupo va adentrándose en el terreno. La temperatura debe rondar los 20º y hay bastante humedad. Todos los turistas permanecen en silencio adaptando la visión al nuevo estado de la luz, que ha pasado de ser cegadora en el exterior a una íntima y oscura en el interior. Una exclamación sale de la boca de Parker al apreciar las primeras formaciones calcáreas. El guía va comentando los nombres de los salones y el médico jura que puede ver perfectamente por qué se les han asignado. Le llama especialmente la atención el Camposanto, una zona que parece estar regada de lápidas. Ryuu cada vez se siente más tenso y su respiración comienza a ser entrecortada. Su pecho le aprieta y sus ojos apenas pueden apreciar la belleza de lo que le rodea. Parker se gira hacia él para hacerle un comentario cuando lo encuentra pálido, con una mano presionando su pecho y respirando con dificultad.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupado. Por un momento Ryuu no responde, tan solo enfocado en continuar respirando—. ¿Pasa algo? —insiste. Nada, no hay respuesta.

Agarra su muñeca y le toma el pulso que está muy acelerado. Intentando buscar una reacción agarra la cabeza del *yakuza* y coloca sus ojos ante los suyos. Comienza a respirar conscientemente esperando que lo imite. Durante unos segundos no ocurre nada, pero de pronto Ryuu lo ve. Sus ojos lo reconocen y se centran en ellos.

—¿Qué pasa? Me estas asustando.

—Estoy bien. Ya pasa. —Parker no se queda conforme.

—Respira conmigo despacio. Sigue mi respiración. —El médico le coloca la palma en el pecho y la de él en el suyo para que sus corazones se acopasen. Ryuu mira los labios de su compañero y haciendo un gran esfuerzo regula su respiración con él—. Creo que has tenido un ataque de pánico. ¿Quieres que salgamos?

—No, estoy mejor. Gracias —susurra más calmado y

verdaderamente agradecido de la intervención.

Durante el resto de la visita Parker no suelta la mano de Ryuu muy atento por si tuviera otro episodio. No tiene ni idea de qué ha podido producir esa reacción, pero sí sabe que ha sido un detonante claro de alguna situación traumática. Quiere preguntarle, pero sabe que no le va a decir nada ahora. Quizá luego cuando estén en el coche.

Ryuu, a pesar de la tensión que ha permanecido con él durante todo el recorrido, ha disfrutado de la visita y todo gracias a Parker que no ha parado de estar atento, de tocarlo y hablarle. Cuando salen a la luz del sol de nuevo lo observa durante unos segundos, reconociendo el gran hombre que tiene al lado. No muchas personas podrían ser tan empáticas y desinteresadas. A pesar de las circunstancias agradece a quien tenga a bien mover los hilos que lo haya puesto en su camino. Bajo ningún concepto permitirá que nadie le haga daño, así le cueste su vida. El sol comienza a caer indicándoles que tienen que volver a ponerse en camino.

—¿Te ha gustado la visita? —pregunta un Parker ilusionado.

—La verdad es que es un lugar impresionante. Gracias por estar ahí.

—Nada. ¿Me contarás qué ha pasado ahí dentro?

—Luego, gatito. Ahora tenemos que movernos que hay que encontrar dónde dormir. —Con el tono burlón de su comentario hace entender al médico que el momento de debilidad se ha esfumado.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? A mí se me han acabado las ideas. Ahora te toca a ti decidir.

—Dame un momento que haga una llamada y lo pensamos.

Ryuu se aparta de Parker y con el teléfono que les ha prestado Elijah marca.

—Sí, dígame. —Escuchar la voz de Hiroshi le sube el ánimo.

—Hola, amigo —lo saluda contento.

—Eh, Ryuu. No sabía cómo ponerme en contacto contigo. Me tenías muy preocupado. ¿Está todo bien? —Hiroshi no para de hablar.

Se nota que está feliz por tener noticias de él y eso le hincha el pecho.

—Sí, todo bien. Estoy moviéndome continuamente. Solo te llamaba para saber cómo andan las cosas por casa. Siento que estoy atado de pies y manos. —A pesar de todo se preocupa por ellos, no le gustaría que les pasara nada, aunque inevitablemente los perderá.

—Por eso quería contactar contigo. Todo está calmándose. Tu *obachan* se encuentra bien y sigue con un grupo de los nuestros en una casa franca. Me han contado que se las está haciendo pasar canutas. —Ambos se ríen a carcajadas imaginando la escena—. Ichiro lo está haciendo muy bien con el conflicto y ha hablado con las Tríadas. Se están calmando las aguas. Han llegado a un acuerdo sobre cómo repartirse las áreas de influencia. Es un buen trato que nos va a permitir estar tranquilos durante una temporada.

—Cómo me alegra oírte. ¿Eso quiere decir que puedo volver? —pregunta emocionado, aunque un momento después una sensación incómoda le molesta.

—Sí, un miembro de alto rango nos ha asegurado que van a dejar de buscarte y que no van a tomar represalias. Parece que han entendido el ojo por ojo y nuestra pelea queda en tablas respecto a ti. No van a hacerle daño a tu familia ni a nadie relacionado contigo por lo de la hija de Yi Zheng. Se le ha resarcido con una buena suma que lo ha dejado calmado. Qué mierda, ¿eh? Lo que no pueda el dinero…

—Joder, pues sí, pero oye, me alegro de que con eso haya bastado. ¡Qué bien! Estaba realmente preocupado por la situación. —Su mirada se dirige por un momento hacia Parker que no para de estudiar sus gestos. Se alegrará mucho cuando le cuente las buenas noticias.

Parker sabe que la llamada que está haciendo el *yakuza* es relevante y que sonría le parece algo positivo. Por otra parte, esta aventura llegará a su fin y, aunque no estaba conforme con comenzarla ahora tampoco lo está con que termine tan pronto, pero quizá sea lo mejor. Tener un lío con un miembro de la Yakuza está fuera de su zona de confort.

—Vuelve, Ryuu. Se te echa de menos.

—Tardaré un poco en hacerlo, estoy algo lejos, pero ya mismo estaré de nuevo con vosotros. Tengo muchas cosas que contarte.

—¿Dónde coño te has ido? —pregunta sorprendido.

—Pues no te lo va a creer, estoy en un pueblo perdido de Texas. Acabo de ver una puñetera gruta. —Se ríe con su amigo. Ahora que no hay peligro no le preocupa desvelar su paradero.

—¿Haciendo turismo mientras los demás nos preocupamos por ti? —se burla Hiroshi.

—Ya ves, quién coño me iba a buscar aquí. Al menos me he tomado unas vacaciones.

Charlan durante unos minutos más sobre sus vidas hasta que Hiroshi se despide finalmente.

—Estoy deseando que me lo cuentes todo con unas cervezas. Ten cuidado, Ryuu.

—Lo tendré. Nos vemos pronto.

Finaliza la llamada convencido de que, de todos sus hombres, Hiroshi es sin duda el mejor. Hará todo lo que pueda por él llegado el caso, porque es un tipo que no merece vivir la vida que le ha tocado.

Antes de retornar con Parker realiza otra llamada que debe hacer, aunque no le apetezca una mierda, pero siempre pondrá por delante el deber.

—¿Son buenas noticias? —le pregunta Parker cuando lo ve regresar.

—Sí, bastante buenas. Parece que se han calmado las aguas y podemos volver a casa.

Parker sonríe confuso. Sabía que eran buenas, pero no está preparado para dejarlo marchar, aunque no lo admitirá en voz alta.

—¡Eso es fantástico! Voy a poder retomar mi vida, no me lo creo. —Le ha salido un poco sobreactuado y demasiado eufórico, pero Ryuu asiente con una sonrisa confirmándole que lo que ha pasado entre ellos ha sido solo un espejismo. Se le coge un pellizco en el pecho.

CAPÍTULO 39. Búsqueda infructuosa

La búsqueda en Marfa está siendo totalmente infructuosa. No hay ni rastro del coche ni de sus ocupantes. Al final Chantal no lo acompaña. Era una soberana estupidez pensar que sus superiores le iban a permitir involucrar a una civil, tampoco es que él haya puesto mucho de su parte para conseguirlo. Le ha costado un mundo que ella se atenga a razones y vuelva a casa. Esa chica es demasiado obstinada para su propio bien. Se ha ido tan cabreada que duda que vuelva a dirigirle la palabra, pero es lo mejor. Estará segura. No es bueno estar en la carretera exponiéndose al peligro cuando se las tiene que ver con las mafias. Además, su trabajo es proteger a las personas y si ella está cerca duda que sea capaz de hacerlo sin querer salvarla primero, y eso siempre irá en detrimento de su misión.

Esta búsqueda sin sentido le está pasando factura. Siente que toda la operación se está yendo a la mierda y el insoportable calor no ayuda en nada a calmar sus ánimos. Sus informantes de L.A. le han confirmado que parece que se ha establecido una especie de tregua entre la Yakuza y las Tríadas. Se han repartido las zonas en las que operan, al final, era un acuerdo obvio. Eso solo le hace suponer que Parker volverá a casa en breve.

Está deseando dejar toda esta mierda y tomarse unas cervezas con Sara. Un poquito de normalidad, por favor.

Una última llamada de sus superiores le confirma que es momento de regresar. Lo que él pensaba. Esta pista no le lleva a ningún sitio y es importante que esté en Los Ángeles cuando vuelva Parker.

Chantal ha sido muy ágil. Como la policía científica ya había terminado con el Camaro de su hermano, cogió las llaves y siguió a Buster nada más que lo vio partir del área de servicio. Se encuentra a pocos metros del agente. Si piensa que se va a librar de ella tan fácilmente lo tiene claro. Eso es que no la conoce en absoluto y que no tiene ni idea de lo capaz que es de solucionar todo este asunto por sus

medios. Ni de coña va a dejar a su único hermano a merced de unos agentes que no saben ni dónde tienen la mano derecha. No, qué va. Ella será la primera en abrazar a su hermano cuando lo encuentren. Que lo encontrarán y será pronto. Lo siente en sus huesos.

*****

Mientras, Xen recibe una llamada de su jefe.

—Debes volver ya. Hay que replegarse. Tenemos una tregua con la Yakuza y ya no buscamos a Ryuu. Está todo aclarado entre nosotros.

—Pero, jefe, estoy cerca. Sé que puedo dar con él. Ese tipo se merece un escarmiento. Usted estaba conmigo cuando nos humilló en el parque y luego le hizo eso a su hija… No puede hablar en serio cuando me pide que deje de seguirlo —replica indignado Xen, olvidándose de con quién está hablando.

—No, ya me has oído. ¿Me estás cuestionando?

—No, no —se apresura a decir recordando que es su superior y que le debe total obediencia—. Solo digo que creo que es mejor que permanezca por aquí un poco más —argumenta intentando que entre en razón.

—¿Dónde estáis exactamente?

—Ahora mismo en Marfa.

—Demasiado lejos. Comienza a volver que se te requiere aquí. Ya está todo hablado con la Yakuza y tenemos un nuevo trato. Coge a tus hombres y vuelve a la de ya —espeta Yi Zheng.

—Está bien. Volvemos —confirma resignado.

Aunque sus acciones son bien distintas. Por suerte estaba solo cuando ha recibido la llamada y ninguno de sus hombres ha escuchado la conversación. Cuando vuelve al coche les confirma que siguen la búsqueda y que las órdenes son buscarlo hasta acabar con él. Todos están deseando terminar con la misión porque allí hace un calor


de justicia, así que retoman la búsqueda con más ahínco.

CAPITULO 40. Demasiado para Ryuu

La vuelta a casa puede esperar un poco más. Es tarde y no han comido nada. Deciden comenzar su periplo de vuelta, pero antes van a pasar la noche en Marfa. No se plantean dónde dormir. Lo dejan al arbitrio del destino ya que, hasta ahora, les ha salido bien.

—Entonces… ¿Has hablado con alguien de Los Ángeles? —Parker no sabe cómo decir que si ha contactado con algún miembro de la Yakuza.

—Sí, con Hiroshi. Es un tipo genial, ya te he hablado de él. Creo que os llevaríais bien.

—Hablas como si fuera a conocer o codearme con más miembros de tu organización. ¿Crees que después de esta experiencia me van a quedar ganas de mezclarme con vosotros?

—Llevas razón, aunque reconoce que no todo ha ido mal. Ha habido momentos interesantes. —Sonríe con picardía dejando que Parker lea entre líneas.

—Sí, no todo ha estado mal, pero eso no quiere decir que lo quiera a largo plazo. —Ryuu resopla—. ¿Qué?

—Pensaba que no íbamos a follar más y tu frase deja abierta esa posibilidad. —Parker enrojece de una manera adorable—. Sí, gatito, estoy deseando que lleguemos al hotel para volver a saborearte como anoche.

Como el médico se queda callado, porque ahora mismo tiene un nudo en la garganta, Ryuu se ríe a carcajadas.

—Eres adorable. Nunca pensé que un hombre adulto pudiera reaccionar como un adolescente inexperto.

—Me vas a permitir que no tenga tu vida sexual. Algunos no nos acostamos con todo aquello que pasa ante nuestros ojos —responde digno.

—Yo me acuesto con quien me atrae. Me gusta el sexo y si la

persona es la adecuada no tengo ningún problema en darlo todo. Ayer no te molestaba ser el otro extremo de mi deseo. —A Ryuu le gusta afectarlo y ver cómo se vuelve tímido y se le sonrojan las mejillas. Nunca se cansará de ese espectáculo.

—No, no me molestó, es más, no me importaría volver a repetirlo. —No tiene ni idea de donde ha salido ese pensamiento dicho en voz alta, pero ya está dicho y se aproxima bastante a la realidad. Ryuu lo mira de soslayo sin dejar de observar la carretera. Traga saliva de manera audible.

—Eso tiene fácil solución, gatito. Muy sencilla. —Desliza la mano derecha hacia el muslo del médico y la desplaza arriba y abajo apretándolo levemente. Eso es suficiente para que Parker se retuerza y un escalofrío lo recorra.

Se quedan callados analizando las implicaciones de profundizar más en ese acercamiento. Ryuu ha adoptado una velocidad de crucero que está muy por debajo de la máxima permitida, pareciera que está reteniendo el momento de comenzar la vuelta a casa. El *yakuza* no quiere hacerle daño y sabe que está jugando con fuego porque Parker es una persona sensible que duda que se acueste con cualquiera. Si le otorga esa confianza es porque siente algo por él y eso lo inquieta. No es que a él no le interese tener algo serio, ese no es el problema. El problema es que su vida es muy complicada, lo estaría poniendo continuamente en peligro y no soportaría que le pasara algo, pero cree que aún está lejos de que los sentimientos sean tan fuertes como para ser dolorosos si lo dejan cuando vuelvan a L.A. Aunque eso va a estar complicado si siguen viviendo pared con pared, porque, joder, le pone mucho.

Parker, por su parte, se queda embobado mirando por la ventanilla y sintiendo el tacto de su compañero sobre su extremidad. El paisaje no ha cambiado en absoluto. Todo parece árido, solo regado por algún arbusto cerca de alguna casa aislada. Su mente no quiere viajar a lo que está comenzando a sentir por el hombre que está a su lado, porque en las demás ocasiones en las que lo hizo, las conclusiones no fueron buenas y está cansado de encontrarse en un

callejón sin salida. Quiere disfrutar del ahora, de lo que le depara el momento sin preocuparse por el futuro. No quiere arrepentirse de no haber sacado lo máximo de esta situación que le ha tocado vivir.

Su mente vuela hacia la leyenda del pez *koi* y por un segundo se siente fuerte como para pensar en esa transformación, en la capacidad para remontar la corriente y convertirse en un bello dragón capaz de hacerle frente a todo lo que siente mal en su vida. Sabe que esa sensación no es del todo real, es fruto de la fuerza que le transmite Ryuu y ese sentimiento lo abruma. No quiere enamorarse de él. Sería una muy mala idea. Nefasta y tan posible…

—¡Para, para! —grita Parker nervioso incorporándose sobre el asiento. Ryuu, sorprendido y asustado, hace lo que le pide. Su cuerpo se pone en tensión porque no sabe por dónde le viene el peligro.

—¿Qué pasa? Habla.

Parker sale del coche a toda velocidad y corre hacia el tramo de carretera que han dejado atrás. A uno pasos se agacha y con un mimo impresionante agarra algo del suelo. Ryuu no tarda mucho en seguir sus pasos y mira anonadado la escena.

—No, no, no. No me jodas, Parker. Ni de coña vas a recoger a ese bicho. —La mirada del médico le anuncia que es una batalla perdida. Un pequeño gatito se acomoda entre los brazos del otro sin abrir los ojos.

—Vamos, está ahí solo. Si no hacemos algo se va a morir. —El gris de sus ojos se vuelve casi irreal al estar un poco acuosos. Ryuu suspira.

—Es una mala idea. ¡Joder! Si no tuviéramos bastante ahora también rescatas animales. Lo tuyo es muy fuerte —protesta malhumorado.

—Si no puede subir al coche yo tampoco. —La determinación y seguridad de Parker lo desarma. Si quiere que comience a confiar en sí mismo tiene que hacer pequeñas concesiones a su carácter. Debe ser consciente de que si enfrenta las situaciones cabe la posibilidad de superarlas.

—Está bien, pero tú lo cuidas. Yo no quiero tener nada que ver con esa cosa. —Parker sonríe sabedor de que ha ganado la batalla.

Vuelven al coche con miradas de soslayo de Ryuu y una enorme sonrisa en la cara de Parker.

Se mantienen en silencio hasta llegar al primer motel que encuentran. Está a las afueras de Marfa. Se trata de un sitio muy peculiar ya que no es un edificio propiamente dicho. Las diferentes estancias están diseminadas por un amplio terreno y cada una es diferente. Hay desde los típicos tipis de los indios americanos, hasta vagones de tren reconvertidos, jaimas y alguno más que no puede distinguir. Se deciden por uno de los vagones, ya que al menos tienen un aseo incorporado. El recepcionista les explica que hay duchas más grandes, e incluso bañeras, pero que están al aire libre y son comunitarias. Todo muy extraño y a la vez pintoresco. A Parker parece darle todo igual mientras la pequeña cosita que tienen entre los brazos siga tranquila dormitando. A Ryuu aún no se le ha pasado el enfado. Nunca ha tenido mucho trato con los animales, pero sabe que hay que cuidarlos y que conllevan muchos sacrificios y no necesita más problemas en su vida.

El tipo de la recepción hace algunos comentarios sobre el magnífico coche que conducen y el *yakuza* se evade durante un rato charlando sobre el modelo y su conducción. Mientras tanto, Parker trastea por la tienda de *souvenir*/supermercado metiendo en una cesta algo de ropa, comida, bebida y lo que cree que necesita para el pequeño gatito. No le queda efectivo y decide usar la tarjeta. Se supone que ya no están en peligro y no supondrá un problema.

Caminan hacia el vagón de color azul cielo cargados y deseando asearse y descansar durante un rato. Las horas de coche, el extenuante calor y la arena los mantienen pegajosos. El espacio es reducido, pero suficiente. Tiene un pequeño saloncito, una cocina sucinta, una cama de matrimonio y un aseo con una ducha en la que solo cabe uno de los hombres y con dificultad. Esparcen las compras entre la cocina y el saloncito mientras dejan al pequeño gatito en uno de los bancos que hace las veces de sofá.

Ryuu observa al animal como si fuera un monstruo, apenas se atreve a acercarse a él.

—Entonces, esa cosa, ¿es un chico o una chica?

—Es una chica. No me digas que no es bonita —afirma sonriendo.

El animal lo mira como si entendiera que está hablando con ella y la sonrisa de Parker se ensancha aún más. Le gusta ver esa luz en su rostro, después de todo el minino no puede ser algo malo si produce esa reacción en él, ¿verdad? La pequeña es atigrada, en tonos que van del negro al blanco pasando por un montón de grises, y con unos bonitos ojos amarillos. Es una cosa muy pequeña que no debe tener más de cuatro semanas.

—¿Te duchas tú primero? Me gustaría darle de comer a… No tiene nombre, ¿se te ocurre alguno?

—A mí no me metas en tus mierdas, ese bicho es tuyo, así que tú se lo pones. —Se adentra en el baño malhumorado. Lo que le hacía falta, sentirse responsable de otra vida más.

Parker le murmura a la pequeña gatita que su otro padre es un cascarrabias, pero que sabe que en el fondo la quiere. Ya se lo demostrará. Abre una lata de comida para gatos y se la coloca en el suelo, al lado de un recipiente con agua. La gatita alentada por el olor se anima a comer con voracidad. Mientras el médico hace una camita con algunos cojines y con una caja de cartón que ha pedido en el supermercado improvisa un arenero que llena de tierra del exterior. Conforme con el resultado se sienta a pensar posibles nombres que puedan ir con ella.

Lleva unos minutos pensando sin llegar a ninguna conclusión y nervioso porque escucha el agua de la ducha correr y le encantaría estar encerrado en ese minúsculo espacio con Ryuu, aunque duda que esté de humor tras la adopción del felino.

—Necesitaba esta ducha —suspira el *yakuza* saliendo por la puerta de madera con tan solo una toalla enrollada en la cintura—. ¿Ya tienes un nombre?

—No, no tengo mucha imaginación para eso —consigue articular tras reponerse del impacto visual de ver el torso de su compañero. Nunca se acostumbrará a su belleza tan masculina—. ¿Cómo se dice gato en japones?

—Neko —dice temiendo lo peor.

—Me gusta. Ryuu, te presento a Neko. —Pone los ojos en blanco resignado. Esto es demasiado para él.

CAPÍTULO 41. Los echo de menos

Parker se mete en el pequeño habitáculo para darse una merecida ducha. El espacio no es demasiado amplio, pero se ve limpio y el olor a gel de baño que ha dejado Ryuu antes lo emociona. No quiere tener muchas expectativas respecto a cómo va a terminar la noche, aunque le encantaría que fuera con el cálido cuerpo del *yakuza* junto al suyo. Sonríe como un bobo al recordar la discusión que han tenido en la carretera por Neko. Es un animalillo supergracioso y está seguro de que al final Ryuu y ella se llevarán bien, o eso espera. Nunca antes ha tenido animales. Sus padres decían que era demasiada responsabilidad y que lo ensuciaban todo. Qué argumento más estúpido cuando pagaron a otros para que cuidaran a sus hijos. Intenta relajarse debajo del chorro de agua caliente y eliminar todos los pensamientos negativos que lo asaltan cuando piensa en sus padres, y trata de centrarse en el presente que está justo al otro lado de la puerta.

—¿Qué pasa, cosa enana? —le susurra Ryuu a Neko. El gatito lo mira y da tres vacilantes pasitos hacia sus pies a los que intenta cazar con las zarpas.

Ryuu lo observa sin saber qué hacer exactamente con él. Una ligera sonrisa acude a sus labios y aparta el flequillo de su cara en un gesto nervioso. Nunca ha tenido algo tan pequeño entre sus grandes manos. No sabe si va a poder manejarlo o si podría hacerle daño. En un arrebato de valentía lo agarra con cuidado con las dos manos y lo lleva a su regazo. Es una cosita pequeña, suave y blandita que ronronea cuando le pasa el dedo por la cabeza. No esperaba tanta aceptación tan pronto. Envalentonado por la reacción del felino lo acomoda mejor contra su pecho y se recuesta en la pared relajando la postura. El animal se queda dormido al momento con el calor de su cuerpo y él no deja de maravillarse de lo rápido que se han hecho amigos. Ahora no se atreve a moverse para no despertarla; y lo peor es que Parker va a salir del baño, lo va a pillar y va a tener pitorreo para el resto de la noche. Pff.

Se escucha la puerta del aseo y un tremendo Parker sale por la puerta con el torso colorado por el calor del agua y una enorme sonrisa. Ha debido disfrutar bastante del momento. Cuando sus ojos se fijan en la estampa que tiene delante no se lo puede creer.

—No hagas ningún comentario —ataca preventivamente Ryuu —. Yo no lo decidí, ella lo hizo por mí.

—Estáis monísimos, para una foto. Ohh. —Parker está a punto de derretirse con lo que ve. Un sentimiento abrumador le repta por el estómago hasta llegar a su corazón donde parece que se instala.

—No puedo moverme o la despertaré y me gustaría que durmiera un poquito más. Parece que está cansada —dice sin dejar de mirar a Neko y pasando su dedo por la cabeza con suavidad.

—No te preocupes. Yo me encargo de la cena. Sigue disfrutando de tu gato.

—No. No. Ni de coña. Este bicho es tuyo, yo solo lo estoy sosteniendo por un ratito.

—Ver para creer: Un temible *yakuza* ha sido tumbado por una gatita de unas semanas. Lo veo mañana en los periódicos. —Ryuu se queda muy serio analizando las palabras y piensa que realmente ya lo ha tumbado otro gatito con anterioridad; y no tiene ni idea de lo en el suelo que se siente cuando está con él. Está literalmente a sus pies. Aprieta la mano libre con fuerza maldiciendo su mala suerte y el haber encontrado a una persona interesante cuando no puede acercarse a ella.

Parker no ha apreciado el gesto porque se ha vuelto a preparar la ensalada que han comprado y a servir la cena tal y como se ha ofrecido. No le lleva más de diez minutos tenerlo todo listo. Antes de sentarse a la mesa recoge la ropa de ambos y la lleva a una lavadora que está colocada en el exterior. Con el calor que hace si la tiende hoy estará seca mañana por la mañana, así que ambos van a tener que quedarse tan solo con las toallas. No hay nada que no se hayan visto antes, aunque Parker se siente algo expuesto y tímido.

En silencio prepara la mesa y, antes de sacar dos cervezas del

frigorífico, retira con mimo a Neko del pecho de Ryuu no sin antes rozar levemente la piel de la zona viendo como su tacto lo hace estremecer. Un aleteo en su corazón lo desestabiliza. Intentando serenarse deja al animal en su cama improvisada. Está tan cansada que ni siquiera se mueve. Le da una pequeña caricia antes de sentarse a la mesa.

Los primeros minutos comen en silencio, pero Parker tiene curiosidad por saber qué le pasó en la cueva. Es una información que cree que es relevante para conocer mejor a su amigo, sí, su amigo, así lo considera a pesar de lo alejados que están sus mundos. Le da un nuevo trago a la cerveza y, mirando fijamente a Ryuu, le hace la pregunta.

—Me dijiste en la cueva que me ibas a contar el porqué de esa reacción. ¿Te apetece ahora? —Intenta tener todo el tacto del mundo, no quiere que se enfade y que les joda la que puede ser la última noche juntos.

Ryuu lo mira durante unos segundos hasta que finalmente aparta sus oscuros ojos, echa su flequillo hacia atrás y se reclina sobre el sofá.

—Nunca me va a apetecer contar esa historia, pero te dije que lo haría. —Traga saliva. Está nervioso. Esto de abrir su corazón de par en par no es lo suyo. Cierra los ojos para poder expresarse mejor, evitar la pena que sabe que notará en los ojos de su compañero y, sobre todo, para ocultar la posible humedad que anegue los suyos. Respira profundamente y su mente vuela lejos—. Déjame contarla entera y ya luego opinas si… quieres.

Tenía unos doce años cuando mataron a mis padres. Fue una experiencia tremendamente horrible. Lo más duro que me ha tocado vivir en toda mi vida, y mira que mi vida no ha sido ni mucho menos gentil.

Yo sabía que había líos en mi familia. No era un completo imbécil ajeno a los tejemanejes, aunque no era consciente de hasta qué punto la situación estaba mal. Algunos días, cuando estaba en mi habitación y mis padres pensaban que dormía, los escuchaba discutir sobre mi abuelo y cómo se sabía que estaba metido en negocios turbios. Por aquel entonces

yo no tenía ninguna relación con él y era un tema que ni me iba ni me venía. Bastante tenía ya con comprender mi pequeño mundo y sentirme aceptado por él. Estaba inmerso en un periodo de cambios y, en mi egoísmo, los temas de los mayores no me llamaban la atención.

Mis padres me habían dado permiso para pasar la noche fuera de casa y estaba exultante porque era la primera vez que me permitían algo así. Mi madre me hizo la mochila con una enorme sonrisa en los labios y me dio un beso gigante en la frente, ganándose mi enfado porque yo ya no era un crío para que me diera esas muestras de cariño. Con tremenda ternura me pidió que me portara bien y que fuera responsable. Yo salí corriendo porque iba a llegar tarde y ni siquiera miré atrás. ¡Cómo me arrepiento de ese momento! De no haberla abrazado fuerte y memorizar su olor, su tacto, su amor. Esa fue la última vez que la vi con vida.

Mi padre fue el encargado de acercarme en coche hasta la casa de mi amigo Ichiro. Él era mi compañero desde la guardería y sus padres y mi abuelo eran muy amigos y, aunque quedábamos muy a menudo para hacer trabajos de clase, jamás había dormido fuera de casa. En el trayecto mi padre estuvo todo el tiempo dándome la chapa con que me portara bien, que no hiciera tal cosa, que no hiciera tal otra, que fuera agradecido… Me dio una charla tremenda de la que apenas recuerdo nada. Solo sé que cuando salí del coche estaba muy enfadado porque pensaba que él no confiaba en mí. Me despedí de malos modos y di un portazo. Otro momento estelar por el que me odiaré toda la vida.

El domingo por la tarde, después de haber pasado un fin de semana increíble, llegó la hora de volver. Había estado viendo pelis y jugando a videojuegos. Mis padres apenas me dejaban hacer esas cosas, eran muy estrictos, aunque sé que me querían con locura, pensaban que eran actividades que no fomentaban mi desarrollo. La madre de Ichiro fue la encargada de devolverme a mi hogar. Estaba en una nube, borracho de libertad. Llamé a la puerta, pero nadie me respondió. Me pareció raro porque se suponía que me estaban esperando, sin embargo, yo estaba en mi burbuja y ni siquiera me preocupé. Abrí con la llave que sabía que estaba escondida debajo de la segunda maceta de la entrada.

Al entrar lo primero que me tendría que haber llamado la atención

fue el silencio. Un silencio inusual y opresor. Las luces estaban apagadas y caminé seguro hacia la cocina, donde suponía que debía estar mi madre parloteando sobre lo bien que me lo había pasado, pero allí no había nadie. Le hablaba a la nada. Decidí ir a ver si mi padre estaba en su oficina con el mismo resultado. Iba encendiendo las luces a mi paso porque estaba oscureciendo y casi no podía ver nada. La puerta del sótano estaba entreabierta. Nunca lo estaba. Mi padre decía que no debía bajar allí porque las escaleras eran peligrosas y podría hacerme daño, además, el interruptor de la luz estaba abajo y tenía que hacer un tramo casi sin visibilidad y eso me acojonaba, pero al no encontrarlos pensé que podrían estar haciendo algo allí.

Me armé de valor y bajé con cuidado, sopesando donde ponía el pie y tanteando con mis manos las paredes buscando un punto de apoyo. A medida que bajaba la oscuridad se hacía más espesa. Olía a humedad y a otro olor que saturó mi nariz, era algo metálico. Mi mano tembló antes de encender la luz, como si no debiera hacerlo o como si intuyera que lo que iba a ver no me iba a gustar.

Fue un horror. La habitación estaba completamente revuelta y destrozada. Las paredes con marcas de salpicaduras y manos rojas. Los objetos volcados y trozos de materiales que no identifiqué esparcidos por todos lados. Caminé un poco más horrorizado por lo que estaba viendo. Cuando bordeé la columna lo que encontré me pareció dantesco.

A la primera que vi fue a mi madre. Estaba tirada en el suelo en una postura imposible. Tenía los ojos abiertos y el rictus de su cara era de agonía. Hubiera preferido recordar su rostro en una bonita mañana de domingo, cuando venía a despertarme a mi cama con un beso y un abrazo o cuando era más pequeño y nos íbamos al parque a jugar, pero no, eso ya no lo vería más. Ese cuerpo no era mi madre, no podía serlo. Parecía que la habían golpeado por todas partes y estaba irreconocible. Su piel blanca estaba embadurnada de un líquido rojo que parecía su propia sangre. Lo era. Otro charco se acumulaba entre sus piernas y supe que le habían hecho de todo.

Aún conmocionado por la estampa, giré el rostro hacia lo que había pegado a la columna, subí mi mirada por unas piernas que

permanecían atadas a una desvencijada silla, parecía que se hubiera quedado dormido así, atado y desnudo sobre esa silla vieja que casi no podía aguantar su peso. Si no fuera por el aspecto de su cuerpo parecería que disfrutaba de un rato de relax. También deseé haber disfrutado más de él, de sus consejos y de su fuerza. Poder ver partidos y chinchar a mamá cuando salíamos a un restaurante y ella preguntaba si estaba bonita.

Me quedé quieto, solo mirándolos. Repasándolos una y otra vez sin terminar de creer lo que tenía ante mis ojos. No sé en qué momento comencé a temblar. Sentí un frío tremendo y las imágenes de mis últimos segundos con ellos llegaron a mi mente. La dulzura de mi madre al besarme, la pelea con mi padre justo antes de verlo con vida la última vez. Me abracé fuerte con los brazos y comprendí que me había quedado solo.

Todo lo que vino después fue un caos enorme. En algún momento tuve el valor de moverme y llamar a la policía y de ahí todo se convirtió en una nebulosa que aún hoy no puedo poner en pie. Los echo de menos.

CAPÍTULO 42. Canción de despedida

—Por eso no me gustan mucho los espacios cerrados. Me recuerdan demasiado el sótano de mi antigua casa —la voz le sale entrecortada y vacilante.

La crudeza de lo que acaba de contar sorprende a Parker, que no tiene ni idea de cómo comportarse. Ryuu se muestra entero a pesar de que no han parado de resbalar lágrimas de sus ojos. Aunque ha transcurrido bastante tiempo sigue afectándole y no es para menos. Una experiencia de ese calibre dudo que pueda olvidarse en la vida. Cuando el *yakuza* abre los ojos busca directamente los grises de su amigo intentando hallar allí pena, pero lo que aprecia es amor. Un sentimiento puro y limpio. Permanecen estudiándose durante segundos, minutos quizá, hasta que Parker se decide a levantar sus manos y borrar las huellas del rostro de su compañero. Un gesto sencillo y tierno que no esperaba. Se deja limpiar con tranquilidad, bullendo por dentro porque se decida a ir más allá y continuar con esta historia que ambos desean y que a la vez temen.

Las manos siguen viajando por el rostro del *yakuza* repasando los contornos, volviéndose más osadas y exploradoras. Pasa la yema por los labios contorneándolos, por la fuerte mandíbula y bajan por el cuello hasta las clavículas. Se muerde la boca con deseo queriendo recorrer toda esa piel con la lengua. La timidez se vuelve osadía cuando repara en la oscuridad de los ojos de Ryuu, que tiene las pupilas dilatadas y respira de forma entrecortada. No hay ni una muestra de que hasta hace dos segundos estuviera llorando.

Envalentonado por la reacción de Ryuu, y no queriendo desaprovechar la que posiblemente sea la última oportunidad de estar juntos, Parker se monta a horcajadas sobre el duro cuerpo y rodea su cuello con los brazos. El otro no tarda en reaccionar y antes de que se dé cuenta está devorando su boca y sus manos amasan sus glúteos, moviendo sus caderas sobre la dura erección que aparece bajo la toalla.

Arranca un baile sensual cuya única música son los suspiros, las respiraciones entrecortadas y los gruñidos. Los dos están totalmente duros y más que preparados para seguir con este juego y llevarlo a sus últimas consecuencias. Parker necesita más contacto, no es suficiente sentir solo el caliente y ancho pecho del *yakuza* y, con dificultad, consigue retirar su propia toalla dejándola caer al suelo. No siendo suficiente, desata la de su amante dejándola abierta sobre el sofá. Sus erecciones se tocan y el beso se recrudece.

Una de las manos de Ryuu se cuela entre los cuerpos para agarrar las dos pollas masturbándolas. La otra se desplaza entre sus glúteos y encuentra su orificio, que tienta y estimula llevándolo casi al orgasmo. Interrumpe el beso incapaz de respirar de forma fluida por la estimulación. Echa su cuerpo hacia atrás y estudia a su compañero de juegos agradeciendo su buena suerte.

—Eres precioso —susurra encendido sin dejar de mover sus manos.

—Necesito más, Ryuu —es la respuesta.

—Los preservativos y el lubricante están en la bolsa, pero no quiero moverme —articula entre jadeos.

—Yo estoy sano. Me hicieron un examen antes de entrar a trabajar y no me he acostado con nadie desde entonces.

—Cuando me obligaste a hacerme el examen médico —puntualiza lanzándole una pulla y mordiendo su labio inferior—. Pedí que me hicieran análisis específicos y los resultados me llegaron justo antes de deshacerme del móvil, también estoy limpio —argumenta atacando ahora uno de sus rosados pezones jugando con su lengua y tentándolo.

—Hazlo. No puedo más.

—¿Estás seguro?

No obtiene más respuesta que Parker escupiendo sobre su mano antes de deslizarla por su verga, que ya está lubricada por el líquido que ambos han generado por las caricias anteriores. Levanta las caderas ayudado por Ryuu y dirige la erección hasta donde la

quiere. Con cuidado y despacio la va metiendo en su interior, suspirando entrecortadamente. Al principio siente una leve incomodidad, pero está tan excitado que no le importa, sabe que lo que viene después suplirá con creces cualquier sensación que tenga ahora. El *yakuza* aprieta los dientes con fuerza, conteniendo el impulso de empujar en el pequeño cuerpo y empalarlo hasta el fondo. Cuando consigue introducirse completo cierra los ojos y exhala con brusquedad.

—Es la primera vez que lo hago sin nada. Joder. No sé cuánto voy a durar. Estás muy estrecho. Qué gusto, mierda.

—Fóllame, Ryuu —susurra sobre sus labios, bailando sobre su regazo.

Es difícil definir qué ocurre en ese momento. Es como si hubiera dado el pistoletazo de salida de una carrera. Ryuu levanta las caderas con fuerza, elevando el menudo cuerpo de Parker y saliendo y entrando de él a una velocidad endiablada. El médico se agarra a sus hombros para intentar estabilizar los envites y a duras penas puede seguirle el ritmo. El cuerpo de Ryuu está regado de sudor que hace brillar sus músculos y definirlos aún más. Les es difícil concentrarse en este punto, porque ambos son un amasijo de sensaciones y se encuentran en un punto de no retorno.

—No voy a durar mucho. Lo siento, pero esto es demasiado bueno —le cuesta trabajo hablar y respirar al mismo tiempo debido al esfuerzo que está realizando para embestir a Parker sin descanso.

—Yo creo que me voy a correr sin tocarme.

Ryuu desliza la mirada hacia el miembro de Parker que está palpitando y totalmente congestionado. Como si hubiera recordado que está ahí le pide que se masturbe y el médico, sumiso, lo complace. Unas cuantas embestidas después el *yakuza* estalla sin remedio y la cara de gozo y la sensación de la explosión de semen en su interior hacen que también se corra Parker. Ryuu lo rodea con sus fuertes brazos y lo atrae hacia su pecho posesivamente gruñendo contra su cuello. Se quedan quietos solo agitados por el trote de sus corazones y el vaivén de sus respiraciones que intentan encontrar un ritmo más

calmado.

—Joder. Me vas a matar, gatito. —Parker sonríe en su cuello.

No quieren moverse. El médico está muy a gusto sobre el pecho de Ryuu, notándolo aún en su interior, pero están pegajosos y tiene que encargarse de cosas más mundanas como tender la ropa. Con cuidado se separa del abrazo y lo besa entregando su alma en ello. No se atreve a expresar lo que le hace sentir porque no tiene claro que un tipo como Ryuu pueda corresponderle, además, hace poco tiempo que se conocen, sería una locura exponerse de esa manera. Lo va a pasar fatal cuando lo pierda, pero esto que está viviendo ya no puede quitárselo nadie.

Ryuu es reticente a soltarlo. No quiere dejarlo marchar. Él nunca ha sido propenso a las muestras de cariño, pero con Parker le sale natural. Siente que es correcto. La necesidad de protegerlo y amarlo es tan potente que casi lo asusta. Le da miedo volver a perder a sus seres queridos, pero en este momento no se cambiaría por nadie. Que un tipo como él tenga la suerte de que un hombre como Parker se entregue tan honestamente es algo que jamás podrá olvidar, y si las circunstancias fueran otras lucharía por lo que está sintiendo e incluso imaginaría un futuro juntos. Pero esas no son sus cartas y, aunque le toque sufrir, tiene que dejarlo ir. No puede arriesgarse a ponerlo en peligro de nuevo. No. Bajo ningún concepto.

Parker se detiene un momento a observar a Neko, que sigue durmiendo plácidamente en su cojín, y Ryuu le toma la delantera entrando en el baño a asearse.

—Métete en la cama —le dice con una ligera caricia en el torso cuando sale del aseo—. Yo tiendo la ropa y recojo esto, ahora mismo voy contigo.

Parker está cansado y no discute. Pasa por el baño antes de acurrucarse en la cama y permitirse durante unos segundos soñar despierto. Siente un peso en la cama y luego el olor de Ryuu. Se acurruca contra él y es recompensando con un beso.

—Gracias por confiar en mí —dice Parker deslizando sus dedos por el pecho de su compañero.

—Gracias a ti por escucharme y no cambiar tu manera de mirarme.

—Es imposible que te mire de otra manera. —Ambos sonríen cómplices—. Me gustaría preguntarte… —Parker se ruboriza y detiene la mano que pasea por el torso del *yakuza* incorporándose para estudiar sus expresiones—. ¿Nunca has sido el pasivo?

Ryuu eleva una de sus cejas reprimiendo una carcajada. Vaya, el gatito quiere convertirse en tigre, eso lo divierte.

—No, nunca he estado al otro extremo. Nadie me lo ha propuesto, asumiendo erróneamente que no estaba dispuesto. Me hace gracia que tú, precisamente, seas el que me haga esa pregunta.

—Era una tontería. Es evidente que no te sientes atraído por esa idea —recula azorado.

—Eh, Parker, estoy abierto a todo. No te digo que vaya a pasar hoy, pero contigo estaría dispuesto a experimentar cualquier situación que se nos ponga por delante. —Lo agarra por las axilas y lo sube encima de su cuerpo como si no pesara nada—. Quizá un día te deje jugar con mi agujero. —Sonríe socarrón. Parker le devuelve la sonrisa y niega por lo chulo que puede llegar a ser a veces.

Se quedan en esa posición durante un rato más, sin hablar, solo sintiendo el corazón del otro. Relajados.

—¿Qué va a pasar cuando volvamos a Los Ángeles? —pregunta cauto Parker.

—Imagino que cada uno volverá a sus vidas y, me temo, que voy a tener que mudarme de casa si quiero mantenerme alejado de ti —contesta resignado Ryuu.

—No quiero que te mudes. Me gustaría seguir explorando lo que tenemos. —No tiene ni idea de dónde le sale el coraje para esa afirmación, pero la siente totalmente correcta.

Ryuu no responde al principio. Se queda muy quieto valorando las palabras.

—Parker, si las circunstancias fueran otras estaría encantado. Que digo encantando, estaría feliz de escuchar esas palabras, pero

sabes como yo que el asunto es mucho más complicado. No puede haber un nosotros cuando mis *actividades* te ponen en peligro. —Ambos saben que esas palabras son ciertas, pero demasiado dolorosas.

—Lo sé, pero… ¿por qué no lo dejas? ¿Nunca te lo has planteado? —tantea.

—Claro que lo he hecho, pero no es algo que pueda hacer en este momento. Hay mucho en juego y no puedo prometerte que salga bien o que en un tiempo sea seguro intentarlo. —Ryuu se retuerce algo incómodo, retira la mano que envolvía a Parker y se tapa los ojos con el antebrazo—. No puedo contarte ciertas cuestiones que me gustaría, pero no puedo huir ahora. Me he comprometido y tengo que cumplir mi palabra. Ya sabes, soy un samurái. —Le dedica una media sonrisa triste.

—No lo entiendo, Ryuu. Después de lo que le ha pasado a tu familia sigues ahí como si les debieras algo.

—No vayas por ese camino. No es el correcto, Parker. Dejemos el tema, por favor. Las cosas están como están y ni tú ni yo podemos cambiarlas. Solo puedo darte esta noche. Aunque me pese, es lo que tenemos. ¿Quieres seguir discutiendo conmigo o prefieres que la aprovechemos? —corta tajante haciéndolo girar sobre el colchón y colocándose encima de él.

—Quiero todo lo que puedas darme.

Esa frase es lo que necesitan para que la pasión vuelva a desbordarlos y se conviertan en un solo ser. Pero esta vez no es solo sexo, hay algo más en el ambiente que ambos perciben y de lo que los dos son muy conscientes. Lo hacen lento, queriéndose en cada caricia, en cada beso, en cada embestida. Es una canción de despedida.

CAPÍTULO 43. Necesito ayuda

No han dormido mucho, tenían mejores cosas que hacer como meterse mano a cada momento y Neko no ha parado de maullar. Todo está como en una nebulosa fruto del cansancio. Por desgracia el tiempo de ser perezosos recorriendo el cuerpo del otro ya ha pasado, pareciera que ambos están retrasando el momento de volver a la realidad.

Tienen un largo camino de vuelta y de disfrutar del otro. Parker no pierde la esperanza de poder convencerlo de que sigan manteniendo una relación más estrecha, a pesar de los riesgos. Anoche se dijeron muchas cosas y algunas lo suficientemente interesantes como para que se vislumbre un posible futuro juntos.

Parker se levanta con bastante pesar recibiendo un cachete cariñoso del *yakuza*. Entre risas recoge la ropa del tendedero. Le pone un poco de comida a Neko y va a recepción a pagar la noche. Tras despedirse del recepcionista vuelve al vagón para terminar de espabilar a Ryuu y ponerse en marcha, quien sabe, quizá les dé tiempo a uno rapidito.

Cuando llega al vagón el *yakuza* está despierto y lo mira con deseo. A este ritmo se va a quedar en los huesos, pero no le importa, le gustan las ganas y el deseo que despierta siempre en él. No se queda atrás porque es suficiente ver su mirada para que se le ponga dura y quiera sentirlo en su interior. Esta vez Ryuu no es gentil. Lo agarra por la cintura con fuerza acercándolo a la cama. Lo tumba sobre el colchón y deslizándose por su cuerpo mete la erección de Parker en su boca. La devora como si estuviera hambriento y ese fuera su desayuno.

El médico se deja hacer, encantado de tantas atenciones, y disfruta de sentir el calor de sus labios. Temiendo acabar antes de tiempo lo retira con cuidado y lo empuja hacia atrás, tumbándolo en la cama y deslizando su cuerpo sobre el duro de Ryuu. Pretende devolverle el favor. El *yakuza* suspira y agarra las sábanas con fuerza conteniendo el placer, pero no quiere que su última vez sea una

mamada. Se incorpora sorprendiendo a Parker. Lo gira con facilidad colocándolo a cuatro patas, escupe en su trasero y sin miramientos se introduce en él. El médico se arquea del gusto y bombea hacia atrás, instándolo a que continúe siendo rudo. Está dolorido, pero no piensa pararlo.

Es un polvo rápido que los deja a los dos fulminados en unos minutos. Saciados, se estiran sobre la cama besándose y acariciándose a pesar del cansancio y el aturdimiento del orgasmo.

—Deberíamos ponernos en marcha, pero no me apetece una mierda.

—A mí tampoco —contesta Parker, molesto porque esto termine.

—Aunque, pensándolo bien, creo que vamos a tener que hacer noche a mitad de camino. Dudo que nos dé tiempo a llegar a Los Ángeles hoy. —Sonríen cómplices y asienten llegando a un acuerdo tácito.

—Me ducho en un segundo y nos ponemos en marcha. —Parker se incorpora bajo la hambrienta mirada de Ryuu y desparece en el habitáculo dejando al *yakuza* tirado sobre la cama sin ningún pudor y con una sonrisa bobalicona. No tiene ni idea de cómo va a ser capaz de separarse de él. Pero ni puta idea.

Cuando Parker sale duchado y hermoso con la ropa limpia y una mirada de enamorado que no puede disimular Ryuu sigue en la misma posición. Le entran unas enormes ganas de volver a repetir lo que ha sucedido hace un momento, pero no debe. Tienen que volver a la carretera y la perspectiva de que habrá una noche más le calienta el corazón y alimenta sus esperanzas. Tiene que salir de allí para recuperarse un poco o si no soltará por la boca lo que tiene tan claro en su cabeza; y dada la situación quizá no sea lo que Ryuu necesite escuchar. Nunca ha sido un hombre arrojado ni que exteriorice sus sentimientos, pero con el *yakuza* le sale solo. Le hace querer ser mejor.

—Mientras te duchas voy a ir a por un par de bebidas para desayunar, ¿vale? —Ryuu asiente y se pone de pie, robándole un beso antes de que se marche.

—Eres lo mejor que me ha pasado desde hace mucho tiempo — la afirmación rotunda y sin ambages de Ryuu le hace sonreír y su cerebro cortocircuita.

Parker camina por el complejo en su mundo repasando sus labios con la punta de sus dedos mientras sonríe. Está totalmente acabado porque se ha enamorado de él.

Un coche se aproxima a su posición a una velocidad demasiado elevada. Le hace pensar que la gente es muy imprudente. Restándole importancia sigue por su camino, ajeno a lo que se le viene encima.

El vehículo derrapa justo ante él y sin mediar palabras dos tipos se bajan del coche. Uno se pega a su espalda y le tapa la boca con fuerza mientras rodea su cintura con los brazos elevándolo del suelo. Parker intenta morder la mano que lo amordaza y se retuerce para liberarse. El otro le agarra las piernas evitando sus patadas. Son mucho más fuertes que él y el esfuerzo parece inútil, pero no va a dejar de intentarlo. Forcejean duramente hasta que el médico ve un resquicio y consigue clavarle las uñas al que lo tiene asido por la cintura. Deja de hacer tanta presión sobre su cuerpo y aprovecha para usar el pecho del hombre como palanca y tirar fuerte de las piernas. El segundo no se espera el movimiento y lo suelta quedando durante unos segundos casi libre. Puede conseguirlo. Si logra salir corriendo alertará a alguien y estará a salvo. Siente, más que verlo, un puñetazo en la mandíbula que lo deja aturdido. Aprovechan el momento para acercarlo al coche y tirarlo en el maletero sin ningún cuidado. Está perdido.

Ryuu sale de la ducha y le sorprende no encontrar a Parker allí. Piensa que quizá se haya liado comprando algo más para el gato. Sonríe por lo tierno que es. Ha pasado más de un cuarto de hora y sigue sin volver. Comienza a preocuparse. Sale del vagón, cerrando bien la puerta para que Neko no salga, y se aventura a buscarlo. No lo encuentra ni en la recepción ni en la tienda y nadie parece haberlo visto. Es como si se hubiera esfumado de la faz de la tierra. Una sensación incómoda lo hace estremecer, pero eso es imposible. Hiroshi le aseguró que todo estaba bien.

Sigue examinando la zona por si alguien hubiera visto algo. Hay marcas de ruedas y tierra removida a su alrededor, repasa lo que le rodea. Ve a un señor sentado en una butaca en la puerta de una caravana. Se acerca a él con cuidado y le pregunta sin andarse con rodeos. El hombre le dice que hace como veinte minutos vino un coche a mucha velocidad. Se bajaron dos hombres de malas formas y se llevaron a otro. Ryuu maldice en voz alta asustándolo. Tiene unas enormes ganas de darle de hostias por no haberlo ayudado. Lo interroga más a fondo por si recordase el modelo del coche, la matrícula o cualquier otra pista, pero el hombre está tan acojonado que no vuelve a abrir la boca. Frustrado, mesa sus cabellos y pasea de un lado a otro gestionando la rabia y la impotencia que bulle en su organismo. Se ordena serenarse. Joder. Como le hagan algo no va a quedar ni uno de los agresores con vida. Eso es una promesa.

Corre hasta el vagón, mete las escasas pertenencias en la mochila y, con cariño, levanta a Neko del suelo. ¿Qué coño va a hacer ahora con el gato? Sin pensárselo demasiado se monta en el Impala y se adentra en el sendero esperando encontrar alguna pista. Se le ocurre llamar a su amigo por si la situación ha cambiado en Los Ángeles.

—Hiroshi. Necesito ayuda.

CAPÍTULO 44. Caos

Se siente aturdido y le duele la mandíbula. Abre los ojos despacio con miedo a lo que pueda encontrarse. No puede ver nada. Todo a su alrededor está oscuro. Un olor a cerrado, recalentado y gasolina lo asfixia. Recuerda por un momento el forcejeo y la ansiedad por no poder deshacerse de los hombres ni poner a alguien sobre aviso. La magnitud de los pensamientos sobre lo que pueda ocurrirle lo hacen temblar como una hoja. Siente el traqueteo del vehículo y los baches de la carretera. Tiene entumecidas las articulaciones y la postura encogida le tira de la espalda. Por suerte nadie lo ha amordazado ni atado. Unas lágrimas salen de sus ojos y con impotencia comienza a gritar. Pero parece que nadie puede oírlo. Frustrado y con la garganta en carne viva deja de hacerlo. No sabe si tendrá la fuerza y la determinación suficientes como para aprovechar algún despiste de sus captores y huir de ellos, pero se siente motivado.

Un tiempo indeterminado después, no sabría decir cuánto porque cada segundo ahí dentro le parece días, el coche comienza a disminuir la velocidad. El portazo al cerrar las puertas del vehículo manda un cambio de presión a su ubicación que lo hace saltar y ponerse en alerta. Escucha voces de varios hombres que hablan en un idioma que no comprende. Abren el maletero al completo y, sin pensarlo, echa las piernas hacia adelante esperando poder hacer fuerza con ellas y sorprenderlos. Al primero de los hombres lo desestabiliza lanzándolo hacia atrás. El segundo de ellos ya está prevenido y le propina una sucesión de golpes que van desde su estómago hasta su cara. Uno tras otro van impactando contra su cuerpo que como un saco de boxeo los acepta todos sin oponer resistencia. Su plan de fuga ha sido un fracaso, está perdido, es su último pensamiento antes de desmayarse.

Cuando vuelve a despertarse se encuentra tirado en el suelo de una pequeña y fría habitación carente de objetos. Tiene las manos atadas a los pies y le han puesto una mordaza en la boca que le

molesta como el infierno. Siente la cara ardiendo, supone que a causa de los golpes. Las muñecas y los tobillos le queman por la fricción de la cuerda y las costillas las nota magulladas. La postura no ayuda en nada a mitigar el dolor. Se acurruca como puede en posición fetal a la espera de que alguien tenga a bien informarle sobre lo que está pasando y que arroje algo de luz. Se suponía que estaba todo bien y que ya no había peligro; esto no se lo vio venir. Solloza sobre el trapo que le tapa la boca haciendo que su saliva lo empape y resbale por su mejilla hasta formar un charquito en el suelo. Lo cierto es que le da lo mismo. Solo quiere dormir y olvidar esta pesadilla.

*****

Ryuu camina enloquecido por la estación de servicio donde ha decidido parar. No sabe qué hacer. Hiroshi no ha sabido decirle qué ha podido pasar ni quién lo está buscando. No tienen ninguna pista que seguir y se está desesperando. Le aseguró que lo iba a mantener a salvo y no ha sido así. Echa su flequillo hacia atrás y golpea sus sienes por la rabia. ¿Cómo ha podido despistarse tanto como para que se lo llevaran? ¿Qué coño va a hacer como le pase algo? No, eso no va a suceder. Todo habrá sido un error y lo encontrará sano y salvo. Como le ocurra algo no tiene ni idea de cómo lo va a gestionar. Matará a todos aquellos que le hagan daño. No concibe la vida sin Parker. No. Bajo ningún concepto va a permitirlo. Su cerebro es un caos y así no ayuda a nadie. Tiene que centrarse y sacar la frialdad que lo caracteriza para actuar con cabeza y no con el corazón. Si no lo consigue ambos están perdidos. Hace varias inhalaciones profundas y suelta el aire con lentitud, ralentizando el ritmo de su alocado corazón.



No puede permanecer quieto ahí, esperando que llegue una llamada diciendo que lo ha perdido para siempre. Eso no

entra en sus planes. La idea era que viviera una vida plena y tranquilo lejos de los peligros. Que pudiera morir de viejo y él lo cuidaría desde lejos, ayudándolo con cualquier eventualidad. Frustrado se introduce en el Impala y acelera quemando rueda y haciendo un tremendo ruido. Tiene que volver a Los Ángeles, en ese lugar alejado de la mano de Dios no puede hacer nada, en la ciudad contará con sus hombres y con alguna ayuda extra que es su as en la manga. Se hace una ligera idea de quién ha podido llevárselo y tiene que hablar con los jefes para que le den explicaciones sobre saltarse la tregua que habían pactado. Hará arder toda la maldita Chinatown para encontrarlo. TODA.

La información que ha ido recibiendo en estas horas ha sido muy confusa. Primero que se había usado la tarjeta de Parker Blair en un camping a las afueras de Marfa, luego su informante le aseguró que al médico se lo habían llevado las Tríadas y que no se sabía el paradero. Buster no sabe cuál atender en primer lugar, bueno, sí que sabe qué tiene que hacer primero.

Camina con paso decidido hacia el coche que está aparcado a unas pocas millas. Ella piensa que ha sido muy discreta y que nadie se ha percatado de su presencia. No tiene ni idea. Sabe que lo está siguiendo desde que dejaron la estación de servicio. Incluso ha tenido la desfachatez de dormir en el mismo hotel que él. Va a tener que explicarle unas cuantas cosas sobre cómo comportarse como una espía. Una aficionada no puede competir con la pericia de un profesional como él.

Chantal intenta ocultar su cuerpo dentro del vehículo porque sabe que ha sido pillada. Quizá ir con el coche de su hermano no haya sido su mejor idea, pero es que no había más posibilidades y tuvo que idear el plan en unos segundos. Suspira resignada. La cara de Buster aparece en su ventanilla y le da un toque con los nudillos llamando su atención. Ella la baja de la forma más digna posible.

—Buenos días —lo saluda con una sonrisa de niña buena.

—Buenos días. ¿Piensas perseguirme por todo el país? —

pregunta alzando una ceja.

—No, casualmente se me ocurrió hacer turismo.

—Déjate de tonterías. ¿Vas a ser una chica buena y vas a volver a casa? —Hace un último intento para que entre en razón.

—No puedo, es mi hermano y necesito saber que está bien.

—Te comprendo, pero debes dejar a los profesionales. No puedo estar cuidando de ti también. Haré mi trabajo mejor si no tengo que preocuparme por poner tu bonito trasero a salvo.

—No seas borde. Tengo muchas habilidades que te pueden venir bien, además, en caso de que haya que lidiar con mi hermano yo puedo hacerlo entrar en razón. Él siempre me escucha —argumenta intentando convencerlo. Necesita estar ahí cuando lo encuentren.

—Baja del coche y llama al seguro para que se lleven el Camaro de vuelta a Los Ángeles.

—¿Eso quiere decir que voy a ser tu compañera? —Da saltitos emocionada.

—Tampoco te pases. —Levanta una ceja por el extraño bailecito que está haciendo en medio de la calle—. Tenemos que ponernos en marcha. Hay una pista y necesito corroborarla, pero… escúchame bien. Puede que lo que averigüemos no te guste. Tienes que estar preparada para afrontar lo que venga.

—¿Es algo malo? ¿Le ha pasado algo a Parker? ¿Está herido? —Chantal no para de parlotear haciendo preguntas para las que Buster no tiene respuesta. Esto es una muy mala idea. ¿Cómo puede tropezar dos veces con la misma piedra?

En el viaje al *camping* no le da tregua. Es imposible rebajar la energía de esta mujer. Le hace gracia, pero a la vez le preocupa que esta historia salga con alguien herido o algo peor y ella tenga que vivirlo en primera persona. Eso es difícil de asimilar para cualquiera y para Chantal mucho más. Se nota que está tremendamente unida a su hermano y no le agradaría verla sufrir.

Cuando llegan a su destino pregunta a los empleados conteniendo a duras penas el ímpetu de Chantal. Nadie parece saber

nada, lo que sí confirman es que otro hombre asiático ha hecho las mismas preguntas que él hace apenas una hora. Eso lo pone alerta sobre que la segunda parte de la historia sea cierta. Si es así no debe estar muy lejos. Llama a la central y pide que revisen las cámaras de trafico de la zona y que lo hagan con identificación facial. Eso les llevará un tiempo, pero merecerá la pena si, como cree, pueden encontrar una matrícula a la que seguir la pista.

CAPITULO 45. La cárcel

Restriega sus ojos con las manos. Ryuu está muy cansado. Desde que perdió a Parker y habló con Hiroshi no ha dejado de conducir en una loca carrera por llegar cuanto antes a Los Ángeles. Tiene los músculos de los brazos y la espalda agarrotados. El culo se le ha quedado dormido, ya que solo ha parado para mear, repostar y conseguir alimento para Neko. El animal no tiene la culpa de que él esté de los nervios. Si lo piensa bien es lo único que ahora mismo lo ancla al momento y ha hecho que no estalle como una bomba arrasando con todo lo que encuentre a su alrededor. Le quedan aún unas cuantas horas de viaje, pero la incertidumbre sobre lo que puedan estar haciéndole a Parker lo está matando. No quiere que sufra de ninguna de las maneras y su mente no deja de recrear escenarios imposibles con finales que le parten el alma.

Es una locura que siga conduciendo en ese estado, al final va a tener un accidente. Decide parar un momento para ir al baño, refrescarse la cara y tomar un café. También siente la tremenda necesidad de abrazar un ratito a Neko. Y pensar que no quería que Parker se lo quedara y ahora es la única conexión que tiene con él. Baja la ventanilla del auto lo justo para que esté ventilado y se marcha a hacer lo que tiene que hacer. Su cabeza gira y gira sobre el mismo tema y lo estúpido que ha sido al bajar la guardia. No se lo va a perdonar jamás.

Entra en el baño de la pequeña área de servicio y tras hacer sus necesidades se asea un poco, porque tanto coche y el calor empiezan a hacer que huela bastante mal. Termina echando una buena cantidad de agua sobre su rostro. Se mira en el espejo. Tiene unas ojeras muy marcadas. Sus ojos reflejan la agonía que siente su alma. Hasta hace unas horas estaba disfrutando de los orgasmos más potentes de su vida y acurrucaba entre sus brazos el cuerpo cálido del hombre más maravillo y tierno que ha conocido…

Ha cometido un error de principiantes imperdonable. Cuando

vuelva a ver a Parker le va a dar todos los besos que le debe. No le importan las consecuencias, lo va a mandar todo a la mierda y confesarle lo que empieza a sentir por él. A la mierda sus obligaciones, sus compromisos y la venganza. Sus padres comprenderían que lo que siente por Parker está por encima de cualquier ajuste de cuentas. Eleva una plegaria al cielo pidiéndoles permiso y perdón por no poder cumplir la promesa que les hizo.

Su mente divaga hasta esos momentos en los que pagó con creces los errores que había cometido fruto del dolor. No quiere volver a ser esa persona y no quiere caer en viejos vicios.

Tras la muerte de mi abuelo comencé a frecuentar malas compañías. Fue algo progresivo. A pesar de sus enseñanzas y de haberme criado bajo las premisas del bushido *parece que todo aquello quedó en un segundo plano cuando me quedé solo. Con diecinueve años y con más dinero del que podía gastar en dos vidas me sentí vacío, pero no solo por no tener a gente a mi alrededor. Estaba solo en el sentido estricto de la palabra. No tenía a nadie que me quisiera, nadie podía abrazarme cuando me sentía perdido. Nadie podía escuchar mis planes de futuro, ni mis anhelos, nadie podía ayudarme a salir del hoyo en el que me encontraba. La segunda mujer de mi abuelo fue, quizá, la única con la que encontré un poco de consuelo, pero no era suficiente, al menos no en ese momento.*

Ya llevaba un tiempo manteniendo una relación esporádica con Arizona, una de las chicas de los clubs de mi abuelo, a la que solía elegir para tener sexo y con quien perdí la virginidad, sin embargo, a partir de la pérdida esos encuentros se producían a todas horas. La chica hacía lo que podía para calmarme, pero tampoco era suficiente. Me refugié en el alcohol y las drogas y las fiestas eran continuas. Los chicos del barrio me retaban a hacer cosas estúpidas y yo las aceptaba a cambio de un poco de adrenalina que me hiciera sentirme vivo, porque me sentía muerto por dentro. Tres muertes para un muchacho eran demasiado. No era capaz de racionalizar mi dolor.

Mi abuelo ya me había ido introduciendo en la Yakuza y, aunque no estaba establecida como tal, había un pequeño grupo de japoneses que

comenzaban a organizarse. Al quedarme solo me arrimé a ellos buscando un extraño sentido de pertenencia. Aceptaba todos los trabajos que me mandaban. No me importaba el riesgo. No tenía nada que perder. En uno de ellos me ordenaron entrar en la casa de un tipo que al parecer tenía algo que les pertenecía. La cuestión era entrar y llevarnos una espada que había pertenecido al clan y que él había adquirido y sacado de Japón de forma ilegal. El trabajo no lo iba a hacer solo, iba con Ichiro. Su padre, ahora el Oyabun de Kobe tras derrocar a mi abuelo, lo había mandado a Los Ángeles para que comenzara a introducirse en el mercado.

Asaltar la casa fue sencillo. Tenía medidas de seguridad, pero nada que no pudiéramos burlar. Para Ichiro aquello era un juego. Se había vuelto un muchacho temerario y arrojado que se creía inmortal. Éramos un equipo muy bien avenido. Habíamos cogido unas pistolas por si teníamos algún problema. Yo pensaba que era algo disuasorio; aunque nunca me dieron miedo, les tenía respeto y no pensaba usarla.

La katana *estaba en una hermosa vitrina de roble. Se veía hermosa ahí. Era una espada magnífica con una funda elaborada con adornos metálicos y la hoja grabada. No me extrañó que la quisieran de vuelta. Las manos de Ichiro fueron más rápidas que su cabeza y al abrir la vitrina y cogerla saltaron las alarmas. Maldecí su torpeza y lo reprendí, pero ya era tarde. Un hombre mayor con el pelo alborotado canoso y vestido tan solo con unos calzoncillos blancos y una camisa abierta apareció en el salón. Nos miró horrorizado. Yo levanté las manos haciéndole ver que no era una amenaza, pero cuando giré el rostro me di cuenta de que mi compañero había desenfundado su arma y lo apuntaba abiertamente.*

El dueño de la casa hizo un gesto con sus manos, parecía que iba a sacar algo del bolsillo. Ichiro no se lo pensó y le disparó dándole en el pecho. El hombre cayó fulminado al suelo. La situación me pareció surrealista. ¡Qué coño había pasado ahí! Me quede unos segundos sin moverme, solo procesando lo ocurrido. Cuando al fin reaccioné corrí hacia él y lo zarandeé intentando insuflarle algo de esa vida que ya no tenía. Estaba muerto.

En un acto de valentía hacia mi clan agarré la pistola de Ichiro y la coloqué entre mis manos. Con gritos impetuosos le ordené que se fuera de

allí. En un primer momento no quiso dejarme solo, pero insistí. No podía permitir que el que se estaba convirtiendo en el jefe de la Yakuza en L.A. cargara con la culpa.

La policía llegó a los pocos minutos y me arrestaron. Contraté a los mejores abogados que me aconsejaron que relatara los hechos como si hubiera sido un accidente y funcionó. Me declararon culpable de allanamiento de morada con homicidio imprudente y me condenaron a cuatro años de cárcel de los que cumplí dos y medio. Mi única visita al principio fue mi abuela, a la que consideraba en cierta forma mi madre. Me hizo darme cuenta de que aún podía contar con ella cuando saliera de ese infierno. Y salí, mi buena conducta y creo que un poco de ayuda convencieron al tribunal.

Mi tiempo entre rejas fue verdaderamente malo, al menos al principio. Era muy joven y todo un regalo para los que ya estaban allí. Mi compañero de celda, el que diseñó mi tatuaje, me ayudó a integrarme. Prefiero no recordar las mierdas que me hicieron antes de tenerlo a él. Intenté centrarme y estuve en tratamiento psiquiátrico. Cuando cometí el delito me quedaban dos años para terminar mis estudios en sociología; carrera que me gustaba y mi abuelo me animó a hacer. Los estudios me centraron en un objetivo y me hicieron comprender parte de mi pasado. Por primera vez en mi vida me planteé un futuro y cómo me gustaría que fuera. Tuve mucho tiempo para pensar en lo que les ocurrió a mis padres y a mi abuelo y ambos tenían un nexo común: las mafias. Tuve una catarsis, comprendí que la culpa de que mi vida estuviera destrozada, además de mía, fue de la Yakuza y de las Tríadas.

Me sorprendieron dos visitas más que nunca hubiera esperado y que marcaron el futuro que ahora estaba viviendo. La primera, mi amigo Ichiro. Estaba agradecido por entregarme por él y me aseguró que cuando saliera tenía un puesto en su organización. Había demostrado una lealtad genuina y merecía una recompensa. Una parte de mí se conmovió por el gesto y otra lo odió con todas sus fuerzas. Estaba tan confundido que le pedí que no volviera a visitarme. Se sorprendió, pero no insistió. La segunda, fue un hombre trajeado que me hizo unas cuantas preguntas sobre aficiones, objetivos vitales y todas esas mierdas que se hacen para analizar a una persona en profundidad. Mis respuestas debieron

satisfacerle porque me dio una tarjeta de visita y me dijo que si estaba interesado en un trabajo cuando saliera de la cárcel, cito textualmente: «Te interesará saber lo que tenemos para ofrecerle a una persona como tú». No supe si tomarme sus palabras como un halago o como un insulto.

Esas dos conversaciones me cambiaron la vida irremediablemente y gracias a ellos me encuentro en esta mierda de lío.

Un señor entra en el aseo, lo mira a través del espejo y Ryuu se da cuenta de que lleva algún tiempo abstraído en sus pensamientos. Sale algo despistado y abrumado por los recuerdos, y va al establecimiento a por el café y la lata para Neko. Por un momento disfruta de la bebida caliente mientras la ve comer y juguetear con cualquier bichillo que viene a visitarla. Sonríe a pesar de que su alma se siente rota.

CAPÍTULO 46. El camino

Vuelve a despertar en el maletero del coche. El traqueteo lo adormece de nuevo. Lo sacan de su cautiverio sin cuidado, haciéndole daño. No tiene fuerzas para luchar ahora mismo y no se resiste, además está atado. Pensaba que su anterior ubicación sería su destino final, pero, al parecer, solo se trataba de un alto en el camino. Tiene la sensación de que ha pasado mucho tiempo desde que lo raptaron. Todo está oscuro, aunque unos leves destellos de luz se ven por el este, así que está amaneciendo. ¿Han podido pasar casi veinticuatro horas?

Sus ojos vagan buscando una referencia que le indique dónde está. Al principio no reconoce nada, pero un edificio llama su atención; es el Wilshire Grand, la torre más alta de Los Ángeles. Que ha vuelto a casa es su último pensamiento antes de dejarse vencer por el cansancio.

Lo despierta una ráfaga de aire de una puerta que se abre. Un hombre asiático entra arrastrando una silla sin ningún cuidado. Se sienta a horcajadas en ella y habla a gritos con alguien que debe estar en la otra habitación en ese idioma que no comprende y parece chino. Por los aspavientos rápidos se le ve enfadado, aunque no tiene ni idea de por qué.

Desde su posición le propina una patada de malos modos en la pierna indicándole con un gesto de cabeza que se incorpore. Repta por el suelo apretando los dientes, porque las costillas le están matando, y ayudado por la pared consigue recostarse levemente. Tampoco es que pueda hacer mucho más.

Debe estar dando una imagen lamentable. Se siente sucio y no tiene ni idea de cuánto tiempo hace desde que bebió o comió algo, aunque eso no tiene pinta de que vaya a cambiar. El tipo lo mira durante unos segundos y le habla en inglés:

—El jefe quiere hablar contigo. —Parker asiente con la cabeza por miedo a que lo golpeen de nuevo.

Otro hombre con mejor aspecto que el anterior se adentra en el pequeño espacio.

—¡¿No te he dicho que lo ates a la silla?! —le espeta nada más ver que no ha hecho las cosas como le ha pedido.

El primero, diligente, le desata las cuerdas y Parker aprovecha para estirar un poco la espalda y frotar sus muñecas, que tienen abrasiones por el roce del material. El matón lo agarra por la axila dándole un fuerte tirón y lo obliga a sentarse con brusquedad. El médico se resiente de los golpes anteriores, pero les da igual. Vuelven a ponerle las cuerdas, pero esta vez lo ata a la silla. Primero las muñecas hacia atrás y luego las piernas. Por un segundo la imagen del padre de Ryuu se le viene a la mente y comienza a temblar. No puede permitirse esos pensamientos ahora. Tiene que aguantar y no venirse abajo. Él no les ha hecho nada. No tienen por qué hacerle más daño si se muestra colaborador.

—Sé que te vas a portar bien. Así que prescindiremos de la mordaza. —Con algo más de delicadeza que el anterior baja la tela que le oprime la boca. Estira la cara haciendo gestos extraños para que sus músculos vuelvan a funcionar correctamente—. Eres más poca cosa de lo que imaginaba. Pensaba que el estúpido de Ryuu se buscaría una putita mejor, pero alguna habilidad tienes que tener para que te proteja.

Su sonrisa ladina le hiela la sangre. Este hombre no es como Ryuu, ni siquiera se le acerca. Sus pensamientos se detienen cuando le posa una mano sobre el cuello y se pega mucho a su rostro examinándolo con detenimiento.

—Me gustan tus ojos. Eso sí que se lo concedo, aunque los veo con poca fuerza, como si fueras una damisela en apuros que está acojonada por ver qué le depara su futuro próximo. —Se ríe a carcajadas como si hubiera sido muy ocurrente. Mete uno de sus dedos dentro de su boca y juguetea tentándolo y buscando su lengua. Parker no quiere concederle nada, ni siquiera su miedo, y lucha contra las reacciones de su cuerpo y su instinto de autoconservación.

El tipo permanece un rato jugueteando de la misma forma.

Tentando. Molestando. Parece que le excita porque el bulto de su pantalón cada vez se hace más grande. Parker traga saliva. No quiere ni pensar en lo que este tipo quiere hacerle.

—Mi nombre es Xen. Tu querido novio me humilló hace un tiempo. El muy estúpido se cree mejor que el resto y yo le voy a demostrar que eso no es así —dice con tono meloso—. Mis hombres son medio estúpidos y no se atrevían a enfrentarse a Ryuu, así que han optado por la presa fácil, es decir, tú. —El tono se vuelve duro. Aparta la mirada de sus ojos para centrar una fría y llena de odio sobre el que lo ha atado a la silla—. Voy a usarte a ti para cazarlo a él. —Vuelve, de nuevo, la mirada hacia él. Unos ojos fríos que parecen que quieren devorarte el alma con una cucharilla. Un escalofrío recorre el cuerpo de Parker. Está ante un depredador y Ryuu es su presa. No va a dejarlo vivir. Lo tiene muy claro. Pase lo que pase no va a dejarlo salir de esta.

Sin previo aviso y sin dejar de invadir su alma con los ojos agarra su polla por encima del pantalón y la estruja con fuerza. Parker deja salir un siseo. Ejerce cada vez más presión y aprieta los dientes intentando no gritar por el dolor. Sus brazos forcejean con las cuerdas y sus piernas se tensan aguantando los calambres. Unas fuertes náuseas reptan por su estómago y consigue controlarlas en el último minuto. Incluso una lágrima se desliza por su rostro.

—¿A la nueva mascotita de Ryuu no le gusta el dolor? Uy, eso es una novedad. Y yo que pensaba que le ponía ser un poco… brusco. Quizá si soy más suave contigo te portes tan bien como con él y me des una alegría. —La mano afloja el agarre y le hace leves caricias por encima de la ropa, que obviamente no consiguen nada porque aún está restituyéndose del apretón de antes—. Pues parece que no vales ni para flojo ni para fuerte. —Chasquea la boca, defraudado.

El hombre parece aburrido y se separa un poco de Parker.

—Te voy a exponer un poco cómo va a ir esto. Vas a colaborar conmigo y le vas a mandar un mensaje cariñoso a tu novio. Vas a quedar con él en un punto que te diré y cuando él venga te libero a ti y me quedo jugando un poquito con él. —Sonríe contento por su plan

de mierda—. Es sencillo. Tú te portas bien y no recibes ningún daño.

—No voy a hacer tal cosa —espeta Parker en apenas un susurro. Siente la garganta seca e irritada de lo que gritó en el maletero.

—Esas palabras no son las correctas. Parece que mi apretón no lo ha dejado lo suficientemente claro —dice disgustado—. Mis hombres te van a golpear un poquito, no mucho, tampoco quiero que te mueras. Muerto no me sirves. Espero que entres en razón. —Hace un gesto con la cabeza al tipo que está a su lado y llama a otro más que no tarda en aparecer por la puerta.

Los dos hombres son de estatura media, pero su complexión parece compacta. Parker se prepara mentalmente para afrontar los golpes. Nunca ha sido fuerte ni valiente, pero tiene que intentarlo por Ryuu. Salvarlo a él es más importante que todo lo que puedan hacerle.

La primera hostia le llega por la izquierda haciendo girar su rostro casi por completo. El dolor es brutal, pero no tan fuerte como la presión en sus pelotas. Obliga a su mente a centrarse y evadirse en otros mundos. La segunda va directa a su estómago y hace que se arquee hacia delante, olvidando que tiene las manos atadas a la espalda y que eso no va a ser posible. Imposible aliviar el dolor. Por unos segundos se queda sin respiración. Abre la boca grande e intenta captar todo el aire que le es posible. Con fuertes bocanadas restituye el flujo del preciado elemento y aprieta los ojos con fuerza dejando que el dolor lo atraviese.

—Vaya, eres más duro de lo que aparentas. Jugad con él un ratito, pero sin matarlo que nos conocemos. —Xen sale de la habitación y Parker siente que está perdido.

Se suceden una miríada de golpes y su mente recurre a los momentos que ha vivido con Ryuu. Recuerda lo atraído que se sintió la primera vez que lo vio desde su balcón. Cómo lo ayudó a curar sus heridas. Recuerda que a pesar de que su cerebro le gritaba que se alejara él solo quería acercarse, casi sonríe por el pensamiento. Cómo por primera vez en su vida experimentó deseo real y sexual por una persona. Rememora el tacto de su piel. Su maravilloso tatuaje, tan

impresionante. Cómo hicieron el amor por primera vez y cómo lo han repetido en todas las ocasiones que han podido. Cómo se ha enamorado de él hasta la médula y cómo ha ido abriéndose y contándole retazos de su vida. Sonríe a pesar de que está siendo un saco de boxeo.

Un pensamiento le llega fuerte. Se trata de una frase que soltó Ryuu cuando le explicaba en qué consistía el *bushido*, ni siquiera recuerda el contexto exacto: «He descubierto que el camino del samurái es la muerte. Cuando llega una crisis, ante el dilema entre la vida y la muerte, es necesario elegir la segunda inmediatamente. No es difícil: basta con armarse de valor y actuar. Algunos dicen que morir sin haber completado la misión de uno equivale a morir en vano… La esencia del *bushido* es prepararse para la muerte, por la mañana y por la tarde, en cada momento del día. Cuando un samurái está siempre listo para morir, domina el Camino»[5]. Por un segundo se siente mejor. Asume que va a morir y deja de sentir dolor a pesar de que siguen golpeándolo.

CAPÍTULO 47. El vídeo

Le duele todo. Absolutamente todo. Menos mal que lo querían con vida. Joder. Lo han golpeado por todas partes. Tiene un corte en el costado derecho y ni siquiera puede abrir los ojos. Seguro que Ryuu no estaría de acuerdo con que se dejara matar a golpes. Sonríe y se le abre una herida de los labios. Lo habría llamado estúpido por no ceder a sus exigencias y hacer la puñetera llamada que quieren que haga, pero no lo va a entregar. En su fuero interno se considera una de las últimas personas con las que puede contar. No, jamás le haría esa jugarreta. Tiene que ser fuerte, más fuerte de lo que ha sido hasta ahora. Tiene la boca pastosa y muchísima sed. Sabe que Ryuu ya habrá notado su ausencia y estará como loco buscándolo. Hallará la manera de dar con él y sorprenderlos sin caer en una trampa preparada. Es un tipo listo. Esa conclusión hace que sus ánimos vuelvan. No duda del *yakuza*, ni por un momento se ha planteado la posibilidad de que no venga a buscarlo.

Su mente vuelve a evadirse intentando encontrar anclajes a la realidad. No puede soportar el dolor que recorre continuamente su cuerpo. Se deja ir en un duermevela más cercano a la inconsciencia que a la realidad.

Sabe que está delirando y que su mente busca consuelo en cualquier cosa que la haga evadirse. De nuevo el *bushido* y sus preceptos regresan a su mente. ¿Qué le ha dado con eso? Sí, sabe lo que le ha dado: un hombre fuerte y guapo, con un pelo y unos ojos negros como la noche al que ama con locura.

Su perturbada mente decide jugar a un juego: descubrir si verdaderamente Ryuu es un samurái. ¿Por qué insiste con lo mismo? Disperso, comienza a vagar por los recuerdos y se va hilando una idea que le martillea constantemente. La justicia la encuentra en cada una de las acciones que ha estado realizando desde que se conocieron. Esa línea entre lo correcto y lo incorrecto a la que él parece aferrarse. El respeto le llega claro cuando le relató lo acontecido con la muchacha

a la que tuvo que torturar, cómo mostró su empatía y el respeto a pesar de considerarla su enemiga. El coraje, ese también lo tiene claro, porque nunca se amedrenta y se repone a todas las adversidades con entereza y fuerzas renovadas. La benevolencia se la demostró cuando le habló sobre sus padres y la relación que mantenía con ellos. Le dio buenas ideas y la comprensión que nunca antes había sentido. Fue honesto cuando le contó lo que le pasó a su familia y a su abuelo y le ha dejado ver en algunos momentos de su relación que su forma de actuar no es casual, que hay algo más detrás que no puede compartir con él. Y la lealtad también la ha visto en su compromiso con sus ideas y con la tarea de cuidar de él porque se siente el causante de la posición en la que lo ha colocado.

Le falta una. Vuelve a contar: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis y … ¿Cuál era la otra? No la recuerda, por más vueltas que le da no la halla. Su cabeza entra en bucle con eso.

—Bueno, putita. No te has mostrado colaborador y mis hombres han tenido que ser creativos. Cosa que me sorprende porque no entra dentro de las cualidades que les atribuía. —Sonríe por su estúpida broma. Parker intenta abrir un poco los ojos para observarlo, aunque en realidad le da igual lo que haga—. Se me ha ocurrido que no hace falta que hables ni nada de eso, con mandarle un vídeo con tu cara tengo suficiente, así que pon tu mejor sonrisa porque eres el actor protagonista.

Dos hombres agarran la silla, ni siquiera se había percatado de que no estaba en posición vertical, y lo enderezan. Se marea por el cambio de posición. Las palabras del tal Xen le han llegado, aunque no demasiado claras. Cree que ha dicho algo de un vídeo. Sus alertas saltan a la desesperada.

—No lo hagas —farfulla casi sin voz.

—¿Qué has dicho?

—Que no lo hagas —repite tragando su propia sangre, duda que le quede saliva.

Una fuerte mano agarra su cuello apretando con fuerza. La cara de Xen aparece como por arte de magia ante su rostro más

amenazante que antes.

—¿No te ha quedado claro aún quién está al mando? —escupe sobre su rostro. Sin poder evitarlo comienza a reírse atragantándose en el proceso. La mano aprieta más fuerte si cabe.

—Jefe, lo va a matar —advierte uno de los tipos.

—Joder, es que me saca de quicio. ¿Por qué nunca se muestran colaboradores? Mira que es una tarea bastante sencilla. —Suelta su cuello y se aleja unos pasos. Parker tose para restaurar el flujo de aire que le había cortado—. Está bien. Vayamos al lío que no tengo todo el día—. Su humor parece haber girado de nuevo. Este tío está fatal.

Saca un teléfono móvil del bolsillo trasero de su pantalón y lo coloca mirando a Parker.

—Sonríe, así no vas a salir nada favorecido. —Parker intenta abrir más los ojos consiguiéndolo a medias—. Mejor, mucho mejor. Cámara y acción.

—Hola, Ryuu. Creo que tengo algo que tú quieres —dice haciendo zoom con el aparato—. Como ves ha habido algún problema con él, pero sigue respirando, ¿verdad que sí? —Parker no abre la boca en un pequeño acto de rebeldía.

El tipo se acerca a él y le da una guantada con la mano abierta. Un escupitajo de sangre sale despedido hacia el lateral.

—Te he dicho que hables.

—Ryuu, no vengas. Es una trampa. No me da miedo la muerte…

No puede seguir hablando porque la mordaza que estaba colgando de su cuello vuelve a cubrir su boca. Resignado cierra los ojos y se deja vencer por el agotamiento. Tampoco hubiera podido hacer mucho más porque Xen ha salido de la habitación dejándolo atrás.

—Como has comprobado sigue vivo y … rebelde, pero no sé sí podré pasarle esta afrenta. Si no te das prisa quizá no llegues a tiempo. —Se pone muy serio de repente—. Te quiero a las once de la noche en el restaurante La casa de Fang. No quiero sorpresas o él lo

pagará. —Vuelve a apuntarle con la cámara y corta la grabación.

—Ha salido mejor de lo que pensaba. —Se ríe por su propia proeza—. Vamos, no hay tiempo que perder. Tenemos que preparar la zona y hablar con el señor Yi Zheng y con Zhan Xiang. Esto es un golpe de efecto que nadie se espera. Con esto tendrán que tenerme en cuenta sí o sí… —Sigue hablando solo mientras sube las escaleras al piso de arriba, donde están amordazados la señora Fang y su camarero. Eligió el restaurante porque esa mujer también merece una lección por tratar con tan poco respeto a su jefe. Así matará a dos pájaros de un tiro.

Una vez arriba envía el vídeo a su destinatario y vuelve a sonreír de forma maliciosa.

CAPÍTULO 48. Toda acción tiene una reacción

Ryuu llega a Los Ángeles muy cansado y furioso. Tiene la adrenalina a mil y es una persona peligrosa en estos momentos. Muy peligrosa. Su primera parada es en su apartamento, quiere recuperar su móvil de repuesto y la SIM clonada. Sube las escaleras, no está para esperar el ascensor, con sus escasas pertenencias y la pequeña Neko entre sus brazos. El corazón le late deprisa y su mente le juega una mala pasada al imaginar que encontrará a Parker abriéndole la puerta con su precioso rostro de pijo sin comprender el porqué de su urgencia.

Llega a su planta y entra en su apartamento. Tira la mochila sobre el sofá y abre la caja fuerte con nerviosismo. Le resulta complicado porque no quiere soltar a Neko. Tras el tercer intento lo consigue. Saca el móvil de repuesto y el clon de la tarjeta. La introduce con prisas y lo enciende antes de meterlo en su bolsillo.

—Tranquila, Neko, seguro que lo localizaremos pronto y nos reiremos de lo asustados que estamos —le susurra a la gata, que juguetea con la manta que la envuelve, mientras sale con prisas de su casa.

Un ruido en el apartamento de Parker lo sobresalta. Camina hacia allí y toca el timbre. Ahora no escucha nada, cambia el peso de su cuerpo de una pierna a otra, impaciente. Vuelve a tocar y da varios golpes en la puerta desesperado.

Ahora sí, vuelve a escuchar ruidos al otro lado. Respira entrecortadamente por la anticipación y las ganas de estampar un beso en los labios de su idiota amante ¿por qué quien si no estaría iba a allí?

La puerta se abre y una chica rubia de ojos grises abre azorada. Se queda mirándolo sin saber bien cómo reaccionar. Parece que esperaba a otra persona.

—¡Tú eres el que se llevó a mi hermano! —espeta abalanzándose contra él—. ¿Dónde está? ¿Qué has hecho con él? —Golpea el pecho de Ryuu frustrada y llena de ira.

Ryuu le permite desahogarse puesto que él haría lo mismo. Cuando parece que se ha tranquilizado la separa de su cuerpo agarrándola con delicadeza por las muñecas.

—Calma, así no lo ayudamos.

—Habla. ¿Dónde está Parker?

—¿Puedo pasar? Tenía la esperanza de encontrarlo aquí. —Algo en los ojos de Ryuu la hace recular y le permite el acceso. Los ojos del *yakuza* recorren la estancia recordando los escasos momentos que vivieron allí. Cómo le gustaría cambiar el pasado y nunca haberlo conocido.

Se sientan en el sofá lo más alejado que pueden uno del otro y Ryuu le cuenta la historia ahorrándose solo los detalles que no debe conocer, al menos por ahora o hasta que no lo hable con Parker. Ese pensamiento lo sorprende porque lo considera su pareja y en su mente se ha abierto la posibilidad de que exista un futuro entre ellos. Resopla frustrado.

—A ti te gusta mi hermano —enfatiza Chantal riéndose y dando pequeños saltitos sobre el sofá. Esta chica tiene unos cambios de humor muy extraños.

—Sí. Como ves, todo lo que he hecho ha sido intentando ponerlo a salvo. —Siente una vibración en su móvil, pero lo descarta porque no ha parado de vibrar desde que lo encendió.

—Pero… ¿Entonces no tienes ninguna pista? —Los ojos de Chantal empiezan a llenarse de lágrimas.

—No, pero eso cambiará pronto. Necesito que me hagas un favor.

Ryuu le pide a la hermana de Parker que se quede con la gata y la cuide por su hermano hasta que vuelva con ella. La chica asiente acogiendo entre sus brazos a la pequeña bola de pelo. El *yakuza* sabe que el animalito va a ayudarla a gestionar la falta de noticias como lo

ha hecho con él.

—Ryuu. Creo que deberías llamar a la policía —tantea la chica.

—La policía está comprada. No podemos confiar en ellos. No voy a involucrar a nadie más hasta que no vea que Parker está a salvo. Confía en mí. Lo traeré de vuelta. —Chantal no tienen ni idea de por qué, pero sabe que cumplirá su promesa, aunque le cueste le vida.

—Tengo el móvil de un agente que puede ayudarnos. He estado con él recogiendo el Camaro y buscándoos. —Le tiende una tarjeta con el número de móvil del Agente Buster Hoover. Ryuu tuerce el gesto.

—¿Habéis ido a por el coche? —pregunta sorprendido.

—Sí, mi hermano me dejó un mensaje. —Ryuu sonríe, el gatito le ha dado las vueltas.

—Conserva la tarjeta. Sé cómo contactar con él. —Le regala una sonrisa torcida—. Tengo que irme. ¿Estarás bien?

—Sí, no te preocupes, pero, por favor, no me dejes al margen. —Ryuu asiente—. Y… trae a mi hermano, por favor.

—Lo haré —responde solemne.

La primera impresión que ha tenido de la chica no ha sido muy buena, pero ha ido cambiando a medida que se ha calmado y ha comenzado a escuchar su versión. Le ha caído muy bien y ve en ella una aliada para el futuro de Parker.

Cuando deja el apartamento del médico llama a Ichiro para decirle que va a su ático. Le pide que llame también a Hiroshi para poder hablar con los dos a la vez. El *Oyabun* le dice que eso va a ser imposible porque le han quitado el móvil o lo ha perdido, el caso es que no lo tiene, pero que no se preocupe porque tenían una cita planeada y llegará en cualquier momento.

Camina distraído con paso enérgico mientras revisa las notificaciones. Ha estado unos días incomunicado y estas se agolpan en la pantalla. La mayoría son de acontecimientos pasados que en nada le interesan. Se detiene bruscamente cuando ve que tiene un mensaje con un archivo adjunto de Hiroshi. Eso es imposible si ha

perdido el móvil. Le da muy mala espina. Siente en su pecho que no le va a gustar lo que va a encontrar. Intentando serenarse se recuesta sobre la pared de un edificio y carga el mensaje. El corazón se le va a salir del pecho mientras se abre.

La imagen de Parker con la cara destrozada, lleno de sangre y visiblemente perjudicado lo hace jadear. ¡Mierda! ¡Mierda! Espera por el bien de todos que siga vivo o arrasará con todo lo que encuentre a su paso, amigos o enemigos. Está tan ensimismado intentando asimilar lo que ven sus ojos que no repara en que pueda tener audio. Eleva el volumen y lo vuelve a visionar, aunque eso le haga daño, y esta vez sí escucha lo que se dice.

Un tipo cuya cara recuerda vagamente de otro sitio, pero no pone en pie de dónde, lo cita a las once de la noche en un conocido restaurante de su territorio. Maldice una y mil veces. Lo va a estrangular con sus propias manos. Corre hacia el ático rebosante de rabia e impotencia. No puede permitir que lo maten. A él no. Otra vez no.

Cuando su jefe y su amigo lo ven aparecer saben que algo muy malo ha debido suceder. Ryuu es imperturbable incluso en las situaciones más peliagudas y ahora se encuentra alterado y fuera de sí. Todo su cuerpo está en tensión y sus ojos son dos pozos sin fondo. Destila venganza por cada poro de su cuerpo. Tal es así que Hiroshi le tiende una copa de bourbon porque no sabe cómo encararlo.

Ryuu les tiende el móvil con la reproducción del vídeo. Ninguno comprende las imágenes que visualizan, puesto que ninguno conoce a Parker, pero saben que debe ser una persona importante para Ryuu.

—Cálmate, Ryuu, y cuéntanos a quién tiene retenido ese tal Xen. No podemos ayudarte así. —Ichiro pone algo de cordura, mientras observa al que fuera su amigo de la infancia. Sabe por lo que ha tenido que pasar desde que era un crío y se compadece de él.

—Él es Parker. —Las palabras se le atascan en la garganta, pero no puede darle menos que el sitio que le corresponde—. Mi pareja. —Esa confesión coge desprevenido a Hiroshi.

—¿Y por qué le han pegado una paliza? Dinos algo más, por favor.

—Estábamos en Texas. Ya sabéis que nos fuimos por las amenazas, pero el día que íbamos a comenzar el viaje de vuelta se lo llevaron.

—Pero, ¿por qué se lo han llevado las Tríadas? Eso no tiene sentido. Tenemos una tregua y sé que Zhan Xiang no la quebrantaría. Es un hombre de palabra. —Ryuu escanea su cerebro intentando encontrar quien ese tal Zhan y, aunque lo siente entumecido por las emociones y por el alcohol, llega a la conclusión de que es la cabeza de las Tríadas que le falta. ¡Será posible que al final haya conseguido identificarlos a todos! No, se reprende, primero es Parker y luego su venganza.

—Voy a llamarlo ahora mismo y que me cuente qué está pasando con sus hombres. Espero que no nos esté declarando la guerra o será su final. —Ichiro se separa de ellos y con el teléfono ya en la oreja habla acelerado con quien sea que esté al otro lado.

—No sabía que tenías pareja —lo tantea Hiroshi.

—Ya ves. Ha surgido así. —Sonríe de forma triste.

—Me sorprendes, Ryuu, pero me alegro por ti. Vamos a recuperarlo, lo sabes, ¿verdad? —le dice buscando sus ojos.

—Eso espero, porque no sé lo que haré si muere. Te juro que no tengo ni idea de cómo voy a reaccionar. —Su amigo lo comprende y estará ahí para él en todo lo que necesite.

No se conocen desde hace mucho, pero tiene claro que lo seguirá donde quiera que vaya. Siempre y sin condiciones.

Ichiro vuelve con ellos y su mirada se mueve de uno a otro. Está serio y aprieta las mandíbulas.

—Zhan no ha ordenado nada. Esto es obra de ese loco.

—¿No reconoces al tipo? —pregunta Hiroshi por si pudiera valer de algo.

Ryuu, con todo el dolor de su corazón, vuelve a darle al reproductor y estudia a Parker. Le hacen gracia sus palabras. El tímido

y apocado médico se ha convertido en un león que saca sus garras ante las adversidades. Su gatito. Se obliga a centrarse. Detiene la imagen en la cara del tipo y el tatuaje, que en un primer momento le pasó desapercibido. En el lateral de su cuello tiene tatuadas varios grupos de rayas con otras que las cruzan. ¡Joder! ¿Cómo no se ha dado cuenta antes?

Su mente asocia la cara del hombre y el extraño tatuaje, se da cuenta de que se trata de Xen, ese al que le dio la paliza en el parque, uno de los secuaces de Zhan. Parece que hiciera siglos de esos acontecimientos, piensa con pesar. Habla con los demás y les explica que está seguro de saber de quién se trata. Ichiro vuelve a llamar a Zhan con la nueva información y este le confirma que Xen era el encargado de seguirlo junto con otro equipo. Es un tipo inestable, aunque eficiente, que lleva muy mal las derrotas y que tenía un ultimátum respecto a esta misión. El *Oyabun* le cuenta dónde tendrá lugar la reunión y el jefe chino se enfada sobremanera ya que, según le ha dicho, el restaurante es toda una institución. Le tiene un especial cariño a la señora Fang, la dueña, y afirma enfadado que si Ryuu no mata al estúpido de Xen lo hará él con sus propias manos. Zhan, como gesto de buena voluntad y dejando claro que no tiene nada que ver con esta locura, les facilita el trabajo y les manda un plano del restaurante en el que pueden verse todas las dependencias.

Ryuu no puede perder tiempo. Se enfrenta a un loco que solo hace esto por ego o por venganza. No son un grupo organizado y eso puede darle alguna ventaja. Junto con los demás se ponen manos a la obra para idear un plan. Se obliga a mantener la cabeza fría porque de ello depende la supervivencia de Parker.

CAPÍTULO 49. Secreto desvelado

Lleva tiritando desde que lo dejaron de nuevo en el suelo de la habitación tras desprenderse de la silla. La camiseta que llevaba pasó a mejor vida y tan solo está cubierto por los pantalones que tampoco tienen muy buen aspecto. Se ha tenido que mear encima porque ya no aguantaba más y no han querido llevarlo a un baño. Se siente sucio. Las heridas le escuecen y algunas palpitan. Sabe que si no las curan pronto van a infectarse y muchas de ellas le dejaran feas cicatrices. No quiere moverse por si se reabriera alguna o alertara a sus captores y volvieran a golpearlo hasta la inconsciencia. Cada vez tiene más claro su final y lo que más lamenta es no haberle confesado a Ryuu lo que siente por él. Un sentimiento que nunca antes había experimentado y que es más fuerte que la ética de su cabeza que le impone alejarse del *yakuza*. Sin embargo, analizando la situación bajo estas nuevas circunstancias, cree que nunca sería capaz de volver a pasar por este calvario y si permanece a su lado no está libre de que vuelva a suceder. Habla como si tuviera posibilidades de sobrevivir. Las lágrimas se deslizan por la pequeña rendija que son sus ojos.

No tiene ni idea de qué hora es y la falta de agua y alimento no ayudan a que su cabeza se mantenga centrada. Se debate entre querer que Ryuu venga a rescatarlo, lo que significaría que le importa, y la de que no venga y aceptar su destino. Le encantaría volver a verlo, aunque sea una vez más, y poder besar sus labios y mirar esos ojos tan oscuros que parecen dos pozos sin fondo; y que vuelva a meterse con él y lo llame «gatito». También se acuerda de su hermana a la que echa de menos y que va a sufrir mucho con todo esto. Si alguien de su familia lo estuviera buscando sin duda sería ella. Sus padres que, en el fondo, lo quieren a su manera y la pequeña Neko de la que ha podido disfrutar muy poquito tiempo. Le hubiera gustado verla crecer y convertirse en una magnífica cazadora. ¡Dios! Cómo le gustaría tener más vida para cambiar e imponerse a los demás y tomar sus propias decisiones sin miedo a defraudarlos. Vuelve a desmayarse agotado y

esperando que llegue su final cuanto antes.

*****

Mientras tanto, los hombres de la Yakuza se reúnen en la azotea de un edificio cercano al restaurante. Quedan unas horas para el encuentro, pero todos están comprometidos y hay mucho que hacer hasta la hora señalada. Han mostrado su respeto al dolor de Ryuu. El único que se sale de la norma es Taro que nada más llegar le ha soltado un comentario malicioso respecto a su sexualidad. Se ha comido una buena hostia por eso. Sabía que, de todos, era el que más problemas daría. Su tío también lo ha callado ordenándole que se guarde sus opiniones personales para sí mismo. Eso casi hace sonreír a Ryuu que ya no sabe qué hacer para mantenerse quieto. Como un animal que anticipa la batalla camina de un lado a otro con el ceño fruncido y repasando mentalmente el plan.

Cuando todos están distraídos aprovecha para apartarse del grupo y hacer la llamada que ha estado posponiendo y que ya no tiene sentido que retenga por más tiempo.

—Buster —saluda.

—Ryuu. —Escucha de vuelta—. Has tardado mucho en contactar. Ya pensaba que habías decidido quedarte con tu gente y no ser fiel a tu palabra —lo pica mordaz. Nunca se han llevado bien, aunque debieran.

—No estoy de humor. Sabes que estoy con vosotros. Nunca podría ser de otra manera. —Sus palabras salen roncas y llenas de determinación y hacen que Buster rebaje el tono, porque en todo este lío siempre ha sido él el que se lo ha jugado todo.

Cuando el Ryuu adolescente, por fin, salió de la cárcel tuvo que enfrentarse a la disyuntiva de llamar a su amigo de la infancia y entrar en la Yakuza o a ese extraño hombre enchaquetado que le proponía una salida alternativa, pero antes de todo, se debía a sí mismo y a su familia el tatuaje que con tanto mimo había pedido que le dibujara a

su compañero de celda. Era un tipo enorme, callado y que realmente daba miedo. Estaba acusado de asesinar a su familia al completo. Reconoció el crimen y su pena era la perpetua. Jamás volvería a gozar de libertad. Ryuu no estaba allí para juzgarlo, ya lo habían hecho otros, y el hombre había aceptado su castigo con dignidad. Le ayudó en muchas situaciones embarazosas y tenía demasiado que agradecerle. Para hacer pasar las horas muertas solía hacer dibujos en las paredes o en un blog de notas que le proporcionaban regularmente. Tenía un verdadero don para el dibujo. Le propuso que diseñara un tatuaje para él y a cambio solo le pidió que le llevara flores a la tumba de su mujer y sus dos hijas. Por supuesto aceptó.

Eso fue lo primero que hizo. El tatuaje le llevó un buen número de sesiones, pero valió la pena. Lo blandía en su espalda como un recordatorio de las viejas tradiciones y del honor. Un altar en su propia piel. Después de eso tenía claro que tenía que hablar con el tipo trajeado y concertaron una cita.

Trabajaba para el FBI. Era un captador. Un agente que intuía el potencial en las personas o le encomendaban que captara a alguien afín a tal o cual misión. Ryuu era el candidato perfecto para una tarea importante que requería de dedicación y total entrega. No le facilitó muchos detalles porque no le correspondía a él. Si aceptaba tendría un entrenamiento y concretarían los detalles. Le dio dos días para pensárselo y apeló a que si lo aceptaba podría vengar a su familia.

Esa afirmación lo dejó desconcertado e intranquilo. No tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo, pero si cabía la posibilidad de acabar con los que le habían causado tanto dolor lo haría.

Al día siguiente aceptó la oferta. Nervioso y anhelante por saber más.

El entrenamiento fue muy duro. Más de lo que había imaginado. Tenía conocimientos previos porque cuando vivió con su abuelo el cuerpo y la mente iban de la mano y tenía que aprender el Camino y a controlar su cuerpo, que era la herramienta de su alma. Aun así, fueron días de agotamiento físico y mental, porque también tenía que aprender sobre protocolos, estudiar posibles situaciones,

desarrollar habilidades como el pensamiento crítico, la resolución de problemas, la comunicación eficaz y la capacidad de trabajar de manera independiente, además de un amplio conocimiento en informática. Era una pasada todo lo que tenía que controlar para que lo consideraran apto. Aunque él contaba con una ventaja muy significativa. No lo querían porque tuviera una capacidad innata o las mejores notas en la carrera, de hecho, no era así y también estaba el hecho de que poseía antecedentes criminales, algo que te descalifica automáticamente. Lo que sí tenía a su favor eran los contactos, la tapadera y la posibilidad. Todo eso contaba más que cualquier examen físico o mental.

Lo sometieron a un estudio exhaustivo para calcular el riesgo de que se volviera en su contra y no encontraron impedimentos. Estaba motivado y cumplía con gran parte de los requisitos. No iba a engrosar las filas de la agencia, pero iba a formar parte como agente especial infiltrado.

Durante todo ese proceso su motivación era máxima. Su adiestrador le mostró pruebas irrefutables sobre quiénes fueron los que atacaron a sus padres, en ese caso se trataba de una facción rival a la de su abuelo que pugnaba por hacerse con el control y llevar a la organización a un nivel más adaptado a los nuevos tiempos, es decir, perder la tradición en pos de la modernidad. Ellos fueron los que los asesinaron para provocar la guerra que luego los hizo migrar a Estados Unidos y, casualmente, el padre de Ichiro era el dirigente. En ese momento lo odió con todas sus fuerzas. Ellos habían atacado a personas ajenas a sus tejemanejes y le habían destrozado la vida.

También le mostraron pruebas sobre los asesinos de su abuelo: las Tríadas. Ellos eran los que mandaban en Chinatown y no estaban dispuestos a que un ex jefe de la Yakuza campara a sus anchas por su territorio y medrara con negocios, técnicamente, legales y siguiera trayendo a miembros afines a su causa. Vieron en su abuelo una potencial amenaza que decidieron atajar de raíz antes de que se convirtiera en un problema real.

Ryuu estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por terminar con

ambas organizaciones y la motivación, la juventud y la falta de objetivos vitales son malas consejeras. Era el candidato perfecto para arriesgar su vida.

Antes de terminar toda su formación tuvo que contactar con Ichiro y comenzar a montar la base de su nueva tapadera. Su supervisor sería Buster y se comunicaría con él a través de un mendigo asentado a la puerta de su casa día y noche. No le arrendaba las ganancias al tipo. Qué trabajo más cruel.

—Si has contactado es que tienes algo serio. ¿No es así? —La voz del agente lo saca de sus recuerdos.

—Sí, tengo la cabeza de las Tríadas y hoy se va a dar una buena conjunción para establecer un operativo.

Le contó lo que había pasado durante estos días: sobre su huida y sobre las noticias que tenía de Parker. Notó al agente afectado por lo que pudiera pasarle al médico. Le desveló, con enorme satisfacción, el último nombre de las cabezas de la Tríada, que, junto con el primero que descubrió tras la primera paliza: Peng Bao, el que consiguió tras el altercado del parque y la posterior conversación: Yi Zheng, ahora, por fin, y gracias a Ichiro, —paradojas de la vida— el último: Zhan Xiang, completando la cúspide de las Tríadas y, con ello, la posibilidad de descabezar y acabar con la organización mafiosa. Podía notar la sonrisa de Buster a través el teléfono.

También le cuenta pormenorizadamente los planes de esa noche y cómo se va a desarrollar la acción. Solo le pide un favor: que en la medida de lo posible respete a Hiroshi. De todo el grupo es el único digno de ser salvado.

Buster tiene muchísimo que organizar para movilizar un operativo tan grande en tan poco tiempo y en tantas ubicaciones diferentes, pero por fin ve la luz al final del túnel. Tiene que reconocerle a Ryuu su gran labor y que, al final, permanezca fiel a su palabra. Lo siente por Parker porque no tiene ni idea de cómo va a salir de esta y, sobre todo, por su hermana a la que le ha cogido un especial cariño.

CAPÍTULO 50. Los amantes

Cerca de las once de la noche todos los hombres de la Yakuza se encuentran apostados en lugares estratégicos bordeando el perímetro de La casa de Fang.

Ryuu se adentra en el restaurante justo a la hora en punto. El interior está iluminado solo por una pequeña luz que proviene de una habitación contigua. La reconoce por el plano. Es una salita que usa la señora Fang cuando no tiene que estar en la cocina. Sabe que en el lateral hay un pasillo con unas escaleras que conducen al sótano, donde hay un almacén y varías habitaciones sin uso. Tres hombres flanquean la puerta y lo cachean concienzudamente, hubiera sido del todo una provocación llevar algún arma. De malas maneras lo empujan hacia el interior. La mente analítica de Ryuu repasa el espacio. En la esquina norte hay una pareja formada por un hombre y una mujer atados y amordazados. Como ha hecho su trabajo sabe que son la dueña, Fang, y su camarero, niega con la cabeza porque Xen no ha respetado ni a su propia gente.

Siguen instándolo a que camine hasta que lo introducen en la salita. Allí, con una sonrisa llena de dientes y unos ojos desquiciados, lo recibe Xen.

—Sabía que había hecho bien secuestrando a tu putita. No sé qué le ves, aunque ha aguantado bien todos los asaltos de mis hombres. Eso me ha sorprendido. Parece tan poquita cosa que pensaba que se nos iba a quedar a las primeras de cambio, pero no ha sido así, aunque su destino será el mismo que el tuyo —relata sin darle importancia y sin dejar de sonreír.

—No tiene por qué ser así. Ya tienes lo que quieres: a mí. Deberías dejarlo marchar. Él no tiene nada que ver con lo que sea que tienes contra mí —negocia Ryuu.

Dos hombres lo custodian a cada lado y lo agarran por los brazos, impidiendo que se acerque a Xen. Podría deshacerse de ellos

con facilidad, pero antes debe saber dónde lo tienen retenido.

—No me vale con solo matarte. Tendrías que haberlo intuido. Con lo listo que te crees y no lo has visto venir. Quiero verte sufrir. Humillarte. Verte derrotado y luego, cuando me quede satisfecho, me pensaré si termino con tu vida.

—¿Se puede saber qué he hecho para que me tengas tanto odio?

—¿Qué has hecho? Lo sabes. Era lo que querías. Me pusiste en evidencia delante de mis hombres y de mi jefe y eso me costó una dura reprimenda y una degradación dentro del clan. Toda mi vida me he esforzado porque vieran el potencial que hay en mí. Estaba casi rozando con la punta de mis dedos el puesto que me merezco y tuviste que meterte en mi camino. Lo tiraste todo por la borda. —Camina de un lado a otro agitando las manos y hablando con ira. Parece que en algún momento del camino se le desconectó el único cable que lo mantenía sujeto a la realidad y ahora lo que estaba mal en su cabeza se desborda salpicándolo todo.

—No puedes hablar en serio. Solo fueron un par de golpes. No te echaron ni te hicieron pagar con tu vida tu afrenta. He hablado con Yi Zheng. —Se está marcando un farol, pero este hombre no va a razonar. Ve cómo los ojos de Xen se iluminan.

—No tendrías que hablar con él. ¿También me lo quieres quitar? —Se vuelve agresivo y su mente enferma hace conexiones imposibles.

—Para nada, solo quería disculparme y decirle que eres mejor que yo. Que aquello fue un golpe de suerte. Si nos volviéramos a enfrentar ganarías sin duda. —A los locos hay que seguirle la corriente, ¿no?

—Mientes. No has hablado con él. Ni siquiera sabías por qué te he estado buscando. Eres un ser rastrero y no voy a dejar que alguien como tú siga fastidiando a hombres de bien como yo.

—¿Quieres una disculpa pública? —Ryuu se traga su orgullo y se pone de rodillas ante el perturbado y bajo la mirada asombrada de

los otros dos. Hará lo que tenga que hacer por cumplir su objetivo.

—Sabía que eras un blando. Voy a grabar un vídeo para que todos vean como el gran Ryuu Aoyama al final es una mierda que se humilla por un culo que no vale dos duros. —Ryuu aprieta los dientes y cierra los puños, aguantando las ganas de darle una paliza al estúpido perturbado que tiene delante; antes tiene que averiguar dónde tienen retenido a su compañero.

—Quiero ver a Parker. Si te vas a quedar conmigo me gustaría despedirme, por favor —suplica porque verdaderamente lo necesita para calmar su mente.

—Me gusta que me pidas las cosas por favor. Te ves tan bien ahí abajo, a mis pies. Me acabas de poner de buen humor. —Su drástico cambio le confirma que este hombre es un perturbado—. Voy a ser benevolente contigo y voy a dejar que lo veas por última vez. Si quieres os puedo dejar un ratito a solas por si te lo quieres follar como despedida, aunque te advierto que no sé si estará en condiciones de hacerte una mamada ni nada de eso. Por suerte el culo no se lo hemos tocado, aunque viendo tu reacción quizá lo haga más tarde.

Ryuu no sabe ni cómo se contiene, de verdad que no sabe de dónde saca la sangre fría. Recuerda las enseñanzas de su abuelo: La cualidad más importante de un buen guerrero consiste en calmar la mente para discernir qué piensa y cómo es el rival al que nos enfrentamos[6]. Lo va a ensartar con un palo de fregona como no calle esta puta boca sucia que tiene. Resopla frustrado y aprieta los puños haciéndose sangre con las uñas. No puede perder el control. Debe aprovechar que se muestra colaborador.

Lo hacen caminar detrás de Xen por un corredor que termina en unas escaleras. Poco sutiles lo obligan a bajar a él primero a punta de pistola. «Todavía no es el momento», se recuerda.

La luz es mortecina y la humedad se vuelve asfixiante. Al final del pasillo hay una puerta que abre uno de los secuaces. Encienden la luz y Ryuu parpadea adaptando sus pupilas a la nueva condición.

Parker despierta de su letargo. No sabe lo que está pasando,

pero sea lo que sea hubiera preferido que no lo molestaran ahora mismo ya que está muy a gusto ahí acurrucado. Xen se acerca a él y le propina una patada en el estómago para que se espabile.

—Arriba, mierdecilla, mira quién ha venido a verte. —La sonrisa de aquel que se ve ganador exaspera a Ryuu, que aprieta los labios y aguanta como puede que maltrate a Parker.

Cuando el médico se gira su aspecto casi lo hace llorar. Permanece impasible, no quiere mostrar más signos de debilidad de los que ya conocen. No juega a su favor saber lo mucho que le importa lo que le pase. Parker repta con dificultad por el suelo. Ni siquiera lo han atado, tan confiados como están de que en esas condiciones no podría dar ni un paso. Cuando consigue enderezar su cuerpo y apoyarlo contra la pared más cercana hace varios intentos por abrir los ojos, los cuales son dos pequeñas rendijas ensangrentadas y a los que debe molestarles enormemente la luz.

—Venga, ya tienes ahí a tu mascota. Despídete que no tenemos toda la noche. Llevo demasiado tiempo aquí. —Xen se retira y deja al descubierto el cuerpo de Ryuu.

Parker se sorprende. Piensa que está alucinando o, peor aún, que ya está muerto y eso debe ser el cielo. La imponente figura del *yakuza* parece descomunal desde su posición en el suelo y su masiva presencia llena el espacio como no lo han hecho ninguno de los otros hombres. Su olor. Ummm. Su olor. Se recrea en él atesorándolo en su alma.

Ryuu lo observa durante esos escasos segundos. No quiere mostrarse vulnerable, pero no puede evitarlo. Se acuclilla y con cariño le agarra las manos. Están ensangrentadas, como casi todo él, y parece que tuviera algún dedo roto.

—No era necesario ensañarse con él. Joder. Lo habéis hecho polvo —susurra conteniendo la rabia.

—¿Y que tendría eso de divertido? —ríe Xen acompañado de los hombres que están en la habitación.

—Parker. Escúchame. Todo va a salir bien. Confía en mí. Estoy

aquí por ti. Siempre lo estaré. —La mirada perdida del médico parece querer centrarse, cuestión que consigue solo en algunos momentos—. ¿Me estás escuchando? —Un leve asentimiento lo deja más tranquilo —. Tienes que aguantar un poco más. ¿Lo harás por mí?

—Sí —contesta con voz rasposa alargando las palabras y tosiendo al final.

—Quiero seguir en tu vida. Me oyes. Aguanta. —Una lágrima solitaria se desliza por sus mejillas terminando de romper a Ryuu. No quiere que sufra más. Está tentado de cogerlo en brazos y salir con él sin importarle nada ni nadie.

Parker inclina su cabeza pidiéndole que se acerque hacía él.

—¿Sabes? —comienza a decirle una vez que está tan cerca que podría besarlo— Eres un verdadero samurái. Al fin lo he comprendido —jadea por el esfuerzo de hablar.

—Por favor, no hables. Ya habrá tiempo. —Parker niega con la cabeza.

—Ya he encontrado el último precepto que me faltaba: el honor. Eres un hombre de honor, siempre me lo has demostrado. —Tose ahogándose—. Eres mi samurái. —Para Ryuu sus palabras no tienen sentido. Piensa que alguno de los golpes o el mismo trauma vivido le está pasando factura. Tose escupiendo algo de sangre y eso preocupa a Ryuu—. Gracias por hacerme sentir. Te quiero, Ryuu.

Con dificultad busca su boca y roza sus labios. Se sienten fríos y rasposos. No son los labios que tanto adora besar y que devoraría sin pensar si no tuviera espectadores.

—No, Parker. Esto no es una despedida. No te despidas de mí porque no lo voy a consentir. Lucha, por favor. Tienes que luchar por mí. Necesito que lo hagas porque yo también te quiero y no concibo una vida sin estar a tu lado. —Con extrema ternura le roza de nuevo los labios. Se estremecen por el contacto y están tan pegados que sus lágrimas se funden unas con otras.

—Pero qué bonito es el amor. Qué escena más enternecedora y a la vez tan triste. Me imagino el argumento de la historia: El dilema

del guerrero. ¿Lo salvas o te salvas a ti mismo? —Estalla en unas carcajadas histriónicas y sobreactuadas que no logran romperles el momento—. Basta. Ya has tenido suficiente. Tú te vienes conmigo y él… Bueno, creo que él se quedará con alguno de mis chicos. Seguro que saben qué hacer con una flor tan delicada.

Los hombres de Xen agarran a Ryuu con fuerza por los hombros y al forcejear con ellos termina sentándose de culo en el suelo. Aprovecha esos escasos momentos para infundirle más ánimos a Parker.

—Te quiero, no lo olvides. Se fuerte por mí. Por nosotros —le suplica incorporándose del suelo y caminando hacia atrás, obligado y entre fuertes sacudidas.

Parker no tiene fuerzas para nada más. Solo observa cómo su espejismo se va desvaneciendo y se vuelve a dejar caer sobre el suelo, convencido de que su cansada mente le acaba de mostrar lo que más anhela.

Ryuu tiene que volver arriba para seguir con el plan. Debe mantenerse frío. Ahora que ha comprobado que está bien y tiene su ubicación es el momento para dar la señal y que comience el espectáculo.

CAPÍTULO 51. El fin

Cuando llega a la planta superior parece respirarse una calma tensa. Xen se pone a dar órdenes frenéticas a sus hombres. Un tipo, que parece ajeno a todo el ajetreo que se está desarrollando a su alrededor, le apunta a la cabeza con un arma. Debe reconocerle que hace bien su trabajo. Una pena que tenga que morir.

Ryuu se coloca en línea con la ventana norte y eleva sus dos manos hacia sus ojos tapándoselos con ellas. Esa es la señal que habían acordado. Todo se precipita a la velocidad del rayo. Un caos. El primer disparo impacta contra uno de los hombres que protegen la puerta que cae al suelo *ipso facto*. El siguiente pasa a escasos centímetros del rostro de Ryuu y este sonríe sin parpadear. Va a matar al hijo de puta de Jun y su mierda de humor. La bala atraviesa la estancia y hace estallar las botellas de detrás de la barra provocando un gran estruendo. El *yakuza* aprovecha la distracción y con un rápido giro de su cuerpo le arrebata la pistola a su custodio. Sin pensárselo ni atender a la mirada de súplica le dispara entre los ojos.

Los hombres de Xen se apostan en las ventanas de la sala del restaurante intentando defenderse y olvidándose de él. La pareja retenida se hace un ovillo ocultándose tras los sofás. Xen, como la rata que es, se atrinchera en la salita donde se reunieron al entrar. Mejor, que siga ahí, porque tienen muchas cuentas que ajustar. Ryuu, con la agilidad de una pantera y viendo que todos a su alrededor están ocupados y no le prestan atención, se desliza a toda velocidad hacia el sótano. Tiene que poner a salvo a Parker.

Baja las escaleras con cautela, aunque con paso firme. Sabe que abajo hay dos hombres más, pero ignora si se han enterado de lo que ocurre arriba. Baja el último escalón en tensión y no ve a ninguno de los matones. Acelera el paso hasta la habitación en la que retienen a Parker y le da una patada a la puerta para crear un punto de distracción. Esta se abre por el impacto y los dos hombres se vuelven raudos, dispuestos a encarar lo que sea que se les viene encima.

Aprovechando la fuerza y el ímpetu que trae, Ryuu cae en plancha sobre uno de los tipos al que deja aturdido. El otro busca su pistola de su cinto desesperado, pero es tan torpe y está tan nervioso que el *yakuza* tiene tiempo para enderezar su cuerpo y realizar dos disparos, con la pistola que le robó al de arriba, impactando, el primero, en el hombro y, el segundo, en el pecho. Mientras lo deja sin capacidad de pelear el que había debajo tumbado en el suelo se pone de pie y lo encara. Le bastan dos directos a la mandíbula para dejarlo K.O. No tiene tiempo para rematar a ninguno. Parker siempre será su prioridad. Mete la pistola en la parte trasera de su pantalón y se acerca con cuidado a su amante.

—Gatito, tenemos que irnos. Es hora de volver a casa. —Con extrema delicadeza lo coge en sus brazos y lo porta como si fuera una pluma. Parker se deja hacer sin oponer ninguna resistencia ni hacer amago de rodearlo con los brazos, pero Ryuu siente su respiración sobre su barbilla—. Esto ya se terminó. Vamos a estar bien. Neko necesita que la cuides. Tienes que verla crecer, también debes buscar tu camino en la vida e imponerte a tu padre. Aún te quedan muchas cosas por hacer y espero que me permitas acompañarte. —Deja un pequeño beso en el apelmazado pelo de Parker y sigue caminando hacia la salida.

Arriba parece que se ha desatado una guerra. El tiroteo se ha recrudecido y se escuchan los impactos en diferentes puntos del restaurante. Ryuu atraviesa el espacio con su preciada carga, esquivando las balas como si su cuerpo intuyera el camino que van a seguir los proyectiles.

El *yakuza* atraviesa la puerta de salida donde lo está esperando Taro, no es el mejor a quien confiarle a Parker, pero tendrá que valer. Lo mira con intensidad con una amenaza velada en sus oscuros ojos. El otro parece captar el mensaje. Lo retira de sus brazos y se escabulle de la escena a paso rápido. Ryuu permanece un segundo más viéndolos marchar, aún no ha acabado, pero su gatito estará a salvo.

Desata a la señora Fang y al camarero que parece que no han recibido ninguna de las balas. Ni siquiera se preocupa de cómo salen

de allí. Se dirige sin tregua a la puerta donde se ha atrincherado Xen. Ese hombre va a pagar muy caro haberse metido con la persona equivocada.

Una patada le basta para hacer saltar la cerradura y abrir la puerta con facilidad. El psicópata lo está esperando cagado de miedo, apuntándole con una pistola a la cabeza. Ryuu levanta las manos señalando que no es una amenaza. Eso crea una distracción. Todo ocurre en una fracción de segundo. Con la derecha, en un movimiento rápido, agarra la mano y el arma, le retuerce del brazo modificando la trayectoria y eliminando la amenaza y le propina varios golpes seguidos contra la cara y la mandíbula. Cuando lo ha dejado medio atontado gira el arma noventa grados hasta arrancársela. Da una zancada hacia atrás dejando un ligero espacio entre los dos y tira el arma a la esquina contraria. Su honor no le permite disparar a un hombre desarmado, además, no lo va a matar de un disparo, ni mucho menos, merece todo el dolor que pueda causarle.

—No vas a escapar de esta. —Sonríe con suficiencia—. Aún no lo sabes, pero ya estás muerto.

Xen se ríe como un desquiciado mientras la sangre brota de su boca.

—Te he ganado. —Vuelve a reír.

—No has ganado una mierda. Solo has conseguido morir de manera indigna. Ni siquiera eso has sabido hacer.

En el exterior apenas se escucha ruido, eso hace suponer a Ryuu que la lucha está próxima a su fin y no puede dejar que esta escoria humana salga con vida. Le ha hecho demasiado daño como para dejarlo marchar. Retoma su sucesión de golpes y el ánimo exaltado de Xen comienza a flaquear. Ya no tiene tan claro que haya salido victorioso.

—Tengo una mano ganadora con la que no contabas. —Sonríe poniéndolo de los nervios.

Xen se precipita sobre la mesa de café. Ryuu dirige su mirada hacia allí y ve un pequeño detonador. No le da tiempo a llegar hasta

él antes que Xen, así que con un ágil movimiento gira su cuerpo en sentido contrario y corre fuera de la habitación. Un fuerte estruendo resuena por las calles de Chinatown y el edificio se desmorona como un castillo de naipes.

CAPÍTULO 52. El hospital

Chantal no se ha movido de los pies de la cama de su hermano desde que la avisaron de lo que había sucedido. Parker no ha despertado aún. El doctor le ha explicado que es normal. Se encontraba al límite de su resistencia cuando lo trajeron. Llegó con una deshidratación extrema que unida a la pérdida de sangre, las heridas y la inanición hacían difícil que su cuerpo sanara por sí mismo, así que decidieron sedarlo. Tuvo que ser operado de urgencia y estuvo a punto de no salir de quirófano. Una costilla había penetrado en el pulmón y el bazo lo tenía destrozado, además de los múltiples cortes y contusiones de diferente consideración. El peor es un feo corte en el costado que ha necesitado puntos y dejará una antiestética cicatriz.

Ya hace una semana que está en el hospital y no paree mejorar. Ella tan solo va a su casa a dar de comer a Neko y a cambiarse ropa. Sus padres también están muy afectados, aunque no han dejado sus vidas para ocuparse de su hijo. Estúpidos.

Buster también hace visitas regulares al hospital para interesarse por el estado del médico y para obligar a Chantal a alimentarse y descansar un poco. El vínculo entre ellos se ha estrechado bastante. Al agente le interesa la chica más allá de un rollo y ese es un sentimiento nuevo del que no está dispuesto a desprenderse. Estará ahí para ella hasta que deje de necesitarlo.

Justo cuando entra por la puerta Chantal se arroja a sus brazos llorando.

—¿Qué pasa, Chantal? Me estas asustando. —Sigue acogiéndola en sus brazos, realmente preocupado porque el desenlace haya sido fatal.

—Los médicos han dicho que está mejor. No hay infección y respira por sí mismo. Le van a quitar la sedación para ver cómo evoluciona. ¡Estoy tan contenta! —Llora sorbiendo por la nariz—. Creía que lo íbamos a perder.

—Oh, me alegro mucho, preciosa. Verás como sale de esta y todo queda en una anécdota.

—Ojalá. He pasado tanto miedo. No sé qué hubiera hecho sin tu apoyo. —Se retira del abrazo y lo mira a los ojos con intensidad.

—Me tendrás aquí para lo que necesites.

—Gracias, de verdad. Muchísimas gracias —dice soltando el cuerpo de Buster para reunirse de nuevo con su hermano al que le agarra la mano. El agente echa de menos la cercanía y maldice por tener tantos escrúpulos y no haber aprovechado el momento.

A mediodía comienzan con el proceso para despertarlo. No esperan que reaccione pronto, pero tienen que ver cuáles son las secuelas reales.

Chantal está muy nerviosa y, a pesar de la insistencia de Buster, no ha querido ir a casa. Él ha sido el encargado de hacerse cargo del gato. Nunca pensó que tanta preparación como agente del FBI terminara fructificando en ser el ama de cría de una gata pequeñaja que lo mira con ojitos acuosos, pero bueno, hay cosas peores.

A las tres de la mañana Parker abre los ojos. No sabe dónde está ni qué ha pasado. Está enchufado a un montón de máquinas y el pitido le está poniendo nervioso. Tiene dolores por todas partes, pero puede abrir los ojos levemente. Nota una mata de pelo sobre su mano izquierda. Mueve los dedos para acariciarlos y la persona dueña de los mismos se retuerce por el gesto.

Un rostro que conoce bien le sonríe con lágrimas en los ojos. Tiene grandes ojeras y parece que ha perdido bastante peso. Intenta hablar para preguntarle, pero tiene una mascarilla colocada en la boca y su garganta se niega a funcionar. Con lentitud eleva la mano que está conectada a los aparatos y la retira del rostro.

—Agua —pronuncia con voz gutural.

Chantal sale a toda prisa de la habitación en busca de un médico. La habitación no tarda en llenarse de batas blancas. Se mueven de un lado a otro revisando los aparatos y hablando entre

ellos, pero ninguno le da el agua que necesita. Agita su mano con toda la vehemencia que le permite su estado hasta que una enfermera repara en él. Se acerca con cautela y le retira la mascarilla para escuchar sus palabras. Repite lo anterior y la mujer le pasa una esponja empapada en agua que le sabe a gloria. Apenas le da para quedarse saciado. Al poco se queda dormido exhausto.

Hace más de un mes que está en el hospital y su progreso ha sido muy favorable. Ya no tiene que estar enganchado a ninguna máquina y todos parecen andar con pies de plomo cuando están cerca de él. Las visitas de su hermana se han espaciado un poco a petición de Parker, no puede permitir que caiga enferma cuando él está bien cuidado allí.

Ha conseguido levantarse de la cama e ir al servicio solo. Parece que es mejor médico que paciente. Le ha preguntado al doctor por sus lesiones y algunas han sido graves, pero se está recuperando bien. Le preocupan sus dedos rotos y que quizá no pueda volver a ejercer como cirujano. Le quedan largas sesiones de rehabilitación, pero está dispuesto a ello. La vida le ha dado una nueva oportunidad. La vida, no. Ryuu le ha dado la oportunidad de vivir la vida como quiera y no esconderse nunca jamás en el caparazón del miedo. ¿Qué puede pasarle? ¿Que lo rapte un loco psicópata del crimen organizado?

Por las noches las pesadillas no paran de acudir y algunas veces necesita pastillas para conciliar el sueño. La cara de Xen está clara en su mente. No le han dado muchas explicaciones sobre lo sucedido. Tampoco ha querido preguntar sobre el paradero del *yakuza* porque teme que las noticias no sean las que le gustarían. No podría afrontarlo. Por ahora, prefiere pensar que está tomándose unas vacaciones en Hawái con Kai y Adrien. Siempre le pone de buen humor imaginar la escena.

Su madre viene algunas mañanas a hacerle compañía, pero no se queda demasiado, siempre tiene alguna reunión o un evento que requiere de su atención. Mejor así, tampoco es que le reconforte su compañía. Respecto a su padre va a visitarlo menos aún y permanece

serio y seco como si fuera un mueble. Solo le hace preguntas escuetas y su rostro no refleja ninguna emoción. Menos mal que tiene a su hermana.

Dos meses después de ser ingresado le dan el alta. No puede, ni quiere, volver a su apartamento y Chantal le propone ir a la mansión hasta que se recupere por completo. Acepta a regañadientes, pero comprende que no puede ser una carga para ella. Bastante ha hecho ya por él.

Se instala en su antigua habitación y es recibido por una pequeña Neko que ya no es tan pequeña. La gata se muestra juguetona y vivaracha. Se ha convertido en su mejor compañía. Se pasa las horas en la cama leyendo o viendo la tele cuando no tiene que ir a rehabilitación o a su psicóloga, Amber. Ella le está ayudando a gestionar lo ocurrido.

Las pesadillas no han disminuido, pero las mantiene a raya. No quiere vivir con miedo. Ya lo ha hecho durante demasiado tiempo. Hoy va a tener la conversación con su hermana que ha estado evitando, ya no puede estar más tiempo sin tener noticias. Necesita avanzar y saber lo que ha pasado de una vez. Se repite en su mente que puede afrontar lo que sea que haya sucedido. «¿Estás seguro?»

CAPÍTULO 53. Que todo fluya

Con paso lento pero decidido, camina hacia el cuarto de su hermana. Ella está sentada en el sofá de la pequeña salita contigua a su habitación. Está hablando por teléfono, imagina que con Buster, desde lo ocurrido se han hecho muy amigos. Se alegra por su hermana, necesitaba a alguien que la estabilizara y la alejara del opresor ambiente de sus padres.

—Chantal, estoy preparado para hablar del tema —lo dice de forma solemne y se sienta sobre el sofá orejero a su lado. Ella se despide de forma escueta y cuelga el teléfono.

—Bien. —La sonrisa que lo había recibido cambia a un gesto adusto y serio. Eso no es nada halagüeño—. Sabes gran parte de la historia porque estabas allí. —Sonríe fruto de los nervios. Es un mal trago para ella, pero no puede postergarlo más—. Se estaba librando una verdadera batalla en el restaurante. La Yakuza atacó con todo lo que tenía para proteger a su hombre. Tu amigo consiguió ponerte a salvo y te llevaron a un hospital con bastante celeridad—. Nota como evita decir su nombre—. Una suerte para todos porque eso te salvó la vida. Unas horas más y no lo hubieras contado.

—Acabo de recordar que habría que devolverle el Impala a Elijah. —Le cuenta someramente la historia a su hermana y le asegura que hará que se lo devuelvan. Parker no tiene ni idea de por qué se le ha venido eso a la cabeza. Quizá porque con ellos se sintió feliz.

Permanece callado después de la petición y su hermana retoma su relato. Él se siente ajeno, como si todo eso lo hubiera vivido otro. No aparta los ojos del rostro de Chantal analizando cualquier pequeño detalle.

—Por lo que me han contado, mientras tú estabas retenido por ese loco —El gesto de su hermana es de asco y él sigue sin reflejar nada—, el FBI, en una operación coordinada por Buster, dio caza a toda la cúpula de las Tríadas. ¿Te lo puedes creer? De un solo plumazo

desarticularon toda la banda. Es algo sin precedentes. Todavía siguen hablando de ello en la televisión. ¿Te he dicho que lo han ascendido? —Su hermana se va por las ramas.

—Me alegro mucho por él. Se lo merece sin duda y me alegro de que no estén en las calles por más tiempo. Sigue, por favor.

—Vale, antes de nada, quiero que sepas que estoy aquí para ti y Amber me ha dicho que puedes llamarla a cualquier hora si no puedes gestionarlo.

—Lo sé. —Refuerza las palabras con un asentimiento de cabeza y se prepara mentalmente para el golpe que sabe que le va a llegar.

—Pues eso, parece que Ryuu después de sacarte del edifico se quedó para ajustar cuentas con el tipo que te retenía.

—Muy típico de él. —Sonríe mostrando un sentimiento por fin.

—No se sabe bien qué pasó allí, pero en algún momento hubo una explosión. —Chantal adelanta su posición y le coge las manos—. Antes de ella la policía ya tenía el perímetro rodeado y detuvieron a los miembros de la Yakuza. Tanto unos como otros están en prisión pendientes de juicio. ¡Una autentica pasada! Nunca en la historia se ha llevado a cabo algo tan grande. Espero que los metan en la cárcel durante una buena temporada.

—¿Y Ryuu? —Es la pregunta más difícil que ha hecho en su vida. Traga saliva, nervioso.

—Él no. Él no sobrevivió. Todo quedó reducido a escombros. —Los ojos acuosos de su hermana le muestran lo difícil que está siendo para ella transmitirle la noticia.

Su hermana se arroja a sus brazos consolándolo, pero lo cierto es que Parker no ha movido ni un músculo por la noticia.

—Gracias, hermanita. Necesitaba conocer la historia —dice depositando un beso en su mejilla.

Se levanta con cuidado y vuelve a su habitación a leer un rato. Su cerebro se niega a admitir lo sucedido. No. Ryuu no puede estar muerto y seguro que cuando pueda moverse con libertad lo encontrará en su apartamento robándole su comida o yendo a correr por el

parque. Sí. Eso es lo más probable, que esté en el parque como tanto le gusta hacer. Sonríe imaginándose cómo comenzó toda la historia y los giros que ha dado su vida hasta ahora. Lo mejor es que no cambiaría ni una coma. Ha merecido la pena la aventura por conocer a Ryuu y estar con él y, sobre todo, por el futuro que les espera juntos.

Buster y Chantal no saben qué hacer para que reaccione. Parker está convencido de que va a volver a ver a Ryuu y eso es algo que no va a suceder en esta vida. Su psicóloga insiste en que está bien por ahora, que hay que darle espacio y esperar. Cada persona tiene sus tiempos, pero aun así están preocupados. Parker no ha manifestado ningún signo de dolor o afectación. Pareciera que está aletargado o que ha inhibido sus sentimientos porque no puede gestionarlos. Tal como ha recomendado Amber le dan su espacio.

Sus heridas físicas han mejorado enormemente y puede moverse con mayor agilidad. En un arrebato de valentía decide ir a su apartamento. No quiere que nadie lo acompañe. Necesita ir solo. Además, en algún momento va a tener que retomar su vida, aunque no tiene claro que vaya a ser la misma de antes. Este tiempo convaleciente le ha servido para ordenar sus ideas y replantearse muchas de las cosas que estaba haciendo mal. Pronto tendrá que enfrentar una conversación peliaguda con su padre y debe tener clara una línea de actuación. Ya tiene una cierta idea de hacia dónde quiere dirigirse.

La primera impresión al llegar al bloque de apartamentos es buena. Se siente seguro y confiado con dar ese paso. Sube en el ascensor hasta su piso y su mente imagina a un Ryuu despreocupado en el descansillo de la planta, con su pinta de macarra y sus profundos ojos, dispuesto a lanzar una pulla en cualquier momento; pero él no está ahí. Solo es un espejismo. Se coloca delante de la puerta de su apartamento y da varios golpes con los nudillos. Nadie abre. No se escucha ruido. A los pocos minutos se decide a seguir hasta su casa.

Abre la puerta y de nuevo la imagen de Ryuu sobre el sofá del salón con el pecho al descubierto y él curándole las heridas. El *yakuza* en el comiéndose su comida y viendo la tele despreocupado como si

fuera el dueño del lugar. En el baño, ese gracias que le llegó al alma. Quizá ese fue el momento en el que su mente lo reconoció como su pareja. Sonríe. Al rato sus hombros comienzan a moverse espasmódicamente y. sin capacidad para frenar el torrente de sentimientos que lo asalta. se derrumba en el pasillo y llora todo lo que no ha llorado hasta ahora. Verdaderamente no va a volver. Ryuu se ha ido para siempre. Para siempre. ¡Malditas palabras! ¡Nunca van a poder tener un futuro juntos! ¡Puta vida!

Su hermana lleva un tiempo preocupada. No ha tenido noticias de Parker. Sabedora de que iba al apartamento se teme lo peor. Encuentra al médico tirado en el suelo del pasillo en posición fetal retorciéndose por el dolor. Lo abraza con fuerza. Está helado y no para de llorar. Lo arropa tanto como puede con su cuerpo transmitiéndole su calor y su amor. Sabe que saldrá de esta. Tiene que hacerlo.

—Tranquilo, Parker. Estoy contigo. —Le da un beso en la cabeza y deja que todo fluya.

CAPÍTULO 54. La decisión

Tarda dos meses más en reponerse lo suficiente de la pérdida y de las heridas como para plantearse la conversación con su padre. Durante ese tiempo estuvo muchas veces tentado de acabar con todo, incluso deseó haber muerto en ese edificio con la única persona con la que había sentido que podía tener una conexión real, pero no. Le había tocado seguir adelante. No quería ser un cobarde. Viviría por Ryuu. Se lo debía.

Esa noche, sus padres, y sus magníficas puestas en escena, han acordado dar una cena para agradecer que Parker está bien y se ha repuesto de sus heridas. Si ellos supieran lo profundas que son…

El médico se viste con su mejor traje de chaqueta y acaricia a Neko distraído. La gata, su hermana y su psicóloga tienen mucha culpa de su estado actual. Les debe mucho por el apoyo que le han dado. No está fuera del pozo, pero se siente más seguro y capaz de recuperar las riendas de su vida.

La rehabilitación sigue su curso. La movilidad de sus dedos es mucho mejor, aunque su doctor ha descartado la posibilidad de que vuelva a poder ejercer de cirujano. Él no se ha pronunciado al respecto, pero no va a dejar de intentarlo. Tiene la vocación de médico y le gusta ayudar a los demás, no va a dejar su profesión de lado, aunque quizá no pueda volver a ser cirujano. «Eso está por ver», piensa Parker decidido. Ha encontrado un buen sitio donde empezar de nuevo y hoy se lo comunicará a sus padres. Está totalmente decidido y no va a dejar que nadie se interponga en su camino. Quiere honrar todo lo vivido con Ryuu, se propone ser valiente y consecuente con lo que desea. Se acabó vivir con miedo.

Baja las escaleras hacia el salón formal con nervios. Un gran nudo en el estómago le impide respirar con normalidad. Sabe que si Ryuu siguiera a su lado podría comerse el mundo, pero parece que sin él no tiene el suficiente valor. Se recuerda lo aprendido y que ahora debe vivir por ambos. Inhala con fuerza y da el siguiente paso hacia

un nuevo comienzo.

Se fija en la decoración de la casa como si la viera por primera vez, a pesar de que se ha criado en ella, no deja de maravillarse por la opulencia y lo poco familiar que la siente. Con ese pensamiento se adentra en el salón donde ya están todos los invitados.

Se vuelven al detectar su presencia y aplauden al invitado de honor. No le gustan estos baños de masas. Nunca se ha sentido cómodo con los excesos. Su hermana se adelanta y lo agarra del brazo animándolo a mezclarse con los invitados. Entre ellos hay varios amigos de sus padres y Buster, ya que parece que su hermana ha decido incorporarlo a su vida. Es una buena noticia porque le gusta la pareja que forman.

Parlotea con unos y con otros haciéndole revivir, casi sin querer —se niega a pensar que sea la finalidad de la conversación—, todo lo ocurrido. Algunos le hacen preguntas impertinentes y morbosas sobre su cautiverio que esquiva con una maestría de la que antes no hacía gala. Es curioso cómo un viaje y la persona correcta puede cambiarte.

La cena transcurre sin incidentes entre conversaciones triviales y risas, en ocasiones. Se sigue sintiendo perdido y fuera de lugar, pero le da ánimos pensar que no va a tener que soportarlo por mucho más tiempo.

Tras lo que parece una eternidad los invitados abandonan la fiesta y solo se queda la familia. Se reúnen entorno a la mesa y los nervios lo atacan con más fuerza. Sabe que se acerca el momento de la conversación que debe tener. Su hermana conoce parte de la historia y lo anima con los ojos a que se decida, pero su padre le toma la delantera.

—Bueno, hijo. Ahora que estás más recuperado me gustaría que volvieras a trabajar en nuestras clínicas. Tu hermana ya lleva la parte administrativa y tú deberías dirigir la parte práctica. Haríais un buen tándem. —En los ojos de su padre detecta esperanza y, aunque le gustaría contentarlo, no puede vivir en base a lo que otros esperen de él. Respira fuerte y se yergue en la silla.

—Agradezco enormemente tu oferta. Bajo otras circunstancias la consideraría seriamente, pero… —Su padre no lo deja terminar. Se levanta de la silla casi tirándola al suelo y camina nervioso por la estancia.

—Sabía que te ibas a comportar como el niño malcriado que has sido siempre. A ver qué nueva idea se te ha pasado por la cabeza. —Su madre por una vez no lo apoya. Se mantiene callada esperando que Parker continúe.

—Papá. Tu elegiste tu camino y te ha ido bien. Me has dado un futuro y una infancia cómodas, sin embargo, no elijo tu camino como mío. Mi forma de ver la vida es diferente y quiero saber dónde me llevan mis elecciones.

—Sí, ya sé dónde te van a llevar. Un día nos harán una llamada y nos dirán que te han matado en un tiroteo o te ha pasado algo grave y ya no habrá vuelta atrás. —Sabe que esas palabras son fruto de la frustración, pero siguen doliendo de igual manera.

—No digas eso ni en broma, Robert —espeta su madre igualando la indignación de su padre. Chantal y Parker se buscan la mirada sorprendidos. Su madre jamás le ha levantado la voz al patriarca—. Nuestro hijo tiene todo el derecho del mundo a decidir por sí mismo. Es un adulto y lo único que podemos desear como padres es que sea feliz y tú se lo estás impidiendo.

Su padre los mira de hito en hito sin comprender cómo ha girado la conversación tanto como para que todos estén en su contra. No comprende que no es una cuestión personal hacia él. Es una elección vital de cada uno.

—Puedo comprender que tengas miedo y que quieras protegerme, no obstante, mis decisiones y elecciones solo me competen a mí y ya tengo más que decidido lo que quiero hacer —dice Parker sin flaquear.

—Pues ilústrame a ver qué nueva desfachatez se te ha ocurrido.

—Voy a trabajar en el hospital de veteranos de Nueva Orleans.

—Ya está, ya lo ha dicho.

—¿Nueva Orleans? Tú estás loco, eso está a millas de aquí. ¿Cómo se te ha ocurrido esa brillante idea sin consultarlo antes conmigo?

—El hospital me ha aceptado y me voy en dos semanas. Ya está todo preparado. Incluso tengo un pequeño apartamento a un buen precio. —Sonríe ilusionado, encontrando reciprocidad en su madre.

—Te estás equivocando, Parker, pero allá tú —sentencia su padre.

—Necesito ser útil y después del trauma que he vivido creo que allí lo seré. Me gustaría contar con vuestra aprobación, aunque me iré de igual manera.

—La mía la tienes, hijo. —Su madre se aproxima a él y le da un fuerte abrazo—. Espero que allí encuentres la paz que necesitas.

—Y yo, mamá, y yo.

—Ya sabes que conmigo puedes contar. Vas a estar muy lejos, pero iré a visitarte. Nunca he estado allí y las perspectivas me encantan. —Sabía que con Chantal no iba a tener problemas. Lo abraza también haciéndolo sentir mejor.

—Yo no puedo apoyarte. No lo haré. Ya volverás con el rabo entre las piernas. —Su padre se marcha de la habitación regalándole una dura mirada.

CAPÍTULO 55. Lo imposible

Hace tan solo una semana que llegó a Nueva Orleans, Luisiana. El ambiente allí es totalmente diferente al de Los Ángeles, el clima también, por supuesto, aquí el calor es más húmedo haciéndolo casi sofocante. Pensaba que le iba a costar trabajo adaptarse a un nuevo entorno, pero no ha sido así. Su nuevo apartamento, si se le puede llamar así, está situado en el Barrio Francés. Es una casa adosada criolla que conserva casi todo el esplendor que tuvo en el siglo XVIII. Sus paredes son de ladrillo, tiene techos altos y una galería de balcones de herrería ricamente decorada. Su balcón da a las traseras del edifico y la calle siempre tiene un bullicio interesante que lo mantendrá entretenido cuando esté de descanso. El color llamativo de la fachada se refleja en un interior igual de colorido tan diferente a los tonos controlados de la mansión de sus padres. Tuvo mucha suerte al encontrarlo y, sobre todo, de que permitieran las mascotas. Es una estancia pequeña, más parecida a un *loft* que a un apartamento. La cocina es diminuta, pero cumple su función y no tiene ninguna pared, salvo en el baño. Lo mejor es el patio comunitario: tranquilo, fresco y relajante. Para llegar al hospital tiene que dar un paseo de unos treinta minutos, pero no se le hace en absoluto pesado.

Pasado mañana será su primer día allí y su mente, inevitablemente, recuerda ese primer día que tuvo en Los Ángeles tan accidentado. Espera que este sea mucho más tranquilo. Parker se detiene delante del armario buscando la ropa que debería ponerse para el gran día. Se decide por unos pantalones anchos frescos y una camisa de mangas cortas. No sentirse encorsetado por las normas sociales de su familia le ha permitido conocerse mejor y dejarse de formalidades.

Se asoma al balcón a observar el movimiento de esta ciudad que no deja de sorprenderlo. Sus ojos vagan por el ajetreado caminar de unos y otros sin centrarse en nada en concreto, cuando se detienen en una figura fuerte de pelo negro que camina por la calle. No puede

verle la cara, pero su pecho late con fuerza y un estremecimiento lo recorre por entero. No es la primera vez que le ocurre esto. Desde que llegó a Nueva Orleans ha creído verlo en muchas más ocasiones con idéntico resultado. Obliga a su cerebro a que suelte la idea que se le ha venido a la cabeza. Se apresura a entrar en la casa y se sienta en la cama, porque a veces algo detona su dolor y el agujero en su pecho se hace insoportable. Toca el suave pelaje de Neko y logra tranquilizase. Se recuerda que tiene una vida nueva y una gran oportunidad de vivirla a su manera, no puede dejar que el pasado se apodere de ella y sobre todo un pasado que ya no puede volver.

Prepara unos espaguetis y se sienta en la pequeña salita a disfrutar de la comida y de la brisa que entra por el balcón. Al haber un clima más húmedo ha aprendido a disfrutar de esos pequeños soplos de aire fresco que le regala el atardecer.

Unos golpes en la puerta lo hacen reaccionar. Puede que sea otro inquilino que necesita algo. Le da bastante pereza, pero abre la puerta y por poco le da un infarto.

—Hola, gatito. Me ha costado un poco dar contigo, pero ya estoy aquí.

Sin ninguna explicación más Ryuu se adentra en su casa y se sienta en la silla que antes ocupaba él. Con toda la cara del mundo, esa que tan bien lo define, se lleva los espaguetis a la boca y los saborea cerrando los ojos. Parker no sabe si lo que está viendo es real o es fruto de su mente perturbada que lo está proyectando.

—Están aún más ricos que los que me comí la segunda vez que nos vimos. —La sonrisa canalla que tanto ama se le antoja una burla. Neko, como la traidora que es, salta sobre el regazo de Ryuu y se deja acariciar como si lo reconociera. El gesto casi lo enternece.

—¿Qué haces aquí? —balbucea sin saber qué decir verdaderamente.

—Si molesto me voy. No quiero estorbar.

—No. No quiero que te vayas —susurra—. Pensaba que tú…

—Que estaba muerto. Lo sé. Casi sucede, pero soy duro de

roer. Ya me conoces. Soy un samurái. —Le guiña un ojo y eso casi lo hace sonreír.

Parker se sienta en la silla contigua y lo mira con la boca abierta incapaz de reaccionar.

—Sé que soy guapo, pero deberías cerrar la boca. —Como si le hubiera dado una orden así lo hace. Sabe que está nervioso porque juguetea con el anillo de su pulgar—. Tenemos mucho de lo que hablar, aunque antes me gustaría mucho poder besarte. —Los oscuros ojos de Ryuu se oscurecen aún más y se desvían hacia los labios de Parker que se los moja por instinto. El *exyakuza* no vuelve a pedir permiso y asalta su boca con suavidad, queriendo hacerle ver que lo que tiene delante es real.

—¿Esto no es un sueño?

—No, gatito. Estoy aquí contigo y si —titubea—, si quieres me quedaré contigo.

Intensifica el beso y, por fin, Parker se lo devuelve.

—Te he echado de menos. Mucho.

—Y yo a ti, pero no podía volver. Tenía que esperar a que terminara el juicio para testificar y no volver a ponerte en peligro. Me aconsejaron que era lo mejor para los dos. Siento haberte hecho pensar que estaba muerto.

—Joder. —Verlo blasfemar hace reír a Ryuu—. ¿Sabes lo que he sufrido? ¿Tienes idea del daño que me has hecho? —espeta golpeándolo con fuerza en el pecho. Ryuu lo agarra por las muñecas y lo frena.

—Me hago una idea, pero no podíamos tener un futuro juntos si no lo hacíamos de esta manera. Tu decisión de irte de Los Ángeles me ha facilitado bastante las cosas. Me contó un pajarito que tuviste un par de cojones al enfrentarte a tu padre. —Le guiña un ojo.

—¿Quién te lo ha contado? —pregunta sorprendido.

—Tu hermana.

—Ella lo sabía todo este tiempo y me ha dejado vivir esta mentira. Sabe lo mal que lo he pasado…

—Lo hizo por tu bien. Buster se lo pidió y ella comprendió que debía ser así.

—No os voy a perdonar en la vida.

—No hagas promesas que no vas a cumplir. Haré que te arrepientas de tus palabras y supliques que me quede a tu lado. —La vena chulesca de Ryuu vuelve a la carga. Cómo la echaba de menos.

—Petulante, arrogante. No te quiero a mi lado. Me has engañado.

—Llevas razón. Lo siento, Parker. Lo siento muchísimo. Si me dejas espero poder estar toda la vida que me queda contigo para compensarte.

—Vas a tener que compensar mucho. Todos los días. Varias veces. —Una sonrisa torcida aparece en los apetitosos labios de Ryuu. Casi lo tiene.

—Lo haré y estaré deseando hacerlo. Parker, lo eres todo para mí. Siento haberte herido y espero no volver a hacerlo, jamás. Te quiero.

Las palabras del *exyakuza* lo dejan sin respiración. Se miran a los ojos durante una eternidad y Parker se da cuenta de que está haciendo el tonto discutiendo por algo que ya no tiene sentido. Se aproxima a él y lo abraza con todas sus fuerzas.

—Empieza a resarcirme porque tienes mucho trabajo por delante.

—Tenemos toda una vida por delante, mi amor.

Se acaban las palabras y comienzan los roces, los suspiros, los gruñidos, el rasgar de las prendas, la fricción de los cuerpos y el atractivo olor del sexo.

Entregan el alma en cada beso y cada caricia. Cada nuevo roce es un redescubrimiento del otro. Sus almas se reconocen y se funden en una. Las nuevas heridas que portan sobre sus pieles son revisadas con avaricia. Ryuu repasa cada marca con reverencia, besándolas y pidiéndole disculpas por cada una de ellas. El nuevo tatuaje que tiene Parker en el costado llama su atención y sin poder evitarlo le pregunta

con la mirada.

—Después de lo que ocurrió me sentí como el pez *koi* que remonta la corriente y se convierte en dragón. Todo el viaje y las consecuencias del mismo me hicieron ser más fuerte en muchos sentidos. —Ryuu lo observa embobado sin parar de recorrer la tinta con sus dedos—. Cuando me enteré de tu… muerte, ¡vaya qué estúpido resulta esto ahora!

—Continúa, por favor —lo espolea.

—Pues, tras eso, creí que era buena idea recordarte de alguna manera. —Baja la vista azorado.

—Gracias. —Ryuu eleva su rostro y le da un beso apasionado.

Ya no hay más interrupciones, solo se dejan llevar y disfrutan sin mesura de su reencuentro. Parker sigue sin asimilar que esté vivo y que estén juntos y Ryuu no para de recordarse la suerte que tiene por tener a un hombre como él a su lado. Agotados tras el orgasmo y la descarga de emociones el sueño los vence.

Cuando el médico abre los ojos tantea el otro lado de la cama y está vacío. Por un momento se plantea que todo haya sido un sueño, pero un ruido en la cocina le dice que no es así. Se incorpora en el colchón sobre sus codos y observa al magnífico hombre que se afana por hacer el desayuno.

Su culo es lo primero que le llama la atención y se muerde el labio inferior deseándolo de nuevo. Sus ojos suben hacia la ancha espalda y el tatuaje que la cubre por entero. Un gemido involuntario sale de lo más profundo.

—Si me sigues devorando con los ojos el desayuno se quedará a medias y será íntegramente tu culpa.

Ryuu se gira con una sonrisa socarrona y una sartén en la mano. El espectáculo por delante no le quita merito a su retaguardia y presiona su entrepierna para relajarla un poco.

—Gatito, no seas insaciable. Tenemos que comer y hablar durante un rato. Luego soy todo tuyo. —Eso suena a una promesa que Parker está dispuesto a cobrar.

CAPÍTULO 56. Un sueño

Después del desayuno viene la charla que se deben. Parker se ha colocado unos pantalones para darle solemnidad al asunto y le ha pedido por favor a Ryuu que haga lo mismo. Si sigue viéndolo pasear desnudo por su casa no va a ser capaz de centrarse. El *exyakuza* muy a su pesar se los pone, aunque no le importaría seguir desnudo con la humedad que hace.

—Imagino que te gustaría saber cómo es que estoy vivo. Una pregunta muy lícita. —Sonríe sobrado.

—Estaría bien conocer la historia al completo.

Ryuu asiente con la cabeza y el gesto de socarronería desparece de sus labios. Aunque su mente se niega a revivir esos momentos se obliga a contárselo a Parker. Se lo debe. Eso y más.

—Cuando te dejé en la puerta del establecimiento al cuidado de Taro ya estabas inconsciente. Volví a entrar para terminar lo que había empezado. No podía permitir que Xen se saliera con la suya después de todo el daño que te había causado. —Ryuu tuerce el gesto —. Tuvimos un enfrentamiento y él terminó tumbado en el suelo con heridas graves. Me confié. Pensé que ya era mío y la soberbia me cegó. Nunca tuve en cuenta que Xen era un verdadero loco y que se guardaba un as en la manga.

—La bomba, ¿verdad? —Ryuu asiente serio.

—Me di cuenta de que se esforzaba por llegar a un detonador que estaba encima de la mesa de la habitación. Evalué mis opciones y la menos mala era salir de allí e intentar llegar al sótano, o al menos lo más cerca posible, esperando que los explosivos solo estuvieran colocados en la planta de arriba. Así fue. La detonación se produjo justo cuando llegaba a las escaleras. La onda expansiva me arrojo por ellas y me di un golpe bastante fuerte en el pecho y la cabeza. Una hora más tarde, cuando los bomberos se aseguraron de que la estructura no corría peligro, entraron buscando supervivientes y me

localizaron. Buster estaba fuera a la espera y con la esperanza de que me hubiera librado. He estado bastante tiempo en el hospital y otro tanto prestando declaración y ayudando al FBI. Porque, esto es algo que quizá te sorprenda, llevo trabajando para ellos desde el principio.

—¿Perdona? —Resulta que el tipo con el que no podía plantearse una relación porque era un mafioso era de los buenos.

—Mi idea nunca fue volver a la Yakuza o formar parte de una banda criminal. El FBI me captó cuando estuve en la cárcel y me vendieron la idea romántica de realizar el mayor golpe a la mafia que se había dado en suelo americano y con ello vengar la muerte de mi familia. En ese momento me pareció una buena opción, ya que no tenía nada que perder porque ellos me lo habían arrebatado todo. Llevaba más de tres años infiltrado. Se aprovecharon de mi pasado y de la relación que tenía con Ichiro, el exjefe de la Yakuza en Los Ángeles.

—¡Joder! Parece que no te conozco. —Parker, siempre contenido, no ha podido frenar su lengua. Ryuu adelanta su cuerpo y agarra sus manos en un gesto de apoyo.

—Lo cierto es que la operación ha sido un éxito. Todos los dirigentes están detenidos y en la cárcel a la espera de sentencia y yo… bueno, yo estoy muerto para ellos. Han determinado que mi muerte era una buena coartada para que no hubiera represalias. La única condición que puse es que tú tenías que formar parte de mi vida y me lo han permitido. Una vida nueva con el único amor que he tenido.

—Empiezo a pensar que todo ha sido una mentira. —Retira el contacto con delicadeza, pero sincero en sus palabras.

—Eh, no, nada de eso. Siempre he sido yo contigo. Nunca he usado una máscara ni he pretendido engañarte. Comprende que no podía poner en peligro una operación tan importante, aunque ganas no me han faltado. —Vuelve a intentar una aproximación—. Te quiero de verdad, estoy enamorado de ti casi desde la primera vez que te vi, Parker. Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

Por las mejillas del médico se desliza una lágrima solitaria.

Todo esto es demasiada información que procesar. No sabe si va a poder confiar en él de nuevo. Comprende que lo hiciera en el desempeño de su trabajo, pero aun así le resulta doloroso.

—Por favor, déjame conquistarte de nuevo. Seré el mejor novio del mundo. Mi experiencia con el FBI se ha terminado. Te lo prometo. Me han ofrecido que me quede con ellos como analista, pero no quiero arriesgarme a perderte. Buscaré un empleo de cualquier cosa y estaré feliz igualmente porque estoy a tu lado.

—¿De verdad no quieres seguir trabajando con ellos?

—Si eso me supone perderte, no. Tú estás por encima de todo lo demás. Permítenos seguir conociéndonos. Nos lo debemos —le suplica aproximándose a él y buscando sus ojos—. Además, Neko quiere que me quede, me lo ha dicho antes.

—Qué tonto eres —sonríe Parker.

—Tonto por no haberlo dejado todo antes de que te hirieran. Siento tanto haberte puesto en peligro. ¡Dios! —Los ojos de Ryuu se oscurecen por el pesar y la culpa.

—Gracias. Ya solo tengo pesadillas algunas noches. No es como al principio.

—Déjame velar tus sueños y transformar esas pesadillas en recuerdos felices vividos juntos. —Ryuu se pone de rodillas y acomoda su cabeza en el regazo de Parker. Sin querer está llorando. No había vuelto a llorar desde la pérdida de sus padres. Parker deja caer una mano sobre el sedoso pelo de Ryuu y lo acaricia con cariño consolándolo.

—¿Sabes?, te veía en todas partes. Caminaba por la calle y alguien me recordaba a ti. Iba al supermercado y creía olerte, incluso antes pensé que me estaba volviendo loco porque reconocí tu silueta en medio de la calle —reconoce Parker azorado.

—Y todas esas veces era yo. Llevo aquí desde que te mudaste. —Los ojos del médico se abren por la sorpresa—. No podía reencontrarme contigo hasta asegurarme de que no te seguían. Jamás podría volver a vivir lo que nos pasó, Parker. Te necesito. —La

sinceridad en las palabras de Ryuu calan hondo.

Se miran durante un largo periodo de tiempo sin decir nada, solo leyendo sus almas a través de sus ojos.

—Quiero intentarlo, pero no quiero más secretos. Nunca, de ningún tipo —dice Parker finalmente.

—Nunca jamás, gatito. Soy un libro abierto para ti.

—Te quiero, Ryuu. Quiero que sigas en mi vida.

—He venido para quedarme. Soy totalmente tuyo. Tuyo para siempre.

Ryuu desliza su rostro por el regazo de Parker y acaricia su erección con la nariz haciéndolo despertar. No hay rechazo, así que sigue con su exploración excitando al hombre de su vida. La mano sobre el pelo se vuelve más exigente e impulsado por el gesto le baja los pantalones para regalarle la mejor mamada que haya recibido en su vida.

FIN



EPÍLOGO

Han pasado dos meses desde que volvió a la vida de Parker para intentar recuperarlo y todo ha sido fluido. Viven en el pequeño apartamento, en su nido de amor, como lo llama el médico. Parker ha comenzado a trabajar en el hospital de veteranos y jamás lo ha visto más contento y entregado con algo. La posibilidad real de ayudar a otros lo alimenta. Ha encontrado su verdadera vocación. Por su parte, Ryuu lo ha tenido más complicado para encontrar trabajo. Sus cualidades no son aptas para todos, pero no por ello ha dejado de intentarlo. Finalmente, hace dos días, empezó a trabajar en una guardería. Algunas veces, cuando su turno se lo permite, Parker va a esperarlo a la puerta del colegio y se le cae la baba al ver a ese hombre tan grande tratando con tanto amor a los pequeños. Es todo un padrazo. Si los padres supieran cómo ha sido su vida o con quién ha estado relacionado posiblemente no dejaría que se acercara a sus hijos, pero eso es porque no lo conocen. En el fondo es un tipo muy inteligente que, en su pasado, ha tenido que tomar decisiones difíciles. Por suerte, los antecedentes fueron eliminados de su expediente gracias a la gran ayuda que supuso para el FBI.

Buster es la única relación que Ryuu sigue manteniendo con su antigua vida. Han desarrollado una amistad un poco peculiar, porque ambos dicen que no se soportan, pero hablan casi todos los días. Por él han sabido que la cabeza de las Tríadas y varios escalafones inferiores han recibido una condena sustanciosa que los mantendrá una temporada fuera de las calles. Respecto a la Yakuza, no ha ido tan bien como se esperaba. Llevaban poco tiempo operando en L.A. y las pruebas no fueron concluyentes. Ichiro quedó en libertad tan solo con una cuantiosa multa por algunos delitos menores y está siendo férreamente vigilado, así que ha decidido volver a Japón ya que la facción ha desistido en sus ansias de expansión. Casi todos los miembros se han marchado con él. En Kobe deberán rendir cuentas sobre el fracaso y casi con toda seguridad deberán realizar el ritual del

Yubitsume ante el *Kumicho.*

Los únicos que han permanecido en Los Ángeles son Taro, que no ha podido eludir la ley por lo acontecido con la hija de Yi Zheng, e Hiroshi. Él y su mujer se encuentran cómodos allí y al estar libres de la influencia de la Yakuza pueden vivir su vida como deseen. Hiroshi fue el que más sintió la muerte de Ryuu. Se mostró colaborador con los agentes y los ayudó a encontrar pruebas suficientes para darles un buen susto. En su caso ni siquiera lo llamaron a juicio. Está pensando montar un pequeño negocio: una librería. Ryuu siente lástima por haber perdido a su amigo, pero debe respetar su tapadera. Cualquier desliz puede resultar nefasto para su felicidad. Ya le cuesta mantener a raya a su abuela, aunque al ser una viuda de la Yakuza entiende que la discreción es primordial para mantener a salvo a los suyos y ella es casi una madre para Ryuu, siempre lo protegerá.

Chantal sabe que su hermano está viviendo con Ryuu y les ha prometido que irá a verlos nada más que su padre le dé un respiro con los negocios. A Parker le gustaría poder estar un tiempo con ella. Su relación ha mejorado enormemente. Entendió el sacrificio que hizo para que él pudiera vivir su vida y jamás podrá agradecérselo lo suficiente. No se atreve a preguntarle qué tal va su relación con Buster y Ryuu dice que no tiene una amistad tan íntima con el agente como para preguntarle, así que cuando venga a visitarlos piensa hacerle el tercer grado.

Parker habla con su madre casi todos los días. Ha cambiado mucho y se le notan las ganas de mejorar la relación. Por una vez en su vida la siente cerca. Respecto a su padre, eso es otro cantar, no parece perdonarlo por su elección o mejor, por sus elecciones, ya que mudarse lejos, no trabajar en sus hospitales y mantener una relación con un hombre es demasiado que procesar, pero, aun así, consiguen cruzar algunas palabras sin matarse. No puede pedirle mucho más que su intento por aceptarlo.

Parker se levanta pronto. Le echa en su cuenco la comida a Neko y se despide de ella con unas caricias. Tiene que estar en el hospital en apenas una hora. Ryuu suele quedarse en la cama

perezosamente un rato más, ya que su horario es algo más laxo. Se aproxima a la cama y se tumba junto al hombre de su vida. Acaba de ducharse y sabe que le encanta el contacto de su piel fría con la tibia de Ryuu.

El *exyakuza* se agita al sentir el brazo de Parker envolviendo su cintura.

—¿Ya te vas a trabajar? —murmura soñoliento agarrando su abrazo.

—Si, pero tengo un ratito para ti… si quieres —sugiere juguetón apretando su erección contra el trasero de Ryuu.

—Con un ratito no me basta, ya lo sabes, pero puedo hacer un esfuerzo —dice llevando la mano hacia atrás y empujando a Parker aún más contra su culo, que aprovecha la invitación para seguir frotándose contra él.

Tras un rato de provocaciones, juegos y estimulación mutua Parker penetra a Ryuu con suma lentitud. Desde que volvieron a encontrarse han experimentado mucho en el sexo y, ahora, ambos disfrutan de los dos extremos, una concesión que el médico agradece porque nunca pensó que le gustaría ser el que da. Se equivocaba, con Ryuu cualquier rol está bien. Los dos disfrutan sin inhibiciones del cuerpo del otro como les apetece. Nunca pensaron que iban a congeniar tan bien en tantos aspectos de sus vidas. Las lentas acometidas se vuelven frenéticas entre gemidos y besos robados llevándolos al orgasmo. Entre jadeos Ryuu consigue articular:

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, gatito. Estoy pletórico por que podamos estar juntos a pesar de todo lo que ha pasado —dice agarrando su mano y entrelazando sus dedos.

—Estoy contigo en eso. Nuestros comienzos fueron accidentados, pero no importa tanto cómo se empieza sino cómo se termina; y si lo que nos pasó nos ha hecho estar como estamos bienvenido sea. Y ahora —Deposita un pequeño beso en su hombro—, me voy a duchar de nuevo —protesta Parker retirándose hacia el aseo.

Parker se separa de Ryuu con reticencia, pero tiene que irse a

trabajar. Jamás pensó que su vida giraría de esta manera, pero no se arrepiente de absolutamente nada, a pesar del dolor. Ese hombre que lo mira con los ojos vidriosos desde la cama es lo mejor que le ha ocurrido en la vida. Bajo esa apariencia de guerrero hay un corazón tierno que lo eligió a él por encima de su pasado.

Ryuu repasa al médico con la mirada turbia. Su gatito se mueve con soltura por la habitación tras salir de la ducha. Estuvo a punto de perderlo y de poner en peligro su misión por salvarlo, pero, al final, todo salió bien y se llevó el mejor regalo. Un estremecimiento le recorre el cuerpo asentándose con fuerza en su pecho.

—Parker —lo llama serio sin dejar de mirarlo. Le encantan sus ojos grises.

—No voy a caer en tus juegos. Tengo que marcharme. —A pesar de que lo reprende se acerca a él encantado y se sienta en la cama a escasa distancia. Repasa el torso musculoso de su compañero y se relame sin apenas creer su suerte.

—Nunca he sido tan feliz —sentencia Ryuu recibiendo una bonita sonrisa de vuelta—. ¿Crees que puedo referirme a ti como mi novio?

El médico abre los ojos, sorprendido por la pregunta. Su relación se ha ido forjando de una forma muy rápida y accidentada, pero desde que viven juntos ha fluido con facilidad y pasión, aun así, nunca han puesto una etiqueta a lo que viven. Sus palabras lo conmueven. Se abalanza sobre él con una enorme sonrisa en los labios y es acogido entre los fuertes brazos de Ryuu haciéndolo sentir en casa. Asalta su boca demostrándole que está conforme con su petición. Se teme que hoy va a llegar tarde al trabajo.

AGRADECIMIENTOS

Ha sido una novela que ha fluido casi sin darme cuenta y en la que he puesto muchas de las ideas recurrentes que me asaltan en esos momentos en los que consigo desconectar el cerebro.

Me gustaría comenzar esta nueva ronda de agradecimiento dedicándote unas palabras a ti lector. Eternamente agradecida a todos aquellos/as que le habéis dado una oportunidad a mi historia y, sobre todo, deseo que os haya entretenido y conmovido.

Para seguir con los agradecimientos y como pilar importante de todos mis trabajos: Wolverinesp, Rafael, mi pareja, mi tocapelotas particular y primer lector, por su infinita paciencia y su dedicación. Siempre tiene un rato para hablar sobre las tramas y mejorarlas. En este caso incluso ha recreado las peleas en medio del salón. Me pidió que peleara con él, pero me negué en redondo. Con un loco tenemos bastante. Te quiero mil. Gracias infinitas por todo lo que me aportas. Como la trucha al trucho.

Mis lectoras cero: Rocío, Luzma, Mari Carmen, Marisa y Yoli, porque esta vez andaba con el tiempo justo y han sabido estar a la altura y, sobre todo, con esta historia que tiene varios giros complicados y me han encantado vuestras visiones. Me ayudáis más de lo que os muestro, ya sabéis que no soy mucho de dejar ver sentimientos, pero como siempre digo, sin vosotras no podría sacar esto adelante.

De nuevo agradecer a Correcciones Nox y en especial a Kaera Nox, porque la ha corregido en un tiempo récord y me ha hecho sugerencias interesantes que se me habías pasado, también algunas bromitas que me han hecho reír mientras corregía el texto. Mil gracias ya lo sabes.

Un reconocimiento especial al grupito formado por Jose, Rafa, Yoli, Kaera, por tantos sábados de risas entre jarras de barro con cerveza helada ¡Por más momentos salvando el mundo!

No puedo olvidarme de mis padres, Mari Luz y Luis, siempre animándome a seguir haciendo lo que me gusta y siendo los padres más comprensivos del mundo, por cierto, a mi madre la voy a nombrar mi Community Manager. Gracia. Os quiero muchísimo.

A mi hermano, Luis, gracias por vender tan bien mis libros. A mis sobrinas: Mencía, creo que ya tienes edad para leerme, ja, ja, ja, y Malena, aún le queda un poquito, pero ya llegará. Os adoro.

A algunas de mis lectoras fieles: Mariola, Dolores, las hermanas Pumar: Sara, Lourdes y Adela, Cristina, Luisa y tantas otras que necesitaría dos vidas para nombrarlas.

A mis compañeros de trabajo fuente inagotable de ideas para mis historias y artífices de buenas risas a costa de las locas sugerencias.

A mis compañeros/as de letras. Sois muchos y variados y cada uno contribuye a su manera.

A los grupos de Facebook que saben sacar nuevos recursos para colaborar en la ardua tarea de promocionar y hacer que seamos visibles entre tantas buenas historias. También por extensión, a los miembros de la comunidad de Instagram. Gracias a todos por ayudar.

Cierro los agradecimientos como los comencé: Gracias a los lectores/as por la gran acogida que he tenido con las anteriores novelas. Estoy conmovida por la confianza que depositáis en mí. Jamás podré devolveros tanta generosidad.

Lector/a, si te ha gustado, comenta o valora. Me ayudan mucho tus opiniones y comentarios. Me hacen crecer como escritora.

Nos leemos en la próxima.

SOBRE LA AUTORA

Mari Luz Flores bajo el pseudónimo de Lux Aeris es una joven cuarentañera, Géminis, nacida y residente en la muy soleada Sevilla.

Cuando era joven y debido al trabajo de su padre, viajaba mucho, la lectura era una compañera que siempre estaba ahí, una opción segura para evadirse. Creaba sus propios mundos siguiendo la máxima de poeta surrealista Paul Éluard: «Hay otros mundos, pero están en este».

Este espíritu ensoñador unido al intento de conseguir un lenguaje propio de expresión la llevó a estudiar una doble licenciatura en Historia del Arte y Bellas Artes. Y como la protagonista de un buen libro, cuya vida nunca la lleva por donde sus expectativas anhelan, el destino la alejó de su mundo soñado, pero no domó su espíritu inquieto.

Con una mente siempre viva, desde que tiene memoria, recuerda antes de dormir imaginar historias de las más variadas. Nunca las había desarrollado más allá de pequeños relatos de no más de dos páginas y reflexiones de desahogo.

El punto de inflexión definitivo fue ingresar en el Club de lectura «Cuéntame un cuento», hecho que le permitió conocer a personas maravillosas y visiones dispares que le abrieron un mundo de posibilidades. Comenzó a ir a congresos de literatura Romántica, a participar en algún concurso de relatos cortos, algunos benéficos, pero sin expectativas, por el mero hecho de estar activa y usar la escritura como un medio más de expresión.

Sus inicios fueron algo confusos y más un «por mis cojones lo hago» que una idea pensada y meditada. Participó en Nanowrimo -dinámica de motivación para la escritura- a instancias de Marina Sánchez. Su sorpresa fue mayúscula cuando en quince días tenía

escrita la que fue su primera novela. Se lio la manta a la cabeza y publicó tres novelas en un año. Su pareja también tiene mucha culpa de todo esto porque siempre la apoya y ayuda, sin condiciones.

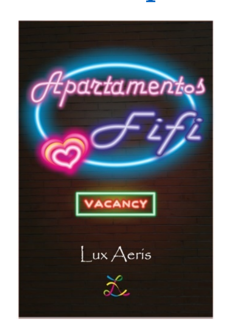
Con esta tiene publicadas siete novelas de diverses temáticas, pero con un nexo común: **EL AMOR.**

Te invito a acompañarla en este camino.

OTRAS OBRAS

Apartamento Fifi. Vacancy

www.amazon.es/dp/B07PBHDDYP



¿Qué pasaría si lo que ella creía que iba a ser la oportunidad de su vida se volviera una pesadilla? ¿Conseguirá lo que tanto necesita para evolucionar? ¿Qué precio tienen los sueños?

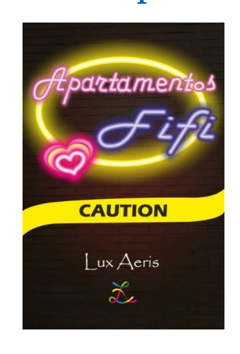
¿Qué pasaría si él estuviera contento con su vida y apareciera alguien y lo jodiera todo? ¿La tranquilidad es eterna? ¿Él amor puede arrasarlo todo?

Un encuentro fortuito cambiará la vida de nuestros protagonistas y desencadenará una serie de acontecimientos que de una forma fluida y ágil nos irán guiando a través su historia.

Unas líneas vitales que chocan porque el destino es así de caprichoso, pero… ¿seguro que es el destino?

Apartamentos Fifi. Caution

www.amazon.es/dp/B07WTQNY7C



José: alto, rubio, guapo, rico, rompecorazones y extravagante. ¿Es oro todo lo que reluce? ¿Podrá superar su pasado? ¿El amor es sufrimiento? ¿Qué precio pagará?

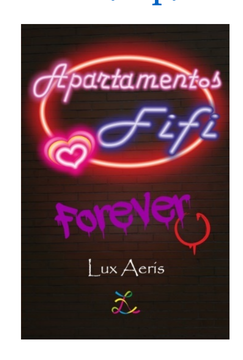
Noa: pequeña, pelirroja, temperamental, autosuficiente y con las ideas claras. ¿Encontrará la horma de su zapato? ¿Su carácter se impondrá a las circunstancias? ¿Qué ganará en el proceso? ¿Se puede perdonar todo por amor?

La construcción de un nuevo complejo de apartamentos pondrá patas arriba la vida de los inquilinos, incluso de los animales, y conseguirá que nuestros protagonistas tengan que elegir caminos que los obliguen a entenderse. Todo ello aderezado por un grupo de personas de lo más variopintas que se ayudarán siempre, porque ¿la familia te toca o se elige?

Aunque… ¿de verdad decidimos nuestros actos?

Apartamentos Fifi. Forever

www.amazon.es/dp/B0855C954V



Alicia es una mujer atractiva, emprendedora, segura de sí misma y sobre todo de sus gustos. Se ha forjado a sí misma. Ya no cree en el amor, su última relación la ha marcado más de lo que es capaz de admitir.

Por otra parte, Kala se acaba de mudar a los apartamentos, es joven y arde en deseos de experimentar. Busca su lugar en el mundo y cree que allí lo ha encontrado.

También tenemos a Alejandro uno de los inquilino de los apartamentos, divertido, comprometido, estudiante de veterinaria y de gustos peculiares. Tiene claro lo que quiere en la vida y con quien.

Y finalmente, Irene la ex novia de Alicia, lo tiene todo: una vida perfecta, un trabajo perfecto, una familia perfecta. Incluso estuvo con la mujer perfecta

y no está dispuesta a renunciar a ella. Hará todo lo que sea necesario para recuperarla. ¿Qué es la perfección cuando se está vacía por dentro?

El círculo se cierra en estos locos apartamentos con sus peculiares inquilinos.

¿Conseguirán los integrantes de la comunidad unir a personas tan dispares? ¿Fifi estará a la altura de su nuevo reto? ¿Vodka dejará a un lado sus líos de faldas y se unirá a las nuevas misiones que se le encomienden?

Con un cincuenta por ciento más de Vodka… con Limón.

El retrato de Lázaro

www.amazon.es/dp/B08C3NQPWP



Cuando Alexandra, una mujer emprendedora que se ha hecho a sí misma, llega a un pequeño pueblo alejado de la civilización, lo último que piensa encontrar es a un artista que le cambiará la vida.

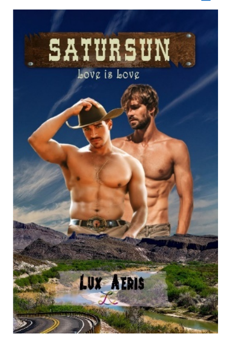
Lázaro, un hombre con serios problemas para relacionarse, que suele evitar cualquier tipo de contacto con la sociedad y que tan solo sabe expresarse a través de sus cuadros, vive feliz aislado de todo e intentando adaptarse a un mundo hostil que parece ponerle zancadillas a cada paso del camino.

Recorre con ellos un viaje a través de sus sentimientos y sensaciones y descubre si serán capaces de amar sin cambiarse el uno al otro. ¿Podrán llegar a entenderse dos mundos tan diferentes sin llegar a colisionar?

Adéntrate en esta historia apasionante, llena de momentos tiernos, en la que cada uno de los protagonistas intentará redimirse a través del otro.

SATURSUN. Love is Love

https://www.amazon.es/dp/B09Y3G3QKK



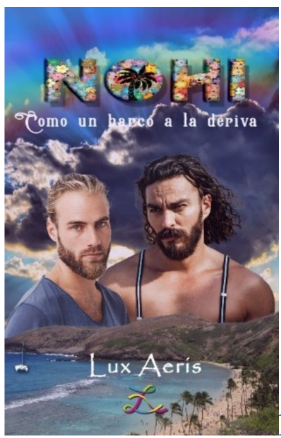
Bienvenidos a Wild Pig un pequeño pueblo situado en la frontera entre Texas y México. Allí el tiempo transcurre lento y nada pasa desapercibido.

En ese precioso remanso de paz vive Samuel Walker, un constructor y guía forestal, rudo, seco y callado que adora su vida y las montañas, pero un fantasma del pasado en forma de Matthew Summer volverá, tras un hecho traumático, para hacer que toda su estabilidad salte por los aires.

¿Quién coño le ha dado permiso a ese cínico, sexi y tremendo hombre para que vuelva a poner su pacífica vida patas arriba?

¿Te apetece acompañar a estos dos obstinados texanos en su viaje de autoconocimiento y redención?

NOHI. Como un barco a la deriva



https://www.amazon.es/dp/B0BLMB4P3N

Adrien es un tipo pagado de sí mismo al que solo le interesa destacar en la cocina y cumplir su gran sueño de ser el mejor chef de todo París. Piensa que lo controla todo, pero, en realidad, su vida se mueve como un barco a la deriva.

Kai tiene un pasado oscuro que ha superado tras mucho esfuerzo y ahora vive feliz en la isla de Oahu. Su claridad de ideas le hace ser un puerto seguro, aunque ¿tanto como él cree?

Adrien y Kai se verán abocados a convivir, trabajar y desearse en cada momento, pero la vida sigue poniéndoles trabas. Del pasado no se puede escapar.

No te pierdas esta historia de segundas oportunidades y sobre todo de: OHANA.

¿Llegarán a aprender que el hogar está donde reside el corazón?

GRACIAS

[1] Jefe general.
[2] *Oyabun* supremo de Kobe o padre de la familia mafiosa.
[3] Segundo al mando del *Oyabun.* Puede dirigir una o dos bandas, pero no todo el clan.

[4] Literalmente "acortamiento de dedo". Es un ritual japonés para compensar las ofensas hechas a alguien, una forma de ser castigado o de disculparse sinceramente ante alguien, mediante la autoamputación de secciones del dedo meñique. Es un ritual practicado casi con exclusividad por la Yakuza.

[5] Frases del *bushido*.
[6] Frase de Shiba Yoshimasa.